

# DE LA RESISTENCIA Y LA DEPORTACION

---

Neus Català



Cubierta: M. PARREÑO  
Viñeta: FERNAND LEGER  
Edita: ADGENA, S.L.  
Edición: l'eina  
c/. Canuda, 23 - Barcelona  
© NEUS CATALÀ  
Impreso en: ISCO  
c/. Santa Perpetua, 11  
Barcelona

I.S.B.N. 84-86378-00-1  
D.L. B.-32.638-84

---

*A todas las mujeres españolas  
y del mundo entero  
que han luchado y luchan  
por la Justicia,  
la Igualdad, la Paz y la Amistad  
entre todos los pueblos.*

## Prólogo

---

*La publicación de este libro se hace bajo el signo de una exigencia moral —si se quiere, sentimental— antes que política. Su aspecto político, que lo tiene, acaba siendo arrasado por el contenido humano, por el flujo de afirmación humana que recorre todas sus páginas bombeado por cincuenta y tantos corazones. Es un libro-organismo con sangre caliente en continua circulación.*

*De estas cuantas decenas de testimonios, casi todos obtenidos en forma directa, de mujeres españolas “resistentes” en Francia y después deportadas a campos de exterminio nazis, ninguno es en nada superior a otro; su interés está determinado por la interrelación de todos ellos, en cualquier momento, en cualquier situación, por lo que, sin el menor esfuerzo, ha prevalecido el criterio de que el orden de su aparición siga el alfabético de sus apellidos, excepción hecha de Neus Català, excepción fácil de explicar.*

*Podrían barajarse los apellidos como los sumandos de una suma, y el resultado siempre sería el mismo. Conservarían todo su valor, tanto el absoluto como el relativo, no importa el lugar que ocuparan.*

*Si el relato de Neus Català abre la serie no es por otra razón que la de haber sido ella quien inició y ha culminado la empresa de indagar direcciones, hacer visitas y reunir todo este material. Cuando menos, no puede serle negada la trabajosa maternidad de este libro.*

*Tras ser liberada y conseguir su reinserción social que, dado su temperamento, no debió suponerle gran esfuerzo, hizo acopio del suficiente coraje —siempre derrochando coraje estas mujeres— para echarse a recorrer kilómetros y kilómetros por los ferrocarriles y las carreteras de Francia y España, en un intento, no pocas veces fallido, de obtener la versión directa de las peripecias padecidas por las deportadas, así como de la sabiduría de que hicieron gala en la búsqueda de las tretas que practicaron para enfrentarse a la adversidad, supervivir y ayudar a que otras, de cualquier raza, nacionalidad o credo, supervivieran. La Neus encontró colaboración; pero asimismo silencio, puertas cerradas, lo cual no deja de tener, también, su significado testimonial.*

*Realizó algunas grabaciones magnetofónicas, siempre pensando en su publicación en forma de libro. Lo correcto habría sido que las voces de estas mujeres, cada una con el acento de su tierra —las hay aragonesas, vascas, valencianas, catalanas, castellanas, etc.—, aunque ya castigado por la edad y el embrollo que supuso su acomodación al francés dialectal del Midi; con su ronquera, sus pausas, repeticiones, marchas atrás, titubeos por fallos de memoria, hubiesen podido ser escuchadas en “crudo”.*

Considerada esta posibilidad en su injusta dimensión de remota, ¡adelante con su difusión gráfica para que el silencio no cubra y deje inéditas esas palabras, para que no se cumpla la sentencia de Paul Éluard: "Si el eco de sus voces se debilita, pereceremos"!

¿Llegan tarde las voces de estas mujeres? La pregunta debería ser formulada en otro sentido: ¿Llegan a destiempo? O en otro, en términos de utilidad: ¿Son útiles a pesar de que han tardado tanto en ser publicadas?

El coro es tan inmenso que ocupa un escenario tan grande como todo un continente, y la partitura tan extensa, tan sincopada, que pueden pasar siglos hasta que restallen y se extingan los últimos clamores. La circunstancia, difícilmente justificable aplicando las reglas de la lógica, pero sí aplicando las de lo ilógico —que es otra forma de lógica—, de que este libro aparezca cuarenta años después de que sucedieran los hechos que recoge, es, sin embargo, una forma de responder a la demanda de Éluard; aunque estas palabras no son todavía un eco: son el testimonio de personas que, en buena parte, aún hoy, pueden hacerse oír sin ninguna clase de técnicas intermediarias para reprendernos de viva voz por ciertos olvidos, por ciertas dejaciones.

Las palabras reproducidas en este volumen poseen una validez tan permanente, rebosan tal autenticidad, que un día u otro, aunque ese día perteneciese al siglo veintiuno, tenían que salir de la ingrata ignorancia en que han permanecido durante décadas. ¿Qué ha ocurrido con los manuscritos llamados del mar Muerto, encontrados en las cuevas de Qumran mil novecientos años después de haber sido caligrafiados? Pues igual ocurriría con estos textos, aunque por diferente motivo. Porque el ser humano, cualquiera que sea su condición social, política o religiosa, necesita saber, y lo agradecerá cuando lo sepa, que es posible el autorrescate, que es posible salir de lo hondo y lo negro del pozo de la agonía incluso en casos de extrema miseria. No es lo mismo un pozo que un túnel. Los túneles tienen entrada y salida, dos direcciones con luz al principio y al final; los pozos, no, una sola: hay, pues, que salir por donde se entró, y esto es lo complicado. Los mismos victimarios pueden beneficiarse de la fortaleza demostrada por estas mujeres; sentir la pesadumbre del fracaso de sus refinadas técnicas de destrucción, y, al mismo tiempo, el íntimo regocijo de saber que, también ellos, desde el fondo de su marchita humanidad, serían capaces de remontar una situación calculada milimétricamente para obligarles a renunciar a la vida y echarse en brazos de la desesperación.

Después de la grabación de las cintas hubo que realizar una laboriosa transcripción mecanográfica. Una transcripción de expresiones en algunos pasajes confusas, ininteligibles, repetitivas. Las condiciones en que fueron hechas las grabaciones no eran las más adecuadas para conseguir óptimas calidades. A continuación surgió la necesidad de ahorrar a las dimensiones de un volumen manejable lo que en un principio era una gran catarata verbal. Con la obsesiva preocupación de no deformar ni falsear el contenido de los testimonios, se han hecho pequeños retoques, los indispensables. Han sido abiertos claros en la espesura de párrafos que ocupaban varios folios. Hasta hubo que hacer traducciones del catalán y del

francés. No ha habido ninguna clase de censura, pero sí recortes selectivos, en algunos casos extensos, sobre todo cuando los relatos se alargaban en detalles muy personales de la entrevistada anteriores al momento de ser enviada a los campos de exterminio.

Leyendo a estas mujeres es necesario decir que Dante y lo dantesco no valen nada. Todo eso es pura ficción indocumentada, juego de palabras o de conceptos, filfa retórica, pues es evidente que ni él ni nadie ha visitado nunca el infierno. Alguien ha escrito que el infierno está aquí, sobre la Tierra. Y se ha demostrado. El infierno lo creamos algunos de nosotros, y estas mujeres lo certifican.

Hay que imaginar el retorcimiento al que Dante habría sometido, para describirlo, el hecho de la muerte de un niño mediante la simple habilidad —la que se adquiere con la práctica cotidiana— de "cogerle por la cabeza y los pies y, de un tirón, descoyuntarlo"... como si fuese un muñeco de trapo. Así de sencillo. Neus Català no tiene necesidad de mayores ingredientes, pues no es intención suya provocar una emoción artificial. Por eso no dice "como si fuese un muñeco de trapo". No lo dice. Lo decimos quienes jamás presenciamos una de esas escenas, obligados por la inevitable necesidad de reforzar nuestros puntos de referencia convencionales y dar un sólido apoyo visual a nuestra credibilidad. Apenas utiliza adjetivos. No lo ha creído necesario. Además, aquellas muertes tenían que dejar paso a las siguientes, a otros acontecimientos, pues la maquinaria del campo seguía rodando, no podía detenerse por tan "poca cosa", ni tampoco las deportadas podían fijar su atención en algo que ya había pasado: estaban atentas a lo que podía pasar.

Mucho se ha escrito sobre las torturas padecidas por las mujeres internadas en campos nazis de exterminio procedentes de casi todos los pueblos de Europa. Se ha escrito sobre... En este libro se introduce un sustancial cambio de preposición: está hablado o escrito por... ellas mismas. La sobria plasticidad del lenguaje, la economía de medios descriptivos son un claro exponente de esa realidad. Parece como si se hubiesen puesto de acuerdo —el acuerdo existía en su subconsciente— para que sea el lector quien añada a su antojo, con la más horrorizada de las imaginaciones, el colorido, los adjetivos, los pequeños detalles.

M. Fernández Nieto

# No son las armas las que hacen el ruido de las guerras, es el silencio de los muertos (Malraux)

---

## *Introducción*

Cuando el 8 de mayo de 1945 en toda Europa las campanas repicaban la hora de la Resurrección, la victoria sobre el nazismo hitleriano, el júbilo de los pueblos quedó empañado ante un descubrimiento inusitado. Cuando se abrieron las puertas de los campos de exterminio nazis (35 principales y más de mil anexos, llamados komandos), el mundo no encontró palabras para describir el doloroso asombro que causó conocer hasta qué límites de derrumbamiento físico y moral había estado expuesta la humanidad.

Unos dementes demoníacos, encabezados por Hitler, se habían alzado contra la humanidad entera; soñaron, y por poco lo consiguen, hacer que girara hacia atrás la rueda de la Historia.

Los supervivientes de estos campos de exterminio en masa vivieron y sufrieron lo que jamás se podrá describir, pues no se han inventado las palabras para ello.

La Liberación para Europa y el mundo significó el fin de un desvarío. El dolor de las familias que perdieron a los suyos (más de 50 millones de personas se tragó la II Guerra Mundial) no podía reprimir la legítima alegría de los pueblos al fin libres.

Para España, la más grande de las injusticias. Tras el millón y medio de víctimas de nuestra guerra y postguerra, después de los 15.000 hombres y mujeres exterminados en Alemania, que, con los caídos en todos los frentes de Europa y Africa, sumarían más de 35.000, y para los españoles de la Resistencia, un velado silencio. Para las españolas resistentes y las exterminadas el olvido y para muchos refugiados, cuarenta años de exilio.

¿Por qué nos dirigimos a ti, lector amigo, al cabo de siete lustros? ¿Por qué no antes? ¿Por qué ahora? Porque andan por el mundo sueltos muchos émulos del fascismo y millones de nostálgicos de un pasado que los pueblos civilizados creían debilitados para siempre. Porque la ciencia y la técnica avanzan a veces esperanzadoras; otras, escalofriantes. Cantidades fabulosas de recursos que podrían acabar con los azotes que sufre la humanidad, de los que los niños son las primeras víctimas, caen en el abismo sin fondo de la fabricación de artefactos bélicos, cada vez más sofisticados, suficientes ya para que nuestro planeta salte hecho añicos sin dejar ni tan siquiera rastro en los espacios siderales. Porque el peligro nos puede sorprender de nuevo.

También para que conozcas aquellas “turistas refugiadas” en Francia, que huyendo de la represión franquista, y en condiciones totalmente adversas, aquellas compatriotas tuyas, se alistaron en los ejércitos de las som-

bras contra un colosal enemigo al estallar la II Guerra Mundial. Pobres entre los pobres, las más humildes entre los humildes, y por ello más generosas, se levantaron con sus manos vacías y un corazón ardiente de humanidad y patriotismo y con la mente lúcida de que arriesgaban su vida y la de los suyos en una ofrenda total a la humanidad.

¿Se puede ser más mujer, más madre, más hermana, más novia romántica que cuando se abraza la causa por la pervivencia del género humano, por su digna condición, para su libertad? ¡Libertad! Palabra mágica y abstracta, pero llena de connotaciones que tienen su verdadero sentido para el esclavo, el oprimido, el preso, el torturado. Para el que ve amanecer su última aurora porque lo dio todo para futuras Auroras Radiantes.

En los relatos de estas amigas no busques historias soñadas y elaboradas. Son historia verdadera, sin adornos ni pretensiones, que brotan de lo más profundo y limpio de su memoria. Combatieron con heroísmo, con naturalidad, con el peligro pegado a la espalda. Muchas fueron fusiladas, masacradas, y ni siquiera figuran sus nombres en las estelas de ningún cementerio ni monumento. Otras combatieron con las armas en la mano para romper el cerco enemigo. Centenares desaparecieron en "Noche y Niebla" con sus cuerpos torturados, martirizados, escaparon por las chimeneas de los hornos crematorios de los campos de exterminio. Millares de ellas continuaron el combate, hasta la Victoria, no la nuestra, la de nuestros aliados y amigos. España, siempre en el corazón, para muchas de ellas no sería nunca la tierra acogedora del eterno reposo.

Esos pocos testimonios de tan sencilla apariencia son fruto de un ingente trabajo no sólo en la investigación, sino en el vencer resistencias. Las viejas memorias deseaban quedar reclusas para siempre.

Decenas y decenas de respuestas fueron tan lacónicas como elocuentes: "Había que hacerlo. No esperábamos ni glorias ni condecoraciones. ¡Había que hacerlo!". Por eso estos relatos tienen un alto y significativo valor histórico. Han hablado por otras.

Si hacerlas hablar, fue una victoria ganada al muro del silencio; más arduo fue conseguir sus firmas y sus documentos, para dejar la huella de su paso por una historia tan reciente que no ha terminado aún.

Por ser mujeres hemos encontrado resistencias de unos y de otras. Por ser mujeres seremos, sin duda alguna, las más contestadas y, sin embargo, todo, absolutamente todo es verdad, en los hechos y en las gestas. Fallará algún nombre e incluso alguna fecha, pero los hechos, hechos son, en su esencia y manera genuina. A la manera española.

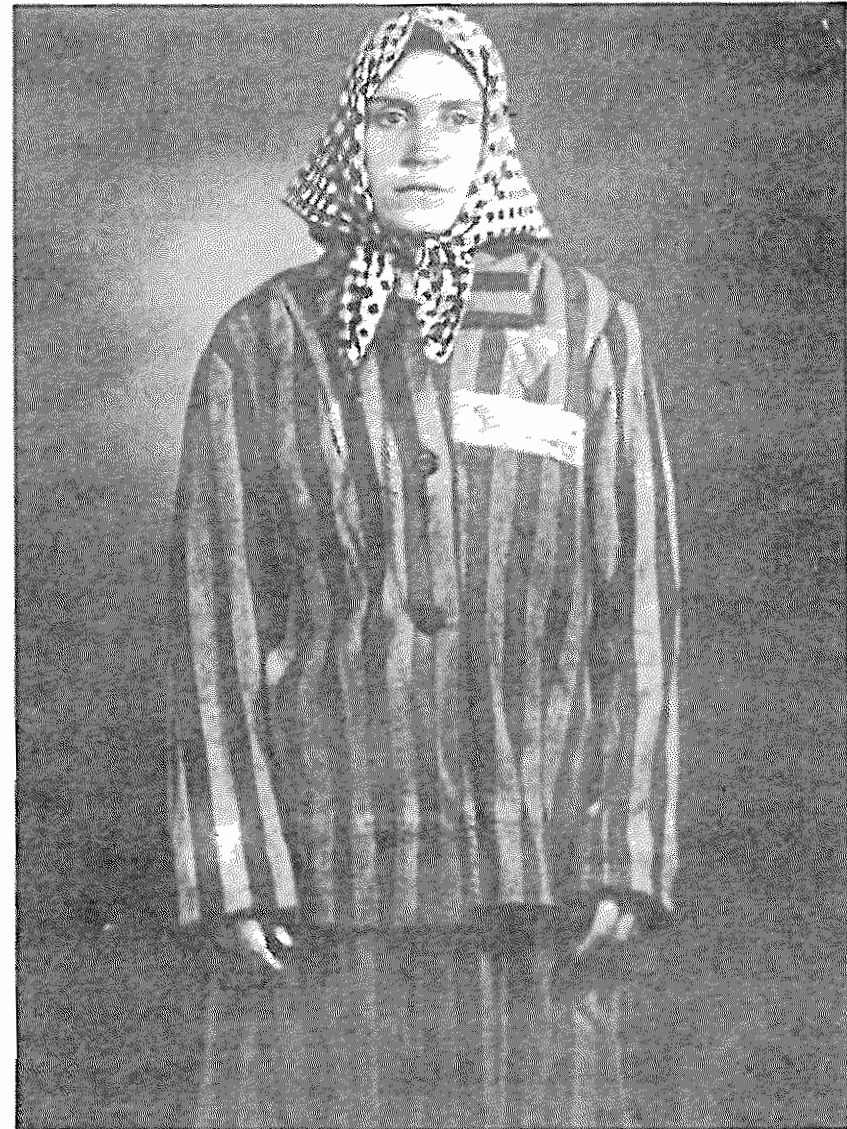
Las que sin darse cuenta a veces arrojaron mil peligros y privaciones, fueron combatientes de primera línea y no simples auxiliares. El general De Gaulle calificó a las mujeres en Francia, como "infraestructura de la Resistencia". André Malraux, nuestro amigo y combatiente en la España republicana y en la Resistencia en Francia, ese escritor genial, dijo ante la catedral de Chartres en el 30 aniversario de la Liberación, en mayo de 1975: "Los que han querido confinar a la mujer al simple papel de auxiliar en la Resistencia, se equivocan de guerra".

Las mujeres españolas del exilio, como sombras, tejían también las redes en que el nazismo quedaría atrapado y derrotado. Pero el gran silen-

cio de muerte de nuestras inmoladas lanza su grito de alerta y despierta nuestra conciencia. Son demasiados signos de pervivencia y recrudescencia fascistas, demasiados "Holocaustos" y en demasiados puntos del globo para quedarnos mudas.

Queremos advertir, hacer camino, que la Rueda avance para que un día nazca resplandeciente y para siempre, la Ciudad del Sol.

N.C.



También nosotras podremos  
afrontar nuestro propio combate  
y morir, si es preciso,  
por la causa de la libertad.

---

*Clara Zetkin,  
al Congreso Internacional  
contra la guerra de Basilea el  
24 de noviembre de 1912*





## Neus Català

---

«Lo que yo he vivido, lo que yo he sufrido, yo me lo he ganado». Esto me decía en los cinco interminables días y cinco interminables noches que duró nuestro viaje fatal desde Compiègne, campo de concentración al norte de París, hacia Ravensbrück, campo de exterminio internacional para mujeres.

Con una temperatura de 22º bajo cero, a las tres de la madrugada del 3 de febrero de 1944, mil mujeres procedentes de todas las cárceles y campos de Francia llegamos a Ravensbrück. Era el convoy de las 27.000, así llamadas y así aún conocidas entre las deportadas. Entre esas mil mujeres recuerdo que habían checas, polacas que vivían o se habían refugiado en Francia, y un grupo de españolas.

Con 10 SS y sus 10 ametralladoras, 10 «aufsheermen» y 10 «schlage» (látigo para caballos), con 10 perros lobos dispuestos a devorarnos, empujadas bestialmente, hicimos nuestra triunfal entrada en el mundo de los muertos.

¿Qué pasaría por la mente de cada una de estas mil combatientes de los Ejércitos de las Sombras, extenuadas por las tareas abrumadoras de la Resistencia, por los largos meses de cárcel, de torturas en los terribles interrogatorios? En unos minutos la boca del Infierno de Ravensbrück cerraría sus puertas y se apoderaría con su engranaje fatal de mujeres heroicas que pronto serían sombras.

Ravensbrück, ¡mil veces maldito campo! Mi primera impresión fue que yo dejaría muy pronto la vida, que amaba apasionadamente. Ravensbrück, con sus calles negras, sus barracas verdinegras, sus techos negros, su cielo de plomo, sus innumerables cuervos atraídos por el olor a carne quemada y a cadaverina de aquellas suplicadas que sin tregua, día y noche, salían con humareda escalofriante y a llamaradas de mil colores por la chimenea de los cuatro hornos crematorios.

Mi mente enfebrecida buscaba la evasión y me veía en Guiamets, un pueblecito del Priorat. Recordaba mi infancia rebelde, mi alegre juventud, el haber organizado la JSUC y ser miembro fundador del PSUC. Haber llevado a buen puerto a mis 180 chiquillos de la colonia "Las acacias", en Premià de d'Alt. De haber cumplido estrictamente mis deberes en la Resistencia, de haber resistido los interrogatorios sin denunciar a nadie.

Todas estas evocaciones las quería guardar en mi mente. Visiones alegres y exaltantes para dejar este mundo con mi fe intacta en la Victoria; satisfecha de haber sido feliz en paz con mi conciencia.

No fue el espíritu de aventura lo que me llevaría a más de 2500 km.



de mi bella y antigua tierra del Priorat. Ravensbrück era la cima del áspero monte que el estallido del 18 de julio de 1936 me hizo escalar.

¿De qué podía quejarme? ¿De haber sido consecuente conmigo misma? ¿De haber abrazado la causa de los oprimidos? ¿De defender la República española? No, no me quejaba, ni me arrepentiré jamás. Estuve y estaré siempre al lado de los que ansían justicia y libertad.

En Ravensbrück se acabó mi juventud el 3 de febrero de 1944.

Cuando los obuses "nacionales" caían sobre el Tibidabo, una madrugada del mes de enero de 1939 salía camino del exilio, dejando a Barcelona sumida en el más total y angustioso silencio. A las tres de la tarde se evacuaba hacia la frontera la colonia de niños. Emprendimos el triste exilio.

¿Quién tuvo la culpa de esa gran masacre de inocentes? ¿Qué cara pagaría Europa la derrota de la República española! ¿Qué peligros mortales corrió la humanidad entera! Pasados los Pirineos el 8 de febrero del 39, comenzaba la emigración de casi 500.000 españoles. Los campos sin techo, la arena de Argellés, Barcarés, Saint Cyprien, Agde, Colliure, Gurs, Septfonds y los mil y un mal llamados «refugios», albergarían nuestra triste humanidad. En la más completa miseria y abandono de los gobernantes franceses, niños, enfermos, heridos de guerra y ancianos; más de 15.000 personas morirían en las primeras semanas de exilio.

Los más atrasados de la vecina Francia nos rechazaban, huían de nosotros. La otra cara de Francia, la verdadera, la que más tarde lucharía también contra el fascismo en su propio suelo y que, en parte, nos había ayudado ya en la guerra, se desvivían y hacían lo que podían. Cien veces cien nombres no es nada para nombrarlos. Siempre guardaré en mi memoria nombres galos con emoción, amigos para siempre.

Terminó nuestra guerra en marzo del 39 y empezaba la II Guerra Mundial en septiembre del mismo año. Ocupada Francia por los nazis, un nuevo abismo se abría ante nosotros. Para muchos franceses que habían escuchado con deleite o despreocupación los cantos de sirena de la reacción, fue un despertar tardío y terrible. Para los antifascistas de acá y de allá no fue ninguna sorpresa. Lo sabíamos y sabíamos que no sería más que una nueva batalla contra el fascismo internacional. De entre los españoles refugiados se levantó un ejército de hombres y mujeres aguerridos que serían un poderoso bastión en todos los lugares de la resistencia al nazismo. No hubo un combate ni una cárcel, ni fusilamientos, ni campos de muerte, en donde los españoles no hayan figurado. Más de 35.000 perecieron en los frentes y los campos de exterminio.

Fueron años largos, penosos, abrumadores, en que no servían las medias tintas. Cuando se entraba en el combate clandestino nada más contaba, aunque la correlación de fuerzas fuera más desigual que entre David y Goliat; los nazis alemanes y sus secuaces en Francia todo lo tenían en sus manos: armas, soldados y chivatos; los resistentes en las oscuras sombras de los «maquis» y las complicadas redes de la guerrilla urbana, alerta, pero sin armas. Los objetivos simples, pero la lucha dura e incierta.

La astucia suplía al armamento en los primeros meses. Las primeras armas, la propaganda clandestina y la solidaridad con los presos. Las mujeres españolas, las muchachas de la JSU nos incorporamos de una y mil

maneras al combate. No fuimos simples auxiliares, fuimos combatientes. De nuestro sacrificio, de nuestra sangre fría, de nuestra rapidez en detectar el peligro dependía a veces la vida de decenas de guerrilleros.

Cuando entrábamos en la Resistencia éramos conscientes del peligro. Teníamos un 90% de posibilidades de caer. Pero caía uno, y sabíamos que diez nos reemplazarían. En el primer gran proceso de la Resistencia, en marzo de 1941, en París, en el proceso famoso llamado "Proceso de los cuarenta", había 20 hombres —en su mayoría españoles— y seis mujeres españolas. Paquita Vélez condecorada hoy con la Legión de Honor, joven madre, supo atraer sobre sí todas las sospechas de ser el jefe de la red para así acabar las pesquisas de la policía. Brutal y largamente torturada, supo mantenerse firme sin pronunciar ni una palabra ni un nombre. Con ella estaban Luisa Caro, María González, Margarita, hija de un diplomático español, Anita Cascales, Manolita Zapico.

En general, las mujeres fuimos utilizadas como enlaces, la densa red de información, los pasos por las montañas y fronteras, los puntos de apoyo, el suministro, la solidaridad hacia y en las cárceles, donde la sanidad de urgencia corría a nuestro cargo. Los controles de la policía francesa y de las patrullas alemanas los asumíamos primero nosotras. Pero estuvo además el transporte de armas y propaganda; mujeres empuñaron un arma en combate como en la "ferme" (granja) Comdom, como en Saint Etienne, como en la famosa batalla de La Madeleine.

Visitado el "Comandante Sevilla", muy anciano ya, pero muy marcial (militar de carrera), nos despidió con lágrimas en los ojos: "Cuando habléis de las españolas en la Resistencia, no habléis de cientos sino de miles. Sin su colaboración generosa y valiente no hubiéramos podido llevar a cabo con éxito muchas acciones, y muchos guerrilleros hubiéramos perecido. Repetid eso siempre y en toda ocasión".

Otras mujeres extraordinarias hablarán de otras no menos ejemplares. De todas maneras, cuanto se diga de las españolas en la Resistencia en Francia y de las exterminadas en los campos de la muerte nazi siempre reflejará una ínfima parcela de la realidad.

Como las demás, cumplí sencillamente con mi deber. Me llamaron y respondí; mejor dicho, busqué y encontré y organicé la lucha guerrillera en las montañas.

Las fechas de la Resistencia efectiva y la reconocida oficialmente raramente concuerdan. Cuando el 29 de diciembre del 42, día de mi casamiento, escondimos los dos primeros guerrilleros de lo que fue el famoso «maquis» de Turnac, yo ya había sido denunciada dos veces a la komandatur de los SS de Perigueux por un farmacéutico de Sarlat del que no he querido nunca recordar su nombre. Fue el doctor Leguiral quien me lo comunicó cuando ya éste había muerto y fue ese mismo doctor, alcalde de Carsac, población de donde residía, quien me advertía del peligro y daba siempre buenos informes sobre mí a los alemanes.

¿Qué hacía yo hasta que encontré la Resistencia armada de los «francs tireurs», (partisanos de Francia), sin ninguna orientación? Me dedicaba a escuchar y transportar verbalmente cuanto podía interesar a la propaganda antinazi, que me comunicaban los franceses que tenían radio. Mi

propaganda era exclusivamente oral. Me iba todos los sábados a un gran mercado y recorría las granjas y llamaba a la gente a no colaborar con los enemigos de Francia. Francia ocupada no era independiente, y si Hitler ganaba la guerra dejaría de existir como nación. Les exhortaba a no entregar el suministro, a esconder las cosechas y a prepararse para ayudar a la Resistencia que se estaba organizando en la sombra. Me pasaba horas y horas hablando y exponiéndome peligrosamente. Me dolía mucho que tantos franceses no aprovecharan la lección de nuestra guerra. Para mí, un francés que me escuchaba, se me antojaba un futuro resistente. En realidad, el departamento de la Dordogne, donde residía y trabajé, y el de la Corrèze, donde también actuaría, fueron, a partir del 42, dos grandes núcleos de Resistencia armada de «maquis», guerrilla urbana y una creciente complicidad y apoyo por parte de la población, sobre todo rural.

De mi morada salían consignas y planes militares y de sabotaje previendo hasta los porrenores del final de la guerra como fue la voladura del puente de Souillac (Lot), para cortar la retirada a los alemanes desde el Sur hasta el Norte. Los combatientes españoles tuvieron que abandonar las armas después de treinta y dos meses de lucha heroica; tuvieron que pasar los Pirineos, pero allí se harían fuertes para cerrar la fuga a una parte de las tropas nazis a nuestro país.

Mis funciones en el «maquis», junto con mi primer marido Albert Roger —muerto en deportación—, fueron múltiples. Mi casa era un punto de apoyo clave. Teníamos que encontrar el lugar adecuado para la recepción e instalación de numerosos guerrilleros españoles y franceses llamados a desplazarse a Alemania al famoso STO (Servicio de Trabajo Obligatorio). Pronto llegarían antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales y guerrilleros rescatados de combates de otros «maquis». Teníamos que organizar el suministro, la obtención de la documentación falsa, estafeta postal, recepción y fabricación de artefactos explosivos y obtención de armas.

La primera ametralladora del «maquis» de Turnac, conocido también como «grupo Carlos», pude lograrla en complicidad con un agente doble entre nuestro «maquis» y otro del norte de Sarlat. A cambio de armas nos ofrecía tabaco, sopa, chocolate, carne, conservas. Nada de eso me interesaba; teníamos a veces hambre, pero sobre todo necesitábamos armas para proteger a los saboteadores de líneas de alta tensión, líneas de ferrocarril y todo cuanto se relacionaba con los emplazamientos militares del ocupante nazi. Fue tacaño, sólo pude lograr una ametralladora. Para mí, la primera victoria diplomática. ¡Una ametralladora! El sueño dorado de aquellos arcángeles harapientos de los bosques.

Destinada después al aparato político y de transmisiones, mis camaradas me concedieron siempre el honor de asistir a sus planes militares, que en los primeros meses, hasta mi detención, se realizaban en mi casa. Ni que decir tiene que seguí siendo enfermera de urgencia; que con mi marido controlábamos e interrogábamos muy concienzudamente cada nuevo guerrillero que entraba en el «maquis» de Turnac. Solo nos falló uno, un colaborador, que se presentó precisamente un día en que con mi esposo nos encontrábamos en la ciudad de Bergesac para enterarnos del resulta-

do de nuestra anterior misión.

Como la mayoría de las mujeres, fui enlace. Trabajo en apariencia fácil, pero sumamente peligroso y que requería una gran resistencia moral y física. Las más expuestas a ser descubiertas y ser torturadas, en caso de detención. «Los enlaces —decían nuestros jefes— son sagrados, no deben efectuar ninguna otra tarea». Sí, sí, ¿y quién hacía el resto?. Tenía que recorrer 95 Km. entre la Dordogne y la Corrèze para transmitir un parte. Tenía que ir a pie, en bicicleta, en autobús. Los autobuses eran automáticamente registrados en cada límite de departamento.

Recuerdo mis citas con «Reynal» y, después con «Kleber». «Reynal ha sido trasladado», me dijeron; en realidad, había sido detenido y encarcelado en la famosa central de Eysses y deportado. Era un obrero comunista de una inteligencia y una bondad extraordinarias. Estas citas se efectuaban delante del teatro de Brive, con la proverbial táctica de «enamorados» o comiendo en un restaurante de la misma plaza, siempre escogiendo con sonrisas amables la mesa contigua de nuestros feroces enemigos, los SS. Por debajo del mantel pasaba el parte y por el mismo procedimiento recogía la respuesta.

En el intermedio me alojaba en una granja de Saint Mexan, en casa de los Rodríguez. Cuatro generaciones de mujeres y un solo hombre con trabajo para ganar el pan. No tenían casi nada y me lo daban todo. Esta familia fue un importantísimo punto de apoyo para muchos resistentes y jefes de guerrillas. Era una familia de andaluces, todos de la CNT, pero en el transcurso de la Resistencia, con tanto ir y venir de comunistas, acabaron por ingresar en el Partido. Fueron una de esos centenares de familias españolas que cubrieron la Resistencia y por lo cual muchos pagaron con su vida, como lo demuestra una fotografía que mi amigo Pons Prades me autoriza a sacar de su libro **Los republicanos españoles en la II Guerra Mundial**.

Tendría que hablar de la familia Pla. Gloria, la hija mayor, me sustituyó a mi detención. El hermano José, muy jovencito, era tan intrépido que tuvimos que aceptarle oficialmente en la Resistencia. Sólo contaba catorce años. Y me veo obligada a citar a mis padres. Mi padre, Baltasar Català, el campesino que soñó ser montañista, sabía encontrar los caminos más inverosímiles para llegar al «maquis» y traer noticias de última hora y de primera mano. Arriesgaba su vida y benévolamente hacía de peluquero del «maquis». Mi valiente madre, Rosa Pallejà, se quedaba muchas veces sola en la masía guardando el fuego como una vestal. Todo el mundo se tiraba al monte en los últimos meses de la guerra. Su puerta siempre estuvo abierta para los fugitivos y para algún herido en combate. Los albergaba, los curaba, escondía sus armas hasta que podían reemprender la marcha.

Quiero terminar con mi resistencia, pues cada mujer podría escribir un libro; un hecho me marcó para siempre. Esto ocurría pocos días antes de mi detención. Volví de mi último viaje a Brive y, esperando el autobús de retorno, me sentía muy fatigada y deprimida, recién operada y sin tiempo para convalecer. Sentada en un banco, veo llegar una columna de cinco ciclistas con una inconfundible pinta de refugiados españoles. Sus bi-

cis, cargadas con enormes bultos y en perfecta formación militar. El primero en vanguardia, a 25 mt., los tres del medio, el grueso del pelotón y el quinto cerrando la columna, 25 mt. detrás. ¿Quién podría imaginarse que se atrevieran a tal cosa los "rojos españoles"? Pasar por el centro de la ciudad, y además delante de la komandatur?. Me sentí orgullosa y emocionada. Qué valientes son nuestros guerrilleros. Sostuvieron 32 meses de guerra en España y ahí los tienes, mal vestidos y peor calzados, sin pan muchas veces y durmiendo al azar de alguna cabaña, y no se sienten vencidos. «Tienes que aguantar Neus, tienes que aguantar, eres un granito de arena en esta colosal guerra, pero necesaria. Tu puesto es la lucha. ¡Guerra sin cuartel a los nazis!».

«Erraus! Errautes! Austreeten! Vaite Mach!» (Fuera, fuera! Venga, de-prisa!). Una espesa niebla se había extendido, para mí, por toda la tierra esa mañana del 11 de noviembre de 1943. Mi casa estaba rodeada por once SS, los nazis de la calavera y las tibias. Los dioses de la guerra y la barbarie insospechada en plena civilización del siglo XX. Habían emplazado dos ametralladoras de campaña, todos con su metralleta y tres bombas de mano, y un camión cargado de ellas para un verdadero combate. Creían poder atacar nuestro «maquis». Esta fecha significaba para Francia el armisticio y la capitulación sin condiciones de Alemania en la guerra del 14-18. Para los alemanes nazis, en el 43, fue un día de revancha, fue una verdadera caza de resistentes. Conducidos por un infiltrado, nos detuvieron cuando estábamos preparándonos para trasladarnos a Villeneuve Sur Lot, esa misma madrugada. Junto a mi marido y a mí, detuvieron a tres guerrilleros y un viejo campesino que nos hizo ver las estrellas, pues nos quería denunciar como si no lo estuviéramos bastante ya.

Antes de embarcarnos nos reunieron a todos en una casuca donde a veces dormían resistentes de paso. La niebla había salvado a dos que habían dormido aquella noche allí. Pudieron escaparse. Al ver que no sacaban a nadie, se me escapó un suspiro de alivio y recibí dos bofetadas; la segunda me dejó la cabeza torcida durante más de cinco minutos. Mi marido podía haberse escapado, pero se pegó a mí para correr la misma suerte. Ya no volvería de los campos de exterminio.

Esposados, subimos al camión. Los alemanes no se dieron cuenta de que atravesábamos de punta a punta el «maquis» de Turnac. Nuestra serenidad no les dió el menor indicio y los SS tuvieron que volverse sin nada, con los morros secos. De todos los del grupo soy la única superviviente.

Llegados a Perigueux, mi primer interrogatorio fue terrible. No recibí ni un solo golpe, pero tuve que controlar mis nervios durante más de media hora, con una pistola en cada sien y una ametralladora en la espalda, con el constante manejo del sistema de seguridad de las armas; «Habla, no seas tonta; si tu marido lo ha dicho todo y te lo carga todo a tí... Si te engaña con otras mujeres». ¡Viles!. Mi marido era anarquista, de una humanidad tan grande y tan puro, tan idealista, que jamás hubiera denunciado a nadie. Ya siendo prisionero de guerra sufrió castigos terribles por haberse negado a enterrar vivos a un grupo de oficiales soviéticos hechos prisioneros por los nazis.

Detenidos a las ocho de la mañana, llegamos a la cárcel de Limoges

(Haute Vienne) a la once de la noche. Nuestra suerte ya estaba echada. Allí llevaban a los resistentes susceptibles de las más graves condenas. Muerdes por fusilamientos, torturas (allí tenían la gran especialidad de arrancar la piel, el clavar un hierro al rojo en el talón hasta atravesar el hueso o romper la espina dorsal a palos). Pero sin ninguna excepción, nadie se escapaba de la deportación, que era la condena a muerte lenta o rápida, pero con sufrimientos indescriptibles.

Cuando me vi encerrada en la celda, separada del grupo, tuve tal ataque de desesperación, que empecé a gritar y a dar patadas a la puerta; armé tal escándalo, que un alemán de la Wehrmacht (no confundir con los SS) vino a preguntar qué quería. Me quedé absorta. No podía pedirle la libertad a un verdugo y le pedí de comer. Me trajo dos patatas frías, que se comió mi compañera de celda con hambre de dos meses. Me cubrí con la manta, tendida en la colchoneta manchada de sangre. ¡Cuántos suplicados había dormido en mi cama! Rendida de hambre, frío y sed, me quedé dormida.

Cuando me desperté a los berridos de Ausfhteen (levantarse), pensé que no despertaba, sino que empezaba una pesadilla. ¿Qué significaban aquellas cuatro paredes sucias, llenas de inscripciones grabadas con los años de los que marcharon a la muerte: «Camarada, tú que ocuparás mi sitio cuando yo haya dejado de existir, di al mundo, si te salvas, que los antifascistas vamos a la muerte con la frente alta, con fe absoluta en la Victoria. Viva la France!».

Mi compañera de celda, una mujer de Lyon a la que se le volvió el pelo blanco en una noche mientras asistía a las torturas que llevaron hasta la muerte a su marido, sin denunciar a nadie ni el uno ni el otro, me hacía mil preguntas sobre la lucha, la guerra. Era el invierno de Stalingrado, cuando los fascistas empezaron a perder muelas. Morirían muchos millones de europeos aún, pero la victoria sería nuestra. La balanza se inclinaba hacia nuestro lado ya. Mi mutismo la exasperaba. «¿Qué clase de resistente ni que mierda eres tú, que vienes de la calle y no sabes nada?». Con todo el dolor de mi alma me callaba; era la primera consigna a observar en caso de detención. Callar ante todo; podías caer con un chivato. Bastante tenía que hacer para contener mi rabia impotente y sobrellevar el complejo de inferioridad que se había apoderado de mí: «Te has dejado atrapar como un ratón y ya no puedes luchar», ahora que precisamente empezaba mi verdadero trabajo. Había sido nombrada enlace interregional, con seis provincias a mi cargo. «¿De qué te sirven ahora tanto entusiasmo y exaltación?». Una dosis de valor muy superior aún me serviría para soportar y sobrevivir sin dejar la lucha y volver a la vida después de la bajada a los infiernos.

De mi estancia en la cárcel de Limoges, que duró dos meses, se podría escribir un libro: tantas hazañas conocí y en tantas participé con mis camaradas Titi y Luisa. Gracias a Francisco Serrano, que servía la comida, siempre vigilado por los alemanes, naturalmente, pude organizar la transmisión de partes de guerra y consignas guerrilleras. Allí preparé la evasión de Luisa Aronouviets, que iba a ser ejecutada de un día para otro. Mi estrategia sirvió. Le froté el vientre con un guante de crin con tal

fuerza, que se le llenó de ampollas. Hacerla hospitalizar y lo demás corría de su cuenta; le dí señas de amigos y se evadió del hospital de Limoges. ¿Entre 1944 y 1975 ha transcurrido un siglo? Un instante, fundidos en un abrazo entre las dos, cerrando así el paréntesis de la cárcel a la libertad.

Nuestra solidaridad llegaba indirectamente a los suplicados. Las mujeres nos ofrecíamos para lavar sus ropas. En ellas encontrábamos trozos de carne pegada. Mi obsesión era: «Mañana me traerán la camisa de mi marido, ¿sabré soportarlo con dignidad para no provocar las carcajadas de nuestros carceleros?». Entretanto vino mi segundo interrogatorio; me sacaron de la cárcel hacia la komandatur y me colocaron en la ventanilla de un coche, acompañada de oficiales, dando vueltas por la ciudad para dar a entender que las mujeres colaborábamos con ellos. Aquel día me pegaron un gran paliza. Cada vez que salía alguien de un interrogatorio los demás estábamos ansiosos. Muchos ya no volvían. Después de la gran paliza querían que firmara una declaración que yo no había hecho. Estaba escrito en alemán; les dije que si querían matarme que lo hicieran, pero que jamás firmaría: «Te aseguro que lo harás; tenemos los medios y el tiempo, demonio». Y yo tengo mi ascendencia catalano-aragonesa. Mi pobre cabeza cuantos puñetazos recibió. Todas mis fuerzas se dirigían a no perder el conocimiento.

Algo grave debía ocurrir, pues todos los de la komandatur salieron de una espantada y me llevaron a la cárcel. El guardián francés me comunicó que la misma tarde se habían renovado grandes combates en el «maquis» de la Corrèze y la Dordogne, y que el gran nudo ferroviario de Brive había volado.

La ley fundamental del preso era evadirse. Mi evasión preparada y fácil (serviría más tarde para Luise), pero en el último momento me retracté. Mi evasión significaba el martirio de mi grupo en la cárcel, pues como responsable de tal me consideraron los de la Gestapo; habrían masacrado a mi familia y a la de mi marido. ¿Qué valía mi vida, si por mí iban a caer quince o veinte personas?.

Mis padres me dieron el ser y debía preservarles la vida. No podía evadirme. De los que caían en manos de la Gestapo no se salvaba ni el 3%, y eso en territorio amigo, donde por todos los medios la Resistencia buscaba salvar a los detenidos. Una vez en Alemania...

Un tren que se dirige hacia el Este, y otro que llega. En el segundo llegamos un grupo de cincuenta mujeres de la cárcel. En el primero va mi marido camino de la muerte. Por la aspillera de su vagón me pudo entrever. ¿Qué nos gritaríamos en nuestro último adiós, que hasta a un SS, uno de esos monstruos, se le cayeron las lágrimas! Este ha sido el único signo de humanidad que he visto en un SS (¡Vete a saber por qué era SS!).

Así fue mi llegada al campo de Compiègne, al hotel París, en un lugar llamado Royallieu (lugar real). En este campo se concentraban a docenas de miles de presos para transportarlos a los campos de exterminio. Allí se encontraron madres con hijas que no sabían que corrían la misma suerte; por distintos caminos llegaron a la cita fatal después de largos meses sin conocer sus destinos. Allí se abrazaban adorables ancianas, mujeres adultas y militantes jovencitas de un mismo partido o sin él. Todas habían acudi-

do en socorro de su pueblo. Fue la conciencia nacional en aquellas mujeres a las que les había sido asignado un papel en la sociedad y que rompieron todas las barreras y tabúes. No había para nosotras otra discriminación que la falta de armas, aunque éstas hubieran sido transportadas por nosotros. Si raramente hemos superado el grado de teniente, hay mujeres españolas a quienes les concedían el título de Gran Capitán.

En Compiègne conocí a Genèvieve de Gaulle, sobrina del general, que fue mi compañera de cautiverio y a la que me une una gran amistad. De allí saldríamos, hacia Ravensbrück, Colomas Seros, Carmen Cuevas, Amalia Perramón, Sole, Herminia Martorell, Rosita Da Silva, Alfonsina Bueno, Sabina González y su madre Carmen Bartolí, Carlota Olasso, Rita Pérez y otras que no tuve tiempo de conocer. Cinco días estuvimos esperando y vislumbrando que lo que habíamos sufrido no era nada para lo que nos esperaba.

Hacinadas, vivíamos de un cuarto de pan y de agua por día, para beber y lavarnos. Sin higiene y sin aire, aquello fue la antecámara de la muerte.

Leída nuestra sentencia, sin pasar juicio, acorraladas en un patio, el oficial SS que hacía de juez y de fiscal me comunicó lacónicamente: «Condenada a trabajos forzados a perpetuidad». Alguna oyó su condena de muerte, y en alguna cárcel de la inmensa cárcel que era Alemania sería decapitada con un hacha.

Al día siguiente seríamos embarcadas casi 1000 mujeres en vagones de ganado; 80 mujeres en cada vagón. Eran los últimos días de enero del 44, helado y triste. Nuestros bártulos: un cubo de carburo vacío para nuestras necesidades, que se vertía constantemente encima de un puñado de paja, por litera. Una aspillera de 50 x 30 cm. nos suministraba el aire que por turno íbamos a respirar. Sin comer y sin beber, así estuvimos tres días. Francia ya quedaba lejos. Ya no era necesario tirar más mensajes por la vía (muchos llegarían a destino gracias a los heroicos ferroviarios). En terreno alemán se cerraba el cepo con todos sus dientes.

De repente se para el tren, y de nuevo esos gritos guturales como si de gargantas salvajes salieran, nos abrieron los vagones precintados. El aire helado nos parecía como un cielo, pero caímos al suelo como borrachas y a culatazos y puntapiés nos empujaron a unos barracones donde nos distribuyeron un vaso de sopa en la que los bastones y la paja abundaban más que el grano; un vaso de agua y, de nuevo a latigazos, nos encerraron en los vagones de donde algunas saldrían muertas el 3 de febrero de 1944 a las dos de la madrugada. Otra vez con aquellos gritos salvajes y los golpes, bajamos a la estación de Fürstemberg, en la provincia de Meklembourg, llamada la pequeña Siberia.

Ravensbrück (Puente de los cuervos). ¿Quién será capaz de describir un día la primera impresión? No he encontrado a nadie que haya dado la respuesta, ni por aproximación, de lo que sentí al traspasar las puertas de un campo de exterminio. No se han inventado palabras para describirlo. Nunca podrá salir de los labios de un deportado la intensidad de nuestro ser moral.

Dante no vió nada; reposa en paz en Rávena. Tu genio no queda rebajado, porque tú, en tu infierno, no pudiste imaginar lo impensable. Al



de Ravensbrück bajarían muchas compatriotas tuyas: Rosa Cantoni, Lydia Rolfi, la princesa Malfarda, hermana del rey Humberto, que moriría agotada en Bergen-Balsen...

Los que tuvimos la suerte de volver y recordar que todo lo soportamos por un ideal bello, que da todo el sentir al ser humano, que hace sentirse infinitamente superior al verdugo, hemos podido soportar con el corazón herido nuestra reinsertión en la vida normal. Los más afectados física y psíquicamente murieron o se dejaron morir; algunos se suicidaron. ¿Quién podrá llegar al fondo de nuestra tragedia, si nosotros mismos no somos capaces de expresarla?.

Entre las tres y las cuatro de la madrugada, dos toques de sirena. El primero para levantarse, el segundo para formar a «l'Apelle Platz» (plaza central para el recuento); atravesamos la puerta de Ravensbrück de cinco en cinco delante de los nuevos torturadores sedientos de sangre y cruelmente sádicos más allá de lo increíble. ¿Eran verdaderamente seres humanos?.

En plena noche iluminada por los potentes reflectores de las torres de vigilancia, pisamos un suelo negro y brillante, pero como sembrado de luces que no eran blancas: eran agujas de hielo que daban una luz negra. Entre dos filas de barracas, que formaban una calle, desfilamos hacia el block (barracón); al final del campo, 500 de nosotras; las otras 500, al barracón 32, declarado «Nach und nebel» (noche y niebla).

Unos ojos nos observaban de un lado y otro tras unas ventanas. Sólo ojos, único signo de vida en unos esqueletos, calaveras de mujeres que, atónitas, contemplaban el desfile. Veíamos aquellas caras que, sin duda, habían sido caras hermosas y, sobrecogidas, las veíamos marcadas por los sufrimientos, el hambre y la muerte.

Barracón 22, a tu izquierda los waters atascados; a tu derecha, la habitación de la «blokova», deformación polaca de «blokeralteste» (jefe de barraca). Enfrente el «washramn» (lavabos), con agua o sin ella, en todo caso infectado de tifus y disentería. Las cloacas del campo, o mejor dicho, las zanjas a cielo abierto, estaban al mismo nivel que la conducción del agua, y a cada lado un comedor y un dormitorio previstos para 100 personas. En el lado B, éramos unas 300 en el comedor. Allí nos desmayábamos, pero no podíamos caer; no había ni un milímetro, ¡formábamos una pared humana tan compacta!.

Pero veníamos impregnadas de combates y hazañas y nació espontáneo nuestro primer acto de rebeldía; quinientas gargantas lanzaron un «¡No!» fenomenal. Las de delante recibieron la primera embestida de las «kapos» y «aufsherinen», pero las hicimos desfilar bajo la segunda fila. Nuestros verdugos pegando y nosotros tres avanzando, ocupamos el comedor A. Esto nos salvó de la asfixia, ya que puertas y ventanas estaban cerradas herméticamente.

La «blokova» y las dos «stubowas» (deformación polaca de «stubedien-se», ayudantes de «blokova») y las deportadas establecimos un pacto. Aceptar una disciplina férrea y sus gritos en presencia de los SS. En su ausencia, el alivio de ser protegidas y alertadas de cualquier peligro. Por lo demás, que no dependía de su voluntad, el primer peldaño del infierno.

Nuestro barracón había sido vaciado el día antes de un grupo de zingaras. ¿Hacia qué destino? Primera cortina de humo que no hacía falta indagar: lo comprendimos enseguida. Los judíos, los zingaros, los gitanos, los negros, los indios, los amarillos tenían que desaparecer del globo. Los que no descendíamos directamente de la raza aria eran considerados productos residuales llamados a servir a los señores del Gran Reich. En sus quimeras de locos demoníacos, Hitler y los suyos soñaban con la dominación del mundo y poco les faltó para conseguirlo.

Los deportados de Dora-Mittelbau, que sabotaron el cohete V2 que hubiera permitido a los nazis poseer la primacía en la utilización del arma atómica, lo pagaron con su vida en largas y refinadas torturas.

Nuestro barracón sin desinfectar, lleno de piojos. Nuestros camastros, con polvo de virutas en vez de paja, que provocaba una traqueítis general; y el tejado a trozos, deshecho en varios puntos. Dormíamos dos por cama, si es que lo que servía de cama merece este nombre, en tres pisos superpuestos. En la nuestra tuvimos que cobijar a dos compañeras más porque la nieve les cubría la suya. Ochenta centímetros de ancho para cuatro pies contracabeza... Noches de ensueño, noches sin sueño, noches de espanto. ¡No mires afuera por la ventana, no te levantes!...

¿De qué muerte morirían aquellas mujeres que con gritos desgarradores de espanto y de dolor que, por minutos, por medias horas interminables, rompían el mortal silencio de las calles de Ravensbrück. ¿Qué harían con ellas los perros lobos cuyos ladridos y gruñidos se asemejaban a los de una fiera devorando carne?.

Por la noche no podíamos ir al aseo. La puerta del barracón quedaba constantemente abierta. Desgraciada de aquella que en aquel preciso instante fuera descubierta por un SS y su perro: ya no volvería al dormitorio. Alguna vez ocurrió que tuvo la presa tiempo de encerrarse por dentro y subirse a la taza del water para que el perro lobo no le destrozara los pies. Muerta de hambre y de sueño, tenía que resistir largas horas sufriendo el asco y la humillación de sentir su cuerpo derretirse sobre sus propias piernas. Si quería lavarse, si acaso había agua, tenía que pisar los cadáveres de aquellas que buscando aire morían en los lavabos. ¡Oh muertas de Ravensbrück y de todos los campos de exterminio, muertas sin túmulo ni flores, ni campanas ni cruces!.

Así empezaba en Ravensbrück la llamada vida de «Chateau». Eran los días de cuarentena, en los que progresivamente pasaríamos a ser un esclavo más. Todas uniformadas, todas enfermas, todas feas y hechas unas piltrafas.

En los primeros ocho días, y siu haber salido por las calles del campo vi, morir a más de ocho amigas. Mi gran amiga de la cárcel fue Luisa y Teresa Menot, que yo bauticé «Titi», diez años más joven que yo. La quise como a una hija. Ella participó en casi todas las hazañas de la cárcel también, y por mí ingresó en el Partido Comunista.

A Ravensbrück, fue a parar una baronesa francesa de sesenta y nueve años. Esa viejecita, que vestía de negro, no por luto, sino porque había deseado ardientemente ser cura de pueblo, tenía una figura singular. Nariz aguileña, más pronunciada que la de Santa Teresa de Jesús, ojos ne-

gros brillantes de una eterna juventud; de inteligencia extraordinaria, modales y trato exquisito. Fue una fugaz e inseparable amiga de mis primeras semanas de Ravensbrück.

¿Por qué se pegó a mí, sencilla campesina, enfermera de guerra?. Yo, la menos diplomática, le pregunté: «¿Por qué tú, tan católica, que habías querido ser cura, has hecho la Resistencia». «Porque soy patriota, soy francesa y odio este horrible monstruo, Hitler, encarnación mismo del anticristo; porque amo la Libertad». Seguro que había leído los **Cementorios bajo la luna** de Bernanos.

«Y tú, ¿por qué eres comunista?. Bueno, claro, tú eres roja; perdóname, he querido decir republicana española». «¡Oh, no!, yo soy roja, y ahora soy púrpura, soy comunista porque me sale del alma, porque me lo enseñó mi padre, porque los fascistas han declarado la guerra a España y he vivido las injusticias del mundo en mi propia carne, en la de los míos, en mi Patria; porque fui explotada, porque el fascismo aceleró ineluctablemente el proceso que se operaba en mi corazón y mis sentidos, porque... la vida se encargará de darme otras respuestas».

¿Por qué me acuerdo siempre de esta amiga tan fugaz que después de estar tres semanas con nosotras ya no la vimos más, viva?. Un día, del «Apelle» se fue a la enfermería y no apareció más. Indagamos entre las empleadas en la enfermería, la descubrieron en una caja destinada al crematorio. Allí yacía su cuerpo abierto en cruz. Había pasado a la autopsia; para algo tenía que servir un cadáver que quedó tendido después del recuento.

Me acuerdo de ella porque fue una de las experiencias más vivas y decisivas que influirían en la forma de enjuiciar todos mis actos. Allí comprendí la verdad, quizás la más absoluta: «Alguien que no piensa como tú, puede ser mejor que tú».

Para los nazis, Ravensbrück fue un «anusmundi». Para mí, el crisol de la belleza de los más altos pensamientos de la gran fraternidad, de la heroicidad hasta la muerte. Allí conocí el significado del 8 de marzo. Aviadores soviéticos exponiendo sus vidas al tiro de DECA hacían 8 de marzo en humo sobrevolando el campo durante un largo tiempo. Separadas del mundo, nos sentíamos libres. No nos habían olvidado y seguiríamos combatiendo aunque sólo fuera intentando salvar alguna de nuestras camaradas de no importa qué nacionalidad, partido político o confesión.

Allí había muchas comunistas, socialistas, simples patriotas, mujeres de la burguesía, intelectuales, aunque la inmensa mayoría de presas procedían de las capas obreras y campesinas. Había católicas, testigos de Jehová, escrutadoras de la Biblia. Las había por el simple hecho de ser polacas o zingaras, judías o mujeres «supuestamente» resistentes.

Allí aprendí como morían horriblemente de septicemia muchachas después de 48 horas sin asistencia; cómo peinarse sin peine, cómo afeitarse sin agua, cómo aguantar la sed más torturadora que el hambre; cómo ejercitar el cerebro para que por encima del cuerpo, éste no se convirtiera en bestia.

Hoy no siento odio; pero entonces sí que odiaba a los que me maltrataron, a los que atentaron contra mi dignidad y eso era insostenible. Pero

deploro que anden sueltos aún por el mundo, en Alemania seis millones de nazis; esto sólo ya hace necesario nuestro testimonio.

A los veinte días subimos ya al recuento en la plaza central del campo. Los grupos destinados a un comando de trabajo los veíamos desfilar hacia la salida, grotescamente ataviadas, alicaidas, con sus picos y sus palas, cantando el «Allí, Alio», canto marcial que nos estremece al recordarlo. Las más viejecitas hacia el «betrieb» (taller), para hacer calceta, esperando su paso rápido a la inuerte; eran bocas inútiles, no producían bastante. Si no las gascaban, las mataban a palos.

Enfrente de nuestro grupo formaban las madres y los niños judíos. Bebés sollozando en los brazos de su madre y los que andaban agarraditos a sus faldas. Lloraban en silencio; eran niños, ancianos, sabían el peligro de unas botas relucientes y luengas capas negras de la SS.

En pie desde las cuatro de la madrugada hasta la nueve con veintidos grados bajo cero., ví como dos kapos del triángulo negro arrastraban a una muerta que no había subido al recuento y una feroz mujer SS, una «aufseherinen» la insultaba y pegaba con un látigo, hecha una fiera excitada. ¡Sacrilega! Desde allí inmóvil durante cinco horas (evitando respirar profundo: las aletas de la nariz se pegaban a causa del hielo; sin llorar: las lágrimas también se congelaban y podías quedarte ciega). Veías salir a lamentables semblanzas de mujeres afectadas por castigo o mala suerte a la «Scheisskolonne» (columna de la mierda). Mejor era eso que no quedarte como «Verfügbar» (disponible), que podías ser utilizada para ahorcar a otras presas. Esta fue mi obsesión constante. Eso jamás lo haría. Antes la tortura. Eso lo habíamos jurado todas la del barracón.

Blanca Ferón había encontrado a una mujer electrocutada (muchas no pudieron soportar más y se suicidaban así en Ravensbrück y otros campos) «No vayas por tal calle me dijo, pero yo era más curiosa que una mona, y aun a riesgo de ser descubierta y castigada al «bunker» (calabozo y sala de torturas), fui en pos de ese nuevo horror. Todo lo quería grabar en mi memoria si salía con vida. ¿Porque he tardado en gritarlo a los cuatro vientos? Allí dejaron a esa presa durante dos días para acrecentar el ambiente de miedo. Yo ya había terminado con mi semana de depresión torturando a mis hermanas con mi constante: «¿Verdad que nos moriremos pronto?» -«sí —me contestaban—, y tú la primera, porque no comes ni duermes y nos creas mala conciencia con terneros que tragar tu sopa. Come y calla; no nos contagies tu miedo.» Eso ya había pasado y estaba preparada para afrontarlo todo.

Vi aquel cuerpo de mi hermana, rígido, con las manos crispadas por el horrible espasmo, un hilo de sangre cuajada en la nariz y en las comisuras de la boca, me daba la imagen de lo que sería si un día me llamaban a ahorcar presas. Mil veces antes esa muerte que ser verdugo. Veía este cadáver aterrada pero serena. Ella no sufría, ¿qué me esperaba a mí?

Otra vez me metía en el sacrosanta de las cocinas, vecinas al horno crematorio. Un enorme nabo pasó como un bólido a dos centímetros de mi cabeza; si me pega de lleno, hoy no lo cuento. Se atomizó al estallar en una pared. Me escapé a tiempo; podían acusarme de ladrona, y eso era el punto final...

Todos los recuerdos me vienen sin cronología. Instantánea, gris y negro, como aquel maldito campo. Allí no lloraba por las muertas; mis lágrimas, a escondidas, corrían por el dolor de las vivas.

Había una orquesta en el campo, compuesta de violines; iban vestidas como nosotras pero limpias y con pañuelo blanco. Tenían que ensayar bajo la nieve y el frío del Báltico. La directora dirigía y lloraba. A sus espaldas, vigilando, una «kapo» y una SS. Enfrente, las chimeneas del horno crematorio siempre en acción, las cenizas de los cuerpos servían de abono o serían echadas al lago. La escasa grasa recuperada en un reguero especial serviría para engrasar la maquinaria y según el «maister» (contramaestre) de Holleischen, la mejor para dicho menester. También se fabricaba betún. Aún debe quedar servus humando en Alemania.

Habían muchas soldados soviéticas. ¡Cuánto odiaban los nazis a los rusos! Veo el revuelo y complicidad de otras presas para salvar a una soviética perseguida por una «kapo». «Titi» se da cuenta y le abre la ventana de nuestro barracón y la hace escapar por el lado opuesto. Mientras, un grupo bailábamos desesperadamente para impedir todo movimiento de la «kapo». Aquel día esta soldado soviética se salvó. ¡Eran tan valientes y solidarias, tan dignas!

Un bidón que se vierte por el suelo negro de Ravensbrück. Las presas que lo llevaban habían caído agotadas. Un grupo de presas, esqueletos, se tiran al suelo lamiendo esa sopa. Los palos caían indiscriminadamente. ¿Cuántas quedaron con vida? Que nadie nos descubriera mirando por los cristales; todo el barracón sería castigado con un pie firme durante doce o veinticuatro horas bajo la nieve.

He visto una apisonadora de novecientos kilos, (aún se puede ver en Ravensbrück) tirado por seis moribundas. A eso se le llamaba el «planierung». Nuestra inolvidable Carmen Buatell tuvo que realizar ese trabajo. Muchas presas murieron aplastadas por esa piedra. Aquello era alucinante, lo vi con mis propios ojos.

Una vez quise mirar por la ventana del 32 para saber que ocurría con las otras 500 que formaron parte de nuestro convoy. Desde lejos oí gritar: «Achtung! kapo!, ¿de qué país sería la que me salvó la vida?» A veinticinco metros venía una furia con un palo más grueso que su brazo, y estaba gorda esa criminal de triángulo negro. Me escurrí como un lagarto.

Mis camaradas francesas estaban ansiosas por mis ausencias. ¡Qué generosas y fraternales fueron conmigo! Pero yo no podía resistir la tentación de escudriñar.

Los días seguían iguales o peor. Todo lo que nos envolvía era terror. Aquel olor a carne quemada y a podrido; aquel incesante rumor, ruido inimitable, mezcla de quejidos, susurros, aullidos, lamentos, gritos, chasquidos, jadeos, ladridos y las mil y una maldiciones de aquella torre de Babel. Y los hornos crematorios, que no cesaban día y noche hasta tragarse por turnos a las encargadas de alimentarlos de carne humana. De muertas o de vivas como Sofía Litman, una joven madre española. Y los cuervos siempre graznando. Música funeraria. Cuando el horno no daba más de sí, se abría una zanja y con gasolina se le prendía fuego.

Así desaparecieron un gran número de niños judíos o gitanos. Las SS

los hacían bajar a zanjas rociadas con gasolina y bajo el cínico pretexto de protegerlos de un bombardeo, con un bombón en la mano, les prendían fuego. Alguna vez lo hacían tan cerca del campo, que sus madres oían sus alaridos y se volvían locas de dolor. Gritaban tanto, pobres madres, que las encerraban en un barracón sin comer ni beber, ni manta ni aseo, hasta que, locas de verdad, se desgarraban unas a otras y, medio muertas, las llevaban a «Mittwerda», un campo ficticio, lugar de exterminio directo.

Y ahora empezaré por el principio, por las diferentes etapas que pasa una mujer con identidad y de condición normal hasta llegar a ser un número menos que un perro o un caballo.

El mío, en Ravensbrück, fue el 27.534. En aquella época ya se había convertido en campo categoría 3, de exterminio. Claro está que la lógica fascista consistía en matar, pero aprovechando el jugo. Las menos deficientes engrosaríamos los pingües beneficios que los SS sacaban con sus acuerdos pasados con los monopolios, los Ivfarben, los Tissen, los Krup, Siemens, etc, etc.

En febrero del 44 morían de «muerte natural» unas mil mujeres por semana. Hasta el final de la guerra, las exterminaciones masivas no se pueden calcular. Por estas fechas había una población concentracionaria de 11.000 mujeres. El campo tenía cabida para 3.000. Ciento ochenta y dos mil mujeres fueron matriculadas, sin contar las que no fueron contabilizadas. Las deportadas por motivos políticos o resistentes llevábamos un triángulo rojo en todos los campos, excepto en Mathausen, por razones descritas en **Triángulo azul**, de Razola Perlado y Mariano Constante. Allí los españoles fueron considerados apátridas y llevaban un triángulo azul. Es la única excepción.

En el triángulo la inicial del país. Las españolas fuimos discriminadas en ese sentido; veníamos de Francia, y ese fue otro de los caprichos de los SS que no hemos descifrado. De ahí la confusión aún existente. Una tendencia marcada a aminorar nuestra importante participación en la Resistencia y al reconocimiento del elevado número de desaparecidos en deportación.

No reivindicamos la verdad como un privilegio, sino por justicia y reconstitución de una parte histórica que arranca de 1.936; por el respeto a nuestras muertas, por desagraviar a tantas mujeres olvidadas. Más de cuatrocientas españolas pasaron procedentes de veinticinco departamentos controlados de los noventa y cinco que tiene Francia.

A los ocho días de nuestra llegada, me encuentro con el primer piojo, tan grande y tan feo que me produjo vómitos. Mis camaradas hacían bromas sobre mí. «Bueno, apuesto a que todas tenemos piojos y, si no, ¿por qué tanto rascarse? Buscad, buscad y encontrareis la contestación». Los hallaron por decenas, por centenas. Esos malditos bichos me valieron el rapado al cero cuando nos llevaron al vestuario a formar parte del mundo informe. Después de una ducha hirviendo o helada, varias veces sucesivas, que nos hacía contorsionarnos grotescamente, nos lanzaron una camisa y unas bragas que parecían calzoncillos de los antiguos payeses de la Ribera del Ebro, una bata y una chaqueta, mitad estopa y mitad cabe-



llo de las que habían sido rapadas antes que yo, con rayas verticales azul y gris sucio y un capuchón que servía para esconder el pelo y afearnos, no para protegernos.

De vuelta al barracón me miraba en vidrios de la ventana con mi cabeza pelada. «¿Cómo te pareces al morito Mordejay!» El vestido era largo, lo mismo que la chaqueta y «lencería interior» lo que me convenía; las medias que querían ser de lana, sin ligas, y los zapatos con suela de madera y de variopintos trozos de lona, del N° 42. Valía más tomarlo a broma. Allí comprendí por qué las mujeres damos tanta importancia a la indumentaria. Tras el despioje y travestido, vino la ficha antropométrica a la Kommandatur.

De vuelta al barracón, casi de noche, rápido tragarse una patata tocinera y 60 gr. de pan negro espolvoreado de serrín, y encontrar tu cuarto de «cama», si no, «cómo encontrarlo en la oscuridad total? A las tres de la madrugada la sirena señalaba el fin del terror de las noches. Las unas tosiendo; las otras llorando y gritando en sueños, reviviendo sus torturas en los interrogatorios; otras riendo a carcajadas. Felices las que habían tenido un sueño alegre; su despertar era atroz, pero habían tenido unos momentos humanos. Para las que no dormíamos; para las que reprimíamos una tos agotadora; para las que, hipersensibles, oíamos toda clase de ruidos misteriosos, la sirena representaba un sufrimiento pero a la luz.

Del «revier» (enfermería del infierno) guardo intacto el recuerdo de terror y de vergüenza que sufrimos. Jóvenes, ancianas, adultas, monjas como Sor María y Madre Elisabeth, tuvimos que desfilar desnudas y sin protección higiénica, como yo necesitaba aquel día, delante de unos «médicos» SS y unas «enfermeras» nazis. Nos miraban la boca. ¡Ay de la que tuviera dentadura de oro! Su nombre era señalado con lápiz rojo en el registro. Yo, que empezaba a ser esqueleto, también mi nombre quedó en rojo. Me creían tuberculosa.

A las de los dientes de oro, a las demasiado ancianas, las que presentaban alguna enfermedad crónica o incurable, la selección se haría pronto; había que eliminar gastos y recuperar el oro. Ocho días después me llamaron de nuevo a aquella enfermería de donde pocas enfermas volvían a salir si no era por el humo de la chimenea, para la radioscopia. Esperando mi turno, vi a otra deportada que me sobrecogió. ¿Era posible que un cuerpo humano al que se le veía todos los huesos, que en el lugar de sus senos tenía dos huecos y que a través de la piel del vientre se distinguían sus vísceras, se mantuviera aún de pie? Sus ojos angustiados vigilaban la reacción de la enfermera. «Gut arbaiten?», preguntó (¿buena para el trabajo?) No! le contestaron brutalmente y se fue llorando su propia muerte.

Yo miraba mi cuerpo desnudo. No, no estoy tuberculosa, tenía esperanza. Cuando llegué al barracón (me habían dicho «gut arbaiten») todas me abrazaron de alegría. De todas maneras, ya habían previsto y confeccionado otro número de matrícula para escapar a la selección. De esta manera se ha salvado mi amiga Tony Leher, de Austria, condenada a la decapitación, gracias a las alemanas antifascistas, primeras moradoras del campo, y un grupo de francesas.

Un nuevo viaje a la enfermería para el control vaginal en condiciones

tan vergonzosas como humillantes. Con el mismo instrumento, y sin desinfectar, sacaban muestras de todas. ¡Qué asco y qué miedo! Esto era una tortura suplementaria impuesta a nuestra condición de mujer; todas salíamos con rabia, y cabizbajas, Alguna, si era bella, podía ser destinada al prostíbulo, como le ocurrió a una cantante de ópera belga y a la mujer de un diputado socialista de Bélgica; como tantas otras, se suicidaron. Los prostíbulos, por regla general, sólo eran reservados a los «kapos» y detenidos de derecho común, es decir criminales de toda índole. Por lo menos en Ravensbrück.

Así, entre escenas repugnantes y horrorosas, fuimos aprendiendo nuestro «oficio» de deportadas, cuya obligación primera era morir. Algunas fueron pronto artistas del estraperlo, por el cuarto de peine lleno de liendres, los 60 gr. de pan, lo único sustancial de nuestra comida, y eran los tiempos buenos. Por la mañana, un quinto de litro de agua sucia y tibia como café. Al mediodía, dos rodajas de nabo en un plato lleno de agua sin grasa, y al fondo, a veces, encontrabas unas motitas de piel de hueso.

Las veteranas del campo, hambrientas, nos decían que era carne de judía, y los primeros días, como «quintos» no caíamos en la cuenta y les pasábamos nuestra ración. Por la noche, una patata y 15 gr. de queso hecho de patata fermentada. A las ocho en punto, silencio y oscuridad total en el barracón. La que se retrasaba, ¿cómo encontraría su sitio en aquel laberinto? Se quedaría tiritando de frío toda la noche en el suelo. Y otra vez la sirena nos arrancaría como un resorte; vestirme, calzarte, dejar la cama bien rectangular, como la cabeza de los nazis; tomar el «café», el recuento delante del barracón y, a las cuatro en punto, el sincronizado zap, zap de nuestros zuecos por millares hacia la «Apelle platz».

Formadas en cuadro esperábamos aterrorizadas cuál sería el primer crimen del día. Sufríamos tanto rigor, que todas las mañanas dejábamos cadáveres en un terrible campo de honor. A la enfermería, ni con fiebre queríamos ir. Los médicos y enfermeras deportados se desvivían, pero poco podían hacer. No tenían medicamentos. Sólo podían aliviar moralmente la agonía. En la enfermería faltaba todo y, sin embargo, había un quirófano dotado de los instrumentos más modernos.

Antonia Kiforanova, médico soviético y mujer admirable relata cosas espantosas en su libro «Nunca jamás esto». Entre otros, cita el caso de una niña zingara de doce años de la Europa del Este a la que habían practicado una histerectomía total y la dejaron agonizar con el vientre abierto y sin vendas. Esta chiquilla gritaba horriblemente sin descanso, hasta que murió podrida en vida. A las madres que daban a luz en aquella época, les ahogaban el bebé en un cubo de agua y las madres casi morían de fiebres puerperales. Así le ocurrió a una chica joven que tuvo su primer bebé. Era de mi convoy; su pobre madre no tuvo derecho a ver a su hija agonizante. Antes, a los recién nacidos los cogían por la cabeza y los pies y, de un tirón, los desconyuntaban.

En Ravensbrück, como en otros campos, se moría de «muerte natural» de mil maneras: por el tifus, disentería, hambre, torturas, inyecciones de bencina en el corazón o en las venas, provocando en estos casos dolores horribles; por unos polvos blancos que te adormecían para siempre ja-

más; por fusilamientos, destrozadas por los perros, ahorcadas, a palos, aplastadas por los vagones de mercancías o la apisonadora, ahogadas en las letrinas.

El quirófano estaba bien dotado, pero servía casi exclusivamente para hacer experiencias. La mayor parte las practicaba el doctor SS Gebhardt. Por esas experiencias pasaron un grupo de muchachas jóvenes polacas llamadas «las kaminchen» (conejos de india). De sus miembros extraían nervios, músculos, huesos. Con sus horribles mutilaciones las veíamos deambular por el campo bien alimentadas. Se supo que serían eliminadas, para no dejar rastro de los crímenes con ellas cometidos. Luego, los SS no eran inconscientes ni ignorantes. Fue la solidaridad de otras presas lo que permitió que algunas se salvaran.

«A las operadas—, cuenta además Nina Kifonova, se les anestesiaba lo justo para el tiempo de la operación. Acabada ésta, de un empujón, se las tiraba de la mesa y fuera de la sala». Si he citado un poco a Nina no ha sido sólo porque fue una doctora y camarada admirable de sus compañeras de no importa qué nación y porque su testimonio es capital y aseverado, sino porque además adoptó a la niña española de Ravensbrück. Estrella, de nueve años, llegó con su madre procedentes de Bélgica y pronto quedó huérfana. Nina la escondió y la salvó. Al acabar la guerra se la llevó a la Unión Soviética; Estrella tiene estudios superiores y es actualmente su nuera.

Quisiera dar un ejemplo de la operatividad de la «sauna» ravenbruciana. Madame Gauville, que vivió en mi celda, pesaba 90 kg. Le tenía tirria a la cárcel por su obsesión a la comida, pero en el campo la quise como a una madre. Al mes de estar allí le di una chaqueta de lana que había sustraído del control y le venía bien y, cuando me hice la chaqueta, no pesaba más de 44 kilos.

Preparando «mejores tiempos» para colocarnos en condiciones de inferioridad, empezaron a sacarnos del campo en grupos de 40 de cinco en fondo. Con un azadón enorme a la espalda teníamos que atravesar Furstemberg: casitas de visillos blancos, flores entre las dobles ventanas, casitas de ladrillos rojos. La cárcel y el campo habían borrado una parte de nuestra memoria. ¡Es tan bonita la tierra! ¿Por qué hay monstruos que se empeñan en destruirla?

Llegadas a una explanada, teníamos que desplazar un enorme montón de tierra de la derecha hacia la izquierda, y al revés. Al primer pitidío, la primera pala en movimiento; en menos de un minuto las cuarenta palas estaban en movimiento. Las más cómicas o alegres imitábamos a Charlot en **Tiempos modernos**, pero al cabo de una hora notamos los efectos del trabajo irracional. Esa irracionalidad entraba de lleno en la lógica de los nazis. La muerte por agotamiento; era una forma de valorar nuestras fuerzas. Las que sin precaución cambiábamos la posición de la pala, la piel de nuestras manos quedó pegada allí; Desde aquel momento ya no puse en duda que aquellas casas tan bonitas estaban hechas de sangre: «En cada ladrillo, una gota de sangre de alemán antifascista», nos habían dicho. Después ya ni las miraba, ni a sus moradores ni a sus chiquillos, que nos tiraban piedras. Eran moradas para los SS y sus familias, escoria mo-

ral, tubos digestivos para cumplir una misión bestial.

Otro trabajo de mi grupo fue desecar el pantanal. Con el agua helada hasta los tobillos, abrimos zanjas de desagüe. Pero, cuidado, allí no se desperdiciaba nada; con las manos desnudas, y sin cordel ni molde, teníamos que confectionar unos ladrillos de barro perfectos y colocarlos en montones más altos que nosotras. Doce horas diarias de este trabajo y a los veinte días pasabas al estado de guiñapo presto para el matadero.

Para regresar al campo teníamos que pasar junto a la perrera; doscientos perros lobos, furiosos al percibir nuestro olor. Siempre pasé ese trecho sin respiración; una angustia mortal paralizaba mis pulsaciones; si de golpe se abrían las puertas... Morir fusilada era un horror, ¿pero y destrozada por un perro?

He dicho que en Ravensbrück no había nunca silencio. Súbitamente, una mañana de finales de marzo del 44, un silencio total, como por arte de magia, se estableció. ¿Qué vimos de repente delante de nuestro barracón? Al mismísimo Himler, jefe de la Gestapo de todos los campos de exterminio con su plana mayor. ¿A qué vendría a Ravensbrück? Qué pavonada siniestra. Su visita sería el prelude de matanzas masivas.

Tú, uno de los grandes pavos del régimen hitleriano, lleno de condecoraciones, lustrado y lustroso, miope y monstruoso, en aquellos días te creías fuerte, invencible, pero nosotras, que quizá no lo veríamos, sabíamos ya que habíamos ganado la gran batalla contra la muerte y nos sentíamos más fuertes que tú. Tú, con tu calavera y las tibias como insignia; tú, que de la ópera de Wagner **El oro del Rhin** sacaste la réplica de Fafner: «Seid Macht und Nebel Gleich» (sed semejantes a la noche y a la niebla), ordenando a los enanos desaparecer; tú, que hiciste desaparecer a millones de hombres y mujeres de toda Europa, decenas de compatriotas nuestras sin dejar rastro, serías juzgado por el tribunal de la Historia en Nuremberg y ahorcado.

Final de la cuarentena precipitado. Irrumpen en nuestro barracón, una noche, apenas tragados los dos bocados de cena, un grupo de «aufseherinnen» con sus perros, con las «kapos» correspondientes. Unas cien mujeres del lado A somos llamadas; yo era de las últimas, pero seguiría el camino de «Titi». Con lágrimas y sin tiempo para despedirnos de las demás, deshechas las familias que habíamos organizado, con vestuario limpio y en menos tiempo que dice la misa un cura, nos encontramos de nuevo dentro de un vagón con una SS y con ametralladora y dos «aufseherinnen». Pero ahora solamente 40 mujeres y más paja. A no ser que fuera un perfecto camuflaje, no era una «selección».

Dejando la inhóspita tierra de Meklembourg (hoy tan preciosa), viajamos casi cuatro días. El tren pasó por Berlín y lo vimos medio destruido por los bombardeos. La guerra seguía nuestro curso; la vida nos sonreía. Llegamos de noche a Holleischen. Para nosotras, la angustia de los desplazamientos nocturnos; para los nazis, la seguridad de que no podías evadirte. De un campo de exterminio nadie, o casi nadie, puede evadirse. Sin complicidad ni apoyo, los evadidos eran de nuevo presos, torturados y masacrados.

Komando Holleischen. Un pequeño campo como otro, que dependía

de Flossembourg, campo central de hombres, categoría 3, es decir, de los peores. Komando de un campo centro; komando de trabajo; komando de diferentes categorías. Todo eran komandos. De ese campo también dependía Zwodan-Stava, de mujeres, donde fue a parar Carmen Cuevas.

Holleischen había sido una granja modelo de vacas. Las desalojaron. Un gran recinto enfrente, y al lado opuesto, a la derecha de la entrada, un recinto muy confortable que serviría para oficinas y cuartel de nuestros «ángeles de la guarda».

Con mi inseparable «Titi», Blanca Ferón, Nanette Fernier y Gusy Galambos, húngara (la nueva familia), nos subieron al piso segundo. Las mismas camas que en Ravensbrück, pero con paja que jamás sería cambiada en dieciséis meses, y una manta para cada una. Estaba prohibido que nos acostáramos de dos en dos, pero lo hacíamos y así sentíamos menos frío, aunque estábamos acostadas cerca de dos ventanucos que obligatoriamente, y voluntariamente, dejábamos abiertos contra la asfixia.

Nos levantábamos una hora más tarde que en Ravensbrück a los olvidados berridos de «Auxteen» de la cárcel. Rápido, arregla tu cama, y descubro que nuestras mantas provienen del Ejército español, Cuerpo de Infantería; me puse a llorar con una emoción incontenible. Algo de mi tierra estaba allí, a más de tres mil kilómetros, de Guiamets. «Pero esa manta —pensaba— mejor sería para un soldadito español o un preso; a mí, total, para el tiempo que me quedaba, lo mismo daba dormir con manta que sin ella». Mis amigas me decían que era una tonta sentimental. «Mejor —les contesté—, lo cortés no quita lo valiente». Traduce, traduce. Son bonitos y originales los refranes españoles. «Mientras tenga lágrimas seguiré sensible y sueña bollos, que siempre recibirás tortas».

A las cinco en punto recuento en el patio convertido en «Apelle Platz». No estaba mal del todo; el suelo cubierto de gravilla dorada, pero estábamos rodeadas de alambradas eléctricas de alta tensión. «¡Achtung!» Al tanto, eso también es un campo de concentración.

El comandante que nos tocó en suerte era un hombre raro; austriaco, pero nazi. Con sus extravagancias y cambios de humor, se le adivinaba que era drogadicto como se dice ahora. Al principio no se portó mal con las francesas (había sido prisionero de guerra en Francia en la guerra del 14-18). Con las rusas era un sádico; las hacía apalear hasta que sangraban; le bautizamos «Edmond», no sé por qué. Comprendía el francés y lo chapurreaba; tan pronto nos llamaba «las pequeñas francesas», como nos amenazaba con pegar fuego a todo el campo. La primera gran «pitada» se la llevó cuando hizo apalear a un preso del barracón de hombres, al otro lado de la carretera.

Entre otros verdugos, recuerdo al SS «Totoche», hombre servil hacia sus superiores y bestial con las detenidas. Sus preferencias eran nuestras gargantas; sus manos y todo su cuerpo se estremecía de placer viéndonos al borde de la estrangulación. Teníamos a «Frau» (señora) Schmit, bella como una urraca, cínicamente mala «Ober Aufsseherinen» (jefe de las SS del campo), con lo bella que era, sus accesos de rabia cuando nos pegaba, deformaban su cara de forma extraordinaria; no sé a qué fiera compararla. Estaba «Mouche a miel» (mosca de miel), a la que bauticé «mosca de

mierda»; tenía ojos felinos, cambiantes, y la mala costumbre de pegarnos preferentemente en los ojos, con un anillo de piedras preciosas, muy grandes, pero de muy mal gusto. A más de una dejó tuerta, como a mi amiga Adrienne de Perpignan. Teníamos a Graff, llamada pantera roja; la Ria, pantera negra; el SS llamado «el sapo», por su cara llena de granos y verrugas. Un tipo de moral repugnante.

Un buen día, «Edmond» se fue del campo hacia otro. No servía para un komando de Flossembourg categoría 3. Con él se llevó nuestra admirable Elsi, una alsaciana que fue nuestra «Blockova» y amiga, y que tenía gran ascendiente sobre «Edmond». También se llevó la «Garza». Hemos sabido después, en busca de Elsi, que murieron en un bombardeo en Nuremberg.

La «urraca» fue reemplazada por la antigua jefe de las SS del campo de Auschwitz. En este campo se exterminaron cinco millones de judíos y millones de combatientes de todos los países de Europa, principalmente rusos y polacos. Allí fue gaseada Leonor Rubianos y otras cinco españolas, que se haya podido saber; así lo afirmó una antigua reclusa de este campo a nuestro camarada Olegario Serrano, que vive en Vallauris.

Se terminaron las fiestas domingueras semiescondidas. La arena dorada, reemplazada por escoria negra. Prohibido cantar, hablar en el ir y venir de la fábrica, en el trabajo. Prohibido reír. Todo era «verboten» (prohibido), y al acabar el recuento, mañana y noche, nos decían: «seréis todas ahorcadas».

Olleischen fue un lugar de exterminio en el que, mientras podías producir, te perdonaban la vida. A pesar de todo, y a escondidas, organizábamos fiestas todos los domingos.

Los ritmos de trabajo y vejaciones se fueron acumulando y nuestra resistencia física estaba al límite. ¿Llegaríamos hasta el final? Era cuestión de días y de horas para algunas. Las campesinas aguantábamos mejor la rudeza del clima, los trabajos y los mismos castigos, pero las intelectuales, las de las clases acomodadas, lo pasaron muy mal. Las jóvenes eran presa de la tuberculosis.

¿Cómo se pudo resistir? Fue, de un lado, cuestión de suerte; pero sobre todo, por nuestra moral de lucha, no pensando en tí misma y siendo solidaria con las demás. A las «ancianas» de 50 años las llamábamos madre, y las jóvenes las hacíamos creer que las necesitábamos para resistir y las protegíamos discretamente. La vida en aquel antro de muerte era amada con pasión y el ansia inmensa de libertad nos mantenía en pie.

Cuando alguna camarada me decía: «¿No ves que no puedo más; no ves como sufro?»; yo le contestaba invariablemente: «no, la vida es bella, hay que conservarla»; alguna se salvará, ¿por qué no hemos de ser nosotras?». —«Pero la vida es fea y cruel aquí»—, «no, la vida es bella; todo lo que aquí sufres es para la belleza de otras generaciones, como otros sufrieron como tú. ¿conoces la historia de Spártaco? Cuando fueron derrotados, diez mil fueron crucificados en la vía Appia, entre Capua y Roma, pero se acabó el imperio Romano y la esclavitud». Eso me lo había contado mi padre, siendo niña. «Yo he salido de España perdida la guerra, pero no vencida y, aquí encerrada, estoy luchando por su reconquista».

En el taller 44, en el «Komando Faul» (de las gandulas) se fabricaban obuses antiaéreos de día y de noche, cambiando de turno cada semana. Teníamos que fabricar 10.000 obuses por equipo; se bajó la producción a 6.000, a 5.000. Nos enteramos de que la más pequeña cosa ajena mezclada con la polvora la inutilizaba y se organizó la caza de moscas; de vez en cuando, la mosca, aceite de la máquina y, si no, buenos escupina-zos. Cada serie de 10.000 pasaba al campo de tiro. Si salían 100 defectuosos volvían al taller para desmontarlos y volver otro mes a fabricarlos. Penélope estaba presente; en nueve meses se sabotearon diez millones de aquellos obuses. Habían especialistas en romper las prensas como «Tití», las de retrasar el ritmo de la máquina, como yo, limpiar las máquinas con un cubo lleno de acetona. De respirar aquello conservo dos cicatrices en el pulmón derecho. Todo eso vigiladas por los cuatro costados. Nuestras «queridas» máquinas habían entrado bajo nuestra protección en abril de 1944 y a primeros de mayo estaban paralizadas. Es un deber señalar que el ingeniero jefe, un antiguo nazi, cuya fe en el nazismo se había terminado ya, podía haberlo averiguado todo y no lo hizo. En menos de un mes, el taller se quedó sin herramientas. Tampoco el «maister» (contra maestre mecánico) nos denunció, aunque sospechaba de las autoras.

Cada vez que íbamos al water pidiendo permiso a la SS de turno, en alemán y con el número de matrícula, sino la bofetada era seca, con los huesos a flor de piel... «Señora Aufseherinen, el número tal le pide humildemente permiso para salir afuera.» Se nos contestaba invariablemente: «Ya schweinerei o hysteriskuh» (sí, porquería, vaca histórica). Bajo el brazo llevábamos escondida pólvora, y si el «maister» no estaba, o estaba de espaldas, una herramienta bajo la chaqueta y a la ...

Aunque el hambre retorciera nuestros estómagos no éramos capaces de quitarnos una brizna de pan, pero para la lucha éramos unas perfectas ladronas; sabotear, sabotear, sabotear.. A eso tendían todas nuestras fuerzas y preocupaciones. Pero ello implicaba unos peligros de muerte, vigiladas por los cuatro costados; pero había que hacerlo. Cuando nos vimos ante lo que se nos exigía, se nos planteó el caso de conciencia más grave de nuestra vida, pero optamos para aceptar, a sabiendas de que si no lo hacíamos nosotras nos eliminarían de una forma u otra y otras nos remplazarían. En el mismo instante vimos la forma de continuar la Resistencia: no producir y sabotear por todos los medios el armamento nazi. Si nos sorprendían seríamos acusadas del más alto crimen de traición: torturada y ahorcada de pies y manos y colgada en un gancho de carnicero por debajo de las mandíbulas, muerte lenta y atroz, pues no desangrabas. Lo mejor que podías hacer era moverte todo lo que podías para que el gancho subiera sin parar hasta encontrar el cerebro. Así fue ejecutada Mimi de Pau, Françoise de París y una soviética por sabotaje, en el campo central Flossenbourg.

Mimi de Pau era española, y su cuñada Elena también estaba entre nosotras. Mimi, madre joven de dos niños, tuvo el heroísmo de hacer la Resistencia. Me acordaré siempre con nostalgia y ternura de las fugaces conversaciones de algún domingo por la tarde con ella. De los labios de esa mujer frágil, de ojos bellos en una cara de muñeca brotaban palabras de

sentimientos profundos: «¿Verdad que yo no he sido mala madre? es que yo no me sentía madre solamente de mis hijos, sino de todos los niños del mundo». Sus lágrimas resbalaban quedamente por sus mejillas pensando en sus hijos, pero no se quejaba, seguía luchando y aun cuando en algún libro como **Les françaises a Ravensbrück** y **Triángulo Rojo** se habla de tres francesas ahorcadas en Holleischen, juro que Mimi era española y pueden testimoniarlo Sabina González, Janette L'Herminier, hermana del comandante que sumergió la Flota de Toulon, Madeleine Lansac y las que formaban mi colectivo.

Holleischen era un campo ordinario, donde los piojos, el hambre, las doce horas de trabajo, los cuentos y recuentos, las riñas de unas, los ronquidos de otras, los «lauskontrolle» (control de piojos), las alertas no daban ni un minuto de reposo. Sólo las semanas de trabajo de día podías reposar un poco si los piojos y los ratones te dejaban. Pero aún antes del recuento tenías que vaciar las tinetas en los waters del barracón de enfrente, siempre atascados por insuficientes; con el recinto lleno de mierda más arriba de los tobillos y a tientas, tenías que encontrar la argolla del desatasco con los excrementos de tantos vientres enfermos hasta medio brazo.

Eso no nos quitaba el apetito: no teniendo nada que comer, ya que las raciones habían bajado a proporciones casi microscópicas.

Nuestro «Komando de las gandulas» era el designado para los castigos. Si las «kapos» veían alguna deportada desaliñada (¡no nos cambiaban la ropa más que cada seis meses y no teníamos jabón), por el más fútil motivo, o sin él, encontrado en cualquier komando (éramos 1800 mujeres), el «komando de las gandulas» tenía que salir afuera a formar bajo la lluvia y la nieve. Así pasamos la Navidad de 1944 de las dos a las siete de la tarde, con lluvia y nieve, que iba cuajando sobre nuestros trajes de forzadas y nuestros pies en unos charcos de agua nieve, no parando de patlear para evitar la congelación.

Al otro lado de la carretera, en el barracón de los hombres, donde también había españoles, tuvieron como abeto de Navidad dos ahorcados durante dos días. ¡Pobres compañeros deportados! Quién podría decir jamás que no fueron dignos de admiración si dieron su vida también por la causa de las mujeres; cómo sentirse enfrentada a ellos si yo sé que los hombres de mi generación han sufrido como yo.

Con el cuerpo y el alma doloridos, lejos de los nuestros, sin esperanzas de verlos, engrandecidos los recuerdos, celebramos la noche de Navidad. Las católicas celebraron una misa sin comunión y las no creyentes, que también habíamos colaborado en la confección de un hermoso altar. Después nos repartimos nuestros trocitos de pan, ampliando el círculo de familias y haciendo el payaso las de siempre. Durante la «fiesta», una camarada católica se me acerca y me dice con gran conmiseración: «Nosotros tenemos a Dios, que es nuestro consuelo y esperanza, pero vosotras ¿a quién tenéis, quién os da esa fuerza, esa serenidad, esa seguridad en el enjuiciamiento de nuestros actos, este optimismo, si no tenéis a nadie?..» —«¿Cómo que no tenemos a nadie? Te tengo a tí, y a ésta y a las otras, millones de seres, ¿y te parece poco?..»



Navidad para los deportados no tenía un segundo día. Las de día se fueron al trabajo, a las de noche nos hicieron un registro general, control de piojos, control de camastros; en el mío confiscaron por tercer vez un cuaderno confeccionado con papel de empaquetar con unas lecciones de alemán y lo tiraron al fuego ¡al demonio envíe el alemán y a los alemanes! Un esfuerzo mental que me ahorra. Aprendería astrología, una manera como otra de evadirse; mejor que la obsesión de las recetas de cocina que encontrábamos degradante, pero tanto era el hambre que sufríamos que a los días volvíamos a lo mismo. Es lo único que he podido salvar de los constantes y deprimentes como peligrosos controles.

Los recuerdos vienen cabalgando alocadamente, sin orden ni cronología. Había 365 días en el año y no había un sólo en que algo malo o peor no sucediera. Mis recuerdos personales siempre van emparejados con alguna otra deportada. A mediados de octubre del 44, a una camarada soviética le pegaron tan salvajemente de los riñones para abajo, que la dejaron en carne viva. A los pocos días, el 20 de octubre, en uno de los extenuantes controles, al hacerme desnudar me encontraron unas gomas que pomposamente llamaba ligas. ¿De dónde las sacaría... Teníamos medias, pero no teníamos derecho a ligas; así siempre las llevábamos en acordeón, encima de nuestro «calzado». Por esas ligas recibí una paliza colosal. La Graff, alias la «Pantera Negra», la Schmit, alias la «Mosca de Mierda», con las botas, el látigo de pegar caballos, con el anillo para reventarme los ojos, estaban desencadenadas, pero yo me hice como una pelota, dando vueltas; revolviéndome como una sabandija, me acordaba de Reynal: «Cuando te maltratan o te torturan, odia con toda tu alma a tus enemigos y no sentirás ni la mitad del mal».

Y mientras las furias me pegaban, solamente pensaba en salvar los ojos y quitarles mis ligas. Sólo me acuerdo que decía: «Me quitaréis la piel, pero me quedarán los huesos». Cuando se cansaron de pegarme, mi cuerpo era un cardenal y me empujaron brutalmente en mi camastro, y aún no habían traspasado la puerta cuando triunfalmente enseñaba mis ligas, ¡No me las habían robado: Malas putas!

Al llanto de mis camaradas se mezclaba la risa «¡Ah, Tú!. Estaban seguras de que me dejarían muerta y me hicieron traducir lo que les decía mientras me pegaban. No eran quejas, sino blasfemias de los campesinos de mi tierra, acompañados de refinamientos científicos y anatómicos. Se lo traduje del catalán y se tapaban los oídos...

Las semanas de noche eran temidas al alba del domingo. Una de esas mañanas, en pleno invierno del 45, sin poder andar, sin desayunar, nos llevaron lejos, a dos kilómetros, caminando. «Ya está —decíamos—, a la cámara de gases!». No, era de desinfección. Nos dejaron en plena corriente de aire, desnudas, a la vista de los obreros que pasaban y algunos de ellos se reían. «¡Puercas! — nos decían las SS, ¿no os da vergüenza que os vean así?» Nosotras manteníamos la cabeza alta, ni las escuchábamos. ¿Acaso eran seres humanos aquellos que se mofaban de nosotras? Sería largo de contar cómo acabó la historia, como siempre, con humillaciones y agotamiento.

No había un momento de sosiego ni intimidad, siempre en movimien-

to, siempre en promiscuidad.

El komando de Holleischen, como el de Leipzig, se negó a cobrar unos vales por nuestro trabajo. Nos negamos todas a una. «Somos enemigas del Reich y trabajamos forzadas; no cobraremos nada». Palizas, horas de pausa, nos mataban de hambre; con aquellos vales podríamos haber comprado alguna mala chuchería, pero nosotras manteníamos las manos atrás: ¡No cobramos nada!

Una noche nos negamos a comer la sopa de unas hierbas deshidratadas que nos producían dolores de estómago y diarreas y se lanzó la consigna de huelga de hambre. Madeleine Lansac y otra gaullista se acercan a «Titi» y a mí, dándonos cinco minutos para decidir. Así nos hicieron árbitros del único caso, creo yo, de esta índole en un campo de exterminio. ¡Madre, la que se armó! Telefonazos al comandante, gritos, palos, pero nada; a trabajar toda la noche, sin pausa; y, a la mañana siguiente, cuando nos llevaron al campo pensando en lo peor, nos esperaba la única ensalada verde y la última que probé en toda mi detención. Pero la verdad es que podía habernos costado la vida.

Mientras pasaban los meses, nuestros cuerpos se fundían. Vestidas, a pesar de estar acostumbradas, nuestra facha nos resultaba hilarante; pero desnudas en los lavabos nos veíamos como los esqueletos que nos sobrecogieron. Quería huir, pero sabía que si descuidaba aquel aspecto aseado, si no resistía a la apatía, era mujer muerta en menos de ocho días. Las que, por agotamiento, su mente no reaccionaba, estaban condenadas. Sólo las ganas de vivir, de alcanzar un día más, te alargaban la vida puesta ya en el centagotas.

Sabíamos que los alemanes no querían dejar huellas de sus crímenes; además, Lola Gené, Blanca Feron y yo estábamos condenadas a muerte por habernos cogido «con las manos en la masa» del sabotaje. Afortunadamente, quedamos aisladas de Berlín y no pudo llegar la orden de ejecución.

En el desbarajuste de las últimas semanas, faltos ya de materiales para el armamento, nos hacían trabajar en los escombros de los bombardeos, en arrancar inmensos troncos de árbol con picos que pesaban más que nosotras; nos hacían preparar mortero para construir unos talleres que no servirían jamás, y apisonarlo con un pilón de 30 kilos a pulso. Una tarde me destinaron al hormigón con un grupo de «viejas» ucranianas. ¡Vaya mortero! En la superficie, perfecto; debajo, cada ingrediente separado, el agua por donde fuera. El contramestre, un checo, nos observaba y nos aplaudía a escondidas. Pero aquella tarde aquellas ucranianas trabajaban sin discernimiento, es decir, bien y deprisa. Me indignaron de tal forma, que, como último recurso, hice la salvajada de tirarles una palada de arena a los ojos. Ni ellas sabían alemán, ni los alemanes el ruso, y yo, por supuesto, ninguno de los dos idiomas. A sus gritos de «Vas? vas?» (¿qué pasa, qué pasa?) yo contestaba «Arbaiten, arbaiten» (trabajo, trabajo). Me vieron tan enfadada, que nadie sacó nada en claro, y por supuesto, la intérprete Marianne, que lo había visto todo, no me iba a denunciar, siendo como era una camarada maravillosa. Las del pilón reposaron un buen rato.

Los acontecimientos se precipitaban; nosotras saboteando y ellos segando vidas. Fueron insensatos y crueles hasta el último momento. En uno de los últimos «Apelle», la jefe SS del campo mató a palos a una compañera que tenía a mi derecha. Aquello era un campo de locas; los nazis y nosotras parecíamos atados a una noria sin canjilones.

Los bombardeos y ametrallamientos aliados se intensificaban, los castigos y el hambre, aún más. Comíamos pieles de patatas y nabos podridos; he comido caracoles crudos, hojas de trébol, brotes de pino. Como no funcionaban las máquinas; nos sacaban a los campos o no importa dónde con tal de proseguir nuestro aniquilamiento; ya no podían ni trasladarnos a Flossenbürg para gasearnos. Nos empleaban para sacar escombros de lugares que se derrumbaban, y así perecieron algunas. A veces volvíamos solas al campo. Los SS tenían tanto pánico, que se volvían locos y se escondían Dios sabe dónde. Cuando llegaban para el recuento no podían hacerlo, pues se producían nuevos bombardeos.

A lo lejos oíamos el estrépito de las batallas del frente soviético. Al oeste, los alemanes se entregaban sin resistencia a los americanos. El 3 de mayo, a las once de la noche, viniendo de Praga, a 80 km. de Holleischen, vimos un frente de fuego de varios kilómetros ininterrumpidos.

¡Qué maravilla! ¿Llegarán a tiempo? Apenas nos daban comida; afortunadas las que, campo traviesa, saltando y cayendo en los hoyos abiertos por los bombardeos, podíamos encontrar grama. Nuestras piernas se doblaban, un soplo de brisa nos tiraba al suelo. ¡Ay, frente del oeste!: avanza, avanza hasta la orilla de las que muriendo quieren vivir. Excitadas y ansiosas esperábamos el acto final de nuestra tragedia.

En la mañana del 5 de mayo cerraron nuestros barracones con candados y enormes barras de hierro. ¿Qué nos habían preparado? Bloqueados los SS por un cerco de 10 km., sabíamos que tenían la orden del exterminio total. No debían dejar rastro de sus horribles crímenes. Comimos el trozo de pan que nos dieron, suprema satisfacción del condenado. A las once y media de la mañana nos liberaba un grupo de guerrilleros. ¡Uf!, el campo estaba minado para saltar a las doce en punto.

Al comandante de nuestro campo, el tercer y peor de todos, le obligaron a desactivar la infernal ingeniería y, sin más contemplaciones, lo fusilaron a 50 metros del campo en una cuneta. «Podéis ir a verlo», nos dijeron los liberadores. No puedo decir que sentí algo. Estaba atónita. No sentí ni odio ni alegría. ¡Nada! ¡Nada!

Era libre, y por primera vez lloré lágrimas, no de rabia sino de sentimiento. ¿Qué sería de Albert, mi marido (ya no volvió de los Campos), de los míos, de los de la Resistencia en Francia y en España? Ni quería salir del campo; no me atraía la libertad, tenía miedo al regreso. De hecho, en las semanas, días, horas que precedieron la liberación, las viví en sueños. El saberles derrotados me daba tal energía que ni en la muerte pensaba. Habíamos participado con inmensos peligros en la Victoria y eso era lo más importante.

A lo lejos, las campanas de Praga y Europa, las campanas que anunciaban el fin de la guerra. Tomó posesión del campo el Ejército americano. Los soviéticos quedaron entre Praga y Pilsen, y no tuve la alegría de

abrazar a un soldado del país que había soportado el principal peso de la II Guerra Mundial; decenas de millones de combatientes y civiles perdió la Unión Soviética, y fue un oficial soviético quien izó la bandera de la Libertad en el Reichstag. Tomaron posesión del campo tropas americanas. Un muchacho de Texas, hijo de madre española, a Sabina, Lola y yo nos colmó de comida, de apoyo moral y envió nuestros mensajes, que llegaron a nuestras familias. De los otros, sólo puedo decir, que en servicio, eran escrupulosamente correctos.

Un grupo de prisioneros de guerra franceses nos tomó bajo su protección y nos cuidaron admirablemente. Fuimos repatriadas en camión por los americanos. No había otro modo de viajar: todo había quedado cerrado. A unos 10 kms. de Nuremberg, totalmente destruido, me puse a llorar, porque vi unos bombarderos americanos que, sin parar, hacían ostentación de su potencia militar. No había otro signo militar en el cielo, de ningún otro aliado. Las armas enmudecieron y sólo el silencio de los muertos tenía derecho a clamar justicia.

«¿Por qué lloras, me preguntaron mis inseparables amigas. Porque estos pájaros me huelen... a cuervos de Ravensbrück; porque en algún rincón de la Tierra debe existir guerra (efectivamente, en Indochina ya), ¡Y ni sé cómo ni cuándo terminarán las malditas guerras!

Esa fue mi primera decepción de liberada. La poesía de aquel campo verde y amarillo al lado del campo sólo me viene ahora a la memoria, al cabo de tantos años. Durante mi cautiverio en Holleischen, todos los días, al ir y volver del trabajo, me prometía que sería mío, aunque sólo fuera unos instantes. Mordí la hierba, las flores, la tierra, me revolqué en ella con las pocas fuerzas que me quedaban con tal fruición que, a no ser por unos matorrales, doy con mis tristes huesos en un río.

Para llegar a Francia, pasamos por el Rin, el fabuloso, por un puente de madera, a paso de tortuga. El segundo convoy después del nuestro se hundió con 900 prisioneros de guerra.

Fuimos acogidas por unas indignas representantes de la Cruz Roja francesa, cuya bienvenida fue: «Si os hubierais quedado en vuestros hogares lavando los pañales de vuestros mocosos, nada os hubiera ocurrido!. ¡Si no nos las quitan de las manos unos exprisioneros de guerra, las linchamos!.

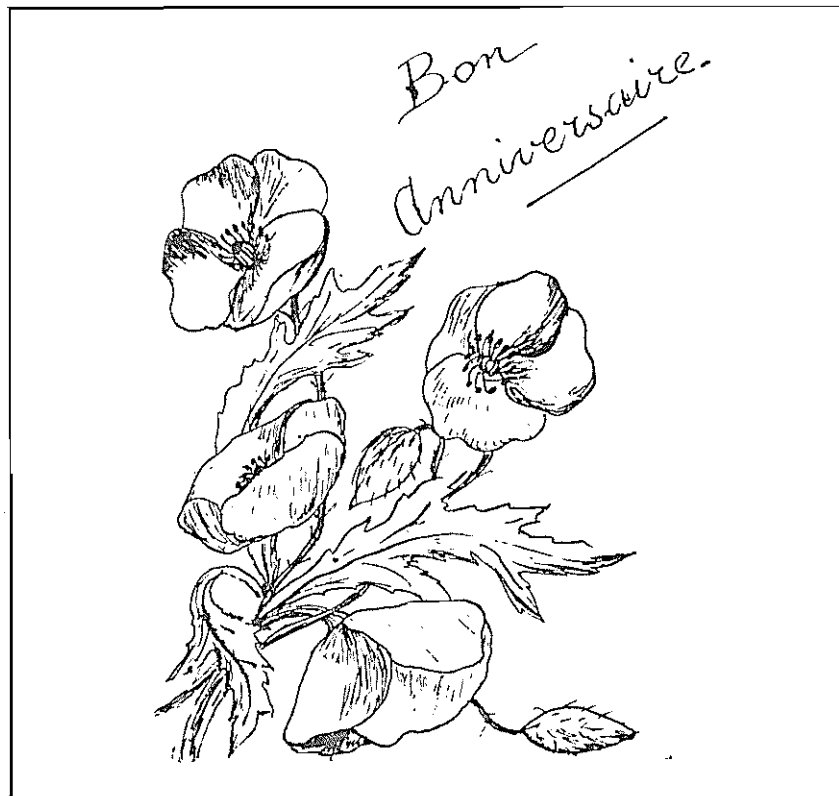
Nos trasladaron a Thionville. Nos esperaban unas soldadas francesas con más humo que un tren (se alistarían a las doce menos cuarto). Nos querían hacer formar para albergarnos en un cuartel; de un manotazo las apartamos y ya no las vimos más. Llovía. Nos habían agitado de nuevo la fiesta del milagro. De nuevo en tren, cabizbajas, arrepentidas casi de volver, Y el tren va parando, y una banda municipal... ¿era verdad? jamás concierto podrá maravillarme como aquél. Era un diminuto pueblo de campesinos de la Moselle. Las mujeres, los hombres que no habían perecido en la guerra, todos los niños alrededor de la maestra y el alcalde en cabeza venían a saludarnos. Nos dieron todo lo mejor que tenían para comer, nos ofrecieron flores. Nos abrazamos llorando. Ellos, esos nobles e ignorados campesinos, nos habían reconciliado con la vida.

A las del Midi y Sur de Francia ya nos llevaron a nuestros destinos...

En la estación de Perigueux, comiendo en un albergue improvisado, nos acogían nuestros camaradas de la resistencia y las autoridades. Aletada, casi sin reaccionar, oigo que me llaman. «¡Enfermerina! ¡Enfermerina!»— «¡Pepe Luis! ¿qué haces aquí».—«Enfermerina del alma, hice la Resistencia como tú y vuelvo de deportación con mis dieciocho años aún no cumplidos (ha muerto joven, muy joven en Sarlat -Dordogne-).

De estos malos sueños me despertaron unas madres que acudían a verme. «¿Mi hijo podrá volver? ¿habrá sufrido mucho?» las consolaba como podía; me parecía abrazar de nuevo aquellas camaradas entrañables del campo, para infundirles aliento. ¿Cómo anunciaría a Madame Nesman que su marido, el doctor Nesman, profesor de Medicina de la Facultad de Estrasburgo, había muerto en mano de sus torturadores en la cárcel de Limoges? ¿Cómo aliviar el dolor de mis padres, que tenían a su hijo condenado a treinta años y un día de prisión, habiéndosele conmutado la primera sentencia de muerte en España, después de haber hecho la resistencia en Francia y las guerrillas en España? De inmediato me entregué a nuevas tareas, a nuevas responsabilidades. Era mi tabla de salvación. España no estaba muerta y no morirá jamás.

La rueda avanza. ¿qué no? ¡qué sí!



## Soledad Alcon

### *Esposa Frieiro de Nimes, Resistente*

Recibí la orden de evacuar a los heridos de las Brigadas Internacionales, de pueblo en pueblo, hasta la Junquera.

Allí nos esperaban los “amables” gendarmes y guardias móviles. “Allez! Allez! Hop!” Nos trataban como a borregos.

No queriendo perder el documento de trabajadora industrial, escribí a la fábrica de Nevers para mi reincorporación. A los quince días obtuve la autorización de las propias autoridades alemanas de ocupación para reintegrarme a mi puesto. Era material de guerra lo que allí se fabricaba.

Allí ya me puse en contacto con un grupo de camaradas que tenían organizados los grupos de sabotaje. Era durante el 41, como obrera calificada.

Para la conmemoración del 11 de noviembre, fecha del armisticio de la Guerra 14-18, tan sagrada para los franceses, los camaradas decidimos que debíamos celebrarla con una serie de sabotajes en la fábrica. Teníamos que paralizar el motor. Pero entonces dije: “¿Es que podemos confiar en el encargado? Nadie lo conoce, no habla con nadie. ¿Me dais vuestra confianza?” “Pues, sí” “Entonces no sólo se parará el motor, sino el torno y será todo el taller pero sin tocar el motor”. Hice una serie de 3000 piezas de la hélice de los aviones Stuckas. Yo hacía los ejes del motor. Me olía que las materias primas venían de Alemania y Francia; las doradas eran francesas, y las grises, alemanas. Estas eran más resistentes. Me di cuenta de que no había que poner la misma resistencia en las dos, pero que el error inicial venía ya del control alemán y yo seguía poniendo la misma resistencia en los duro-aluminios. Viene un control, un encargado francés pro-nazi, y yo vengo a hacer gestos de descontento, como si me preocupara mucho de aquel error. “Usted no se da cuenta. Acabo de hacer tres mil piezas y son para tirarlas. ¿Quién controla esto?”. El tío fue corriendo a dar parte, pero mi sabotaje quedó completamente disimulado. Así me gané, además, la confianza de la dirección. Después ya comencé por la comedia del torno. El “moyana” tiene tres dientes y daba mil vueltas al segundo; se gastaban muy rápidamente. Allí tenía un jefe de equipo formidable. Habría que contar todo lo que pudimos realizar en complicidad. Se llamaba Mr. Cailloux. Las piezas estaban defectuosas porque yo no cerraba bien el torno. Un buen día dejé flojo el torno y el “moyeux”, y como si nada; dejo que la pieza se haga sola y me pongo al lado de otra obrera; en otro motor, como para pedirle algo y entonces se produjo un estampido; si me pilla allí me mata, lo mismo que a la otra, a la que, bajo pretexto de enseñarle una pieza que, según yo, estaba mal hecha, al retirarla del motor, la salvé también. A pesar del ruido de los



tornos y de los mil obreros que allí trabajaban, se oyó el estruendo del motor que hice estallar.

Todo quedó paralizado por el pánico. Los obreros parando sus máquinas; los contramaestres e ingenieros precipitándose. “¿Qué pasa, qué pasa?” - “¿Qué pasa? Pues que si yo no voy a dar un consejo a esta compañera, ahora ya estaría camino del cementerio, y hace quince días que me quejo del defectuoso funcionamiento de las máquinas”. Era cierto que me quejaba, pero ellos no encontraban nada. La que aprovechó las constantes quejas injustificadas fui yo, pues tomé como pretexto un defecto inexistente y que yo provoqué. Se había doblado todo el torno; el banco permaneció dos meses inutilizado. ¿Ves, camarada Vidal? Ahí tienes tu once de noviembre.

Se detiene al camarada Vidal. Trabajaba en otro taller. Vinieron a avisarme inmediatamente. “Ojo, Sole, han detenido a Vidal”. Era catalán; Fernández era valenciano, como yo, un hombre de cierta edad, y tenía que alertarle a él, a todos los grupos de sabotaje que estaban dentro de la fábrica y a los del otro turno.

Empiezo a hacerme la enferma, como si me dolieran las tripas; había parado el torno, me contorsionaba de dolores. El jefe, creyendo que era a causa de los trastornos menstruales, hace que me den un vale de salida.

Fui a avisar a Rosita, que vivía con Vidal. Ya estaba avisada por una francesa. “Esconde todo lo que tengáis donde puedas”.

Yo me fui a esperar a los del turno siguiente. Entonces, el primero que pasó me dio todos los nombres y direcciones para avisar.

Nombrada agente de Enlace Interregional, tenía a mi cargo la región Centro Sur. Subía a París a recibir directrices que transmitía a Blois (Loir et Cher), Orléans (Loiret), Tours (Indre et Loir), Vierzon (Cher), Nevers (Nievre), Dijon (Côte d’Or), Toller Flogny. Había un matrimonio gallego en este pueblecito, que eran maravillosos conmigo. Los sitios que más miedo me daban eran Dijon y Flogny. Y es que tenía que tomar el tren a las tres de la madrugada, y el toque de queda empezaba a las diez de la noche; tenía que estar unas cuantas horas en la sala de espera de la estación. Pero la sala de espera era nuestro terror; era mortal pues era ahí donde más camaradas caían. Yo debo decir que en esa sala de espera sentía un miedo terrible; cinco horas de angustia. Cuantos controles; allí podías caer como el pez en la red. Podía haberme puesto a correr por la carretera general pasando por Tornesse, pero aquella carretera estaba siempre infestada de alemanes; era aún peor. Aunque el camino mucho más corto.

Para llegar a Flogny tenía que hacer 18 Km. por una departamental, pero sin alemanes. Ese trayecto lo recorría en menos de dos horas y media. Hoy, cuando pienso en los medios que empleaba como autodefensa, me río. Al llegar de Dijon tenía que esperar otra hora antes de poder circular. A las cinco de la mañana, saliendo de la estación al tomar la departamental, había unos montones de piedra. Cogía tres o cuatro piedras, me las ponía en los bolsillos, y otra la llevaba en la mano, por si se producía un ataque imprevisto. Bien me habría defendido con las piedras frente a las pistolas...

Al llegar a Orléans aquel mismo día había habido “razzia”, donde cayeron veintidós camaradas españoles. Dejo mi maleta en consigna. Fui a buscarla. Estos veintidós camaradas habían sido vendidos por un español al que conocíamos por “el Barbero”. Nunca se pudo comprobar, pero se deducía, que por donde pasaba ese tío había detenciones. En un momento dado desapareció y yo te aseguro que lo hemos buscado después de la liberación...

Me fui a una serrería a 14 km. de Orléans, que es donde confeccionábamos todo el material de propaganda.

He conocido a la esposa de Ortega; no sé su nombre, pero sí que hacía la Resistencia. Los dos eran mutilados; les faltaba un brazo a cada uno. Eran asturianos.

¿Cuántos kilómetros he hecho a pie! Durante el día, con el ruido de la serrería, picaba el cliché, y por la noche lo pasábamos en ciclostil, y de allí a repartirlo; a veces tenía que esperar cuatro o seis días para circular.

En otra ocasión, llego a Tours y me dieron unas quinientas cartillas de racionamiento que los resistentes españoles y franceses habían sacado de la Alcaldía. Había que mantener a los cientos y cientos de clandestinos. También dábamos a familias numerosas, de la Resistencia o no, era igual. Montalbo me da en Tours esas cartillas y, en llegando a Nevers, a la salida, me veo a la bofia, “Ya está”, me dije. Un tipo me dice: “Abra esa maleta”. Le dije: “Mire, si usted tiene algo, me hará un gran favor, porque he perdido la llave y con la llave no puedo abrirla”.- “Bueno, ¿Y una persona joven como usted no tiene miedo de viajar sola?”.- “Es que..., dentro de muy pocas horas ya no estaré sola”.- “A la picara le espera su amigo, ¿Hace mucho tiempo que no le ve?”.-Pues seis meses; ya estoy impaciente”.- “Váyase, váyase. Hala y diviértase”. Llevaba dinero, instrucciones, cartillas de racionamiento. Si me abren la maleta...

Al salir, el que tenía que hacerse cargo de lo que llevaba me dice que no puede hacer nada; que la policía había hecho un registro, que me largue, que me arregle como pueda; han detenido a dos camaradas. “Vete, vete”, y me planta. Me fui a casa de una familia española que me servía para descansar. Me puse todos los papeles en la faja y al día siguiente tenía que llevarlos a París.

Yo, cuando tomaba el tren, lo hacía donde había alemanes; los franceses no querían subir. Yo me decía: “El mejor escondite es el enemigo”. Eso no quiere decir que mi corazón no se rompiera, porque entre Nevers y Dijon hacía como una vaguada entre dos montañas, y muchas veces los “maquis” atacaban los vagones de alemanes. En Dijon teníamos un equipo formidable. Algunos trabajaban como cocineros en los cuarteles alemanes. Tenían la cara dura de ponerles propaganda dentro de los floreros. Una vez, en cada plato habían colocado un pasquín.

Hoy te preguntas cómo es posible que hayas hecho cosas tan peligrosas con tanto miedo, pero con tanta determinación.

Así durante dos años de enlace “en tren, a pie y en bicicleta”. Es que a los enlaces se nos utilizaba para todo. Un enlace no tenía más misión que transmitir órdenes y recibirlas para transmitir las, pero, como hacía falta gente, pues transportábamos hasta armas.

No he participado en ningún combate, pero a veces me habría gustado esconderme en algunas de aquellas montañas donde nuestros guerrilleros recibían nuestro material y orientaciones.

Me fui de nuevo a Nevers. Un día vimos una columna de 2000 alemanes, que iba hacia Vierzon. Solo un grupo de 20 o 30 "maquisards" españoles y franceses les hicieron frente. Un francés y un español se plantaron en medio de la carretera con sus dos ametralladoras, y los demás, emboscados muy estratégicamente, empezaron un tiroteo tan intenso que los alemanes huyeron pensando que había cientos de combatientes emboscados. ¡Hay que decir que eran valientes los resistentes! Levantaron las manos; los desarmaron a los alemanes; se rindieron, les habían hecho entregar las armas y, cuando vieron el reducido número de combatientes que les había derrotado, se volvían locos.

En esto llegó la liberación y el nacimiento de mi hijo. Me vine a vivir a Nimes enseguida y conocí la Chatilla y Pilar Vázquez, que habían participado en la batalla de la Madelaine.

Me cuidaron los amigos Parra, se portaron muy bien.

Se hicieron tan bien las cosas, que aun no tengo ningún papel de la Resistencia.

Si tuviera que contarlo todo... Dos años sin domicilio fijo, de escondite en escondite. La mayor parte del tiempo lo he pasado en los trenes y por caminos, más cargada que un burro. Pero no me arrepiento de nada. Fue mi venganza. No, fue la posibilidad de luchar por la Justicia y la Paz de mi Patria, tantos años pisoteada. Mi juventud fue tan rica, que ninguna fortuna del mundo le es comparable.



## Luisa Alda (Pilar)

*Resistente  
Fallecida*

### INFORME FACILITADO POR LOS "ANCIENS F.F.I. ET RESISTANTS ESPAGNOLS"

Luisa Alda, perteneció a la organización clandestina de la Resistencia en los departamentos del Sena, Orne y Normandía, desde los primeros días del mes de febrero de 1941 hasta la total liberación de Francia, como enlace.

Su casa era punto de apoyo de uno de los responsables, Tejero, cuando regresaba después de algún "trabajo" en París, Burdeos, etc. Tejero fue asesinado por la Gestapo.

En los últimos meses del 41, señaló a los responsables de la zona de París, al español Alfonso, para que lo incorporasen en los grupos de resistencia españoles de la zona Norte de París. Alfonso, actuó algún tiempo por esta zona, pasando luego a ser parte integrante del célebre y glorioso grupo Manuchian.

Luisa era la encargada de la distribución de propaganda en un sector de Issy-les-Moulineux. Esto motivó su detención.

En abril del 42 fue detenida y encarcelada en una celda de la policía de París. La golpearon y torturaron para que diese los nombres de los responsables y certificara los actos de sabotaje en que intervino su marido en el Fuerte de Issy, por lo que estaba detenido. Todo lo soportó con valentía ejemplar; la policía no logró sacarle ni una palabra comprometedora para sus compañeros.

En la celda tenía consigo a su hija de quince meses, por ello la dejaron salir en "libertad vigilada". A pesar de esta vigilancia, se puso en contacto con dos responsables, Vizcaíno y Puerto, organizando un movimiento de solidaridad con los detenidos españoles encarcelados en la prisión de la Santé y más tarde en "Les Tourelles" (Puerta des Lilas, de París).

Tras la evasión de ocho españoles, entre los que se encontraba su marido, tuvo que marcharse al departamento del Orne, enviada por la organización de los FFI.

En la ciudad de Seés, los camaradas resistentes la ayudaron a resolver el problema del alojamiento para ella y la compañera de Alfonso.

Allí, a pesar de las dificultades de movimiento que le causaba la corta edad de la niña, se puso en contacto con otra española, Catalina, y juntas utilizaban el cochecito de la pequeña para transportar los materiales explosivos desde Alençon a varios puntos de la región. Estos materiales servían para destruir las vías férreas, postes eléctricos y otras vías de comunicación.

Durante todo el tiempo que estuvo por esta región de Alençon, fue el agente de enlace entre los grupos de sabotaje de Alençon, Argentan y Sées.

Con nombre supuesto, fue movilizada por los alemanes para trabajar en la Intendencia general de Sées. Una semana más tarde, entre ella y la compañera de Alfonso, provocaron el incendio de una de las naves de la Intendencia, causando una considerable pérdida para los alemanes.

Tras el desembarco de los Aliados, y cuando las tropas liberadoras se acercaban a Sées, se puso a la cabeza de un grupo de hombres y mujeres para atacar la Intendencia. Dueños de la situación, repartieron los víveres entre los habitantes de la localidad.

Después de la Liberación formó parte del 4º Batallón de Seguridad de Guerrilleros Españoles, acantonados en Muret (Toulouse), hasta la desmovilización del mismo.

## Pilar Arnaez de Santos

(nombre de guerra, "Carmen Giménez")

Desde 1940, al comienzo de la Guerra Mundial, los españoles empezamos a trabajar para organizar la resistencia contra los alemanes.

Como es sabido, Francia quedó, al firmarse el armisticio, dividida en dos zonas, Zona ocupada y Zona Libre (aunque de hecho, no era "libre"). En aquella circunstancia yo me encontraba en Bagnères de Bigorre (Altos Pirineos), donde estaba desde mi entrada en Francia.

Allí me localizaron camaradas franceses del Frente Popular, gente que había ayudado mucho y ayudaban a los emigrados españoles. Con ellos organizamos colonias de niños y refugios, en locales que habilitamos para ello, primero aquí y después en Sta. María de Campanes.

Más tarde a principios del año 1941, se llevaron a todos los hombres a los campos de concentración. Particularmente a los que trabajaban en las fábricas de material de guerra y que, por su calidad de refugiados españoles, les negaron el derecho a seguir trabajando en esas fábricas.

Fue la época en que hombres y mujeres españoles empezamos la lucha clandestina.

Cuando se vio la necesidad de tener una casa para "punto de apoyo", me encargaron alguna.

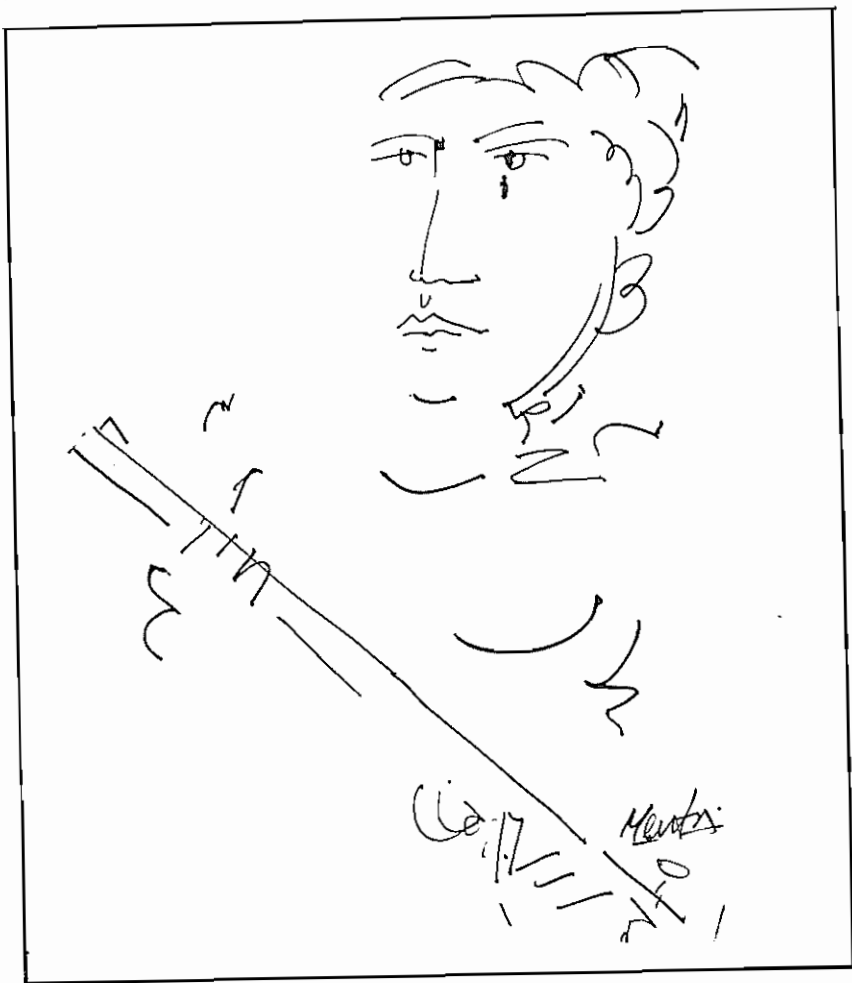
Los amigos de la Emigración Económica me pusieron en contacto con una maestra francesa, que se portaba muy bien con los refugiados. Esta señora me alquiló una casita amueblada muy bonita. Planta baja, compuesta de un comedorcito, una hermosa habitación, cocina y un cuarto oscuro. Era ideal para el trabajo que la destinábamos; reunión de camaradas de las dos zonas Ocupada y Libre.

Allí empezamos a organizar muchísimas cosas: se formaron grupos de guerrilleros, la cabeza de los cuáles era un tal Núñez, llamado "el Rubio"; el camarada Castro, fusilado más tarde por los franquistas; también se encontraba el camarada Blanco.

Se empezó a organizar la ayuda a los campos y a algunos camaradas que se encontraban en la cárcel de Tarbes.

Con una multicopista confeccionábamos la prensa clandestina. También hacíamos algunas cosas a mano. Pero lo más importante eran las reuniones de los responsables de las dos zonas. A veces permanecían encerrados en la casa, diez y doce días. Iban y venían, comiendo y durmiendo como podían. Gran número vivían en los bosques, trabajando como leñadores-carboneros.

Las vecinas de arriba creyeron que lo que yo hacía era "mercado negro". Lo adiviné porque un día se atrevieron a pedirme si podría proporcionarles alguna cosa. Se lo comuniqué a los amigos responsables, y me



dijeron que valía más que esta fuera la creencia de las ocupaciones que yo tenía. Enseguida se decidió que, como los camaradas del bosque solían tener víveres por animales que mataban y por ciertas cosas que lograban obtener de los campesinos de los alrededores, podría yo pasarles de vez en cuando alguna cosa, como así fue.

A casa solían venir los enlaces de Tolouse, Tarbes, Altos Pirineos, Pierrefitte, etc. Recuerdo algunos nombres, otros los he olvidado por completo. Los de Tolouse eran dos mujeres, una morena llamada "Paquita", la otra, "Paulette Pamplona". La de Altos Pirineos se llamaba "Lina". Otras, ya digo que he olvidado el nombre, pero sé que algunas de ellas se encuentran en España.

Los camaradas, recuerdo a algunos que todavía siguen en a brecha; "el Berrugas", Blanco y algunos otros que sé están en España. Otros, muertos, como el camarada Aguado y algunos más fusilados por los franquistas.

Un día se encontraban en casa camaradas muy conocidos en la región de Tarbes, como Gracia, Aguado, el llamado "Cero", Castro "el Rubio" y otros que en este momento no recuerdo. Por la mañana apareció Bagneres de Bigorre lleno de CRS; se decía que buscaban a los judíos.

Los camaradas se pusieron en guardia, no solamente por ellos, sino por el abundante material de todas clases que tenía en casa (armas, explosivos, octavillas, etc.). Me dijeron que saliera y les tuviese al corriente de cómo se desarrollaba la operación policial. En una de estas salidas ví que nuestra calle estaba acordonada, tomada a la entrada y a la salida.

Sólo tuvieron tiempo los camaradas de meterse en el cuarto oscuro.

Los camaradas todavía permanecieron encerrados en el exiguo recinto durante todo el día, pues la "razzia" duró todo este tiempo; yo continuaba saliendo y entrando e informándoles. Imaginad la angustia de todas esas horas y el suspiro de alivio al término de esta operación policial.

Toda esta organización duró hasta el año 1942, fecha en la cual se decidió que yo tenía que dejar Bagneres de Bigorre e irme a trabajar a Tolouse. Así pues, cogí mis trastos y... con la música a otra parte.

Llevaba dos direcciones; la primera la de la casa de "Paquita", en donde permanecí unos días hasta que me dijeron que debía irme a casa de Núñez. Pasé otros cuantos días, hasta que, por fin, vinieron a verme y ponerme en contacto con algunos camaradas: Xaras, Mariano de Muret y otros.

Se volvió a decidir que tenía que tener otra casa "punto de apoyo" para realizar el enlace entre la Agrupación de Guerrilleros y el Partido.

Me encontraron una en la rue Pergaminiers. Era más bien una buhardilla con dos habitaciones y cocina.

El trabajo consistía en llevar el correo a varios Departamentos de Haute Garonne, Perpignan y Marsella. Este correo lo tenía que recoger en distintas casas. También, recibir a las demás enlaces (mayoría de mujeres) que venían de los sitios ya citados. De Perpignan venía la camarada Marcela, esposa de Solanas.

Otra de mis actividades consistía en asistir a las reuniones que se celebraban en los pueblos de los alrededores de Tolouse, transportar materiales, a veces andando varios kilómetros, cuando no teníamos tren o no ha-

bía autocar en esa temporada, porque los transportes eran muy anormales y caprichosos. Tenía prohibido relacionarme con nadie que no estuviese ligado a mis actividades.

La camarada Pamplona vivía en la misma calle; su casa era igualmente "punto de apoyo".

Toda esa época me la pasé viajando casi sin parar, y cuando me encontraba en Tolouse, estaba constantemente en la calle "enlazando a unos o recibiendo a otros, intercambiando cartas, etc.

En esos tiempos, precisamente tenía contacto con el que hoy es mi marido. Le llamaban "Juan". Recogía los materiales en una casa de campo lejos de Tolouse en donde vivía una familia; a él le llamaban "el Negus".

Durante todo ese período de tiempo me ocurrieron una serie de aventuras muy peligrosas, pero, de las que afortunadamente para mí y para los demás, salí bien.

La lucha contra el invasor alemán continuaba, los sabotajes se intensificaban. Un día fue volado un tranvía, por cuyo motivo se ordenó el "toque de queda" a las cinco de la tarde. Yo, me encontraba fuera de casa -había ido a recoger el correo a una casa del barrio de Saint Cyprien-, cuando llegué al puente colgante para llegar a mi calle, las dos entradas del puente estaban tomadas por los alemanes.

Pedían todos los papeles. Yo tenía mi carta de identidad en regla pero se me había caído la fotografía y yo había puesto otra cualquiera en su lugar, naturalmente, la mitad del sello faltaba. Cuando llegó mi turno para enseñar mi documentación, el alemán la miró detenidamente y se la pasó a su compañero poniendo el dedo bien visible sobre la foto. Los dos me miraban y hablaban a la vez.

Yo ya sabía lo que querían, "Francesa, no; española". Insistieron varias veces, en su lengua, y yo venga a contestar lo mismo en la mía, hasta que, por fin, uno de ellos me hace un gesto con el fusil diciendo: "Raus"... Yo no esperé que me lo dijese dos veces.

Algunas personas que habían contemplado mi teje-maneje, me preguntaron intrigadas qué les había enseñado y cómo había logrado pasar.. Yo les dije que, ni más ni menos, les había enseñado... mi documentación.

Sin ir más lejos, al día siguiente, otra aventura. Ésta hubiese podido costarme más cara. Me había olvidado toda documentación.

Los camaradas me echaron una bronca fenomenal. Mariano se mostró, incluso, algo duro. Me costó regresar a Tolouse a pie, 20 kilómetros. Cuando llegué a la calle Pergaminiers tenía los pies llenos de llagas.

Marcela, la "enlace" de Perpignan, me estaba esperando. Al verme en aquel estado bajó a la farmacia y me curó los pies.

Al día siguiente tenía que salir, sin falta, hacia Marsella para llevar el correo que la camarada me había traído de Perpignan. Los pies me hacían sufrir terriblemente, mis zapatos tenían los tacones torcidos, pero como no tenía otros, no había más remedio que ponérmelos...

Salí, pues, en el tren de Marsella que había que coger por asalto, pues en aquellos tiempos todo era así. Se subía uno como podía, a veces saltando por las ventanillas.

Hacía apenas un par de horas que estaba acostada en la calle Guerin

cuando sonaron las sirenas.

Y empiezan a caer bombas con un estruendo ensordecedor. La calle quedó envuelta en llamas. Todo estaba invadido por una espesa nube de polvo que no permitía ver nada. Nuestra casa se había derrumbado por la mitad. Nosotros quedamos arimados al muro de la cocina, que era lo que por fortuna quedó intacto.

La enlace que tenía que ir a recoger el material a la rue Guerin se encontró con que le dijeron que no se sabía si había quedado algún superviviente.

Mi reaparición supuso una gran alegría para todos los camaradas que trabajaban conmigo. Después de contarles mi odisea, reconocimos todos que, una vez más, me había favorecido la suerte.

Así continuaba el trabajo, enlazado entre el Partido y la Agrupación de Guerrilleros, con César, Luís Fernández, Acebedo. Conocí a Celia, a "la Peque", Esperanza, Máxima, Nieves, Carmen, la Miguel-Angel y a algunas más, cuyos nombres no recuerdo.

Tenía contacto con el triángulo de la MOI. Nos reuníamos en las afueras de Tolouse en una casa que llamaban "el Chalet".

En la calle, seguía el contacto con los camaradas Alfredo, un portugués, Camus y algunos otros.

En Tolouse, cuando el asalto a la cárcel Rampan-Saint-Etienne, cumplí varias misiones y luego, cuando los camaradas salieron de la cárcel vinieron a parar a mi casa de la rue Pergaminieres.

Más tarde, y hasta la liberación, trabajé dirigida por los camaradas Gimeno y Adela, entonces se llamaban Raúl y Anita.

Varias veces me encomendaron ir a sacar el material que se encontraba en casa, adonde había ido la policía y no había encontrado nada en el registro.

Una de esas casas era la del camarada Santos (no el que hoy es mi marido). Este Santos había recibido muchas palizas de la policía y había salido con los de la cárcel del Rampan-Saint-Etienne.

Otra vez fui a casa de los "Zapateros", después del paso de la policía.

En fin, mi actividad duró hasta mucho tiempo después de la Liberación. (Y puede decirse que todavía dura, y durará tanto tiempo como sea necesaria mi aportación a la lucha por la Paz y la Libertad.



## Regina Arrieta

Soy vasca, viví en San Salvador del Valle durante la guerra en Bilbao. Yo ya era miembro de las Juventudes Comunistas de San Salvador y miembro del Socorro Rojo Internacional, y más tarde ingresé en el Partido Comunista de España.

Yo siempre, desde muy niña, fui muy rebelde, las injusticias me volvían loca, me desesperaban.

Pasé a Francia cuando cayó Bilbao, escapando hacia Santander. En Francia me llevaron a Chamont, cerca de la frontera alemana, en el Alto Marne. Allí, junto con amigos franceses y españoles de la "emigración económica", trabajé para la ayuda a España, pues la guerra continuaba. Vencida la República, para todos los comunistas, para todos los antifranquistas, estaba claro que la II Guerra Mundial era inminente. En septiembre del 39 las tropas nazis invaden Francia.

Me fui a París a la "Caserne des Tourelles", boulevard Mortier. Era un cuartel desafectado, estaba lleno de refugiados españoles y de otros países. Aquello era una torre de Babel. En este cuartel, además, habían judíos, que los alemanes empezaron pronto a llevarse a los Campos de la Muerte. Había un pabellón destinado a presos políticos, y otro que servía de pasa para los STO —Servicio de Trabajo Obligatorio en Alemania—. Desde principios de 1941, un grupo de comunistas españoles estábamos ya organizados. Entre ellos Salazar, el Vizcaíno, César, Secundina y otros muchos.

A pesar de la guerra y de tantas vicisitudes nos agrupábamos y conservábamos nuestra alegría de vivir. Teníamos una vida intensa, y a pesar de los peligros que se acercaban éramos felices porque teníamos un ideal muy arraigado y la fe intacta de nuestra juventud.

Desde el "refugio" establecimos el contacto entre el Partido y la Resistencia, con los camaradas españoles de París.

Fui nombrada agente de enlace y conectada con Yssy-les Moulineaux, con el camarada Caro. Su mujer era costurera. Yo, con la excusa de que iba a buscar costura, en la cesta de la ropa envolvía octavillas y partes que entraban y salían del "refugio". Un día llegué tarde, después del toque de queda. Me quitaron el documento de identidad de refugiada. Aquel día se había montado una guardia de gendarmes y alemanes permanente que vigilaban nuestras entradas y salidas.

Una mañana me llamó la policía para que le tradujera una carta en español que venía del pabellón de los presos políticos. Enseguida comprendí que se dirigía a un camarada. En aquella carta pedía ayuda, pero me di cuenta de que aquellas líneas contenían un mensaje. A los policías sólo



les dije que pedía calcetines y otras menudencias. Retuve el nombre del que escribía, pero nadie de nuestra sala lo reconoció. Al día siguiente me devolvieron la documentación.

De allí tuvimos que salir, las cosas se ponían feas. Yo salí con mi hijo a vivir cerca de "Tourelles" a principios del 42. Las cosas empeoraban, cada día era más difícil actuar; a pesar de lo que se diga, al principio éramos pocos los que hacíamos la Resistencia. Fueron años durísimos, pero exaltantes. A mí me pareció que mi vida comenzó el día que pasé a formar parte de la Resistencia para luchar contra el ocupante nazi.

Los camaradas y mi esposo, Montero, salieron para la Bretaña y yo tuve que quedarme sola en París, sin medios y con mucho miedo. Me acordé de los camaradas franceses de la CGT, de Chamont, les expuse mi caso y a los pocos días recibí un giro con una cantidad que me sobró para llegar a Rennes. Como no tenía carta de trabajo, o volvía al "refugio" o aceptaba trabajar para los alemanes. De acuerdo con los camaradas, me puse a trabajar de servicio en una villa ocupada por los alemanes. Nosotros no teníamos radio y mientras los alemanes desayunaban yo escuchaba la radio en las propias oficinas de la Kriegsmarina (Marina de guerra) y de la Gestapo. Allí también trabajaba Asunción Sánchez. Un día, uno de ellos, alto como una puerta, malo como un demonio, un tal Von Boëne, me ordenó que le limpiara el calzado, pero puesto, y me negué: bastante es que tenga que limpiarles las botas, pero no de rodillas. La cosa no tuvo consecuencias, porque para sus propios compañeros era desagradable.

Además tenía que hacer mi trabajo de enlace llevando todas las noticias que daba Radio Londres.

Me puse muy enferma, con hemorragias. En esas condiciones tuve que hacer un viaje a Nantes para llevar un paquete pesado. ¡Era un petardo! Llegué a casa de una familia española, mujeres y hombres, todos hacían la Resistencia. Allí se celebraba una reunión muy importante. Durante la noche hubo un bombardeo importante, todos se fueron al refugio, pero yo me quedé acostada. Al día siguiente enlazaba con un camarada para recoger un parte en una plaza.

Hospitalizada para la operación, se produjeron importantes detenciones. Operada de tres días, vino a verme el camarada Salazar para decirme que tenía que marcharse, y me dio un gran sobre para que lo escondiera bajo el colchón de mi cama. Yo, sin poder moverme y en peligro de que descubrieran los documentos. Hay que decir que para los graves problemas, para las situaciones delicadas, los hombres de la Resistencia se apoyaban en el trabajo y determinación de las mujeres.

En mi casa se hacían reuniones, se confeccionaban octavillas. Tenía que trabajar, criar a mi hijo, hacer la Resistencia. En el invierno del 43, al que llamamos "invierno de Stalingrado", los camaradas, para mi seguridad, deciden cambiarme de aires. Pude reunirme con mi hermana Ester en el departamento de la Dordogne, pero considerando que podía representar un peligro para mi hermana, que era un punto de apoyo, me propusieron ir al "maquis". No me lo impusieron, me lo aconsejaron.

Para mí el drama fue ya constante: el tener que separarme de mi hijo.

Hay momentos en que aun pienso: "¿Mi hijo no habrá sufrido demasiado por nuestra separación, no estará marcado para toda la vida?". Siempre tengo un remordimiento. Me fui al "maquis" dejando mi hijo a cargo de mi hermana. Ese "maquis" estaba camuflado como tajo de leñadores. Allí fui acogida con toda naturalidad y afecto, menos por un oficial de la Marina española Republicana, que no toleraba la presencia de las mujeres en las guerrillas. Allí se hacía carbón, pero sobre todo se escondían armas y además nuestro "maquis" servía de paso para otros guerrilleros.

Un día, mientras preparaba café, vi toda la casa rodeada de gendarmes. El motivo fue que el "Sevilla" había robado trajes, que necesitábamos para poder circular por ciudades y pueblos, en casa de un colaborador de Bergerac. Además había requisado una máquina de escribir y ésa la tenía yo en mi habitación. Detuvieron a los ocho que allí se encontraban. A los detenidos los soltaron a los dos o tres días por mediación del propietario del bosque, que tenía influencia y quería salvar a los resistentes.

De nuevo tuve que cambiar de sitio. Durante unos días estuve escondida en casa del primo de Cipriano Mera, dirigente de la CNT en una "ferme". Otra vez separada de mi hijo, me destinaron a Toulouse. Antes de marchar, mis compañeros del "maquis" me hicieron una despedida muy cálida, que me llevó a la convicción de que no sólo no había supuesto complicaciones mi presencia allí, sino que más bien había contribuido con mi sangre fría a solucionar problemas espinosos en momentos difíciles.

En Toulouse fui nombrada de la dirección de la MOI. Para las autoridades significaba "Mano de Obra Internacional", pero la Resistencia lo había transformado en "Movimiento Obrero Internacional". Fui nombrada con Soriano y un camarada de Lyon. Yo protestaba porque tenía una verdadera angustia, pues no me creía preparada para tanta responsabilidad. Para mí fue el período más difícil de la resistencia.

Me incorporé al nuevo trabajo político, pero como ya había servido de enlace de guerrilleros, pues ese "sambenito" no me lo quitaron de encima. A pesar de las protestas de la dirección de la MOI continué mi doble actividad. Fui la mujer-orquesta.

Cuando conocí a Raúl, mi jefe español de la Resistencia, el material lo transportaba en una maleta de doble fondo a casa de una directora de escuela, Mme. Rocheblanc. Transportando aquí y allí, tenía que observar una serie de normas: no dormirse, no hacer calceta, estar siempre alerta en las estaciones, saber dar el nombre y el domicilio de nuestra documentación.

En Toulouse me ocurrió un hecho que recuerdo bien. En la plaza Juana de Arco tenía una cita con un camarada que vestía un abrigo marrón y tenía un ejemplar de "Gregoire", periódico colaboracionista en la mano. Me di cuenta de que tenía un acento raro. Yo le pregunto: "¿Tú no eres español?" — "No, ni francés, ¿qué interés tiene eso?" — "¡Oh! para mí ninguno, lo mismo me da que seas español, francés o alemán" — "Pues, mira — me dijo — alemán soy, y te ruego digas a tus camaradas que no has de volver más por esta plaza, que estás más quemada que Juana lo fue por los ingleses". Me quedé helada. Era un hombre alemán formida-

ble de las Brigadas Internacionales.

Toulouse olía a quemado. Me destinaron a Lyon, capital de la Resistencia. Reclamé a mi hijo para pasar con él las últimas Navidades, quizás, y así fue hasta la Liberación. Nos hicimos una foto juntos. "Si caigo en la lucha —peisé— que tenga un recuerdo de mí".

En Lyon conocí a María, una española que tenía una tienda de ultramarinos y que era nuestro punto de apoyo. Me cuidaba todo lo que podía. Mi salud empeoraba, mi afección renal se agravó.

Como siempre, los contactos se realizaban en jardines y plazas, y siempre a salto de mata. Un día presencié un acto de barbarie en la misma plaza donde tenía una cita. Los SS acribillaron a balas a un hombre con gafas en la misma acera por la que tenía que pasar yo. Sólo por dar ejemplo. Nuestra reacción fue la de siempre: cuanto más crueles, más odiábamos a nuestros enemigos. Esto es lo que nos mantenía a pesar de las enfermedades, del hambre y del peligro constante.

La noche de la Liberación la celebramos con un grupo de resistentes, soldados y oficiales españoles de la División Leclerc.

Estas cosas te marcan para toda la vida. A veces veo películas sobre la Resistencia, y pienso que se nota que ciertos realizadores no han vivido la Resistencia. Nosotros hemos vivido cosas más trágicas e importantes.

En el fondo estoy satisfecha de mi vida. No he sido valiente, cumplí sencillamente con mi deber de comunista. Admiro a esas mujeres que no estaban tan motivadas, que dejaron su buen vivir para seguir un camino duro y difícil, como admiro a todas las muchachas y mujeres de otras tendencias políticas con las que luchamos estrechamente unidas. Pero también hemos tenido sufrimientos y decepciones, que nos han procurado algunas veces nuestros compañeros de combate. A fin de cuentas somos "auxiliares". Para ellos, los honores; para nosotras, el olvido.



## Testimonio Carmen Asensi

### de Nimes

Soy valenciana. Llegué a Nimes con mi marido antes de la guerra del 14. ¡Sí, solamente tenía veinticinco años cuando llegué a Francia! Y con mi niño de dieciocho meses, que pronto se murió. Solamente hacía un mes que habíamos llegado cuando estalló la guerra.

Regresamos a España, pero a los siete meses las autoridades del país nos enviaban cartas para que volviéramos, porque estaban faltos de "treballadors". Siempre nos quedamos aquí. Yo no me arrepiento de haber vivido en Francia, aunque me siento muy española, eso sí.

Cuando empezaron a llegar maestras y niños refugiados del Norte de España, nosotras, las mujeres de la colonia española y nuestros amigos franceses, recogíamos a estos niños en nuestros domicilios.

Mi hijo mayor hacía el servicio militar y tenía a mi cargo mis dos menores, pero recogí una niña que se llamaba Josefina; era vasca. La guardé dos años, dos meses y dos días exactamente. Con mi Leopoldo, el pequeño, se llevaban como hermanitos.

Fuimos muchas las mujeres españolas que recogimos niños en estas condiciones; no fui sola, no.

—Oye, Carmen, le preguntamos —¿cómo es que encima de tu bufet y en lugar preferente tienes ese niño Jesús en un pesebre tan bonito? —Ah, es que éste es "el meu chicotet" —Entonces ¿eras católica antes? —¡Lo era y lo soy! Cuando estalló la guerra en España, aparte mi patriotismo y mis sentimientos humanos, no tenía las ideas muy claras, lo que me despertó y me guió hacia el campo a escoger fue el ver un día en un periódico francés con una fotografía en la que aparecían algunos curas que desde un campanario descargaban una ametralladora hacia el pueblo. ¡Ah!, exclamé, ¿han olvidado por azar los mandamientos de la Ley de Dios? Y me puse a recitar, indignada: "Los mandamientos de la Ley son diez, diez! El primero, amar a Dios sobre todas las cosas; el segundo santificar las fiestas; el tercero honrar padre y madre; el cuarto...; el quinto, el quinto no matar. ¿No matar, y estos curas están matando al pueblo? Ah, no, no creo en nada, todas las estampas las rompí. ¡Una Virgen luminosa la tiré al suelo y la rompí, pobrecita Madre de Dios!

Es desde entonces que me hice comunista y seguí siendo católica y creyente. Pero sólo he conservado al niño Jesús!

Tenía tres hijos, pero si hubiera tenido trece los hubiera educado a todos para que lo fueran, no tengo queja de ellos. Esta es mi suerte, que mis hijos han salido todos con mis ideas políticas.

Cerca de Nimes estaba el campo de concentración llamado "Les Garrigues". A mi casa venían a menudo tres o cuatro españoles, entre ellos



uno que se llamaba Ángel, ¡más saleroso! Era valiente el tío, ¿eh? ¡Vaya tío! Eran como de mi familia. Había dos que se llamaban Ángel.

En el año 1941 mi hijo fue llamado al STO (Servicio de Trabajo Obligatorio) para la Alemania nazi. Aquel día se llevaban doscientos hombres jóvenes de Nîmes. Sólo llegaron a Alemania trece. Se saltaban del tren, y el mío fue uno de tantos. Me lo detuvieron y le pegaron lo que quisieron y un poco más. Este era mi Vicente, que se escapó de la cárcel y se fue al “maquis” con el nombre de “Gaby”. Sus hechos de Resistencia se han publicado en un libro después de la Liberación.

Para la Resistencia, mi casa fue un punto de apoyo y lugar de reuniones. ¿Cómo empecé la Resistencia? Ni lo sé. Ayudaba a los españoles que se fugaban del campo para pasar al “Maquis”.

En mi casa estuvieron escondidas la esposa y la hija de monsieur Martín; el esposo y el hijo Martín estaban ya encarcelados por hechos de Resistencia. Después estas mujeres se fueron al “maquis”, a la Resistencia armada. Cuando se despidieron me dijo la madre serenamente: “No te pedimos más que una cosa, Carmen: nuestros padres son muy viejecitos; tú no sabrás nada de nosotras, pero arréglatelas para hacerles creer que tienes noticias nuestras buenas, ¡por caridad! Cuida, sobre todo, su moral; si alguna vez supieran lo que nos ocurre, esto sería su muerte”. Cada tres días visitaba a la abuelita. “Me vienes a llevar noticias de mi nuera y mi nieta, ¿verdad? ¿Están bien? ¿Pero qué es lo que hacen?” —“Pues, hacen tricot, ayudan a los deportados.”

En aquella época ya estaba de sirvienta en casa del abogado monsieur Taillade. A pesar de estar en este servicio, como tenía dos habitaciones en el último piso, cuando algún español andaba en la clandestinidad y perseguido se escondía en mis habitaciones.

Recibía a españoles que venían de París por la noche y se reunían con españoles de aquí. ¡Qué humaredas de tabaco! Y ahí me tienes a Carmen montando la guardia ante las puertas. Con ellos venía Pedro Vicente, que era uno de los jefes. A veces se juntaban hasta diez españoles para reunirse clandestinamente. ¡Qué apuros para que nadie se enterara! Raro fue el día que no tenía un escondido.

A todo esto tenía mi hijo preso, el que me detuvieron en Avignon cuando se escapó del tren para no ir a trabajar para los alemanes. Cuando me enteré me fui a ver al juez en el propio Palacio de Justicia. Me presenté como la madre de Vicente Asensi... “Señora, su hijo está detenido por comunista y no tiene derecho a verlo. Planton, llévesela, y si no quiere comprender, haga usted mismo que lo comprenda.” Yo me volví hacia el juez: “Señor, usted me dice que mi hijo está preso por comunista y yo, que soy su madre, no tengo derecho a verlo; entonces ya sé lo que tengo que hacer”. Esto en presencia de los alemanes. “No hay más que los españoles para que protesten siempre.” A mi hijo lo trasladaron a la central de Eysses, en Villeneuve Sur Lot. Yo iba todos los meses a verle. Un día me niegan la visita: “Señora, a usted le ha sido detenido el otro hijo por comunista” (Todos los Resistentes eran comunistas para los nazis y sus colaboradores franceses). “¡Oh! ¡Dieu de Dieu! (Dios de Dios)”

En cuanto a Vicente.. Recibo una carta sacada clandestinamente de la

cárcel: “Vicente Asensi grave, preséntese”. Pero la dirección de la cárcel no me dejaba entrar. “Señor —le supliqué—, déjeme ver mi hijo, se lo ruega una madre, déjemelo ver antes que muera!”

Atravesé la cárcel, y cuando ví que no bajaba al locutorio, mi corazón desfallecía, temblaba todo mi ser. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! Sólo puede verle en su celda, pero separada por una reja... Lo vi acostado encima de una sábana negra de suciedad. ¡Ni siquiera pude besarlo! ¡Lo habían destrozado a palos, roto los pulmones! Eso me lo confirmó el médico.

De vuelta a casa, al cabo de un tiempo, me devuelven el paquete de comida que le enviaba a la cárcel con la mención: “Vicente Asensi parti sans laisser adresse”, marchado sin dejar dirección. ¡Me lo han matado, me lo han matado!

Un día me voy a mi casa, al domicilio particular, y me encuentro un papel que decía: “Estoy en plena naturaleza, no te preocupes, hasta pronto, maman”. Poco antes de la Liberación se me presenta en casa un “capellán”: “Señora, ¿cuántos hijos tiene y donde están?”, etc. —“El mayor trabaja, el otro está en la escuela” —“Pero, ¿y el otro?” —“Yo no sé nada de él, hace más de seis meses que no lo veo”. —“Pero vendrá, seguramente”. —“Ah, seguramente no; estaba en la cárcel, ¿es que aun está vivo? No se nada, señor.” Entonces mi hijo me abraza. “Soy yo maman, has hablado muy bien.” Este era el cura que tanta sospecha me produjo. Mi hijo que, para verme, se había disfrazado, porque estaba buscando por la Gestapo.

Pronto llegó la Liberación. Un hijo que se había evadido, murió tras largos sufrimientos, dejando dos niños, cinco años después.

Cuando cayó enfermo quise hacer que me contara un poco de lo que había sufrido en la cárcel. Le habían colgado por los pies; le habían dado palizas decenas de veces, pero estoy segura de que lo peor no me lo contó, ni a mí ni a nadie. Un día se negó a continuar.

Y cuando pienso en todo lo ocurrido me pregunto: ¿Es posible que me hayan ocurrido tantas cosas? Pero no me arrepiento de nada, ¡de nada! Cumplí con mi deber, eso es todo.

Quiero hablar de dos mujeres españolas que ya están muertas. Una catalana, Esperanza Durán, y una “emigrada económica”, Serafina Servera llanada Fina.

Esperanza Durán, barcelonesa, trabajó conmigo en la Resistencia; con ella pasaba la propaganda de Nîmes a Arles. No me acuerdo de las fechas después de tantos años; sé que era en el 43, al llegar a la estación de Arles, ¡mala suerte!, control alemán, fusiles cruzados. ¿Qué hacemos? Nada, a pasar, no podemos volver atrás. Más serias que un carabinero, pasamos. ¡Pobre Esperanza! Hacía poco tiempo se le había muerto un hijo de dieciocho años y al poco tiempo se le muere el marido y se queda sola. Pero era muy valiente, no he conocido a nadie con más coraje y más abnegación. Trabajaba duramente en trabajos domésticos, pero cuanto ganaba lo repartía todo para la Resistencia.

Teníamos contacto con muchas españolas refugiadas de Nîmes, que nos ayudaban mucho, sirvieron de punto de apoyo muchas veces; pero no me acuerdo de sus nombres, como tampoco me acuerdo del nombre de una

chica española que montaba la guardia cuando los guerrilleros españoles mandados por Cristino García asaltaron la cárcel de Nimes para liberar a los resistentes. Pero estoy segura de ello, era una “noieta” española. María de Le Pontel.

Yo he trabajado pero no soy la que más. Esperanza, sí; ella venía de España fogueada y requemada. Era precisa, eficaz, incansable. Sabía lo que se llevaba entre manos. Merece un monumento.

Con Esperanza íbamos también a Avignon. Allí teníamos que visitar a varias familias. Nos acogían y atendían; había bastantes mujeres españolas que ayudaron mucho a los resistentes; sólo me acuerdo de una chica que se llamaba también Esperanza; era sobrina de una amiga mía que vive en Nimes; había otra chica casada con un francés llamado Pelfort.

A Esperanza la he querido como a una hermana y como una hermana ha muerto en mis brazos. Jamás hubiera consentido que fuera llevada a un hospital. Su enfermedad duró bastantes meses, pero no murió sola. ¡no se lo merecía!

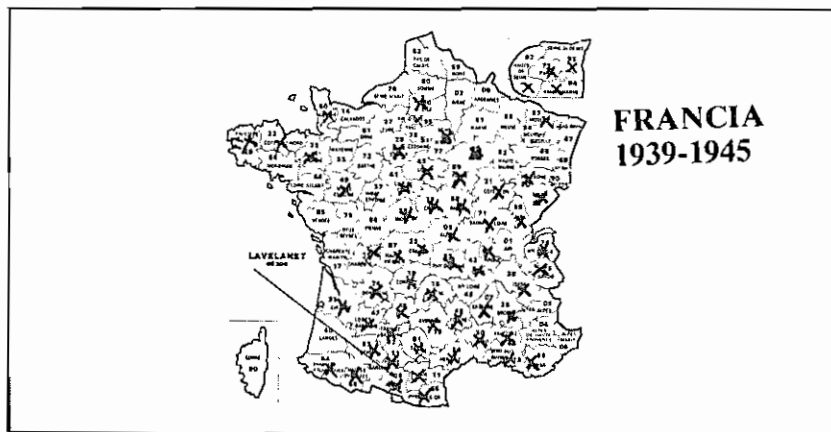
Josefina Servera, llamada “Fina” en la Resistencia.

Fue una madre para los refugiados españoles. A cuántos amparó, escondió. Ya había ayudado mucho a los combatientes de la República Española durante la guerra. Su casa fue después un punto de apoyo de los más importantes. Fue además enlace. Muchas veces se iba hasta los Pirineos desde Nimes. Dejaba el marido, y a su hijito me lo confiaba a mí. A veces se llevaba a su hijo de quince años. Pero la mayoría de las veces me lo confiaba y le decía: “Mamá se va, pero la mamá es ésta”.

“Fina” siempre estuvo disponible para ayudar a nuestros compatriotas, porque a pesar de estar tantos años aquí, siempre nos sentimos españoles. Escondió a muchos combatientes y después los guiaba hacia el “maquis”.

¿Quién no conoce a “Fina” en Nimes, quién de los guerrilleros españoles no ha oído hablar de “Fina”?

Yo quisiera que alguien pudiera decir mejor que yo lo que esta mujer española dio en la lucha antifascista.



## Secundina Barceló

### Deportada

Entré en Francia en febrero de 1939, pasando por la frontera de Puigcerdá. Internada un día o dos en un hangar de la estación de La Tour de Carol, con otras mujeres, niños y hombres de edad avanzada, de donde fuimos trasladados por tren a Los Andelys (Eure) y alojados en una antigua cárcel y al cabo de varios meses, nos enviaron a Gayon (Eure) y alojados también en una vieja cárcel de menores, hasta junio de 1940, que, como toda la población, huyendo del avance de las tropas alemanas, participamos en el éxodo a pie por las carreteras, en dirección al Sur, llegando hasta la Loire, donde los alemanes ya se nos habían adelantado y, por tanto, tuvimos que volver atrás, hasta París.

Después de pasar varios días en un “garaje de asilo” del bulevar Raspail, un importante grupo de españoles, fuimos albergados en el cuartel Les Tourelles (París 20º), donde mi compañero, poco después, logró entrar en contacto con uno de los dirigentes españoles de la MOI (José Miret) y se empezó en dicho cuartel entre los españoles un trabajo de organización, distribución de octavillas y prensa clandestina. Se me utilizó como enlace y para el reparto de los diarios, hasta enero de 1941, en que me trasladé a Orléans (Loiret), donde proseguimos en mayor escala las mismas actividades, hasta enero de 1942, en que mi compañero fue enviado a la Bretagne.

Quedando sola en Orléans, con mi hijo (entonces de nueve años de edad), y a pesar de tener que trabajar para poder comer, continué las actividades clandestinas, poniendo a la disposición de la organización clandestina la habitación que ocupábamos y que fue a menudo utilizada para reuniones de los dirigentes de la MOI y de los “maquis” de la región; y también algunos perseguidos por los nazis o la Milicia se camuflaban algunos días en mi casa, hasta que se les podía encontrar otro sitio seguro o los medios para hacerles pasar a zona “no ocupada”.

Puse también a la disposición de la organización de resistencia la buhardilla, que se utilizó como depósito de prensa clandestina y octavillas anti-nazis, y algunas veces armas y municiones, máquina de escribir, papel, etc., pero en general mi mayor actividad fue la de enlace y buzón entre los diferentes grupos de resistentes españoles, de la MOI y franceses; el transporte y distribución de la prensa clandestina (“Reconquista de España” y otros diarios en español, catalán y francés, llamando a la lucha contra el fascismo y el ocupante nazi).

El 19 de julio de 1944, a las tres de la tarde, fui detenida. Se presentaron en mi casa milicianos, agentes de la Gestapo y perros policías. También fueron detenidos seis hombres, ninguno de los cuales formaba parte

de las organizaciones clandestinas, y por el solo hecho, unos de vivir en la misma casa, y otros, por haber entrado a visitar a otros vecinos, ya que durante unos ocho días establecieron una "souricière" (ratoneras); pero, por suerte, no detuvieron a las mujeres españolas que fueron a verme, y esto permitió que pronto se supiese mi detención y tomar las medidas necesarias, evitando así el arresto de otros camaradas, ninguno de los cuales cayó en las redes tendidas por la Gestapo.

Como es natural, hicieron un registro general, encontrando en la buhardilla prensa, octavillas y otros materiales, registro que completaron *pillando* todo aquello que pudiera tener algún valor, incluso en otras habitaciones de la casa. Como ya he dicho, vinieron a detenerme a las tres de la tarde, afortunadamente, ya que la misma mañana había tenido lugar en mi casa una reunión en la que participaban responsables españoles, franceses y de la MOI.

Mi detención fue debida a una denuncia de alguien que estaba al corriente de mis actividades y que incluso había participado en el trabajo clandestino, pero detenido más o menos por azar, obtuvo su libertad (según él se escapó) gracias a su buena voluntad, diciendo todo lo que sabía sobre mí y mis actividades.

En el local de la Gestapo de Orléans empezaron los interrogatorios, acompañados de bofetadas, puñetazos, quemaduras con cigarrillos en los brazos. Ante mi silencio, más tarde emplearon la matraca, luego el lavabo y, finalmente, el suplicio de la bañera. Como continuaba sin querer hablar, me amenazaron con que, si no daba los nombres y domicilios de los responsables de la Resistencia local y regional, como también los de todos aquellos que conocía y que participaban a la lucha, detendrían a mi hijo y lo colgarían. Este "tratamiento" duró unos quince días. Entre tanto, y por otras causas, algunos otros camaradas habían sido detenidos, los cuales, cuando al fin me permitieron salir a pasear por el patio de la cárcel, no me reconocieron: tanto mi cara estaba hinchada y desfigurada debido a los golpes recibidos. Me conocieron por los zapatos.

Íntimamente sentía una gran satisfacción y orgullo de haber tenido la fuerza moral y física de haber resistido a la bestia nazi y a sus métodos bárbaros y salvajes de intimidación. Sabía que había cumplido con mi deber y que nadie había caído en manos de los nazis por mi culpa. Además, si como decían en los últimos interrogatorios, me iban a fusilar, sabía también que mis camaradas, continuando la lucha, me vengarían, y sobre todo que se ocuparían de mi hijo, por lo menos hasta el regreso de mi compañero, que también había sido detenido, mucho antes, a fines de 1942, y deportado a Dachau.

A principios del mes de agosto de 1944 fui trasladada de Orléans a la cárcel de Fresnes, donde estuve hasta el 15 del mismo mes, en que fui deportada a Ravensbruck, siete días y siete noches de viaje, 70 mujeres por vagón de mercancías, en las condiciones trágicas conocidas por todos los deportados.

Hice la cuarentena en Ravensbruck, que duró menos de un mes, en un block infecto (como todos), hacinadas y maltratadas (como todas) y nos hicieron trabajar transportando arena de un lado para el otro, y al me-

dió la clásica "gamella" de un líquido pomposamente llamado "sopa", que era tan infecto como el block.

Más tarde me mandaron en "Kommando" a Torgau (cuatro días de viaje). Trabajé en el bosque, traslado de leña, etc. Habiendo pedido voluntarias para trabajar en la fábrica de material de guerra y hábiendome negado (como la mayor parte), fuimos unas 250 mujeres trasladadas (otros cuatro días de viaje) a Abteroda, e inmediatamente obligadas a trabajar en la fábrica de municiones y alojadas en el piso superior de la misma fábrica.

Al cabo de varios meses, otro traslado y otros cuatro días de viaje hasta el campo de Markleeberg, donde trabajaba de día con un pico y una pala como "terrassier", y por las noches, como suplemento, en la descarga de vagones de carbón.

Ante el avance de las fuerzas aliadas, las autoridades nazis del campo decidieron evacuar éste y salimos caminando por las carreteras, según parece en dirección a Checoslovaquia. A los varios días de marcha, y en compañía de otras tres deportadas (francesas), conseguimos escaparnos de la columna y atravesar bosques y caminos; llegamos a un campo de trabajadoras voluntarias, que nos dieron de comer y nos guardaron unos ocho días, escondidas, hasta la llegada de las tropas soviéticas, y con las tres camaradas de deportación antes indicadas, volvimos a ponernos en camino, hasta llegar a un hospital de campaña americano, de donde pocos días después pudimos ser trasladadas a Francia, llegando a París a fines de 1945 y, como todos los deportados, acogidos en el hotel Lutetia.

Tanto en Torgau como en Abteroda y Markleeberg, formé parte activa de grupos de resistencia (siempre con las camaradas francesas, ya que yo era la única española) al trabajo para el potencial de guerra nazi, sabotajes (en general poco importantes, pero eficaces), etc., y también, dentro de las posibilidades ayudé a las camaradas más débiles o castigadas y sobre todo en el apoyo moral a aquellas que más lo merecían por su actuación anterior y que caían, ante nuestra espantosa situación, en el desespero y pérdida de perspectivas para continuar la lucha. Este trabajo permitió, en la mayoría de los casos, recuperar fuerzas morales y poder resistir hasta la liberación.



## Josefa Bas

Pasé la frontera en enero de 1939, al final de nuestra guerra, con un grupo de niños, mujeres y ancianos; nos llevaron a un campo de concentración del norte de Francia. Más tarde, poco antes de estallar la 2ª guerra mundial, encontré a mi madre en Marsella.

Ya durante la guerra, ocupada la mitad de Francia por los alemanes, me incorporé al trabajo clandestino en un grupo de “Jeunes Filles de France”. Para mí, como para muchos refugiados procedentes de Cataluña y de toda España, la lucha continuaba, y luchar contra el nazifascismo era perseguir al mismo enemigo que había implantado en nuestra casa, sosteniendo un alzamiento contra el estado legal y democrático, la sucursal fascista llamada franquismo.

En la organización en la cual militaba hubieron grandes caídas y detenciones, y yo quedé desconectada.

Fué hacia el 1943 que, por conducto de mi madre, Manela Martí, supe que un “maquis” pedía mi ayuda, para misiones de enlace, ya que mi juventud (tenía 16 años) y mi aspecto físico —así como el buen dominio de la lengua francesa— me hacía apta para poder circular por unos departamentos en los cuales se necesitaba una orden de misión de los alemanes.

Este “maquis de Dordogne” era un destacamento mayoritariamente de españoles, más o menos ligado al “maquis” de la Corrèze.

Eran unos 35 y tenían como misión principal hacer saltar la línea ferroviaria de París entre Gourdon y Brive-La Gaillarde, e impedir que ésta se acabara de electrificar, a fin de obstaculizar los movimientos de tropas y armamento alemanes en este importante nudo geográfico.

Los compañeros bajaban de la montaña a realizar estas misiones muy al descubierto, ya que había escasez de armas ligeras.

Me tuve que encargar de proporcionarles pistolas y cajas de fulminantes (detonadores para explosivos) que nos procurábamos en Marsella, con la gente del hampa, muy importante en esta ciudad. Por medio de colectas entre los refugiados, podíamos pagar los altos precios que estas armas nos costaban.

Durante un tiempo estuve viajando de Marsella a la Dordogne transportando estas armas, y al llegar a Gourdon, un compañero que se llamaba Celestino, junto con un francés llamado Eloy, me ponían en contacto con una chica, Carmen Plà, que conocía a mi madre. Su hermano Jordi Plà, más o menos de mi edad, era el que me acompañaba al “maquis”.

Pasábamos por caminos en los cuales, la forma de poner determinadas ramas, y otras señales que él conocía, nos permitía llegar al primer control, donde al ver a Jordi y decir éste la contraseña, nos acompañaban

hasta el mando del "maquis", donde encontrábamos al responsable técnico, cuyo nombre de guerra era "Pernales" a quien yo le entregaba las armas.

También subí llevando dinero, y acompañando a chicos que querían incorporarse al "maquis"; entre ellos un aviador de la República, Rojas, del cual no he sabido nada más.

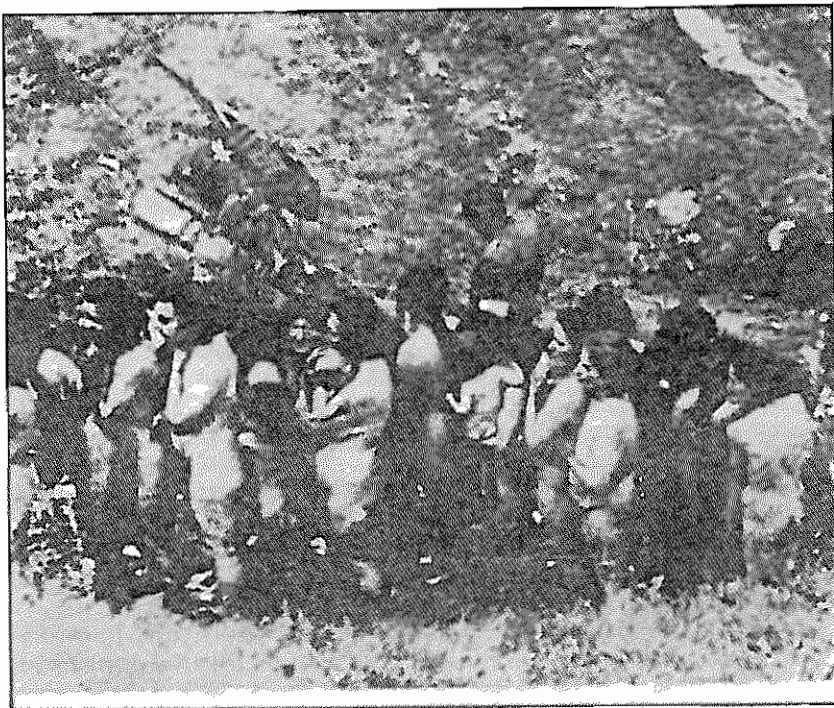
Cuando iba, me quedaba a comer con ellos, y esto me permitió conocer a mucha gente de una tal cualidad humana que nunca podré olvidar. Un día les llevé platos y cubiertos de aluminio, para que tuvieran alguna pequeña comodidad.

Lo que más recuerdo, es el compañerismo y la solidaridad que reinaba en sus relaciones. Y siempre recordaré que aunque era joven y bonita, me trataron como una compañera más entre ellos, y con el más profundo respeto.

Más tarde, de regreso al país, he conocido otras formas de lucha, durante la época resistencialista y contra el franquismo. A cada tiempo le corresponde su táctica, y si bien quizás menos románticas, estas otras formas han sido necesarias para llegar de una manera y otra, a restituir un comienzo de democracia en nuestro país.

Barcelona, 28 de noviembre de 1978

Josefa Bas i Marti



## Testimonio de María Bergua

### Resistente

Pasé a Francia el 29 de enero de 1939. Mi actuación política consistió en desempeñar una Secretaría de la JSUC de Manresa.

Entre el grupo de compatriotas (numerosos niños, mujeres y ancianos) de muchas regiones de España, se encontraban Teresa Pamies, Lourdes Soler y Manuela Olea de la JSUC, la hermana de Sans de la FAI y Montserrat Planes, del PSUC.

El primer llamado "refugio" a donde fuimos a parar era el pueblo de Magnat-Laval (Haute Vienne). Allí fuimos recibidos por monjas y gendarmes, que nos hicieron desnudar al aire libre en un patio, y con una manguera de regar huertos, sin ninguna consideración de edad o de sexo, nos "desinfectaron" con agua helada.

Paso por alto las mil y una vicisitudes que sufrimos en algunos lugares de Francia como premio del más honroso título que podíamos ostentar grandes y pequeños, ¡republicanos españoles!

Gracias a mi padrino que vivía en Pecheric, cerca de Carcassonne, pude salir del mal llamado "refugio" de Magnat-Laval con mi camarada Montserrat Planes.

Inmediatamente, aprovechando mi situación normal y legalizada gracias a las gestiones de mi padrino, establecí el contacto entre los diferentes campos de concentración de españoles. Visitaba al padre de T. Pamies en el campo de Braams. Servía de estafeta entre los españoles de los campos y sus familiares en España. Mi casa era el buzón para todos los refugiados de Manresa; entre ellos recuerdo algunos, solamente el patronímico como Joaquín, Antonio, Barris, etc., y a Joan Vilalta.

A causa de esta actividad la policía francesa me detuvo para someterme a interrogatorios. Al señor Blasi, que era el comisario de policía que me interrogaba muy cortésmente, le contesté mirándolo fijamente: "Monsieur Blasi, si usted se encontrara en nuestras circunstancias, usted haría lo mismo que yo". Más tarde los ocupantes nazis lo quemaban vivo en el "maquis". Siempre, a pesar de las órdenes recibidas, me soltaba.

Por uno de esos azares de la clandestinidad, me encontré un día del 42 sin documentación, fui internada en Argeles. De allí pude salir gracias al director del cine Odeon de Carcassonne, monsieur Daumier, quien estaba al corriente de mis actividades.

En Carcassonne había un policía, un tal Suzanet, que se portó muy mal con los refugiados; siempre nos amenazaba con llevarnos a la frontera y quitarnos la documentación.

Continuando mi resistencia, pasé a ser el punto de apoyo de polacos, españoles y franceses. En mi casa de Carcassonne, situada en la calle del



Hôpital, nº 14, a veces tenía que esconder a ocho o diez personas a la vez. Tenía contacto con Tomás Martín y Pepe-Luis, que formaban parte de una compañía de trabajadores extranjeros; en realidad, los organizadores de la Resistencia en el departamento del Aude en aquella época. Un chivato los denunció y fueron detenidos muchos resistentes: Viña, Tomás Martín "el Alemán". A este indigno español le llamábamos "el Tenor" ¿por dónde andará?

Me encargaba igualmente de la solidaridad con los heridos y enfermos del hospital. Allí conocí a una resistente muy joven que murió del tifus, Carmén Soto. Conocí igualmente a otra muchacha joven que hacía la Resistencia, Carmen García. Creo que actualmente se encuentra en Carcassonne.

Las cartas necesarias para la organización de la Resistencia entre diferentes campos de concentración de españoles las fotocopiaba el señor Porta.

En los momentos de la Liberación de Francia me encontraba en Perpignan y pasando por una de las calles de esa sonriente y acogedora ciudad, con dolor infinito, presencié la detención de un grupo de españoles por la Gestapo alemana, con brutalidad inaudita. Mi angustia no tenía límites y mi corazón se alocaba a la par que mi mente, ante la impotencia de socorrer y consolar mis hermanos caídos en las redes del tan despiadado enemigo de la humanidad, Hitler y sus esbirros.

Mi vida empieza a tener alicientes de nuevo cuando me hice cargo de una "noia" y de un "noi" que se quedaron sin padres al caer éstos y en la tormenta de la segunda Guerra Mundial.



## Jesusa Bermejo

---

Eramos residentes en Francia desde antes de la guerra.

Cuando en el año 1936 estalló la guerra civil en España, muchos españoles residentes como nosotros marcharon a defender a la República. Mi compañero también marchó entre ellos.

Nosotras, las mujeres, organizamos la ayuda y nos adherimos a una organización que se dedicaba a esta ayuda. Nosotras empezamos nuestra resistencia contra el fascismo en 1936.

En 1939, algunos de aquellos combatientes regresaron junto con los miles de refugiados y soldados. Otros se quedaron muertos allá.

Mi marido fue a parar al campo de concentración de Saint-Cyprien, en los Pirineos Orientales. Como pude lo saqué de allí, y al estallar la guerra en Francia, nuestro Grupo de Amigos que habíamos continuado ayudando a los republicanos en los campos de concentración, se transformó en un Grupo de Resistentes al invasor alemán, porque era el mismo enemigo, pero ahora en plena clandestinidad.

Hubo varias redadas y mi marido, temiendo que le cogieran, se marchó al departamento del Eure.

Mi casa, a pesar de los frecuentes registros de la policía, era el lugar de las reuniones clandestinas. Allí acudían los compañeros a distribuirse las tareas y recibir las consignas.

No teníamos nada para comer. Mi hijo, para conseguir algo, iba todos los días al Hospital Percy por las sobras de las cocinas.

Los materiales de propaganda clandestinas los encontrábamos escondidos en un cementerio, entre determinadas tumbas. Solía ir mi hijo. Otras veces también enviaba a mi hija, la pequeña. Los chiquillos pasaban desapercibidos.

Recuerdo que una vez tenía yo que entregar un paquete. No sabía lo que contenía. La cita era en la Gare Saint Lazare. Al rato de espera, se presentó uno y sin decirme ni palabra, me tomó el paquete y desapareció. Más tarde supe que era uno del grupo del gran resistente Alfonso, del Grupo Manussian, que fusilaron los alemanes.

A mi casa siempre venían gentes que no sabíamos de donde procedían, pero llevaban bien escrita nuestra dirección y había que acogerles y ayudarles en lo que fuese necesario o dirigirles hacia el lugar donde les esperaban.

Una hermana mía, desesperada de no tener nada que dar a sus hijos, (tenía cinco hijos, la menor de seis meses), y teniendo que sufrir la carga de un marido alcohólico, se suicidó tirándose al Sena... Yo tuve que hacerme cargo de los cinco pobres hijos...;Cinco bocas más!

En el año 1941 tuve que ingresar en el hospital. Todos los chiquillos quedaron solos. Mi niña estaba enferma del pulmón. Para que los niños no estuvieran solos, un amigo, Cándido, también enfermo del pulmón, venía a dormir a casa.

Mi compañero que seguía en el departamento del Eure, al enterarse de la situación, yo en el hospital y los chicos solos, se lió la manta a la cabeza y arriesgándose a ser detenido, se vino a casa. Poco después salí yo del hospital y seguimos afrontando la vida difícil, continuando las actividades de la Resistencia.

A fines de mayo supimos que la policía nazi seguía nuestra pista. A toda prisa logramos escapar, trasladándonos a vivir al n° 107 de la avenida de Verdún.

No tuvieron tanta suerte mi hermana María, su compañero y otras camaradas más, porque fueron detenidos y encarcelados. Yo tuve que hacerme cargo también del hijo de mi hermana.

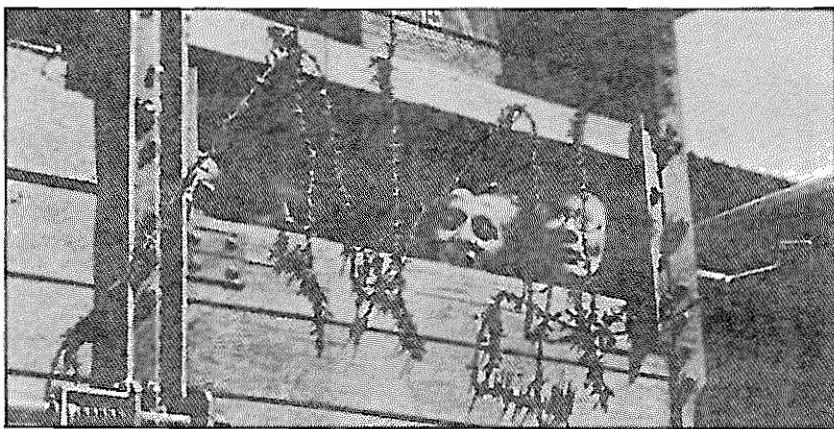
Más tarde mi hijo también fue detenido. Lo detuvieron en el fuerte de Issy y pasó a varias cárceles; Montrouge, en Cherche-Midi y en Fresnes.

En cierta ocasión, nosotros habíamos favorecido a un catalán llamado Masip, casado con una alemana. Vino a mi casa en el momento en que se iban a llevar a mi hijo a trabajar a Alemania. Al verme llorar le conté el caso y seguramente se le removió la conciencia, porque se fue a ver a los alemanes y consiguió la libertad del chico. Este en cuanto se vio libre se marchó al "Maquis". Hoy, el pobre se encuentra muy enfermo del corazón. Espera que puedan operarle.

Yo tuve que dejar de trabajar para ayudar más activamente a los detenidos. No teníamos nada para comer y lo poco que conseguía tenía que repartirlo entre las siete bocas de criaturas y los presos, que eran mi hermana María, su marido y otros más.

La policía siguió visitando mi casa, pero se quedaban poco tiempo, al ver el panorama de tanto crío; los cinco de la hermana muerta, la de mi hermana de la cárcel y los dos míos, todos muertos de hambre y llenos de sarna.

*Jesusa Bermejo*



## Mercedes Bernal

### *Perpignan Deportada*

Nací en Francia. Mis padres llegaron aquí en 1904. Tenían un comercio en Perpignán.

Cuando empecé a trabajar en la Resistencia tenía veintidós años. Sabía muy bien lo que hacía y lo que arriesgaba.

Por mi casa pasaba una red militar que venía de Argel. Además era enlace. En el mes de abril del 44 fui detenida por los alemanes. Me llevaron a la "Citadelle" de Perpignán. Durante un mes, dos veces por semana, me venía a buscar la Gestapo para interrogarme; siempre me tenían que volver a la cárcel en camilla. Me pegaban, hacían que me arrodillara sobre un triángulo. "¿Eres católica?" Se mofaban de mí; "Pues a ver si sabes rezar de rodillas..." Me daban a beber cosas inmundas. Me amenazaban de muerte, me destrozaban de nuevo a palos, y otra vez a la cárcel, pero destrozada y en camilla.

Terminada esta época nos llevaron a Romainville. Yo sé que allí había otras españolas, pero no las conocí hasta Ravensbrück.

Camino de Alemania, en Chateau Thierry hubo un ataque aéreo de los ingleses. Nuestro transporte estaba camuflado por varios vagones de soldados alemanes para que la población no se diera cuenta de nuestra presencia y destino. Entre la máquina y los soldados alemanes estaban nuestros vagones de ganadería bien cerrados. Los ingleses, creyendo destruir solamente un convoy alemán empezaron a ametrallar el tren desde la máquina y allí murieron 350 camaradas nuestros, hombres y mujeres. Regine Ablant, que se encontraba en un vagón sin ninguna camarada conocida, vino en nuestro vagón, ya abarrotado. Fue uno de los pocos vagones que se salvó.

Hicimos alto en Sarrebrouck. Allí tuve la visión más horrorosa de mi vida. Era un campo de represalias contra los rusos. Allí los tenían a todos desnudos, verdaderos esqueletos, aún de pie, verdaderos cadáveres ambulantes con una sola manta, rodeados de alemanes y de perros policías. Les hacían avanzar alrededor de un lago saltando como las ranas, de pie de rodillas, de pie de rodillas, y los pobres no podían ni moverse y a cada movimiento, un bastonazo. Era un espectáculo terrorífico. Los perros mordiendo y los SS pegando.

Allí nos tuvieron desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la tarde. Nos tuvieron formadas en columnas de a cinco por hilera, bajo un sol implacable. Allí dejamos diez camaradas nuestras muertas de insolación sin cuidado ni socorro alguno de nuestros verdugos.

Quince días estuvimos allí. Nos negamos a trabajar. Lise estaba con nosotras. Los alemanes nos dijeron: "¡Ah, sí? Pues, en este país el que



no trabaja no come". Nos cortaron el pelo al rape nos quitaron todo: ropa, joyas, y nos transformaron en presidiarias con nuestro traje rayado y nuestros zuecos.

Esto era el aperitivo de lo que conoceríamos en Ravensbrück. Llegamos por la tarde; nos pusieron al block 32. La noche antes no pudimos avanzar; estábamos en las inmediaciones de Berlín; hubo un bombardeo colosal. Parecía todo iluminado. Como las iluminaciones y tracas de Valencia.

Estuvimos 20 días en Ravensbrück.

En la fachada estaba inscrito "¡Seáis bienvenidos!" Nos estremecimos. Después de Sarrebrouck ya sabíamos lo que nos esperaba. Yo debo decir que en aquellos momentos todo lo anormal nos parecía normal. La visión del campo casi no nos causaba sorpresa. Estábamos acostumbradas a la muerte, a todo lo inhumano. Ya no podía sorprendernos más que lo que pudiera haber de bueno si en este lugar tuviese cabida algo infinitesimalmente bueno.

Estuvimos veinte días subidas al "Appell platz" (plaza de recuento). Nos llevaron en comando a Liepzig, a las fábricas de obuses VI. Yo estaba en la galvanización de obuses; pasaban por mis manos 4000 obuses diarios. Los teníamos que sumergir en unas enormes calderas de ácido hirviendo desde las seis de la mañana. Al final ya no teníamos material, nos hacían pasar y repasar los obuses para que siguiéramos agotándonos; nosotras marcábamos los obuses.

Cada cinco días, nos daban un delantal, un pantalón, unas botas y unos guantes. Todo estaba consumido por el ácido. Y esto era lo que nosotras respirábamos doce horas por día, famélicas y enfermas. Estos obuses pesaban 2 Kg. y medio. Estos obuses ya no les servían para nada. Nosotras hacíamos marcas en ellos y así comprobábamos que eran siempre los mismos que pasaban y repasaban. Era el pretexto para agotarnos y extenuarnos.

El último día me negué a trabajar. Yo ya no podía más. Vino la Aufseherinen y un alemán para llevarme al bunker. Todas mis amigas lloraban. Las que llevaban al bunker ya no las veíamos más.

Como recuerdo espantoso, guardo la visión de una deportada que ahorcaron en el comedor y la dejaron allí, para ejemplo.

Vi a un recién nacido en la enfermería. ¡Que visión!: tenía toda la piel arrugada de tan raquítico como estaba. Como biberón, le administraban agua de nabos, y se murió. Su madre no tenía leche para amamantarlo y lloraba desesperadamente.

Estaba la señora Font, que se ha quedado en Ravensbrück. Murió.

Afortunadamente vino la desbandada general; llegaban las tropas rusas. Nos sacaron del campo, siempre formadas y con nuestros "ángeles de custodia" los SS y los perros, y las mujeres SS, no menos brutales y criminales que sus congéneres machos. A las enfermas las abandonaban allí.

En una sola noche nos hicieron andar 50 Km. A la que no podía andar, le pegaban un tiro. Yo soy testigo de varias ejecuciones, mejor dicho, asesinatos. Así durante tres días.

Una madrugada llegamos bajo un puente. Nuestra amiga Juliette padecía una hemorragia general, se desangraba. Marcela, su hermana, me dijo: "Yo no continuo más. Como entre en Francia sin mi hermana, no tendré valor para presentarme ante mi madre".

Decidimos camuflarnos y salir de la columna. Las cinco amigas de siempre. Nos metimos en un bosque por la noche. Si tiene que morir que muera con nosotras, al lado de un árbol, sobre la hierba verde, pero no asesinada. Nos acostamos como pudimos. Al despertarme al día siguiente me encontré un saco a mi lado. Yo pensé que era un saco, era un "bambi". ¡Me produjo tal impresión! ¡Impresión maravillosa! Yo exclamé: "¿Esto es la vida o qué?" Marie Moque, de Sevres, me dijo: "Eso nos traerá la suerte. ¡Esta 'biche' nos trae la suerte! ¡la suerte!"

Pero Juliette seguía perdiendo su sangre. No podíamos salir del bosque por miedo a caer de nuevo en las garras de los alemanes. Robábamos patatas, comíamos hierba, pero no se podía continuar así. Entonces me presenté voluntaria para ir al pueblo, alemán, claro, y tratar de encontrar leche para Juliette. Fuimos juntas con Marcela.

Todas las puertas se nos cerraban. Encontramos un hombre que estaba pintando una pared, y con lo poco de alemán que sabía le pregunté si conocía algún prisionero de guerra francés. (Hay que señalar que a los prisioneros de guerra los obligaron a trabajar en el campo sobre todo, y vivían en semi-libertad "Yo soy uno", nos contestó. ¡Que alegría! Le dimos todas las señas y nos prometió que vendrían por la noche. "Pero escondeos, sobre todo". Efectivamente, vinieron tres prisioneros franceses con pan, leche y ropas de mujer. A los dos días nos escondieron en el pajar de la "ferme". Nos traían comida y caldo. Juliette se salvó.

Temiendo que a ellos pudiera pasarles algo, nos marchamos, y encontramos enseguida unos soldados rusos. Me dieron zanahorias, un pañuelo blanco muy bonito y un espejito. Cuánto lamento no saber su dirección. Fuimos a parar a un campo de recuperación, pero había tanta gente y en tan malas condiciones, que nos escapamos otra vez. Salimos con unos franceses en una carreta y llegamos a l'Elbe. Allí nos volvieron a coger para intercambio.

El haber dejado nuestro traje de presidiarias para salvarnos, nos sirvió para que creyeran que éramos voluntarias para el trabajo, y de nuevo al campo de concentración.

Fuimos liberadas por los americanos. No se portaron nada bien; eran tan salvajes como los mongoles; no puedo hablar bien ni de los unos ni de los otros. Fueron horribles. Nos metieron en vagones de ganado como cuando fuimos al Campo.

Venían a tirarnos chocolates u otras golosinas y luego, con el fusil, hacían bajar a las que se les antojaba. No guardo ningún recuerdo agradable de mi liberación.

Por fin regresé a mi casa y encontré a mi marido. El regresaba de Dachau. Mi marido era refugiado español. Conscientemente hicimos la Resistencia, sabiendo que nos podía costar la vida: en casa había depósito de armas.

Llevaba además partes en tubos de aspirina, en bandas higiénicas, en

lo más estrambótico.

Todo lo que hice, lo hice consciente y no me arrepiento. Podía haberme costado la vida. ¡Claro que ya lo pagué bien caro!

*Mercedes Bernal*



## Lina Bosque

*Yo me llamo Paulina Iglesias, Lina es mi diminutivo.*

Resulta que allí, cerca de la Roche-Segur, había un compañero polaco que era muy activista. Estaba casado con una mujer de Sabadell de cuyo nombre no me acuerdo. Una catalana de esas tan distinguidas. Y trabajaba en la Resistencia. Como era catalana, nos conocía a nosotros y en casa de ese polaco era el centro de la Resistencia, de todo aquello. (Todo esto era al principio, sería hacia el 42). En aquella casa se concentraba mucha gente. El que daba las consignas era ese compañero que todavía vive. Está en Polonia. Era el dirigente.

Yo, como era una cría, tenía dieciséis años, acompañaba a los compañeros y decían que conmigo pasaban más desapercibidos; un hombre con una criatura... Si era un hombre joven, no llamaba tanto la atención. Si era un hombre de edad, tampoco llamaba la atención. Y así los acompañaba. Primeramente, mi papel fue acompañarles. Me decían: "Ven a la Roche". Entonces era un paseo. Ahora vamos en coche, pero entonces se iba a pie. Entonces empecé a participar más; llevaba tickets falsos y otras cosas. Me daban un sobre y me decían: "Tú, este sobre, tienes que llevarlo a tal sitio". Me daban otras cosas: paquetes, papeles, cartas de "ravitaillement" (suministro), porque era un problema lo de las cartillas de racionamiento.

Otro de los medios de transporte de la Resistencia eran las bicicletas, porque las distancias eran largas. En los países de minas, se está bastante dispersos. Entonces, para ir de una mina a otra había que tomar una bicicleta. Había un compañero que se llama Federico Amo (no sé lo que habrá sido de ese chico, hace muchos años que no lo he visto). Ese chico tenía unas manos de mecánico admirables. Entonces, un compañero nos decía que había una bicicleta en tal sitio... Íbamos a buscarla y se la llevábamos. Era una bicicleta robada, claro. Y ese compañero la transformaba completamente. Cogía manillar de otra, por ejemplo, en fin, que siempre tenía alguna en su casa. ¡Todavía me parece verlas, colgadas en el techo! ¡Siempre había alguna bicicleta colgada! Cambiaba el color; si era el cuadro blanco, lo pintaba rojo. O le hacía rayas, en fin, que la transformaba, que ni su propio padre hubiese podido conocerla.

Bueno, pues esas bicicletas las llevábamos a casa del polaco y él se las daba al que las necesitaba. Para mí, eso de las bicicletas era un drama, porque no sabía manejarlas bien.

Me acuerdo que cerca de donde estábamos nosotros había un campamento de alemanes y siempre había centinelas. Yo estaba enrabiada, porque encima que no iba muy segura en la bici, los alemanes te decían cosas (yo era joven, como digo). Me echaban piropos, pero yo ¡estaba

tan nerviosa! Entre que no iba muy segura y que pasaba cosas, cada vez que tenía que pasar por delante de aquella Comandancia me ponía tan nerviosa...

Voy a contar el caso de un médico: Era un médico español, se llamaba Ruiz. Era de Madrid. Yo no sé lo que pasó. Lo habían deportado y lo llevaron allí. Creo que estaba en residencia vigilada. Era muy zalamero, como todos los madrileños, y se hizo muchas amistades allá, con el médico, con el farmacéutico y todo eso...

Por allí había mucha resistencia, y era un sitio en donde siempre había heridos. Se hacían muchos sabotajes, se hacían saltar muchas cosas, de eso me acuerdo bastante. Justamente una vez estábamos en casa esperando (yo no sabía lo que pasaba). Estaban todos esperando, todos alrededor de la mesa, porque a nuestra casa venían muchos compatriotas a pasar el rato y había tres o cuatro que decían: "Callar, callar"... Hasta que, al cabo del rato, oíamos la explosión. Ellos no habían intervenido, pero sabían que se tenía que producir.

Si habían heridos, era este médico el que los cuidaba. Entonces yo le acompañaba. Un día fuimos a casa de este polaco, tenía una cita. Y estuvimos toda la tarde, esperando, esperando. El hombre estaba nervioso; aquel día había una batalla. Mientras estábamos allí vimos pasar "los patos", como los llamaban, que eran los autos Citroën. Patrullaban los alemanes. Desde la casa se veía la carretera. Los compañeros barruntaron que estaba pasando algo. Nosotros nos marchamos. Ya era de noche. Después, al cabo de cierto tiempo, nos enteramos de que había habido una emboscada y habían herido a un compañero, mal herido... Este médico tenía que curar al chico que había caído en una emboscada y estaba muy malherido, y supe que estaba malherido porque le dijeron que cogiese el maletín de curas. Al herido lo llevaba un compañero que se llamaba Zorita. Lo llevaba a través de las montañas, porque las Cevennes son muchas montañas. Y parece que, entretanto, una patrulla de alemanes los cogieron a los dos. Al chico herido lo mataron, y al otro se lo llevaron a la Comandantura. Allí lo torturaron, pero el chico no dijo nada. Es decir, que si hubiese dicho algo, habrían cogido al médico, a los compañeros que estaban allí, me habrían cogido a mí también, nos habrían cogido a todos. Cuando después vino la Liberación, al compañero Zorita lo encontraron en un pozo de la mina, el cadáver, claro, porque de eso hacía dos años.

Una cosa que me hizo mucha gracia fue que pedí el ingreso en el Partido, pero me dijeron que era demasiado joven. Es decir, que para eso me encontraban demasiado joven, y no lo era para hacer todas aquellas cosas que me hacían hacer.

Habían lanzamientos en paracaídas. Los paracaídas eran muy bonitos. Eran de una especie de seda, el nylon de ahora. Y los había amarillos, rojos, blancos, verdes... Los rojos sé que llevaban municiones; los otros no me acuerdo. Normalmente, eso se tenía que destruir, pero los compañeros que iban al paracaidaje a mi madre le traían un trozo de paracaídas... A mi madre le decían que hiciera con ellos lo que quisiera. Y nosotros, ¡lo que es la inconsciencia!, nos hacíamos blusas. Creo que en casa todavía hay algún trozo.

Cuando llegamos a Francia, yo tenía catorce años, mi hermana, doce y mi hermano seis.

Veníamos con mi madre. Mi padre estaba en el campo de Argelès. Después se lo llevaron a Estrasburgo, y luego a la Grand Combe.

Vivíamos en un país de minas, y nosotros nos relacionábamos con los españoles; al lado de casa vivían unos que todavía viven.

Cuando vino la debacle del 40...

Era un pueblo del Departamento del Gard y los miembros de la Alcaldía eran socialistas y nos atendieron muy bien. Como era un país de minas, había muchas casas y a cada familia de refugiados les dieron una habitación; eran unas habitaciones grandísimas y con cocinas económicas de obra, de esas que ya no se ven. A nosotros también. Entonces, mi madre nos instaló allí. La pobre mujer se puso a hacer faenas. Cuando empezó la guerra, la gente no tenía cosas, le daban mucho trabajo, de coser, arreglos, remiendos... y así fuimos organizándonos.

A mi padre lo hicieron prisionero de guerra y ella tuvo derecho a los alojamientos militares.

(Mi padre estaba en una compañía de trabajadores que fue llevada a Estrasburgo, a trabajar en las fortificaciones de la célebre "Línea Maginot": y estaban militarizados).

Cuando se presentaron los alemanes, los españoles vinieron a ver a mi madre, y como tenía dos habitaciones muy grandes, le preguntaron si podría alojar a alguno cuando estuviese de paso. Mi madre, la pobre mujer, dijo que sí. Y eso se fue haciendo costumbre. Y venían muchos compañeros que se iban al "maquis", o que llevaban propaganda, y mi madre, ayudaba, es decir, ella fue "punto de apoyo". Recibía; si venía alguien, esperaban... Entonces venían a dormir; generalmente, venían a dormir, a cenar y a dormir. El trabajo de mi madre fue ésc. Entonces estaba muy enferma, tenía las tres criaturas. Su trabajo en la Resistencia consistió en eso.

Venían los compañeros y le decían: "Cristina, necesitamos un sitio para dormir". Y mi madre contestaba: "Es que hoy me viene mal". "Bueno, mujer, ¡Ya nos arreglaremos!". Y cuando los veía atravesar la puerta: "Bueno, ahora ya estais aquí, ¿qué le vamos a hacer?"

Me acuerdo que pasábamos mucha gana, y también me acuerdo que, una vez sobre todo, vinieron dos (después los mataron a los pobres); eran dos chicos jóvenes que iban a un "maquis", es decir, que estaban de paso y venían a dormir, ¡tenían un frío! Mi madre les dijo: "Id a dormir... Pero ¿es que habéis comido? Dijeron: "No" "Pues, mira no tengo nada para daros, no tengo nada que daros de comer, francamente" "Bueno, no se apure, alguna cosa caliente, si tiene".

Y mi madre, la pobre... (de eso me acuerdo, lo hemos comentado más de una vez) había tres huevos y les hizo una tortilla. Estaban en la habitación, porque las habitaciones estaban hechas de una manera que había allí una mesa que teníamos toda roñosa y mi madre les presentó la tortilla. ¡Se pusieron, los pobres chicos, tan contentos! Eran tres huevos que teníamos para nosotros tres. Eso es un gesto que... Y después ¡que desgracia, pobres chicos!, yendo hacia la montaña los mataron. Ni pudieron

combatir; los mataron, los cogieron los alemanes y los mataron. Yo todavía los veo sentados ante aquella mesa de madera, frente a la tortilla, que los habían matado y pensamos: “¡Pobres chicos, por lo menos se han llevado un buen recuerdo de nosotros!”

Y es lo que mi madre hacía en la Resistencia. Yo creo que tiene valor, porque el hecho de que era una mujer con tres criaturas en un país extranjero, sin un hombre que la pudiera apoyar... (Mi madre, en España, pertenecía al PSU, pero en tanto que acción política, poca cosa, porque sabía que su marido estaba prisionero.

Una de las personalidades que estuvieron en casa, nos enteramos después, fue Cristino García. Después, cuando lo mataron nos enteramos de que era Cristino García, y que había pasado por casa.

Otra cosa que hizo mi madre: Un día se presentaron, de esto también habla el libro “**Los guerrilleros españoles en Francia**”. Era una chiquita muy jovencita, tendría unos dieciocho años, se presentó en casa y no me acuerdo si venía para reposar o tenían que venir a buscarla, pero ella vino a dormir a casa, ¡con un constipado!, pero, un constipado... Y mi madre la cuidó. Llevaba una maleta, y le dijo mi madre: “¿Qué tenemos que hacer con esta maleta?”. Aquella cría abrió la maleta y... ¡estaba llena de armas!... “¡Ay, pobre hija! ¡Con el constipado que tienes y con esa maleta encima!...”

Otra vez vino un policía. (Yo estaba allí y lo vi) Vino un policía, pero en plan de que era amigo de los españoles, y nosotros “¡faves!” (expresión catalana que podría traducirse por “gilipollas”)... nos dimos cuenta después. De todas formas, no dijimos nada, porque mi madre era una mujer muy prudente. Era muy buena mujer, no se metía nunca en nada, no era nada “chafardera” (chismosa, entrometida)... quiero, decir que era de esas mujeres de casa y de trabajo. Bueno, vino ese policía y empezó a decirle a mi madre que tenía una chaqueta que le venía muy grande y que si quería arreglársela. Y empezó a hablar, que “si era muy amigo de los españoles, que si esto, que si lo otro”... Al cabo de un rato, seguramente mi madre se dio cuenta y me envió afuera a buscar no sé qué. Seguramente tenía miedo de que yo dijese algo inconveniente, yo no sé. Y se estuvo allí mucho rato el tío, hablando, hasta que, al final, como no pudo sacarle nada, o, tal vez, también era un poco así, resistente..., ¿vaya usted a saber?

Enfrente de nuestra casa vivía una mujer española que tenía a su marido en Mathausen, como mi padre. Y mi madre iba a consolarla, a animarla.

Hacia la liberación, se celebró una reunión en mi casa. Tenía que ser una gran reunión, pero no vinieron. Se concentraron en casa dos o tres y esperaban a otro y no vino.

Lo que pasa es que de todo esto ¡han pasado ya tantos años! Si mi madre viviera, ella misma se acordaría de más cosas.

De lo mío, claro, de eso me acuerdo perfectamente.

## Carmen Buatell

### *Originaria de Sants, Barcelona*

Terminada la guerra, y durante mi evacuación, caí herida en Figueras durante un bombardeo. Nos llevaron voluntarias para ir a recoger los heridos, y transportando heridos al hospital quedé yo herida en las piernas. Como pudimos, llegamos a Francia. No me acuerdo de las peripecias del viaje. Sólo sé que llegué a Marsella. Allí estuve hospitalizada casi seis meses.

Del hospital nos llevaron a un “refugio” en Montelimar, departamento de la Drôme. Allí encontré a unas cinco camaradas que habíamos pertenecido al Sindicato. Allí tratamos de organizar la vida. Sobre todo para organizar clases para los niños; había unos veinte niños con un maestro muy anciano.

De los “refugiados” llevaban gente por fuerza a España. En la frontera de Hendaya algunas se tiraron del tren y algunas se mataron así.

Por todos los “refugiados” se hizo circular el grito de alarma y aconsejando que nadie se dejara llevar por la fuerza. Que buscaran como pudieran evitar ese peligro.

Me presionaron mucho, pero yo me mantuve firme.

Se declaró la II Guerra. Para mí, la cosa se ponía más fea aún. Como conocí bastante gente demócrata en Marsella que venían a visitar a los heridos, me decidí a irme de allí. Allí encontré camaradas comunistas.

En Marsella nuestro trabajo político se mantuvo en la más absoluta clandestinidad.

Unos camaradas españoles me pidieron formara parte de la Resistencia. Para ello necesitábamos apoyo de franceses. A través de la casa en donde trabajaba pude establecer un contacto y enlace con la Resistencia. Esto sucedía en agosto del 41, pero ya antes habíamos realizado algún trabajo de propaganda esporádicamente.

Nuestro grupo tenía el enlace con África del Norte. Fue el primer grupo de Resistencia que se organizó en Marsella entre franceses y españoles.

Yo ya había participado en la solidaridad con los socialistas y comunistas que el gobierno de Vichy había encerrado en campos de concentración en Francia. Esto lo hacía con la señora en cuya casa yo trabajaba. Era particularmente en el campo de Saint Sulpice donde yo ayudaba a estos camaradas que ni conocía siquiera.

Así, para mí no fue nada difícil la organización en la Resistencia. Tuve contacto con un chico joven que me presentó a otro. Jamás lo volví ver. Se llamaba Lucien, era argelino y hacía muchos años que trabajaba en Marsella; era “cheminot” (empleado de ferrocarril).

Llegó el primer “rendez-vous” (cita) en un bar del “Vieux Quartier” (viejo barrio de Marsella donde tenía que coger la correspondencia en la



calle Bonneterie que llegaba del Africa del Norte). El camarada español ya me había dicho: "Una vez establecido el contacto, no vuelvas más a este sitio y espera órdenes. No tenemos una absoluta confianza".

Llego, como he dicho, encuentro un francés que tenía que darme los documentos. Ignoro el contenido del documento. Lo supe durante el acto de acusación. Su lectura duró casi dos horas y estaba destinado a Radio Pirenaica.

Pero el pobre infeliz del francés, se quedó defraudado al no encontrar un hombre en la cita. Esperaba un hombre, y no una mujer. Desconfiaba de las mujeres. ¡Mejor hubiera hecho de no fiarme de él, el desgraciado! Como se encontró con una mujer, no quiso entregarme los documentos. El se jactaba de haber estado en las Brigadas Internacionales y cosas que a mí me importaban un pepino. Lo que hacía falta era trabajar y no hablar de glorias pasadas.

Me enseñó los papeles, pero no quiso entregármelos. Se los volvió a guardar en el bolsillo. Me dió otra cita en una iglesia del Viejo Puerto de Marsella. "Bueno -le dije-, vuelve la semana que viene". -"Es que yo no tengo confianza en una mujer". - "Pues de la misma manera puedo yo desconfiar de tí, ¡hombre!".

Pero lo peor que hizo fue darme cita de nuevo en el bar del que se desconfiaba.

Allí me esperaba la policía, en efecto, y a ese pobre infeliz lo habían detenido ya. Nos cogieron al primer grupo como un manojo de flores. Lo peor fue que yo llevaba una carta para él. Fue en el mes de octubre y me llevan a la Prefectura. Querían que les indicara el lugar de la cita, pero les indiqué un lugar distinto, naturalmente. Me los llevé al paseo del "Prado", delante de la gendarmería. Allí no había nadie, me dejaron más de una hora, y al ver que no venía me llevaron a mi casa. Hicieron un registro fenomenal, pero no pudieron encontrar una cantidad de direcciones que, cuando volví de la deportación, aún estaban en el mismo lugar, escondidas. Estaban bajo el tintero. Todo eso ocurría en octubre del 41.

Mi trabajo consistía en reclutar españoles para la Resistencia, aparte la recepción del material que venía de Argelia. Ya tenía algunos contactos y "reclutas" en Beziers, etc. Todas las direcciones se las entregaba a los camaradas españoles de la Resistencia en Marsella.

Sólo en mi casa encontraron dos o tres cartas. La policía se pensaba que conmigo había atrapado la luna. Tan azorados y excitados estaban, que olvidaron esas cartas encima de la mesa. En el patio de mi casa había una vecina muy buena, española, Encarnación se llamaba, hoy está muerta ya. Cuando vio que me detenía la policía se fue calle abajo a esperar al camarada que tenía que recoger la correspondencia: "¡No vengas, Carmen ha sido detenida!".

Estuve muchas horas detenida en la Prefectura. Al final pedí permiso para ir al WC. Al salir del WC se acuerdan de mis cartas y creyeron que allí me había deshecho de ellas. ¿Cómo iba a disuadirles de lo contrario? ¡Qué alivio! Mis cartas a salvo. Fue Encarnación Hernández quien las quemó en su cocina. Al día siguiente me volvieron al paseo del "Prado", pa-

ra ver si conseguían algo. Total, que me los paseé dos días por Marsella. Quiero repetir que Encarnación jugó un papel magnífico. Era de la "Antigua Emigración". A lo que tenía miedo era a que detuvieran a la amiga donde trabajaba, pues su madre era una anciana ciega. Allí, claro, no encontraron nada, y como yo les dejé creer que, efectivamente, había tirado las cartas al water, no les molestaron.

Cuando la policía de Vichy o de Pétain, es lo mismo, que son los que me detuvieron, vieron que nada sacarían por las buenas, empezaron a pegarme salvajemente. De allí me llevaron a Aveché, así se llamaba el hotel de la policía y Prefectura. Nuevo interrogatorio, nuevas palizas. Me arrancaron una mata de pelo con el cuero cabelludo y todo. Me llevaron un intérprete español. Debía de ser fascista, pues cuando le dije "Usted, que es español y sabe que soy republicana, debería estar orgulloso de que yo busque la manera de ayudar a los republicanos españoles", fue cuando las palizas fueron más largas y más furiosos se pusieron los policías.

Después de dos días de interrogatorios, casi sin descansar me llevaron a la cárcel. Viéndome en la cárcel, respiré. Sabía que habían acabado los interrogatorios. ¿Que me esperaba en la cárcel?.

Primera cárcel, "Les Presentines", antiguo convento. Allí sabía yo que se encontraba una camarada comunista francesa, Mireille Lose; una española, Fifi Bermúdez, esposa Roussel, un francés. Estaba Fifi Turrin, otra comunista francesa, fusilada por los alemanes en la cárcel de Montluc ocho días antes de la Liberación.

Me pusieron incomunicada en una celda, sola. La cárcel tenía ya mala fama. Los cristales de mi celda, rotos y con frío ya, pues había llegado noviembre.

Los camaradas que habían quedado libres me buscaba de cárcel en cárcel para ayudarme. La primera en encontrarme fue Janette, mi patrona, mi camarada, mi amiga.

Estuve cuarenta días incomunicada, por eso nadie podía encontrarme.

No me dejaban dormir las carceleras. A cada hora exacta de la noche abrían la puerta y encendían la luz para ver si me había escapado, pero eso no era más que un pretexto. Tenía que levantarme. Sólo podía dormir un poco de día. Por la noche era el verdadero suplicio del sueño truncado, del sobresalto al mismo momento en que el sueño te vencía. En la celda contigua a la mía estaba la de las camaradas francesas, doce o catorce hacinadas, ¡pero en compañía!

Yo me moría de hastío sin poder hablar ni escribir, ni cambiarme de ropa, muerta de frío, pero sobre todo pensando en los que quedaban afuera. Eso es lo que me torturaba más. ¿Había más detenciones? No, conmigo se terminaron. No había hablado. Mi Resistencia tomaría otros rumbos incluso en la cárcel.

Al tercer día de cárcel, una tarde que hacía sol, se me antojó cantar "Mi jaca galopa y corta el viento..." y yo allí encerrada. ¡Pero lo que no podían aprisionar eran mis pensamientos, mi vida, mi juventud, mi familia, mis camaradas, toda nuestra lucha! ¡Los sueños de la Victoria! Seríamos victoriosos aunque cayéramos ante el piquete de ejecución o en la tortura. Al atardecer entre "chien et loup" (perro y lobo) como dicen



los franceses, había dos horas de calma para las presas.

Ese fue el momento que aprovecharon las camaradas de la celda vecina para llamarme... Oigo que me hablan en español. ¡Que alegría! Me dijeron; "Atención, mañana, a la hora del paseo obligatorio". Pasé la noche impaciente. Por el "mouchard", aspillera por donde éramos vigiladas por las guardianas, Fifi Bermudez me tiró un papel y un lápiz. Mi corazón se desbocaba, ¡Un papel y un lápiz! ¡Una fortuna, que una hermana arriesgando tanto, me regaló! En este papel me decían que al bajar al water buscarse detrás de la cañería, donde encontraría un paquete. Allí encontré chocolate, azúcar y, de nuevo, papel para escribir. Por ese mismo conducto tenía que advertirles para ponerme en contacto con el exterior. Ya no estaba sola; tenía la mejor oficina de correos del mundo.

Estas camaradas me procuraron un abogado. Los camaradas del exterior también me buscaron otro abogado. Incomunicada, pero con dos abogados, ¿qué más quería?

Así pasaron cuarenta días, incomunicada, pero con dos abogados que esperaban comunicar conmigo. Una cantina de abastecimiento, correos, water. Las propias carceleras ya empezaban a conocerme. ¿Es que alguien resistió jamás a la sonrisa de Carmen Buatell, joven y hermosa catalana?

Cuando acabé la cuarentena aún se me conocían todos los cardenales y la herida del cuero cabelludo.

En los primeros meses de detenciones políticas estábamos juntas políticas y comunes. Estas últimas nos tenían mucha estima. Una de esas presas de derecho común por delito menor, al ser liberada, se fue a la Prefectura y armó un escándalo terrible protestando porque tenían en la cárcel a mujeres sin ningún otro delito que el de defender a su Patria. Resultado, nos separaron y nos pusieron en celdas. De un lado, para nosotras era más positivo en la vida interior. Pero, de otra parte, algunas de esas presas, patriotas a carta cabal, al salir a la calle hacían un buen trabajo. Alguna presa política pudo así salvar su vida por diferentes formas. Formas y contactos que estas presas comunes nos procuraron.

Yo durante el proceso y el juicio, prohibí a mi amiga Jeanette que buscara contacto conmigo, pues me estaban continuamente preguntando por ella. "¡No vengas al juicio, sobre todo!" Pero me procuró paquetes y pagó todos los gastos de abogado.

En el juicio, Doménech, un joven comunista, fue condenado a quince años. Gavaldá, que había sido mi contacto, también a quince. Ese es el que, por desconfianza hacia una mujer, originó todas las detenciones, y a mí diez años. Dos españoles que ya no pudieron detener, puesto que conmigo se acabó la pesquisa, fueron condenados a muerte, por contumacia. Era a ellos a quienes iban destinados los papeles para información en Radio Pirenaica. Como ves, la lucha contra el fascismo no acabó con nuestra guerra Antifascista.

A causa de unos detenidos en Africa del Norte que dieron la dirección del bar, también detuvieron a mi marido Juan. Nunca se lo he dicho, y me moriré sin decírselo.

En la cárcel, en la celda, pasábamos el día cantando, contando chistes. "Bueno -les dije-, ¿es que por lo menos no me podríais dar clases de

francés?"

Las condiciones eran pésimas para las condenadas. Sin agua, sin water, sin espacio. Cuando por las noches colocábamos nuestros colchones de saca y paja, dormíamos hacinadas, apretadas como sardinas y si se presentaba una necesidad nos pisábamos unas a otras. Quejidos, espanto...

Cuando Francia fue totalmente ocupada por los alemanes en el 42 nos entregaron a los alemanes y nos llevaron a la cárcel de Baumettes, de Marsella. En aquella cárcel las condiciones no eran tan duras. Estaba con dos mujeres de Nice y una espía del proceso de Riom; claro, los alemanes las liberaron. Allí conocí a María Teresa Lasheras y "Adela", Anita Gimeno, que había permanecido en "Presentines", donde la tuvieron 4 meses incomunicada.

Tengo que recordar que Baumettes estaba llena de resistentes, y todas las madrugadas oíamos las salvas de los fusilamientos. Fusilaron al cura de la cárcel. Formaba parte de la Resistencia.

En enero del 43 nos trasladaron a la Central de Reims. Con Lola Gené ya había estado en la misma celda, y de allí viene nuestra amistad indestructible.

Una muchacha que había salido nos hizo saber que un grupo de resistentes quería liberarnos, pero no nos liberaron por un mal entendimiento entre los grupos de "maquisards". Por Navidad se hizo fiesta, y Lola y yo nos disfrazamos de "pageseta" para cantar "pageseta moreneta..." una sardana. Hay que decir que teníamos una guardiana fascista llamada Cunegonda, vigilante jefe. Fue tan mala, que un día fue ejecutada por la Resistencia exterior. El régimen desde ese día cambió, nadie quiso ser malo con nosotras, ni el director.

Después de esto nos trasladaron a Reims, esposadas de dos en dos. Pan y cebolla para comer. No nos quitaban las esposas ni para ir al WC. Alto en "La Roquette". Y con 60 compañeras salimos hacia Reims.

Al llegar a Reims, al bajar del vagón entonamos la "Marsellesa" para demostrar nuestra calidad de resistentes.

Reims, cárcel para cumplir condenas, vestidos de presidiaria y zuecos. Allí encontramos un grupo de gaullistas. A las espías alemanas las liberaron.

Con nosotras estaba Jacqueline Rigault y su madre, profesora de francés en la URSS. Josefina de Ceret también estaba con nosotras. Nos preparaba para el Certificado de Estudio, pero no nos dieron tiempo.

Hubo grandes explosiones en la cárcel y nos confinaron en celdas. Observamos un gran despliegue de guardias franceses y alemanes. Una gran "Marsellesa" entonada por hombres. Después el silencio. No pudimos comer...

Un día hubo intento de rebeldía para impedir un arresto de unas camaradas. Nos opusimos todas las presas. Vino la jefa de las vigilantas. La pusimos "Antinea" de mote; venía de Marsella y quería hacer méritos entre los ocupantes nazis. Pero nosotras la volvimos medio cabra; no podía con las políticas. Yo misma, cuando me tallaban, me encogía de una pierna o de la otra, nunca salía la misma medida. Tenían que medir tres o cuatro veces. Mi pequeña venganza personal. Cuando cambiábamos de

cárcel, todas mis camaradas ya esperaban mi comedia de la medida. Ríotada general y chillidos de las guardianas, y alguna bofetada que recibí.

Cuando "Antinea" vio que no podía llevarse a las dos camaradas al calabozo, llamó los gendarmes. Al verlos llegar una de las J.3. (Ji Tres) designación de las cartillas de racionamiento para esta categoría, que les daba un poco de suplemento. Esto en toda Francia. Es decir, teníamos con nosotras muchachitas lejos de los veintiún años, se plantó ante los gendarmes pero éstos entonces se la llevaban a ella al calabozo.

Vuelven de nuevo para llevarse a otra. Se corre la voz de alarma, ¡los zuecos! ¡los zuecos! La lluvia de zuecos que recibieron los gendarmes fue fenomenal. Otra camarada coge una botella y le rompe la cabeza al gendarme. De todas maneras se llevaron tres al calabozo. Estuvimos un mes sin correo ni paquetes.

Mayo del 44, camino del exterminio hacia Alemania. Mi convoy fue el último. Lola ya había salido y ya no la vería hasta después de la "Liberación"

Cuando nos sacaron de Reims nos hicieron firmar la hoja de la "Liberación". Claro, me dejaban libre las autoridades francesas que nos entregaron a los alemanes. ¡Digo bien, las autoridades francesas nos entregaron a los alemanes! Después de la gran mascarada de la "Liberación" nos entregan a los SS. Ya en el tren tirábamos mensajes por los WC del tren y mi marido lo recibió al cabo de diez días.

Quiero agradecer y honrar el papel de los "Cheminots" franceses (ferroviarios). Diariamente arriesgaron su vida por nosotros. ¡Cuántos evadidos salvaron! ¡Cuántos de ellos cayeron!

Estuvimos unos días en Romainville, campo de reagrupamiento de diferentes cárceles. Nuestra primera etapa fue Sarrebrück, pero poco antes de llegar sufrimos un bombardeo muy grande y quedó destrozada la estación. Es por eso que nos paramos en esta ciudad. Ya Mercedes Bernal te explicó lo que pasó en este campo que servía de Campo de Castigo para los deportados soviéticos. Cuánto sufrieron los soviéticos para salvar el mundo de la bestia nazi. Eran los primeros días de junio. En Sarrebrück conocí a Mercedes Bernal, que venía de Perpignan.

Reparadas las vías, otra vez en vagones apretadas como sardinas en lata, ochenta por vagón, cinco o seis días más sin comer ni beber.

Al bajar del tren muchas se desmayaban al respirar aire libre. Llegamos de día, y para entrar en el campo atravesamos un pueblito muy mono, lleno de flores y de cortinas blancas en las ventanas: Fürstenberg.

¡De veras existen pueblos tan bonitos en la tierra?

¡Ya no nos acordábamos de que la tierra existía fuera de las cárceles! A qué sitio tan bonito nos llevan, y mira, un lago, pero qué gris, qué agua más espesa...

En el frontón del campo esa inscripción: SEAN VDES. BIENVENIDAS. La belleza de las flores quedó atrás, afuera. Al entrar en Ravensbrück nos quitaron todo lo que teníamos. Los pobres despojos de tres años de cárcel para mí. Allí nos tuvieron dos días en el «Apelle», de pie bajo un sol terrible. Allí nos tuvieron dos días, doce horas de día de pie y sólo nos dejaban entrar en las duchas pero sentadas. No nos daban agua, sólo

una sola sopa infecta durante cuarenta y ocho horas que ni pudimos tragar.

A nadie de nuestro «convoy» le cortaron el pelo, ya no tenían tiempo, les faltaba mano de obra. Pero la noche que pasamos en las duchas fueron terribles. Estaban compartimentadas en dos. La una, cámara de gases, la otra para lavarnos. ¿Se puede imaginar alguien lo que sufrimos moralmente?, ¿el grado de angustia que puede soportar un ser humano? Estábamos en las cámaras de la muerte mientras se nos buscaba alojamiento en un campo archipleno... Por fin nos dejaron desnudas. A las del convoy anterior hasta les arrancaron los dientes de oro. Nos catapultaron de noche, con un frío terrible, hacia el barracón 32. Nosotras no fuimos nunca al «Apelle» general. Nos contaban delante de la barraca.

Desde las ventanas veíamos marehar a aquellas mujeres esqueletos al trabajo y les obligaban a cantar. Las golpeaban por todo los lados de la columna.

En nuestro blok había niños de 6-10 años, incluso más pequeños. Se tenían que levantar como nosotras a las tres de la mañana y pasar el recuento como nosotras, de pie, afuera. Los pobres no hacían más que llorar. Al cabo de unos diez días esos pequeñitos desaparecieron. Exterminados, ¿cómo?

Mi amiga Adele, muy buena, era coja, siempre me decía: "Oh, Carmen, jamás saldré de aquí, ya no veré más mi Francia". Un día, cuando estábamos en el recuento, hubo una selección. Todas las ancianas y enfermas se las llevaron y ya no las vimos más. Las gasearon y pasaron a los hornos crematorios.

Aquella misma noche, en nuestro barracón estábamos muy tristes, sentadas y cabizbajas. Y yo, como una "faba" que soy, al sentir el olor de carne quemada y aquel espeso humo de la infernal chimenea, dije: "Mirad, ese es el humo de la Mimí (la anciana comunista de Nice). Es Mimí, que se marcha del campo por la chimenea". Que tonterías más grandes se pueden decir cuando el corazón sufre tanto.

Como todas, pasamos el suplicio moral de la visita médica. Desnudas entre dos barracas. Allí vi a unas rusas que eran verdaderos esqueletos que aún andaban. Sólo tenían ojos, ¡aquellos ojos! Allí había una caja de madera; mi amiga Josefina de Ceret y yo levantamos la tapa, había dos muertos en cada una.

A los tres días nos llevaron al Komando de Leipzig. Al pasar cerca del Campo de Buchenvald, donde tantos españoles murieron, un soldado, un viejo soldado de la Wehrmacht, nos dijo que se había producido un atentado contra Hitler.

En Leipzig nos hacían trabajar en material de guerra. ¿Qué hacíamos sabotaje? Era la regla y automáticamente organizado.

Una vez me dieron una buena paliza porque estaba en una máquina de obuses y si no ibas deprisa caía el otro obús vacío, la presa tocaba el acero del molde y se rompía. Así, por eso me pegaron, pero duro, ¿eh? Teníamos un alemán mecánico que le llamábamos constantemente Maschinen Kaput (máquina muerta por estropeada). ¡Ya! ¡Ya!. Pero tardaba siempre más de media hora en repararla. De repente venía gritando como un loco: "Waite, waite". (prisa, presa). Lo hacía para disimular. Claro,

después supimos que formaba parte del Comité de Liberación de Leipzig. Allí vi a una rusa que rompió la máquina. Un ingeniero civil alemán la pegó una paliza que la dejó casi muerta.

Un día se rompió el horno. ¿Quién lo hizo? ¡Ese horno ya no funcionará más! Yo no sé quién lo hizo- Yo sí, lo verás en un testimonio. Fueron una española y una rusa.

Nos castigaron a todas a permanecer de pie.

Un día pillaron a una chica que se comía una patata calentita. Todas robábamos patatas y en vez de poner pólvora en el obús poníamos una patata y salía del horno bien cocidita y calentita y nos la repartíamos. Una vez me escapé para coger zanahorias, menos mal que pude pasárselas a otra, porque enseguida llegó una "Aufseherinen" y no me encontró nada y pudimos partirla más tarde.

Tuvo una suerte loca, no me pillaron nunca con las manos en la masa, pero todas las máquinas del taller marchaban mal conmigo.

Por fin me quitaron de allí y me pusieron en el servicio de limpieza. A mí me ves subiendo por aquellas máquinas más altas de dos pisos con unos pocos trapos...Todas las jóvenes pudieron hacerse "culottes", sostenes.

Estábamos llenas de mierda, de piojos, chinches, escarabajos.

Había una alsaciana que, la desgraciada, decía que los alemanes tenían razón de hacer respetar la disciplina. De repente no nos llegaron más las placas de metal que venían de una fábrica de Silesia. La habían tomado los rusos y nos quedamos sin poder fabricar nada.

Me llevaron a otra fábrica. A las diez de la mañana nos daban cinco minutos de descanso, pero nada de comer. Allí también había un mecánico que para advertirnos que nos espiaba el jefe del taller, un nazi, gritaba, gritaba como un loco. Después de la Liberación pudimos abrazarle. Bueno, como decía, ese día a las diez de la mañana caía Berlín.

Debo decir que las comunistas y las gaullistas, o simplemente patriotas, estábamos organizadas. Todo el trabajo de sabotaje y solidaridad lo discutíamos bien antes.

Había una francesa que siempre decía "Si a mí me pegan, yo me revuelvo". Nosotras le decíamos que no sacaría nada con esto y que nos castigarían, por el contrario, a todas.

En efecto, un día la pegaron; ella se revolvió. El comandante del campamento la arrastró por los pelos más de quinientos metros y una SS dándole latigazos, le dejaron el cuerpo negro y al día siguiente le pusieron al bunker (calabozo) y la pegaron de nuevo. Pero al día siguiente la llevaron igualmente al trabajo. Todas guardamos un trocito de pan y, como pudimos, se lo pasamos, pues la habían dejado sin comer ni beber, y hasta hubo una que se arriesgó en traerla un mal jugo que llamaban café. Los ojos se le salían de la cabeza. Las que estaban más cerca la hacían el trabajo.

Eramos siete españolas en Leipzig. Mercedes Bernal, Elisa Ruiz, Constanza Escuer, Mercedes Núñez, María Valenciana, Marita, que se casó con un belga que se llamaba de apellido Van Aal y yo. Con nosotras estaba una muchacha de Burdeos, Regina Chassaing, a quien los de los SS la habían torturado salvajamente, la habían quemado los pechos con ci-

garrillos y le fusilaron su hermano y un cuñado delante de ella misma para hacerla hablar.

En nuestro campo nació un niño de una ucraniana y tratamos de salvarle; pero no teníamos suficientes alimentos y se murió.

El día 13 de abril del 44 yo estaba confeccionando banderas de la República Española, y en medio de bombardeos pude confeccionar las siete banderitas. Al día siguiente nos evacuaron.

Tres días y tres noches andando, y continuamente oíamos los tiros de gracia de las que caían por el camino.

Nos hicieron parar en un puente no para reposar, sino porque ya no sabían a dónde ir. Allí, delante de nosotras, sin ningún pudor, los SS hombres y mujeres hacían el amor. No tenían ningún sentido de la honestidad ni de humanidad, ni nada.

Estando allí vemos llegar un carromato lleno de maletas que subían más alto que una casa. Ese carro estaba tirado por deportados de Buchenwald, y los SS los apaleaban sin parar para hacer que corrieran y cuando caían veíamos como los mataban.

Cuando vimos esto, las 13.000 mujeres que salimos de Leipzig empezamos a una a gritar, en un clamor inmenso de indignación y de odio que espantó a los propios SS, que dejaron de pegar.

Sufrimos un ametrallamiento, pero no sé cómo no murió nadie. Eran aviones americanos. Anduvimos andando toda una noche y nos llevaron a un campo de deporte. Allí encontramos a un francés que quiso dar su dirección a una francesa. A ella pudimos ocultarla, pero a él lo mataron a palos delante de nosotras.

Para nosotras no existía nacionalidad que nos distinguiera; cuando una deportada era perseguida, todas la dábamos paso para que se escapara aunque después recibiéramos los golpes que le estaban destinados.

Vino un avión soviético y largó unos paquetes de comida en el campo. Los SS nos los querían quitar.

Al día siguiente nos llaman a formar en filas de a diez. Por el altavoz se decía: "Las francesas, holandesas y belgas, al final de la columna". Cuando salimos del campo vimos que estábamos solas, sin SS ni guardias. Pero no quisimos pasar por el pueblo porque habían utilizado la misma táctica que los SS; estaban dentro de las casas y desde allí nos mataban. Volvimos hacia atrás, a campo abierto y que se salve quien pueda. También había griegas en el campo.

Nos fuimos a un bosque; dormimos toda la noche. Nos despertaron las ametralladoras. Nos hallábamos en un terreno pantanoso; es desde aquel día que tengo tanto dolor en la pierna.

Pasamos un día sin comer, y una noche llegamos a una granja donde había muchas deportadas que, como nosotras, habían sido detenidas de nuevo. Los malvados SS lo fueron hasta el final. ¡Qué poco miedo tenían al castigo!

Me escapé con Marita y Constanza. Marcho yo la primera, me escondo detrás de un camión, pero las otras no acudieron. Me dije: "Pues no vuelvo al campo; mala como estoy, me pelan". Me quedé solita, me voy a un pueblo, en una calle que era un "impasse" (un callejón sin salida) y de-

trás de mí dos policías.

Salieron siete u ocho alemanes, me preguntaron de dónde venía y de dónde era. Cuando les dije que era española, me acogieron, me escondieron, me cuidaron. Era un pueblecito muy pequeño de campesinos. Ni sé el nombre. Estas gentes me decían que Franco era malo. Me dieron de comer y beber, pero no pude probar nada. Me guardaron tres días. Eran muy antisoviéticos, porque el marido había sido herido al frente del Este. Me dijeron que me marchara, me vistieron y calzaron y por azar encontré de nuevo el grupo de Elisa y Constanza.

Caímos en manos de los americanos, estos americanos de m., que nos trataron muy mal; ni agua nos dieron de beber. Nos fuimos a la jefatura "Komandatur" a reclamar y nos echaron casi a patadas. Gracias a que encontramos a los rusos, que nos acogieron, nos llevaron a un hospital, donde permanecemos diez días; la comandancia era francesa. Allí nos recuperamos mucho. En aquel hospital nos enteramos de la rendición de los alemanes y del armisticio.

Como nadie quiso ocuparse de nuestra repatriación, nos volvimos a Leipzig, a desandar lo andado, el camino al revés y a pie.

Unos presos de guerra nos ayudaron y llegamos al famoso puente. Allí encontramos uno de los mecánicos de Leipzig y un preso alemán de las Brigadas Internacionales que hablaba español.

Nos llevaron a un albergue que encontramos allí. Todas las "politzaïs" (policías de campo) polacas, continuaban con sus fueros de siempre. Nosotras las amenazamos con que o nos dejaban tranquilas o la denunciábamos.

Llegamos a Leipzig y supimos el horror que cometieron los SS en un campo de deportados. Unas horas antes los encerraron y los quemaron con lanzallamas; sólo pudieron salvarse veinte. Un chico joven nos lo contaba y estaba medio loco, el pobre. Después ocho días de viaje hacia Francia. Cuando llego a Marsella, a la estación, de detuvo la policía y me quitó mi documento de identidad. Menos mal que los "cheminots" salieron en mi defensa y atestiguaron que me habían quitado el documento de repatriada y que yo era una deportada resistente.

Si yo no hubiera gritado, me habría quedado sin documentación y sin derechos de refugiada.

Después ya encontré a mis camaradas y amigos, a mi marido.

He trabajado mucho enferma, pues durante muchos años apenas me daban nada de pensión. Nunca me han querido reconocer mi calidad de resistente, pero lo soy, y de las primeras, como era mi deber.

A l'any de morir l'hi el reconeixen.

Carmen Buatcll, esposa Argellés, nacida en Sans, provincia de Barcelona, fallecida en junio de 1976 en Perpignan.

Primera mujer torturada en Marsella en octubre del 41 por hechos de Resistencia por los gestapistas de Vichy.

Todos los de su grupo han sido reconocidos resistentes y condecorados, menos Carmen. ¿Porque era republicana española? ¿Se hizo todo cuanto fue necesario para reparar una tal injusticia?

## Alfonsina Bueno Ester

*de la CNT. Deportada*

Cuando empezó la guerra en España contaba diecisiete años, tenía una hija y mi marido. Soy nacida en Aragón pero he vivido siempre en Berga, venía de Lérida.

Debo decir que, ya en el 1941, y estando mi marido en el campo de castigo de Vernet Paco Ponzán Vidal, ya me utilizaba para transportar armas para el "maquis". Se ve que quiso ponerme a prueba; todo sabía bien con el valencianet, y hasta un cura francés estaba enredado con nosotros. Me rogó que aceptara ir a Banyuls. Yo, agradecida porque se preocupaban para hacer salir a Ester del campo, acepté.

Me fui a Banyuls, donde viví en una casa de lujo. Allí estaba sola con mi niña. Aquella casa servía para los pasos únicamente para pasar a España o a la montaña. Han pasado generales franceses, han pasado polacos, rusos, irlandeses, de todo los países creo yo. Yo tenía que alimentarles y albergarles hasta que el paso estaba preparado.

En Banyuls la gente empezó a murmurar. "En esta casa pasa algo". Allí se habla el catalán, y Paco me llevó también por eso, porque soy catalana y podía enterarme de cuanto se dijera; la gente creía que era alguien de la región y no una extranjera. Si alguna vez mi marido venía a verme a Banyuls, tenía miedo por mi hija y por mí, y me decía siempre: "En que lío te has metido, hija", y yo le contestaba: "¿En qué querías que me metiera si no en la Resistencia? ¿Qué hacen los demás?". Yo ya tenía conciencia de los peligros que corría. Nos habían denunciado ya, pero como el jefe de la Gendarmería era antihitleriano, pues no sólo no cursó la denuncia, sino que además nos ayudaba. Cuando sabía que tenían que pasar grupos por el ferrocarril, él mismo se ponía al lado del control. Se llamaba, monsieur Poncet, alsaciano. Yo me entrevistaba con él por la noche, pero su mujer no sabía nada. Mi hija, con disimulo, indicaba el camino de la estación a los que pasaban los Pirineos.

Con esos hombres nunca tuve problemas; eran disciplinados, aguardaban pacientemente las cosas a pesar de que a veces tenían que esperarse un mes sin salir ni ser vistos; sólo dos belgas me pusieron en un apuro, no podían aguardar más.

Mi hija Angelina de nueve años y medio y yo íbamos a menudo a bañarnos y un día oyó como una mujeres comentaban entre sí: "¿Ves?, esta madame y su pequeña parece que hacen los pasos". Bueno, le dije a mi hija, mañana invitas a todas las chicas de tu clase. Como en aquel momento no teníamos a nadie, las dejamos jugar y circular por toda la casa. Esto por un momento despistó a la gente. ¿Hasta qué punto la población no fue un poco cómplice? Banyuls es muy pequeño; lo era entonces, por

lo menos. ¡Qué prudente y lista fue mi hija!

Otra tarea que teníamos que realizar, de noche, claro, era tirarnos al mar nadando, lejos algunas veces, por Banyuls, otras por Cerbère o Port-Vendres, y cuidado que en Banyuls es peligroso el mar, porque enseguida te quedas sin fondo, para recoger los paquetes que nos lanzaban en paracaídas; Algunas veces había comida, pero casi siempre lo que encontrábamos eran armas, y mi Angelina, nadando como una ranita a mi lado ¡Siempre la veré tan bonita, tan menudita, con su traje de baño! Con ella podía tener absoluta confianza, todo lo sabía y nunca, nunca habló; a veces, los que tenía guardados en casa se extrañaban de su seriedad. Pero Banyuls era tan pequeñito que nuestra actividad y forma de vivir denotaba demasiado claramente que algo inusitado ocurría en relación con nuestras personas y la preciosa finca que habitábamos. Ya estábamos “quemadas”.

Tuvimos que dejar Banyuls e instalarnos en Toulouse. A mi marido lo detuvieron en otra casa, lo soltaron y lo volvieron a detener y lo encerraron en la cárcel Saint Michel de Toulouse, donde tantos hombres españoles fueron fusilados, y después fue deportado. Yo me dije: “Tienes que prepararte, hay que esconder a la niña”. Los jefes de la Resistencia de Lyon ya daban lo que era necesario, pero Angelina andaba siempre sola por las calles. Menos mal que una mujer de Berga, de nuestro pueblo, la recogió, porque la pobre ya andaba enferma.

El día de mi detención, precisamente mi hija vino a verme. Era en febrero del 43. Llamaron a la puerta con estrépito. Era la Gestapo; los esperaba; algún día tenía que caer, pero no aquel día, aquel día en que mi hija estaba conmigo... Mi pensamiento funcionó rápido para tratar de salvar a mi hija. Les dije no podrían esperar a que mi hija me trajera un poco de leche... “Acordado” me respondió el jefe, y ya en la puerta, en catalán, le digo a mi hija: “No tornis mes” (no vuelvas más).

Viendo que mi hija ya no volvería, les dije: “Bueno, ya estoy a su disposición para cuando gusten”. Me llevaron a la cárcel de Saint Michel. Allí me llevaron al interrogatorio, en la sede de la Gestapo, rue de Martyrs, varias veces, pero siempre vino a buscarme el mismo SS. El no comprendía cómo los españoles podíamos ponernos a defender a Francia después de tantas penalidades como nos hicieron pasar las autoridades de aquel país. “Que lo hagan los franceeses es normal, pero ustedes, ¿por qué?”

Ya no fui más interrogada. Tuve una suerte loca. Y empieza el periplo de las mazmorras hasta los campos de exterminio. Romanville Fresnes. Fui deportada hacia Ravensbrück en mayo del 44; tenía la matrícula 32.000 y et. (ver números de Comando en “Les Françaises a Ravensbrück”). Estuve en el block 32. Era, según nos han certificado, de las que estaban condenadas, como quien dice, automáticamente a desaparecer. Teníamos enfrente el barracón 31, donde estaba Geneviève de Gaulle. No sé cuántos días de viaje, de un viaje atroz de vagones de bestias apretujadas, que sólo pudimos estar de pie: ¡nadie se caía al suelo si se desmayaba! Allí estábamos como empaquetadas. Y a cada momento se paraba el tren por los bombardeos. ¡Aquello fue un desastre! Cuántas muertas llegaron

a Ravensbrück, yo no sé, no sé; nos hacían saltar de los vagones a gritos y a palos; extenuadas ya por la cárcel y el viaje estábamos alledadas. Nos parecía que nada era verdad de cuanto nos acontecía; era fantasmagórico, no lo puedo describir; ¡quisiera que alguien pudiera hacerlo! Llegamos a las dos de la tarde. Yo no me acuerdo de cómo pasaron los primeros momentos. Nada más llegar, alguien me dijo: “¡Es usted española? Aquí, hace pocos días, han muerto una mujer española y su hija, muy joven, del tifus”. Pero todas esas cosas están confusas en mi mente, como entre niebla.

Pasada la visita médica y transformada en un ser sin categoría ni nombre, sólo un número como se puede ser tantas piedras o peor para los nazis, tantos montones de mierda, me llevaron a la “revier” (enfermería), y junto a otras cuatro deportadas, una enfermera rusa fue obligada a inyectarnos a la vagina o, mejor dicho, en el cuello del útero, un líquido que ni ella seguramente sabía lo que era. Lo que yo sí sé, es que al salir de la maldita enfermería entre mis piernas caían unas gotas amarillas que al mismo tiempo iban quemando la piel. Es de esto de lo que tuvieron que operarme, y a causa de eso es por lo que estoy sin poder salir a la calle. Desde entonces estuve siempre enferma, muchas veces grave.

De vuelta al block, enferma o no, tenía que trabajar doce horas de noche en la fábrica Siemens, que estaba cerquita del campo. ¡Menudos negocios se traían esta firma y los SS!... Con todo, aún cantábamos. Una noche cantaba “La Paloma” cuando veo llegar una Aufserinen, cierro el pico. “Cómo me castigaré”, pensé. Pero, asombrada, oigo que me dice en español: “¡Cante, cante, mujer!”—“¿Cómo habla en español?”.— Yo he venido de la Argentina para ayudar a Hitler. Puede cantar “La Paloma”, y yo me decía: “Mcnuda paloma está hecha tú, ¡pingo!”

Teníamos un encargado muy bueno, alemán, se llamaba Wal; siempre que podía calentaba los talleres para que no pasáramos tanto frío. Al pobre se lo llevaron al frente ruso, y a mi grupo a Mathausen, para exterminarnos.

Yo no pude tener contacto con nadie en el campo; el barracón 32 siempre estábamos castigadas sin motivos, naturalmente; aquello formaba parte del plan para nuestra inmediata exterminación. Los castigos consistían en no darnos la comida, en sacarnos a medianoche el domingo hasta el “Apelle”, bajo la lluvia, y tenernos allí de pie. Supimos, además, que este block era destinado, como otros lugares cercanos al campo, como “Nach und Nebbel” (Noche y Niebla); todas las camaradas se extrañaban de que a un grupo del que formábamos parte Mme. Lyon y yo pudiéramos salir, puesto que no podríamos tener contacto fuera del block ni hablar con nadie, pues aquello era la antecámara de la muerte. ¿Para hoy, para mañana? ¿Dentro de un mes? ¿Dentro de un minuto? Cada noche, al formar para ir al trabajo, sabíamos que al menos que se produjeran percances siempre imprevistos, aunque previstos, teníamos doce horas más de vida. ¿Quién volvería al block después del recuento de la mañana siguiente? Todas no de seguro. ¡No quiero olvidar un acto de barbarie horrendo! Yo lo he visto con mis propios ojos. Yo ví como mataban a palos a una muchacha, la hicieron trocitos. Conmigo estaba Mme. Nicolas, cuyo



marido era comandante del Ejército francés, Mme. Vassoni, cuyo marido también era comandante, de Toulouse, Mme. Lyon, de la gran imprenta de Lyon (los dos murieron en deportación, marido y mujer). Hicimos sabotaje a pesar del miedo y del régimen tan feroz a que estaba sometido el block 32. Como era muy peligroso y muy fácil de controlar las piezas defectuosas que hacíamos y como de encontrar en nuestro puesto de trabajo el material saboteado, decidimos hacer ver no no parábamos de trabajar, pero repetíamos tres o cuatro veces el mismo movimiento y, claro la producción bajaba mucho. Nuestro objetivo era obstaculizar la producción de guerra. Sabíamos que nuestro block estaba condenado a desaparecer, pero haríamos la resistencia hasta el último momento. Si nos hubieran descubierto nos habrían torturado y ahorcado, lo sabíamos. Pude hablar con una española maña, al pasar junto a ella, pero así, cruzándonos rápido. “¿Eres española?”.—“Sí, de Aragón y estoy con mi hija de trece años”. El día en que me pusieron la inyección en la “revir” vi desde una ventana, mientras esperaba el turno, como esta maña y su hijita entraban por el corredor que conducía a la cámara de gases y de allí ya directamente pasarían, como todas, al horno crematorio. Todo estaba bien combinado: enfermería, enfrente la cámara de gases, más horno crematorio. Qué horror el humo, las llamas y el olor que salían de esas fatídicas chimeneas, que no paraban ni de día ni de noche. Noche y día nuestras camaradas desaparecían a un ritmo infernal y una se preguntaba: “¿De qué color será la llama que me consumirá, será ocre, azulada, amarilla? La mía será rojo vivo, seguramente”.

Así también desapareció mi amiga Lyon; su hija Simone estaba deshecha, ella que no se había casado por no dejar a su madre. “¿Qué voy a hacer sin mi madre, Alfonsina, qué voy a hacer?”

A mí me salvó una alemana que había vivido en España. Pero siempre me decía: “De aquí no saldrá nadie vivo, ninguna saldrá de aquí”.

Cada día estábamos más depauperadas, veíamos más cercano nuestro fin, pero ¿en qué condiciones? Vivíamos como autómatas, no comprendíamos más que los gritos, no oíamos más que quejidos y súplicas, el ruido sordo y seco de los palos, los perros que aullaban y el “tacatac” de las ametralladoras. Vivíamos angustiadas, desesperadas, ¿teníamos reacciones de humanos?

Aguantar, aguantar. Siempre en lo más íntimo de nuestro corazón brillaba una lucecita débil de esperanza! pero tan débil!... Cuesta aceptar morir como una bestia, ¿verdad? Hay que confesar que muchas estábamos desmoralizadas, por lo menos en el block 32 (Block “Noche y Niebla”).

En Ravensbrück las únicas —¿usted se se ha fijado?— que plantaban cara eran las soldados rusas.

Cuando llegaron al campo se formaron militarmente en la Apelle Platz (plaza donde nos pasaban revista mañana y noche) para demostrar que seguían siendo combatientes. Pero cómo se ensañaron con ellas, con el odio que los alemanes tenían a los rusos (ver Nina Kiforonova. “Nunca jamás eso!”).

Nuestra “blockova” era alemana; hacía diez años que estaba detenida,

desde que Hitler subió al poder. A su marido los hitlerianos le hicieron aplastar la cabeza por una pata de elefante. Con nosotros se portaba bien, gritaba para disimular ante los SS, pero eso era todo, era buena de verdad. Siempre estaba de mal humor, andaba coja, no había vuelto a saber nada más de su hijo.

Hacia final de la guerra nos llevaron a Mathausen. Allí mataron a mi padre y mi hermano. Allí murieron padre e hijo de los Lyon. Éramos un grupo denominado “Nach und Nebel” (Noche y Niebla). Por lo visto habían llevado grupos de éstos de distintas partes, pero eso no fue fácil de averiguar. Llegamos allí para ser exterminadas y para presenciar nuevos horrores. Mathausen era uno de los peores campos, tan malo como Ravensbrück.

Tuvimos que trabajar en la cantera y subir los peldaños con las piedras de 40 kg. a pulso, y las que éramos jóvenes, aún, ¡pero las pobres viejecitas! Yo he visto echar a tres deportadas al fondo de la cantera con la piedra en sus manos después de quedar agotadas, porque no iban lo suficiente deprisa.

Otro caso de barbarie que quiero denunciar: al salir del campo, a un lado de la cantera, hacia la izquierda, cerca de la fatídica escalera, ví como una rueda de carro a plano sobre un eje. A aquella rueda estaban atados cuatro deportados rusos con las piernas cortadas por encima de la rodilla; lo que les quedaba de pierna, sólidamente atadas para que no se desengraran, y tenían que dar vueltas sin parar, como en una noria, día y noche sin comer ni beber y recibiendo latigazos. Yo no sé cuantas horas durarían, y no exhalaban ni una queja, ni un grito, ¡sólo sus ojos expresaban el martirio que sufrían, qué miradas! Yo he llorado a mi hermano y a mi padre muertos allí, pero aún he llorado más a la vista y el recuerdo de estos cuatro héroes rusos; jamás, jamás podré olvidarlos. Después de esto los “Apelle” de dos y tres horas de pie, los palos y tantos castigos, el hambre, el trabajo, todo esto ya formaba parte de lo normal en nuestra vida de condenadas. Verás los grupos de hombres y mujeres que los dirigían a la cámara de gases eotidianamente. Apalean a un hombre hasta la muerte, los gritos y las carreras para esconderse entre la multitud de aquella inmensa Apelle Platz de Mathausen. Cuántos quedaban muertos allí después de la consabida sesión de castigo tan predilecta de nuestros verdugos. Dejar a los deportados horas y horas de pie. Aunque, en cuanto a mí se refiere, estuve más veces castigada aún en Ravensbrück.

Podría decir más cosas, pero hasta el horror y sus inmensas variedades se hacen monótonas. Sin embargo, sería necesario que todo se supiera, pero eso es imposible: es que nadie podrá decir los sufrimientos y torturas de las que perecieron en las celdas de la cárcel de Ravensbrück. ¿A qué martirios habrán sucumbido? Ellas no podrán jamás testimoniar de haber vivido el horror del horror.

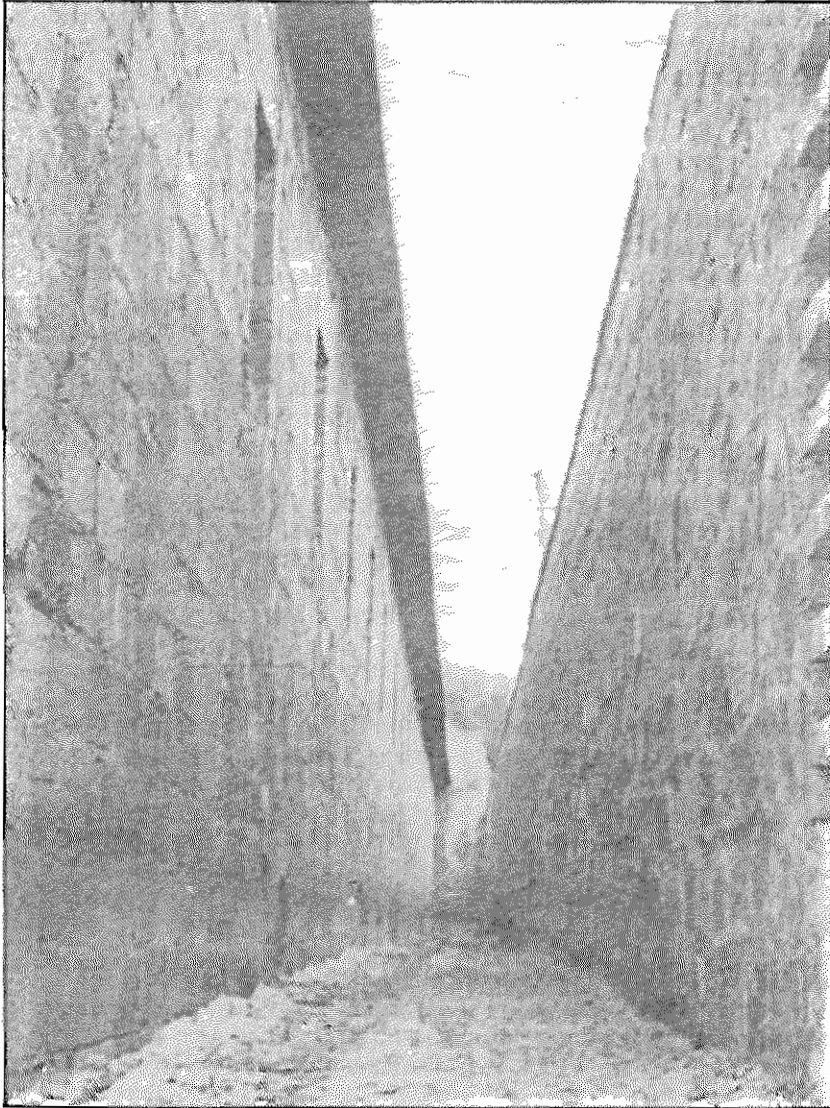
Después de treinta años sigo sufriendo a causa de los experimentos a los que me sometieron en el campo. He pasado muchas meses en los hospitales. Perdía la salud y la juventud. Dependo en gran parte de los demás. Los médicos y los amigos me han cuidado. La FNDIPRP ha defendido todos mis derechos, pero mi vida personal está deshecha. Pero lo

digo, no me arrepiento de nada. Moralmente soy como siempre fui: anti-fascista, amante de la Paz y de la Libertad.

*Toulouse, diciembre 1975*

Fue condecorada con las más altas distinciones del Ejército USA, Inglaterra y Francia.

Murió en 1979 en trágicas condiciones.



## Lola Casadella

### *Deportada*

Al empezar la guerra en 1936, vivía con mi padre y mi hermano en Alcoletge, a 4 Km. de Lérida; en aquel entonces yo no entendía nada de política; mi padre, de origen campesino, siempre había votado por las derechas. Muchos jóvenes del pueblo se fueron al frente a defender la República, algunos murieron los primeros meses, por falta de asistencia, según dijeron; un maestro joven del pueblo nos dijo que el sindicato de la F.E.T.E. de Lérida organizaba un grupo sanitario, que saldría para el frente; esto me pareció humano y pedí mi admisión.

Me la dieron, pero faltaba lo esencial, el convencimiento de mi padre. El maestro me acompañó para darme ánimos, mi padre asombrado no decía nada y no me dió ninguna contestación, entonces me marché, es así que entre en el combate; en Lérida, en un local de la Escuela Normal, estaba reunida la F.E.T.E. En mi vida había asistido a una reunión sindical, ni política, me pareció demasiado tumultuosa, sobre todo tratándose de maestros y también bastante grosera por la cantidad de calificativos escabrosos empleados. Cuando las cosas se calmaron, el grupo preparado para salir para el Frente, los hombres y las cinco mujeres, hicimos el juramento de luchar unidos y cumplir con nuestro deber, por el honor de la República y de la F.E.T.E.

Cuando llegamos a Pompinillos, en el "frente" de Huesca, bajamos y nos condujeron a un bosquecillo; se presentó Francisco Seotti, un chico de las Brigadas Internacionales, reponsable de Sanidad del Sector, dijo que teníamos que dividirnos en tres grupos e incorporarnos a las Centurias que rodeaban Huesca. Nosotros no queríamos separarnos, pero al final aceptamos incorporarnos a las Centurias; yo estaba en un grupo formado por un médico, un practicante, una chica maestra, Carmen Español, de Lérida, su hermano y seis maestros más, que servía de camilleros.

Un día vimos que unos aviones perseguían a los bombarderos; dimos un grito de alegría, mirábamos los combates como quien va el cine; volvimos a Barcelona, vía Huesca y Lérida y empecé a estudiar para enfermera. Retirada hacia Barcelona 1939 y llegada a Francia. Fui a parar a Rennes (Ille et Vilaine); yo estaba encinta de cuatro meses.

Las organizaciones democráticas empezaron a preocuparse de nosotras, los sindicatos CGT de Rennes me llevaron un día a su local y me dieron de todo lo necesario para mi futuro bebé y para mí misma, pues salí de España con sólo lo puesto; un médico socialista de Rennes se presentó para cuidar a los enfermos, a mí me eucontró albúmina y me mandó al hospital; éramos ocho españolas en la maternidad.

Tuvimos la suerte de tener una monja de origen vasco a nuestro servicio; conocía bien el español y los problemas de la lucha del pueblo vasco en España; nos defendía cuando nos atacaban.

En el mes de junio vino al mundo mi "nena". Sor Clotilde, así se llamaba la monja, se portó muy bien, preocupándose por todas. Lloró mucho cuando volví al "refugio". Todo había cambiado. Las españolas más conscientes habían organizado sus vidas.

La situación internacional empeoraba de día en día. La declaración de guerra hizo que todos nuestros amigos fueran movilizados. Nos trasladaron a un campo a 3 km. del "refugio". Aquello hacía presentir las graves decisiones que serían tomadas contra nosotras. Mi hija tenía dos meses y medio. La orden de prepararnos para "ir con nuestros maridos" llegó seca. Los matrimonios que estaban en el "refugio" se los llevaron; a nosotras nos llevaron a la estación; el tren salió en plena noche, sin parar en ninguna estación; pronto nos dimos cuenta de que nos llevaban directamente a España. España, que la llevábamos en el corazón entrañable, que los asesinos de nuestro pueblo continuaban asesinando, no, no podía ser esto; en Burdeos paró el tren, e inmediatamente abrimos las puertas y bajamos chillando: "A España, no; a España no". Los viajeros nos miraban extrañados, los gendarmes nos empujaban hacia los vagones, pero nada, ni Dios subía y seguíamos chillando; esto duró cosa de una hora y llegó la orden de que las que habíamos bajado del tren subiésemos a otro, que nos dirigían a Perpignan, Las que no bajaron fueron llevadas directamente a España, sí que fuimos a Perpignan, pero, por si las moscas, el tren fue aislado por soldados senegaleses.

Subimos en unos "cares" y unos kilómetros más allá vimos un cementerio con muchas cruces blancas; ¡que congoja! Enseguida vimos el campo; como era al atardecer, nos acompañaron a las barracas, algunas sin terminar; tuvimos que dormir directamente encima de la arena. Sentada en el suelo pasé la noche con mi niña encima de las rodillas. Rápidamente empezaron a morir los niños españoles, mi hija vivió 15 días; la Cruz Roja suiza empezó a visitar las barracas y ayudar a los niños con comida y ropa, preocupándose de que fuesen alojados en barracas acabadas.

Marzo 1940, salida del campo; un sindicato católico vino a buscar mujeres para trabajar en las faenas del campo; caímos en un pueblo a 50 Km. de Lyon. Enseguida llegaron campesinos, que nos miraban los dientes y los brazos, como si fuésemos caballos, y luego, unas por aquí, otras por allá, salimos a trabajar.

Los alemanes habían ocupado todo el litoral hasta la frontera española. En este caso la situación cambiaba; entonces busqué trabajo en octubre 1941 en Lyon. Trabajaba en una tienda de comestibles; mis patronos, emigrados económicos, tenían dos hermanos refugiados políticos en su casa, el más joven se llamaba Pablo Balsells, había sido juez de paz en Gerona y miembro del Cuerpo Diplomático en España; Lyon ha sido siempre un lugar donde los españoles han sido numerosos. La vieja emigración nos ayudó mucho. Noviembre 1941, los lunes teníamos un descanso, lo que aprovechaba para visitar a mis amigos Antonio Merino, del Sindicato de Ferrocarriles en Barcelona.

Unos días después se formó un triángulo de Unión Nacional, Merino, Canals y yo; Lyon fue dividido en tres sectores: Villeurbanne -Lyon Centro-Vénissieux y Monplaisir la Plaine, en algunos sitios no era fácil, en otros había más conciencia de la inminencia del peligro, pues los alemanes no se quedarían en zona ocupada y había que prepararse.

Antes de terminar este punto quisiera decir algo de las mujeres. Jesusa Fernández fue una de las que más nos ayudó; su casa fue siempre un punto de apoyo desde el principio al fin de la guerra; Solita Rodríguez, Isabel Sáez. (no me han permitido que diera sus nombres las otras mujeres). Fue gracias a su sencillez, su amor por la libertad y su abnegación, que muchos les debemos la vida. Esperando mi salida para Grenoble, ayudaba a la Organización Militar; Balsells nos prestó una máquina de escribir con una matriz para multicopista; tirábamos el material en casa de nme. Champlion, cerca del cementerio de la Guillotiere. Esta señora de origen español, venían del África del Norte; este material teníamos que repartirlo enseguida, para lo cual utilizábamos a veces Correos, cuando no podíamos hacerlo de otra forma. Es lo que me perdió; Julio Navas, joven estudiante de Medicina, del Grupo Militar, al que teníamos que enviar un rollo, lo mandé; llegó a su destino, pero Navas no abrió el rollo, lo cogió y se fue en bicicleta a distribuir el material; un coche lo atropelló, le llevaron al hospital, de donde inmediatamente fuimos advertidos. El tiempo de sacar todo de mi casa, esconder la máquina, etc. y llegó la policía. Registraron el piso y, al no encontrar nada, me dijeron que les acompañase. Llegamos al Centro de la P.J. (Policía Jurídica) y empezaron a interrogarme; yo nada. Sacaron el rollo y cartas escritas por mí a Navas; me hice la tonta; les contesté no sé qué cosas. Me encerraron en una celda sin darme de comer ni de beber. Esto era el 20 de agosto de 1942; al día siguiente volvieron a la carga; me dijeron que Navas se había escapado, que yo estaba sola y que sería mejor que dijera la verdad; nada, al fin decidieron llevarme al palacio de Justicia, al "petit Depot" y allí esperé seis semanas.

Por fin un gendarme vino a buscarme para llevarme ante el juez de instrucción militar en Montluc. Me dijo si quería un abogado; así fue como entré en contacto con la justicia militar; después la cárcel St. Joseph, la promiscuidad con toda clase de gentes.

El juicio era a puerta cerrada; los abogados, los detenidos, los jueces y los asesores y guardias; dos siluetas estaban sentadas en los bancos del público: "la Gestapo". A mí me condenaron a dos años de cárcel y 1.200 francos de multa por infracción a la ley de los extranjeros, segundo atentado contra la seguridad interna del país; tres semanas después nos trasladaron a la cárcel de las Baumettes (Marsella).

En las Baumettes estaban las de Marsella, Tolosa, Montpellier, Nimes. Carmen Urgelles estaba con las de Marsella y María Teresa Las Heras, también estaba en las Baumettes, pero no estaba condenada; había otra española, una tal Gimeno, no condenada, que sabíamos era del Frente Nacional.

El 14 de julio de 1943 se celebró en las celdas con banderas y adornos; esto hizo que las guardianas se pusieran negras; enviaron a los calabozos a todas las que cogían; pero llegó el momento en que faltaban calabozos;

entonces nos prohibieron el correo, las visitas y los paquetes. La Resistencia del exterior mandó una carta a la Dirección diciendo que estaban al corriente de lo que pasaba en la cárcel y daban un aviso de muerte, para veinte guardianas.

El director de la cárcel discutía con nosotras; asistía a nuestras conferencias; Carmen Urgelles y yo pudimos reunirnos en la misma celda; pasamos las Navidades de 1943 juntas; estas Navidades fueron celebradas con mucha alegría; los Aliados amenazaban en África del Norte, estaban en Córcega, en la Unión Soviética los zumbaban de lo lindo; gran emoción en la cárcel; nos llegaron noticias de cómo trataban a los camaradas en Alemania; en Auswich era verdaderamente demencial. La Resistencia nos avisó para que nos preparáramos de noche que nos vistiéramos sin hacer ruido. Pensaban venir a liberarnos, ya sabíamos que en varias cárceles lo habían hecho: en lugar de ésto, fueron los alemanes los que vinieron a sacarnos; en cada "car" había un alemán con ametralladora; todo el camino de la Baumettes a la estación, lleno de alemanes milicianos; una escala en la Roquette, en París, y otra vez de viaje vía Rennes, cárcel Central de mujeres de Francia. Como a nosotras se nos agregaron las de París y las del Norte, no digo nada de las que llegamos a ser; se armó la de San Quintín al bajar del tren, cantando la "Marsellesa" los "Partisan" y todo el repertorio. En los "cars" igual, atravesamos Rennes a grito pelado; en Rennes ocurrió lo de Marsella, directamente a los calabozos; como no había bastante, nos llevaron al taller nº 7, castigadas sin cartas, ni visitas ni paquetes.

Una mañana, una guardiana entró en el taller con tres nombres; una responsable le pidió que quería de ellas. "No la importa". "Pues no se las daremos". "Ya lo veremos", y sale. A mí me pusieron en la mesa de las jóvenes.

Todo el mundo en pié de guerra, zuecos, platos, toda clase utensilios estaban encima de las mesas. Cuando se abrió la puerta y entraron seis gendarmes, una lluvia de zuecos les cayó en la cabeza; uno sangraba; se retiraron, pero se llevaron a una de las nuestras, que se debatía y chillaba "¡Camaradas, me llevan!" con el alma en un hilo la vimos desaparecer; al cabo de cierto tiempo entraron a fuerza los gendarmes, diez o doce, dentro de la sala, y otros se quedaron fuera. Otra vez la respuesta fue inmediata; se ve que los zuecos hacían mal, pues no insistieron más. Esta vez fuimos nosotras quienes cogimos a tres gendarmes, uno grande y fuerte, viéndonos negras para neutralizar a este tío.

Abril 1944. La llegada a Ravensbrück fue impresionante; aquella entrada con un gran portal, el águila alemana con la cruz gamada, las torretas con las ametralladoras, la disciplina que imponían, y las mujeres, mujeres que algunas parecían seres inhumanos. Paso lo del despacho donde nos robaban todo, el corte del pelo, las duchas y los vestidos rayados dentro de los que teníamos dificultades para reconocernos.

Todo, todo organizado para humillarnos, hacernos comprender que no éramos más que un número que se borra cuando se quiere. Una mañana, al despertar, la "blokoba" gritó: "Las que quieren ir a una casa de prostitución, que pasen por mi despacho". Todas gritamos "Hum". Contesta-

ción: "Os prevengo que si no hay voluntarias os cogemos por la fuerza". Esto fue terrible. Sobre todo las más jóvenes, decidimos matarnos si nos hacían esto; mientras estuvimos encerradas en cuarentena, organizamos un poco la vida, incluso preparamos cantos y unos "sainetes"; otras mujeres daban conferencias sobre la estética, los niños, incluso una nos inició al juego de la Bolsa y Banca; de una manera inesperada entramos en contacto con las mujeres-soldados soviéticas en los bloques; de una manera general, todas las tareas de técnicas, evacuación, agua, etc., eran ellas quienes las realizaban; tenían una moral muy elevada; para ellas no había duda: los alemanes estaban perdidos, esto es lo único que contaba. Nos dijeron que Mireille Løse, de Marsella, estaba en el pabellón de las tuberculosas, es decir, condenada. Decidimos ir a verla Madò Desahilles y yo; nos indicaron la barraca y nos dijeron que si nos encontráramos con una "kapo" había que esconder el número de matrícula, estaba prohibido circular por el campo, y más cuando se está en cuarentena. Fuimos; al llegar al "bloque" el tiempo de llamar a una ventana y preguntar por Mireille, vemos llegar corriendo a una "kapo" con triángulo verde; era joven, morena, con pelo largo y ondulado; nos dijeron después que era la célebre "pantera negra" que se distinguió por su ferocidad; nos pegó unas bofetadas y unos puntapiés; nosotras manteníamos las manos pegadas a nuestro brazo izquierdo; como chillaba como una loca, llegó corriendo otra "kapo", con triángulo rojo, se abrió la ventana, la "blokoba" discutió, Mireille Losè lloraba y nos abrazaba, contenta de vernos y de recibir el saludo de sus compatriotas; nos habían dado algunas cosillas para ella, que recibió emocionada; nos fuimos deprisa; Mireille fue gaseada en Ravensbrück. Cuando salimos de cuarentena, aquello supuso la separación del grupo de camaradas; bien que mal, llegamos a reunirnos algunas; los "bloques" estaban superlentos; corrimos dos o tres, pero, en espera de salir en komando, nos pusieron en uno inmenso, allí encontré a Coloma Serós, a Rita Pérez, a una chica de Torregrosa; parece ser que había otras que trabajaban de noche; cuando podía escaparme, corría a las barracas de cuarentena; encontré a una chica anarquista que me dijo que trabajaba para los ingleses, otra de Unión Nacional, y, corriendo por los bloques, otra española medio loca, hablando sola; era una asturiana capturada cerca de Leningrado; estaba encinta cuando la cogieron, y al dar a luz mataron a su bebé.

A fines de junio de 1944 nos pusieron otra vez en un tren, atravesamos Berlín; allí si que vimos que los cascaban de lo lindo; los alemanes que acompañaban el tren venían del frente del Este; camaradas que comprendían el alemán, estaban sentadas cerca de ellos y escuchaban lo que decían: tenían pánico de regresar al frente del Este; cuatro días después llegamos a Holleichen, cerca de Pilsen, en Checoslovaquia. Allí ya había un "komando" de francesas, polacas, soviéticas; una "blokoba" francesa nos recibió. Enseguida entramos en contacto con las 27.000 que allí estaban. Ellas ya empezaban a boicotear; hacían tanto sabotaje como podían, todas hacían, quien más o quien menos, pero todas. Hacíamos material de aviación de guerra, y cada cual se las ingeniaba para estropearlo. No creamos que siempre era posible, y sin muchos peligros. Era duro de



### **fabricar un material para ser utilizado contra nosotros mismos.**

Pero en plena semana de trabajo cogieron a todas las deportadas de la fábrica y las de descanso de día, nos formaron por "komandos" en el patio, pusieron una mesa en medio y un «kapo» de triángulo verde, que estaba en el campo de hombres, enfrente del nuestro, con un bastón grueso como la muñeca, de unos 60 cms. de largo esperaba que le diesen la orden de golpear; un tío SS con un cuerpo macizo y una cara llena de cicatrices, con un papel en la mano leyó un número de matrícula, una camarada francesa se presentó, le dieron veinticinco bastonazos bajo los riñones, acto seguido, otro número, otra camarada española avanzó, otros veinticinco bastonazos, y la tercera, la más joven, soviética avanzó y se repitieron los bastonazos. Con mucha dignidad, no dijeron nada; el odio que esto nos produjo iba en contra del "ejemplo" que querían dar; una joven alemana detenida con nosotros escribió sus impresiones de este día. Registraron el campo cuando no estábamos; encontraron estos escritos y la alemana desapareció del campo. Más tarde supimos que nuestros camaradas y la joven alemana fueron colgadas en un gancho de carnicero en el campo de Flossenburg.

Las Fiestas Nacionales de los Aliados las celebramos, el 14 de julio del 44. Fue magnífico de combatividad y unidad de acción; centenares de banderitas francesas fueron sembradas por el camino de conducía a la fábrica, cada una de nosotras llevaba una escarapela en el ojal; tres minutos de silencio no es mucho tiempo, pero cuando se dieron cuenta los SS, pasaban de taller en taller arrancando las escarapelas y repartiendo bofetadas a troche y moche.

Un día en que, como siempre, seguía mi trabajo, no me di cuenta de que la jefa del taller alemana estaba allí; estaba de servicio en el empaquetaje y me cogió con las manos en la masa, es decir, que mi caja de municiones tenía mucha agua; yo no comprendía alemán, pero sí comprendía lo que era sabotaje. Un chico checo que blindaba las cajas se puso a defenderme; aquello duró media hora, mis camaradas de trabajo estaban verdes de miedo por mí, pues Teresa comprendía el alemán; la verdad fue que, durante unos días, no me perdían de vista, incluso intentaron cogermé en falta en el peso de las balas; colocaron muchas vacías junto con las normales para ver lo que yo haría. Un muchacho checo que se dio cuenta avisó a Magdalena, la cual avisó a Teresa y ésta me puso en guardia; quizás encontré unas veinte al terminar el trabajo, se las entregué a la jefa del taller diciendo "capu". Esto ocurría en el mes de marzo de 1945; las cosas iban muy mal; los talleres trabajaban poco. Teresa fue nombrada "blokoba". Cada vez teníamos menos obreras en nuestro taller. Al final lo cerraron y nos mandaron a trabajar al bosque a sacar troncos, al acarreo de tierra, sacándola de un sitio para llevarla a otro, el caso era tenernos ocupadas; en pleno día, estando en el tajo, vimos llegar nueve bombarderos; eran ingleses, esto hizo que no nos moviéramos de allí, pues cuando eran americanos echábamos a correr, ya que todo lo tocaban menos lo que tenían que tocar. Estos bombarderos pudimos observarlos todo el tiempo que quisimos, pues los SS desaparecieron; nosotras nos tirábamos sobre la hierba y mirábamos la operación: de tres

en tres en fila india, atacaron el transformador eléctrico que alimentaba la fábrica. Las cabinas telefónicas que hacían la «navette» entre la fábrica y la estación fueron cayendo una a una; no quedó nada en pie; alegres de ver lo que habían hecho, y además que nadie se metía con ellos, nos fuimos a un campo de coles y nos las comimos casi todas.

Una mañana, al llegar a la estación, nos hicieron formar en la plaza del pueblo; contra la pared, tres soldados italianos estaban alineados. Un SS en uniforme, solo, con una ametralladora, los fusiló; uno de los chicos intentó levantarse y le pegó el tiro de gracia, estos chicos estuvieron tres días expuestos en la plaza "para ejemplo". La bestialidad la vivíamos tan de cerca que, a pesar de que nos decían que pronto seríamos liberadas, no nos veíamos libres; que las cosas se terminaban, sí..., pero ver nos libres....

La aviación americana e inglesa bombardeaba y ametrallaba a menudo; apenas salíamos del campo; los alemanes tenían más miedo que nosotros. A lo lejos se oía un ruido sordo, no eran bombardeos, era la artillería, durante tres días no nos dejaron salir; no había comida, estábamos medio atontadas, mirando por las ventanas; a eso de las once y media, creo, vemos unos uniformes raros que entraron en el patio; esto lo vimos porque un tiroteo nos llamó la atención; los SS y las alemanas, salían de sus alojamientos con los brazos en alto. Las polacas del campo daban gritos de alegría; bajaron corriendo seguidas de las soviéticas, se fueron del campo; los prisioneros de guerra franceses vinieron enseguida y nos dijeron que no nos moviéramos, que el Gobierno francés se ocuparía de nuestra repatriación; el campo fue liberado a las once y media, y a las doce tenía que estallar la dinamita; esto pasó el 5 de mayo, y el 8 fue la Liberación.

Por fin regresé a Lyon. Yo creía que solo estaría unos días. Mis camaradas habían desaparecido, sólo los puntos de apoyo existían, me recibieron y me cuidaron. Yo quería ponerme enseguida a trabajar, porque no tenía dinero y no quería ser una carga. Mi marido me buscó en las listas de los campos, en el Ministerio del Interior; me encontró y vino enseguida; cuando me vió no sabía si reír o llorar. Fue muy larga la adaptación. Lo que más nos entristecía era que en España continuaban los fascistas. Durante muchos años pensamos en regresar al país, y ahora tengo la inmensa alegría de ver que en España empieza una nueva Era; que se está operando la reconciliación nacional; que dejamos de ser gente aparte. La nueva generación tiene un trabajo difícil a realizar: es el combate por la Libertad, y no dudamos que lo ganará.





## Pilar Claver

---

Soy refugiada de la guerra de España, de la parte de Navarra que fue siempre zona franquista. Allí estuve, en Navarra, hasta febrero de 1937. De allí me escapé por los Pirineos en una noche de nieve. Allí no podíamos estar más tiempo, mi padre estaba en la cárcel. Alguien nos advirtió que a mi madre y a mí nos iban a detener, y que era cuestión de horas nada más. A mí me habían cortado el pelo a rape los fascistas. Atravesamos los Pirineos, nos fuimos hacia la zona republicana y llegamos a Barcelona, donde estuvimos hasta el fin de nuestra guerra.

En Barcelona busqué trabajo, era muy difícil. En Barcelona encontré a un paisano mío, que me puso en contacto con un médico de Navarra. Éste me dijo: «Hace poco que ha venido de allí y quisiera saber que está ocurriendo». Al decirme el nombre de su pueblo, yo ya sabía que habían liquidado a toda su familia. Me propuso de trabajar en un hospital moderno al lado de la Pedrera y allí empecé a trabajar. De allí nos trasladaron a Sabadell, donde estuve más de un año hasta la evacuación a Francia.

En el hospital hacían una gran presión los militantes de la CNT, aunque había organizada la UGT. Todo el ambiente de los empleados del hospital era muy politizado. Siempre tratábamos de formar equipo mixto CNT-UGT. Mi compañera era de la CNT. Cuando llegaba el final del turno de las ocho horas, mi compañera se largaba y yo me quedaba allí; porque después del trabajo hospitalario me dedicaba a escribir las cartas de los heridos que no sabían escribir o, sencillamente, porque estaban heridos de los brazos o gravemente heridos. Allí me facilitaron una habitación y me quedaba con carácter permanente. Los heridos, para hacerme rabiar, me decían: «Usted parece la funeraria, siempre está aquí» Pero en el fondo todos me apreciaban. Así hasta terminar la guerra.

Pasamos hacia Figueras y luego a Port Bou, donde nos destinaron a mi madre y a mí, entre un gran número de refugiados, a la Charente, viajando en un tren toda una noche. Los primeros quince días estuvimos en condiciones muy malas, mal recibidas en Angouleme y de allí a Cognac. En ese pueblo tan rico, pero tan reaccionario, donde se hace el famoso “cognac”, la mayoría estábamos en el “Refugio Vernier” en medio del pueblo, eran las cuadras antiguas. Eran cuadras de caballos, de vacas, y a los que no cabían allí los llevaban a la cárcel. Vivían las familias por celdas. Nos producía una gran impresión. Cada familia en una celda. Nosotras no podíamos visitarles ni a ellos ni a otras gentes de otros refugios más que acompañadas por un gendarme, y a condición de que tuviéramos algún pariente en un sitio u otro. Donde estábamos nosotras, sólo había mujeres y niños, hombres muy pocos. Habilitaron otros lugares más

pequeños. Una vez allí, no sé por qué regla de siete nos querían mandar a España a todos. Nos cerraron las puertas y nos dijeron: todos para España. Entre nosotras se hallaba un vasco empleado de correos que había contactado con una camarada del PCF. Por cierto que después fue deportada. No sé más que se llamaba Jeanne.

Nos llamaron uno a uno a la oficina para firmar la hoja de vuelta a España. Algunos hombres estaban acobardados, pero nosotras no firmamos ninguna.

Nos valimos de una compatriota que había dado allí a luz una niña que estaba muy delicada y que salía todos los días a buscar una leche especial a la Cruz Roja, para que explicara a nuestra Jeanne nuestra situación. «Dile lo que nos llega». Dejó el mensaje en correos, Jeanne se puso en contacto con el PCF en París y empezaron a llegar telegramas y más telegramas. De este modo se cortó la expedición. Al señor "Mastel" le estorbaba nuestra presencia en su feudo de Cognac, pero no se salió del todo con la suya.

Después se formó un campo en Angoulême, pero de Cognac yo ya me fui a trabajar al campo con la intención de reclamar a mi padre y a mis tíos que estaban en el campo de concentración. Estuve siete meses trabajando, pero en vistas de que el patronó no hacía nada para reclamar a los míos, nos volvimos a Angoulême. El campo ya estaba definitivamente formado por varios barracones. Había muchos hombres que no sabemos de donde procedían. Algunos, escapados de otros campos o de compañías de trabajo. Estábamos rodeados de alambradas, con las puertas vigiladas por guardias. Para poder salir a trabajar necesitabas un salvo conducto. Allí no teníamos ninguna comodidad, ni higiene ni nada. Nos teníamos que lavar en una especie de abrevadero al aire libre.

Allí nos encontrábamos unas doscientas personas cuando aquella parte fue ocupada por los alemanes. Los alemanes concentraron a muchos gitanos alemanes en una barraca que servía de enfermería. Por encima de las tablas nos veíamos con los gitanos, que con nosotros los españoles se portaron muy bien. Nos daban lechugas y lo que podían. A nosotros no nos quitaron nunca nada. Eso para nosotros resultaba muy gracioso, dada la fama que tenían.

Un día llegaron los alemanes, hicieron un registro del campo, todos estábamos muertos de miedo. Fue en aquel momento cuando se llenó el campo. Todos los españoles huían con la desbandada del Ejército francés y allí venían porque se encontraban otros compatriotas buscando amparo y cobijo.

Por un tiempo no nos dejaron tranquilos.

Los alemanes pronto empezaron a reclutar a los hombres para el trabajo, y a las mujeres nos sacaban para el trabajo doméstico de las casas, que es en lo único que teníamos derecho a hacer de esclavas.

Yo empecé a trabajar en un hotel y me dieron una habitación para que me quedara a dormir, pues mi trabajo acababa a las once de la noche. Pero no pude hacerlo más que un día. Me las arreglé para volver por la noche al campo con los míos. El primer día me pareció interminable. El quedar aislada de los míos, de mis compatriotas, me parecía una traición.

Me encontraba por la noche con los míos discutiendo acerca de la situación. Preveíamos que los franceses perderían la guerra. Para nosotros, el alemán era otra cosa diferente que para los franceses; ellos no veían en un alemán más que a un enemigo de Francia; para nosotros, un soldado alemán era un fascista. Nosotros les deseábamos que pronto sabrían lo que era el fascismo. Nosotros ya lo sabíamos. En nuestro ánimo estaba ya el espíritu de Resistencia ya antes de la ocupación, pero sin saber cómo.

Un buen día, no sabemos por qué, los alemanes hicieron un registro general en el campo. Los hombres a un lado, las mujeres y niños a otros. Se produjo un pánico terrible. Los gitanos que teníamos al lado nos dijeron que si teníamos algo que guardar que se lo diéramos, que para ellos no iban. Muchos hombres les entregaron el carnet sindical de la UGT o CNT, del PC, de las Juventudes, de los que no se querían separar y luego estos mismos gitanos nos lo devolvieron todo, todo.

A mí misma me cortaron la maleta con un cuchillo para registrarla. Por lo que se dijo, los alemanes habían recibido una denuncia de que en el campo de los españoles había un grupo de rojos que tenían armas, pero no encontraron nada. Eso ya nos puso en guardia. Yo le dije a mi madre: «Aquí no podemos continuar».

Un día pidieron voluntarios en grupo para ir a la Zona Libre. A mí eso de apuntarme en grupo me llamó la atención, me alarmó, yo dije que me iba hacia Orleans, donde trabajaba mi padre. Mi madre y otra amiga se quedaron escondidas en el sótano del bar donde trabajaban bastantes familias. Pero muchos vivían confiados y decían: «Pues, bueno, en Zona Libre por lo menos ya no veremos a los alemanes», y se apuntaron. Esto fue organizado por la policía francesa. Pero al llegar a la estación del ferrocarril nos dimos cuenta de que los entregaban a los alemanes, que los embarcaban en un tren abarrotado. Por lo menos eran ochocientos. La mitad, hombres, y la otra, mujeres y niños. Nosotros ya nos dimos cuenta de lo raro de la situación cuando los gendarmes les dijeron que dejaran los equipajes, que éstos seguían detrás. Se fueron únicamente con lo puesto; cuando llegaron a la estación ya era tarde. Allí se dieron cuenta de que caían en manos de los alemanes.

A los pocos días vuelve el mismo tren, y yo misma, que me había escapado del campo, encontré una habitación pequeña en un hotel, muy cerca de la estación, carísima, pero ya nadie esperó a que vinieran para la segunda expedición.

En efecto, cuando volvieron a buscarnos, en el campo ya no había nadie. Sólo habían quedado los gitanos. Todo el mundo se las arregló como pudo. Yo calculo que unas 1200 personas se escaparon, yo no puedo decir a donde. Un día, unos mallorquines comerciantes de frutas y verduras avisaron a otra muchacha española amiga mía que también trabajaba en la cocina del restaurante, que en el Hospital había una muchacha que preguntaba por ella. Era Lolita Martínez, de la primera expedición que llevaron a Mauthausen. Al llegar allí, a los hombres los dejaron a todos en Mauthausen, y a las mujeres y niños los llevaron a cada uno a su lugar de origen en España. De algunas familias tuvimos noticias. A bastantes no les pasó nada, pero otras muchas fueron a parar a la cárcel. De los

que llevaron a Mauthausen, creo que sólo sesenta volvieron. Esa deportación se efectuó a principios del 40.

De ellos conozco a Cortés, que vive en Perpignan y su hermano, que cayó enfermo cuando la liberación; eran de los más jóvenes. El padre y un hermano mutilado de guerra fueron directamente al horno crematorio.

Las que quedábamos en Angoulême estábamos ansiosas por hacer algo contra el nazismo. Yo, en Barcelona, ya había trabajado en el PSUC. Nuestra guerra, tan cruel, me había madurado; ya no me sentía joven a pesar de que cuando llegué al campo de Angoulême sólo tenía veinte años. Hice una gran amistad con unas chicas catalanas, Margarita y María, pero sobre todo con Margarita, que era de las Juventudes, muy buena chica.

En Cognac habían conocido unos aviadores españoles refugiados. Más tarde se casaron con ellos.

Estas muchachas ya estaban organizadas. Una de ellas me dijo: «Te voy a presentar a Antonio, que es muy buen muchacho». Empezaban ya a redactar papeles y octavillas, y me dijeron: «Hay que hacer algo para combatir a los nazis. Por algo somos antifascistas».

Lo primero que se hizo fue proceder al reagrupamiento. Era muy difícil, porque yo trabajaba en un hotel donde me obligaban a hacer el trabajo de dos. Salía reventada por la noche. Pero eran alsacianos y tenían mucha rabia a los alemanes. Esto me consolaba un poco. Los alemanes les requisaron una sala del restaurante para comer al medio día. Yo me daba cuenta del disgusto que eso les causaba.

En aquellos momentos, en Angoulême sólo había la Wehrmacht y la Feldgendarmarie; los SS llegaron más tarde. Requisaron la mitad del seminario para instalarse ellos; se metían donde querían, como dueños absolutos y ya se hicieron la comida allí.

En el hotel de alsacianos que odiaban de verdad al ocupante y estaban dispuestos a hacer algo, estaba alojado el responsable del Partido español de aquella región. Francisco López. Un día me confió: «Yo estoy en contacto con los camaradas franceses, y si algún día me ocurre algo, te voy a enseñar el escondrijo donde yo guardo mis cosas en mi habitación; si algo de compromiso hay, tú vienes a ver y a sacar lo que encuentres».

En efecto, un día fue detenido junto a varios franceses, pero no denunció a nadie de los que él conocía. En ese mismo día saqué los papeles del escondrijo y se los llevé a otro responsable después de haberlos tenido escondidos una noche en otro sitio y vigilar si a mí me seguían. Fui a avisar a los otros camaradas de la detención de López y entregar lo que tenía escondido. López fue muy apaleado y torturado, pero no denunció a nadie, guardó bien el secreto. De los cien franceses que detuvieron en la Charente, al poco tiempo fusilaron a diecisiete, están enterrados en la Braconne, formaban parte de este grupo de Resistencia. La Braconne de la Charente era un campo de concentración para los resistentes, y los americanos, más tarde, lo transformaron en base militar.

El que quedó de responsable después de la caída de Francisco López tuvo que hacer un viaje a Burdeos y allí cayó; era el camarada Cuadra. Yo estaba en comunicación con su mujer, que era esta Margarita, que era muy buena chica. Ellos estaban los dos metidos en tinglados muy impor-

tantes, pero ya se sabe que las consignas y trabajos de unos no eran conocidos por otros. Era lo esencial por medidas de seguridad. Supimos lo que le había ocurrido a López porque un francés que arreglaba tuberías fue a realizar unos trabajos a la cárcel de Angoulême y vino al restaurante del señor Mario donde había estado alojado y nos dijo que lo había visto pasar, que estaba delgado, con las orejas transparentes, doblado y lleno de cardenales y muy delgado. Era la cárcel Provincial de Angoulême. La patrona dijo inmediatamente: «Hay que llevarle algo». Me prepararon un paquete de cuyo contenido me acordaré siempre: un camembert, huevos duros, pan, y se lo llevé a la cárcel. Aquello me impresionó mucho la primera vez. Detrás: «A quién va a ver usted?». -«A Francisco López». Una puerta, dos puertas, tres de las puertas de la cárcel; quedaba ya aislada del mundo de los seres normales. ¿Saldría otra vez a la calle? Tuve que dar mi identidad y el nombre del que iba a visitar; ya entre tanto me encontraba detrás de una segunda y una tercera puerta. «De parte de quién viene usted». -«Pues de parte de Mmc. Mario». Yo pensé: «Si tengo que dar otra vez mi nombre, siempre estoy a tiempo».

A los cuatro o cinco días se presentó en casa de Mme. Mario la Gestapo y le dijeron si no le daba vergüenza, siendo francesa, de dar comida a un terrorista extranjero. Así supimos de qué estaba acusado. Fue llamada a la Gestapo y la hija mayor, Marcelle, de Mme. Renée Mario, quien me dijo al volver: «Sabe a quién he visto en la oficina. Uno que viene muchas veces a comer aquí» Allí hay varios franceses que trabajan para la Gestapo, hay que seguirlos y tener mucho cuidado con ellos. Gracias a Marcelle conocí a varios que trabajaban para la Gestapo. Marcelle, que era muy fisonomista me los enseñó.

Expuse la situación al Partido y me dijo que la solidaridad era una cosa muy necesaria, pero muy arriesgada, y que para eso era necesario el voluntariado. Entonces respondí: «Pues yo iré». Yo dije siempre a los carceleros que este chico era para mí algo más que un amigo. La Gestapo vino a preguntar por mí, y el señor Mario, cómplice, les contestó: «¡Oh, esta chica joven! Él tenía una habitación aquí; que quieren, es la vida, este hombre tiene la mujer en España y esta muchacha no sabe nada de política, pero qué quiere, López no estaba mal..., es un chico majo...» Así los despistó. Después me lo contó todo disculpándose. «A la Gestapo es lo mejor que le podía decir. Si tu quieres seguir llevándole comida, no hay otra combinación ni pretexto». Poco podía llevarle, no había suministro. Siempre fueron los Mario quienes me daban lo que podían.

Pronto cayó el nuevo responsable, pero, como ya se sabe, y lo dice bien la canción «Des Partisans», «Ami, si tu tombes, un autre ami sort de l'ombre et prend ta place». (Amigo, si tú caes, otro amigo sale de las sombras y ocupa tu puesto) Así nos cayó otro nuevo responsable, ¿cómo?.

En Angoulême era muy difícil trabajar; había poca resistencia francesa. Allí sólo estaban los soldados que venían a descansar para volver al frente lo que sí resultaba importante, era el hecho de que fuera base de suministros franceses que partían para Alemania.

Así permanecí hasta que un buen día los alemanes empezaron a pedir mano de obra extranjera, y ya sea el prefecto, o sea el comisario de poli-

cía, pensarían que mejor que enviar a los franceses, sería que se llevaran a los rojos españoles. Y yo no digo que en ello pusieran toda la mala intención; simplemente, que pensaron, quizás preservar así a sus compatriotas. De todas maneras y por donde fuera, lo malo era siempre para nosotros. El comisario me llamó y me presionó para que fuera a trabajar a Alemania. «A mí, en Alemania no se me ha perdido nada y no quiero ir». «Pues no hay más que dos soluciones —me respondió—, o a trabajar a Alemania o a España». «Pues yo a España tampoco quiero ir» Nos encontrábamos varias chicas jóvenes en la misma situación, y el tío, muy sinvergüenza, dijo: «Pues, bueno, alguna podré salvar yo si nos podemos ver en otro sitio». «Fue a tocarme, me levanté como por resorte y me fui. Se levantó airado diciendo: «Le doy ocho horas de tiempo». Pero, además, el cínico se reía, pues sabía que había paro y que no encontraría trabajo.

Llegué a mi casa y conté lo sucedido a mi madre y le dije: «Mira, en el piso de abajo vive una alsaciana que recibe a un tío de la Gestapo; me voy a dirigir a ella». Le expuse el caso a la tal vecina: «Mire, yo no quiero trabajar en Alemania, ni en España tampoco; toda mi familia está aquí y no me quiero aljar; ¿puede usted encontrarme algo aunque sea para trabajar para los alemanes». - «Pues sí, yo te encontraré algo».

Me llamaron en la Kommandatur y expuse los motivos por los que me había quedado sin trabajo. Entonces el comandante alemán telefonó al prefecto diciéndole que lo que pedían eran franceses, que de los extranjeros ya se ocuparía él. Así fue, ya que a los españoles no se les hizo más presión.

Entonces me colocaron con dos españolas más a trabajar en el cuartel de la Wehrmacht. Así nos colocaron a mí y a tres chicas más. Allí me quedé sorprendida al ver que sólo había hombres o soldados, o mejor dicho, ya mayores; eran muy distintos de los ocupantes jóvenes SS que veíamos por las calles de Angoulême, arrogantes y marciales que tanto nos impresionaban y daban miedo. En los cuarteles permanecían los más viejos y heridos. Nos pusieron al trabajo de desinfección y matar chinches y piojos y dejarlo limpio. Y luego prepararlo todo para las tropas que venían a descansar. Nos dejaron por equipos de 3 o 4 para limpiar las escaleras de los pabellones. No nos daban la comida pero nos dejaban pasar por la cocina y nos daban si sobraba algo. Y nosotras nos aprovechábamos lo que podíamos porque con los tiquets pasábamos mucha hambre, además aquel departamento era hostil a los ojos. Nosotras no estábamos contentas del trato que nos daban los alemanes. Sin embargo, nuestra conciencia no estaba en paz; ¿qué podríamos hacer para mejor participar en la lucha? no podemos contentarnos de una situación más o menos tranquila, había que hacer algo, pero ¿qué?

Yo trabajaba con otras dos españolas, y una de ellas, mayor que yo y que tenía hijos, Sofía Alvarez, me dijo: «¿Sabes que vamos a desmoralizar a esta gente?» Ella era militante del Partido Comunista, y otra, Amparo, también, que después de la guerra se casó con un deportado; se fueron a Argentina y allí ha muerto.

Entonces tratábamos de hablar con los alemanes, pero cada una apar-

te, pues ningún alemán se hubiera atrevido a escucharnos en presencia de otro compañero suyo. Con aire muy compungido, con las cuatro palabras que habíamos aprendido de alemán, les decíamos: «Qué triste es la guerra ¿verdad? ¿Tan bien que estaría usted con su familia! ¿Tiene usted hijos?». -«Sí, lo tengo en la guerra». - «Qué pena, ¿tiene mujer? Que pena, tener que estar lejos de ellos. ¿Qué mala es la guerra!» Muchos de ellos lloraban.

Nosotras decíamos : «Bueno, esta noche este tío ya no duerme; está desmoralizado y a lo mejor si lo envían a matar a alguien no lo hace!» Todo lo que queríamos era desmoralizarlos como fuera, para empezar.

A mi madre, Mariana Lavayro, que también trabajaba con nosotras en algunos momentos, se le ocurrió, al hacer la limpieza en intendencia, sabotear el suministro. Por ejemplo: En los sacos de harina clavaba un palo de escoba hasta el fondo. Tenía mucha fuerza, mi madre. Y yo echaba en aquel agujero el agua de fregar el suelo, lo tapábamos con harina y nos íbamos. Claro, aquello fermentaba y cuando los alemanes iban a comer su buena harina blanca de la que quitaban a toda la población, la harina estaba podrida. Si nos cogen haciendo esto, ¿madre mía! Todos los días hacíamos pequeñas cosas, lo que podíamos, con tal de sabotear al enemigo. Otro día, a mi madre se le ocurrió, cuando le dijeron: «Tenga cuidado con esa arca, que es muy delicada», se le ocurrió apartar el arca a un rincón y echarle mucha agua por los intersticios. Resultó que era tabaco: se les estropeó todo. Nosotras no podíamos sacar nada porque nos registraban a la salida. Comíamos lo que podíamos allí y saboteábamos todos los días alguna cosa. Poco a poco se fue organizando la Resistencia en la Charente.

En esa época me hicieron jefe de equipo en los cuarteles. Los que trabajábamos eran españoles. A mí me dieron una carta o salvoconducto para poder desplazarme a los tres cuarteles que se comunicaban. Un cuartel servía de depósito de abastecimientos, un segundo de infantería, y el que yo limpiaba, llamado «Panzer Caserne» (cuartel de los tanques). El ser jefe de equipo me permitía el desplazamiento sin control para averiguar el movimiento de tropas y transmitírselo a los camaradas de la Resistencia. Esta misma carta de trabajo establecida para trabajar en los cuarteles alemanes nos permitía el acceso a la estación.

En el período que yo entré a trabajar para los alemanes, que, como ya he dicho, fue cuando en Francia organizaron con el beneplácito de las autoridades de Vichy el STO (Servicio de Trabajo Obligatorio), que consistía en llevar franceses y españoles a trabajar a Alemania a principio del 42. Una amiga mía, Carmela, que trabajaba conmigo por los mismos motivos (no marcharse a Alemania), tenía un novio francés al que se llevaron contra su voluntad al STO; se fue porque tenía miedo a represalias contra su familia. Nos fuimos todas a la estación a despedirlo como todos los familiares de un tren entero de requisados. Cuando el tren arrancaba y al decirle adiós, nosotras, como la considerábamos nuestra, empezamos a cantar la «Marsellesa», pero claro, en español; entonces toda la multitud se unió a nosotras cantándola en francés. Los que marchaban forzados unieron sus voces a las nuestras. Fue un momento de gran emoción



y una verdadera manifestación patriótica por primera vez en Angoulême desde la ocupación alemana. Los alemanes estaban furiosos; querían saber quienes habían sido los promotores de tal manifestación; indagaban, pedían la documentación, pero no pudieron concretar nada y no hubo detenciones. A nosotras, con nuestra carta de trabajo expedida por los alemanes, no nos molestaba nadie, ni éstos ni los franceses, a pesar de que no poseíamos ni documento de identidad.

El PC de Angoulême editaba propaganda antinazi en francés, pero como había habido una gran redada hacía poco tiempo, no había mucha gente dispuesta para distribuirla. Eramos nosotros, los comunistas españoles, quienes lo hacíamos. Yo, por las noches, me iba al bar que había al lado de la estación, a veinte minutos a pie; había que atravesar toda la ciudad. Mi trabajo consistía en repartir esa propaganda durante el trayecto. Un muchacho soltero se hacía pasar por mi novio y, cogidos del brazo, disimulábamos nuestro trabajo de propaganda «subversiva.» Esto sólo podía efectuarse de noche; la depositábamos en los buzones de las casas, pero también la echábamos por las calles. Las viejas murallas de Angoulême, cuando hacía viento, eran un lugar ideal, pues esos pasquines caían en una fábrica que había bajo los parapetos. Esto tenía que haber sido ejecutado por los franceses, pero nosotros no reparábamos en esos detalles; nosotros, ¡Adónde fuera y a lo que fuera! Junto a esto nos llegaba propaganda en alemán destinada a los alemanes de ocupación. Naturalmente, los que trabajábamos en los cuarteles ya teníamos el sitio indicado. Sabíamos las horas del cambio de guardia, las puertas menos expuestas a la vigilancia para que cayera en manos de los soldados. En Angoulême había mucha mano de obra femenina española y francesa, pues había bastante industria y se hicieron muchas presiones para llevar a las mujeres, no como forzadas, sino voluntarias, a Alemania, muy bien pagadas; tuvimos que realizar un gran trabajo de persuasión hacia nuestras compatriotas, pues siempre había alguna que picaba. Con la miseria en que se vivía existía el atractivo de ganar más dinero en Alemania y poder ayudar a los familiares en España. Las cuatro o cinco camaradas que militábamos en el PC teníamos la misión de discutir, de hablarles y disuadir las. Con algunas no podíamos tener mucha confianza, pues dos o tres españolas se habían liado con alemanes y eran las que liaban a las otras, pero ellas se quedaban allí.

En esto continuaba la solidaridad hacia Francisco López, pero como yo ya no tenía tiempo, iba mi madre todos los lunes. Con él estuvo encarcelado un «Croix de Feu», organización para-fascista y que, sin embargo, no aceptó la ocupación ni la colaboración. Era negociante de Cognac, y además hablaba español; su abuelo materno era emigrado económico; me acuerdo que se llamaba Esclafer. Pues bien, la conducta ejemplar de López le había ayudado a sobrellevar su encarcelamiento y a salvarle la vida. Al salir de la cárcel buscó contacto conmigo. Pero Mme. Mario, con la que siempre tuve contacto, temiendo que fuera un colaborador, no quiso darle mis señas; pues López le había hablado de mí diciendo que no era ni parienta ni nada, pero es una compatriota «que no quiere que me muera de hambre.» Se apostó ante la puerta de la cárcel,

vió a mi madre con el paquete destinado a Francisco López y le preguntó si era Pilar Claver. «No, soy su madre».- «Pues diga a su hija que tengo que verla; yo estoy en mejor situación que ustedes»; y él se ocupó de llevar un paquete más grande y nosotras más pequeño. El camarada López fue trasladado a Compiègne y allí se le podían enviar dos paquetes por mes, uno de cinco kilos y otro de diez; era siempre él quien se ocupaba del más grande. A la detención del camarada Cuadra, entonces ya se planteó la necesidad de organizar la solidaridad a mayor escala.

Formamos Solidaridad Española dos camaradas catalanes, Robert Casas, Salvador Guasc y yo. Ellos, del PSUC, y yo del PCE. Nos reuníamos todos los viernes para el asunto de los paquetes. Teníamos que ayudar a los camaradas de Burdeos, que tenían muchas dificultades. Conchita Puiggros se ocupaba del camarada Vacas, detenido en Burdeos y que era amigo de su marido. Esta camarada jugó un gran papel en la transmisión de informes, en la recogida de dinero para los presos, etc., a pesar de tener una niña muy pequeña.

Otra pareja de recién casados, Isabel y Agustín Serain (hoy viven en Venezuela) también formaban parte del mismo grupo de Resistencia. Vivían en el campo y dos veces por semana venían para llevarse el material de propaganda; trabajaban muy bien, y a nosotras nos traían comestibles, más fácil de conseguir en los medios agrícolas.

Tengo que añadir que todos los jueves, día de paga, nos presentábamos ante las puertas de las fábricas y talleres para pedir ayuda para nuestros compatriotas. El riesgo era más grande para los que pedían, pero también para los solicitados. De descubrirse, todos hubiéramos ido a dar con nuestros huesos en los campos de exterminio nazis.

Llegamos a reunir bastante dinero y comida. Nuestros contactos con la Resistencia se extendieron a los de París (por allí pasaba la línea del ferrocarril París-Hendaya); entonces pudimos ayudar a dos camaradas presos en París. Los camaradas venían a mi casa, que servía además de buzón. La consigna era formal: un camarada no podía tener dos trabajos diferentes, pero aun así en mi casa se hacía de todo. Además era el lugar de reuniones y sólo teníamos una habitación. Arriba vivía una madrileña que no queríamos que supiera nada. En los días de reunión, mi madre se la llevaba al cine y yo montaba la guardia en la escalera. Y cuando otra vecina me veía sentada en la puerta decía: «Mi madre se fue al cine y no ha dejado la llave».

Volvamos a lo de antes con el paso de los de la División Azul. Estos gritaban como locos: «¡Vamos a luchar contra los rusos!». Nosotras, rojas, con nuestros salvoconductos entrábamos en la estación y les arengábamos y allí se organizaba un guirigay terrible. Siempre había alguno que había sido alistado por fuerza. (No todos fueron voluntarios, sino bastantes bajo el contacto del frío cañón de un revólver en manos de fanáticos dispuestos a todo). Siempre llegábamos a hacer bajar y esconder alguno, uno, dos o tres. Les teníamos que llevar escondidos a nuestras casas, buscarles ropas y en el momento oportuno, pasarlos al bosque, cerca de la línea de demarcación (Francia aun seguía dividida en dos: «zona ocupada» y «zona libre»). En aquellos bosques teníamos unos vascos que tra-



bajaban escondidos, y aunque no formaban parte de nuestro grupo de resistencia, nos ayudaban a pasarlos a la «zona libre» desde el bosque. Les procuraban cartas y lo que fuera.

Incluso hicimos desertar a un alemán con su fusil; una refugiada española, casada con un francés que tenía un bar, lo escondió, lo hizo pasar por un lado y el fusil por otro. Nuestro buen trabajo con los de la División Azul alertó a los alemanes, aunque no supieron quien lo hacía, pero veían que cada vez más se les escapaba gente. Entonces nadie pudo acercarse a la estación. Una vez mi madre se topó con un jefe de la División Azul que la reconoció y mi madre tuvo el tiempo justo para desaparecer.

Sólo nos dirigíamos a los sin grado, no a los oficiales.

Se fueron incorporando más españoles a la Resistencia, comunistas y de otras tendencias. Habíamos organizado una célula del PC muy importante y facilitábamos la desertión de muchos españoles que trabajaban para la agencia Tod. Y se dió el orden de evacuar y pasar al «Maquis». De Cognac venían a Angoulême a casa de Conchita, en su bar. Me avisaba, los cogía, los repartíamos en varias casas y en veinticuatro horas otros se encargaban de pasarlos al «Maquis». No me acuerdo del nombre de casi nadie; para nosotras era una etapa transitoria; estábamos seguros de volver pronto a España; lo hacíamos así, como una cosa natural, sólo me acuerdo del coronel Bernard, un francés. Recuerdo que a la liberación vino a Angoulême con sus tropas; nosotras les habíamos dado información sobre el movimiento de tropas y material de los cuarteles alemanes. Esto originó bastantes bombardeos de los americanos, que siempre bombardeaban fuera de los objetivos; no sé como se las arreglaban; siempre tiraban las bombas al lado, a pesar de que les proporcionábamos datos muy exactos.

Venía una muchacha de Burdeos llamada Pilar Villar, que tenía un valor extraordinario. Era nuestro enlace entre Poitiers y Burdeos. Vive actualmente en España y se incorporó ya en el 41. Con su bicicleta se iba hasta Hendaya; se encargaba de la documentación falsa; llevaba las cartas a los niños, todo estaba preparado para las fotos y las fechas. Con nosotras había una francesa del MOI, formidable, no sé su nombre; era alta, con lentes, nos llevaba pistolas, nos las dejaba y se marchaba; me citaba en un lugar, cogía las armas y las guardaba en mi casa y después a casa de los Casas y Alvarez, actualmente en Uruguay. París-Hendaya, y viceversa el punto de apoyo siempre fue mi casa. A nosotras, a pesar de todo, nos parecía que no hacíamos nada, queríamos hacer más, pero ¿cómo?

Más tarde, cuando vinieron los SS a los cuarteles la cosa se puso muy difícil. A pesar de todo, los cogíamos uno por uno, eran chavales de diecisiete y dieciocho años fanatizados, pero siempre llegábamos a tocarles alguna fibra sentimental por fugaz que fuera. Hablándoles de la madre, etc. Hay que decir que de la paliza de Stalingrado ya no se repusieron los alemanes. Los observábamos formados en el patio con una disciplina rigurosa y una exigencia maníaca de la limpieza corporal y de uniforme. A veces les hacían descalzarse el pie derecho y la revista duraba hora y media, a veces con seis bajo cero. Nosotras decíamos: «Antes de que se

les caliente el pie, es el momento para desmoralizarles».

En el 44 pasé a la organización militar y otra camarada a lo que yo hacía, Anita Díez, madrileña.

Mi tía trabajaba en casa de una maestra retirada y el marido era empleado de la prefectura. Tenían dos hijos. Uno era juez de paz en Cognac, y el otro era policía, y se puso al servicio de los alemanes. El padre y el hijo de Cognac eran patriotas y todos los días escuchaban la BBC de Londres. Cuando De Gaulle, con sus arengas, daba la consigna «Il faut pavoiser» (hay que pasarse), mandaba a mi tía para que nos previniera que teníamos que pasearnos a las siete de la tarde. ¡Ahí nos tienes a toda la española paseando por las calles de Angoulême! Pocos franceses obedecían las consignas de De Gaulle, pero las españolas; ¡Al dedillo! Esto significaba que todos los que estaban contra la ocupación nos paseábamos delante de la Comandatur. Yo continuaba transportando armas, un fusil en dos veces, pistolas, granadas; acompañaba a camaradas que se pasaban de una zona a otra. Me acordaré siempre del camarada Antonio Mestres, que sacó del polvorín un barril de dinamita en pleno día, en bicicleta por el medio de la ciudad y después, al «Maquis». ¡Había que tener valor y sangre fría!

Fui también dos veces a visitar presos al campo de Compiègne; la primera vez acompañando a la camarada Marga, que tenía allí detenido a su marido. Eso es muy impresionante. Esa muchacha era una resistente que traía papeles que teníamos que copiar a mano. Eran párrafos de «Reconquista de España». Siempre dedicada a los españoles, pues alguno parecía haber olvidado que estábamos en el exilio.

Allí nos topamos con varios compatriotas, bastantes de la FAI, que siempre te respondían que «eso era cosa de los franceses». Entre ellos y los indiferentes se llevaban más de la mitad.

Había unos cuantos de la CNT no obstante, que se incorporaron a las guerrillas cuando se formó la 4ª Brigada a la que yo también pertenecía, al mando del comandante Sebastián (su verdadero nombre, Juan Ortiz). Entonces sí que muchos jóvenes anarquistas muy combativos vinieron a la Resistencia armada. Muchos de ellos fueron más tarde a las guerrillas en España, y bastantes estuvieron en la cárcel.

Vuelvo a lo del viaje con Margarita a Compiègne, con su niña de once meses y un paquete. Viaje lleno de peripecias, bombardeos, falta de transportes, tiempo limitado, pero por fin pudimos llegar. Entró con su hijita y así el padre pudo recoger unos papeles que la niña llevaba entre sus vestiditos.

Yo quise fisgonear, pensando que nadie me veía, pero no sé de dónde salió un alemán que me pegó una patada en el culo que por poco me hace atravesar las alambradas. Me puse a salvo esperando a Margarita con su niña. Queríamos saber datos de un tal Santacreu que había denunciado a alguien en el Fort du Ha. López conoció a su hija de once meses; la había dejado con tres semanas. Le dimos hasta nuestra cena de vuelta. De regreso no encontrábamos nada de comer. Con un hambre terrible y la niña llorando por falta de comida. Me acordaré toda mi vida: un negro, de los pocos que se veían entonces en Francia, el pobre, se creía que

lloraba porque tenía miedo de él porque era negro. Se sacó del bolsillo dos galletas, un poco de azúcar y la niña se hizo amiga del negro.

Había una empleada de la prefectura que nos pagaba con un papel de gastos. Mandada por el partido, fui de nuevo a Compiègne para aclarar con López la cuestión del tal Santacreu que había denunciado a mucha gente y después se lo cargaba a los otros. Este día salieron miles y miles de hombres hacia Alemania, camino de la muerte, en unas condiciones atroces. Esa fue una visión abrumadora. Del campo los llevaban a la estación y la gente estaba obligada a cerrar puertas y ventanas. Yo estaba en un café y desde allí veíamos como algunos hombres dejaban caer algo al suelo y la dueña del café mandó a su chiquillo con una lechera en las manos para recoger papeles. Volvió el chiquillo con dos o tres paquetitos, en uno había la medalla de la madre. Los SS no desconfiaban de los chiquillos de cinco o seis años, pero éstos, con su vista de lince, recogían inmediatamente todo lo que podían.

Continuamos con la 4ª Brigada organizada en el 43. A principios del 44 fue cuando se incorporaron bastantes españoles, y entre ellos bastantes de la CNT. En aquel momento el jefe era Teruel, y el jefe del Estado Mayor, Ortiz de la Torre. Ya antes, Sebastián Castillo fue jefe; un catalán llamado Jordi, de la zona de Burdeos. Sebastián Castillo quiso instalarse en mi casa a pesar de que no estaban de acuerdo los demás camaradas. Fue él quien organizó el grupo militar de la Charente. En una gran bicicleta, dentro del manillar, llevaba sus papeles.

La que me reemplazó en mi trabajo político fue Conchita Aragón; su hermano también estaba en la Resistencia. Necesitábamos bicicletas, pues en el tren había muchos registros. Entonces, con otra, me dediqué a robar bicicletas. Iba con esa camarada francesa. Tratábamos de quitárselas a gente que tenían medios para comprarse otras.

A pesar de formar parte de la 4ª Brigada continuaba trabajando en los cuarteles; tanto españoles como franceses de la Resistencia, necesitaban estar al corriente del movimiento de tropas y éramos nosotras quienes les proporcionábamos los datos.

Un alemán, que quería aprender francés, me proporcionó un diccionario. Éste debía servirme para leer el menú, pero yo me dirigí en secreto a la tablilla de órdenes y con ayuda del diccionario tomaba las notas y las transmitía.

Cuando ocurrió lo de Oradón Sur Glane yo me enteré inmediatamente por los propios alemanes.

Desde la ventana del cuartel vimos como los alemanes mataron a un joven francés. Estábamos tres españolas, Consuelo, Isabel y yo. Al detenido lo llevaron a un puesto de control. Vimos que de repente sale corriendo; tiró al suelo al guardia de puesto. Pero lo mataron en su huída. El Spiz, correspondiente a nuestros comisarios políticos, cogía de los pelos a éste pobre chico agonizando, lo zarandeaba y lo dejaba caer de un golpe sobre el madero de la escalera que le sirvió de camilla. Ese tiparraco me miraba y yo sostuve su mirada. Isabel me cogió del brazo y me dijo: «No lo mires así; vámonos que te va a detener».

Al día siguiente averiguamos que al muchacho asesinado lo habían de-

positado en una barraca. Era hijo de una maestra. Teníamos unos claveles y dije a Isabel: «Vigila, que vamos a echarle estas flores al muerto. Que se fastidien esos bandidos». Allí se armó un jaleo para averiguar quien había echado las flores.

Nosotras no teníamos acceso a los cuartos y salones de los alemanes. Sólo debíamos hacer la escalera, pero aprovechando que iban a la revista, entrábamos a tomarnos su té. Yo cogía la BBC, pero un día entré sin saber que un alemán se había quedado enfermo. Y justo cuando encuentro la emisora, me veo a ese alemán enfrente. Las otras, al oír mi exclamación se volvieron sin saber qué hacer. Giro el botón y por casualidad sale Radio-Andorra con el pasodoble «España cañí». ¡Ahí nos tienes! A Isabel se le ocurre dar palmadas y yo le digo a Consuelo, que era andaluza, de treinta y dos años, entonces me parecía que ya era vieja: «Baile usted», y se puso con sus zuecos a taconear; el alemán se reía como un bobo. Cuando salimos no teníamos ni color. Total, que nosotras llevábamos todos los partes nuevos cada día a la colonia española. Algunos decían: «¿Pero de dónde sabrán estas mujeres todo lo que pasa?, ¡Mirad, chicas, no os metáis en lios!». El marido de Consuelo Alvarez era comunista; quiso marcharse a las guerrillas a España, pero lo mandaron a su casa, no sabía que moriría pronto de un cáncer. Una de las hijas, que era responsable de la Juventud, murió del corazón a los dieciocho años, ocho días después que su madre. Poco disfrutaron la alegría de la Liberación.

Isabel Morga tenía a su marido en Africa del Norte. Estaba segura de que cumplía con su deber. Era un socialista muy anti. Ella no era socialista, pero muy unitaria. Nos secundó todo lo que pudo en el trabajo de vigilancia en el cuartel, y siempre me daba para los presos y continuó muchos años después a escondidas de su marido.

En el cuartel donde trabajábamos, estaba la enfermería de los alemanes, pero además había unas celdas a las que llevaban a los presos enfermos de la cárcel. Nosotras nos arreglábamos para ver si conocíamos a alguien. Así pudimos avisar a una mujer francesa que tenía su marido preso y sin noticias. Nosotras siempre estábamos alerta, viendo qué podíamos sacar y conocer lo que allí pasaba.

En los últimos momentos mi contacto lo tenía con Alvarez, al que transmitía todo. Tenía que marcharme a Montauban, todo estaba preparado, bicicletas incluso, pero llegó la contraorden: «Os necesitamos aquí para continuar sobre todo el trabajo de espionaje».

A los alemanes les bautizábamos según su carácter; a uno que era muy malo, lo llamábamos «Burro en pie», y que me perdonen los asnos; a los buenos, nombre de persona; a uno que era muy bueno, le bautizamos Miguel; siempre nos daba su pan; a otro que trabajaba en las oficinas, Julio. Era polaco. Los alemanes habían matado a mucha gente de su familia. Este nos daba las noticias de los alemanes y nosotras le dábamos las de la BBC. Nos daba el número de la compañía y el lugar a donde iban. «Pero atención, que no me descubran por favor», nos suplicaba. Nos decía de quien teníamos que guardarnos.

Los alemanes tenían un cine requisado al que iban dos veces por semana y la Resistencia quería conocer el plano para volarlo. Teníamos una ami-

ga, Anita Díaz, que trabajaba en la costura. Yo le dije: «Oye, Anita, ¿cómo vamos a arreglarnos para conocer ese cine?». Entonces ella consiguió que nos dieran un bono que servía para las sesiones de cine y teatro, pero lo sacó para todas las españolas, para no descubrirnos demasiado ella y yo.

Fuimos a ver «Alcázar». Interrogado «Julio» por ese programa, nos dijo que les habían dado una conferencia a los soldados para levantarles la moral, porque en el frente del Este las cosas iban muy mal para ellos.

En la película «Alcázar», filmada por los propios alemanes, se veía la gran fortaleza que las tropas nuestras, el ejército republicano, atacaba casi sin armas. El comisario les dijo al día siguiente: «Habéis visto con qué valor atacan los rojos españoles. Ese valor tenemos que tener nosotros para contraatacar a los bolcheviques». Así pues, los rojos españoles servían de ejemplo para aquellos malvados, chulos de perra gorda. A pesar de sacar el plano del cine, no se llevó a cabo el sabotaje, porque ya era el final de la guerra.

Cuando había bombardeos, nosotras, escarmentadas de España, nos escapábamos hacia un pueblecito, Le Petit-Fresquet, cuesta abajo.

Los soldados alemanes, cuando sonaba la alerta, cogían sus armas y se iban a unas cavas llamadas Charle-Magne. Unas cavas de espumoso delicioso. Estaban detrás de los cuarteles.

Los alemanes se dieron cuenta de que, cuando se daba la señal de alerta, hablábamos con unos prisioneros rusos que me llamaban «Marusia». Nos obligaron a bajar con ellos a las cavas. Yo ya había facilitado el plano de las cavas, para volarlas también; total, les decía a los guerrilleros «somos muy pocos civiles y vais a poder matar a más de dos mil alemanes». Pero no sé si fue porque nosotras estábamos en las cavas, o porque preferían cogerlos prisioneros, pero las cavas no fueron voladas.

A pesar de todo, yo había dado los planos y me decía: «Uno de estos días saltas con ellos». Yo le dije a mi madre: «Mira, si sabes que las cavas saltan, ya no me esperes, que allí quedará sepultada». Los planos los daba de memoria. En cada paso podían haber registros.

El día de la Liberación, los alemanes que se fortificaron mucho se encontraron que los «Maquis» entraron por otro lado y en «Remyarte» quedaron topados. Un alemán se escondió en una tienda y nos pidió un traje civil. Mi madre le pidió un fusil diciendo que le traía el traje, pero lo dejó encerrado. A la mañana siguiente, se presentaron los resistentes, pero no se atrevían a abrir la puerta a la ligera, creyendo que estaba armado. Pero bajó mi madre; «aquí está el fusil». El tendero no salía de su asombro. «Yo ya me daba cuenta de que ustedes se traían algo entre manos con tantas idas y venidas, pero yo me callé. Yo también tengo un hijo en el «Maquis». Los pobres alemanes presos; bueno, pobres no, porque bien malos fueron los jóvenes y los viejos; los alemanes, se replegaron a la «poche» de Royan y la Rochalle, donde resistieron hasta agosto.

Recuerdo a Conchita, que presenció como un SS daba dos bofetadas a un negro porque no descargaba bastante aprisa un camión. Esa Conchita, se planta ante el SS y le dá dos bofetadas: ¡Plin plan!, pero así. Todos se quedaron estupefactos. Echó a correr y entre los españoles la escondieron y la llevaron a una casa oculta de amigos franceses. Siempre que po-

día nos daba algo de comer. Su padre, comunista, fue fusilado por los franquistas; su tío murió en Buchenwald y les tenía un odio a muerte. Cuando le pregunté: «¿Por qué has hecho esto?», dijo, «bueno, alguien tiene que encararse con ellos, no van a ser siempre los dioses».

Para añadir al principio, cuando detuvieron a Francisco López, en el garage del hotel del señor Mario, los resistentes franceses llevaban su bicicleta colgada de los ganchos. Al lado mismo estaba el lavadero de la casa donde me hartaba de lavar. Por lo visto, al lado del lavadero hubo años atrás, un aparato de calefacción central; quedaba muy bien disimulado. López me previno: «Allí hay una trampa con algo dentro». Cuando lo detuvieron, efectivamente, encontré papeles; como temía que pudieran seguirme aquella noche, camuflé el escondite, «la cache», que decían los franceses, con un montón de serrín que transporté del otro extremo del garage. A los dos meses, ya casi agotado el serrín, los saqué y los llevé al jefe político de los guerrilleros españoles de Angoulême. Era propaganda; por cierto, se perdió. Estaba escrito en alemán y se echó, y un camarada nuestro, tuvo el valor de llevarlo a la propia Comandatur con la excusa de buscar un pase. La tirábamos en los cuarteles.



## Luisa Fragua

---

Me llamo Luisa Fragua. Durante la guerra me encontraba en Madrid. Desde muy jovencita conocí las ideas socialistas.

Me quedé sin padre, me criaron los abuelos y mis tíos, socialistas. Así pues cuando estalló la sublevación fascista, yo ya formaba parte de las Juventudes Socialistas. Y después pertenezco a las Juventudes Comunistas antes de unificarse.

Durante los primeros meses de guerra pertenezco a la columna Mangada, en calidad de soldado.

Más tarde me encomendaron que fuese a Tarragona con una colonia de niños madrileños.

Luego me destinaron al Socorro Rojo de Castellón de la Plana.

Por cuestiones familiares, me fui del Socorro Rojo y me volví a Tarragona, donde vivían mis abuelos, que eran muy viejecitos. Perdí el contacto con toda mi organización y pasé a Francia sola.

Fui a parar a un campo de concentración al lado de Saint Etienne. Ya conocía a mi marido, que es vasco y estaba en el campo de Gurs. De allí le sacaron, como a muchos vascos, a trabajar en el arsenal de Toulouse.

Mi primer contacto con la Resistencia se produjo a través del camarada Varas y después con el camarada Martínez.

A partir de ese momento, la Resistencia empezó a ser más profunda para mí. Una vez iba en misión y, en la estación de Montrejeau, la línea estaba cortada, y al bajar del tren me encontré con un grupo de soldados alemanes. Yo llevaba una maletita muy pequeña. Se acercaron a mí y me preguntaron quién era, yo les dije que era española. Y debieron encontrarme tan insignificante, que como ellos también iban en la misma dirección, me cogieron la maleta, cosa que me hizo temblar al principio, y me la llevaron, acompañándome casi más de 18 kilómetros. Yo no sabía lo que iba en la maleta, ni nunca lo supe, pero lo que sí sabía era que, si la abrían, me jugaba la vida.

Insistieron en acompañarme hasta el sitio al que iba, una casa que no era a la que yo tenía que ir, naturalmente. Me quedé en la escalera durante una media hora, y cuando imaginé que ya los alemanes estaban lejos bajé y me dirigí a la casa que, en realidad, tenía que ir.

Otro día me mandaron a Bagnères de Bigorre. Llegué a las cercanías, pero no pude entrar, porque los alemanes la tenían completamente ocupada. Me escondí y tuve que esperar lo menos ocho o diez horas para poder entrar en la población. Luego me enteré que el «maquis» había atacado un convoy militar y había volado tres camiones, causándoles bastantes bajas.

La represalia fue tremenda. habían matado a muchísima gente y tomado varios rehenes. Al día siguiente, cuando llegué a la casa que tenía que ir, habían matado a cuatro personas; todos eran españoles: un niño, un anciano, un hombre y una mujer.

Quedé tan impresionada, tenía tanto miedo, tanta aprensión, que no pregunté nada a nadie. Tenía que entregar un sobre, pero me volví con él, horrorizada. Al llegar a Toulouse lo devolví a quién me lo había dado.

He ido varias veces a Lyon. A una casa donde vivían tres mujeres, la madre, una viuda, y dos hijas. Eran formidables. Allí me mandaba un tal Alfredo, que luego pasó a España.

En unos de mis viajes a Lyon, encontrándome embarazada, tuve una hemorragia muy grande; estuve malísima. En lugar de quedarme en la casa cuando ellas querían, para poder cuidarme, yo insistí en llegar a la Alta Savoya, adonde tenía encomendada la misión de ir.

Subí hasta Grenoble, sin cortarse la hemorragia, y todavía seguí hasta lo alto de la montaña, adonde había un punto de apoyo, una casa en donde vivían un matrimonio con una niña. Mi misión era ir allí, y allí fui.

Estaba tan mala, tan extenuada, que me tuve que quedar en aquella casa durante una semana. Cuando regresé, me tuvieron que hospitalizar enseguida para hacerme un raspado.

Para aquellas misiones dependía de un tal Raul. Él sabe muchas cosas de mi actuación.

Hice otros viajes importantes: a Chambéry y otras ciudades de por allí, cuyos nombres no recuerdo.

En uno de esos viajes, en la estación de Valence, me detuvieron los alemanes. Afortunadamente, yo no llevaba falsa identidad. Llevaba la mía. Me tuvieron dos horas detenida, y después de hacerme mil preguntas de una cosa y otra, debí parecerles tan imbécil que por la mañana del día siguiente me acompañaron hasta el tren para que regresara a Toulouse. No tuve más remedio que seguir la comedia y quedarme en el tren vía Toulouse. Pero unas estaciones más allá me bajé y tomé el otro tren que bajaba en sentido contrario. Como es natural, no bajé en la estación de Valence, sino en la siguiente, pues tenía que llevar a cabo mi trabajo.

En aquellas circunstancias era muy difícil trasladarse de un lado para otro, viajar. De pronto, la línea de ferrocarril, por cualquier causa quedaba cortada y había que proseguir el viaje haciendo auto-stop, o andando. Auto-stop era para los camiones; los coches de turismo no tomaban a nadie; en cambio, los camiones siempre se paraban. Los camioneros en aquellos tiempos eran muy comprensivos, muy amables, siempre sonrientes, se daban cuenta de muchas cosas y nos han ayudado mucho.

He hecho muchísimos viajes, ya he perdido la cuenta. Siempre estaba dispuesta para todo el mundo. Tenía un niño de dos años, y para estar más libre y que no corriese ningún peligro, lo llevé a un pueblecito del departamento del Ariège. Ello me permitía ocuparme al 100% de los trabajos de Resistencia.

Dos días o tres antes de la Liberación, cuando ya se sentía muy cerca me mandaron a Lyon con un mensaje muy urgente. Según se me dijo, la vida de algunos camaradas dependía de que yo llegase a buen término.

Yo tenía que entregar aquello pasase lo que pasase. Mi responsabilidad era tan grande, que me lancé sin vacilar. Tal vez ahora, con el paso del tiempo, lo hubiese pensado más. En fin, llegué a la casa de Lyon, dejé lo que me encomendaron y sin, pérdida de tiempo, regresé a Toulouse, porque quería llegar antes de que fuese liberada. Desgraciadamente no fue así. Los combates de la Liberación me cogieron entre las dos zonas. Me encontré entre dos fuegos; los de los «maquis», que tiraban por un lado, contra los alemanes en retirada, y éstos, que tiraban hacia el campo desde las carreteras.

La línea de ferrocarril quedó interceptada. Yo me he andado 200 kilómetros. El camarada Centenero sabe algo de esto. Fuimos muchos los enlaces que nos encontramos en la misma situación. Andando, andando, me encontré con un chico que vendía pescado, al que todo el mundo conocía en Toulouse. Ese chico se había escapado del famoso “tren de la muerte”, unos cuantos habían conseguido arrancar unas tablas del piso del vagón y dejándose caer por allí a la vía, el consiguió salvarse; otros no tuvieron la misma suerte.

Hicimos juntos el camino durante unos 150 kilómetros. Al día siguiente él decidió que debíamos separarnos, y a ver cual de los dos conseguiría llegar antes a Toulouse. Al llegar ya cerca de Toulouse, a Narbone creo que fue, la estación de Castelnaudary estaba completamente en el suelo, es decir, que había que continuar como se pudiera por la carretera. Como los tanques alemanes iban para allá, esto nos obligaba a dar muchísimas vueltas. Además me detuvo el «maquis» en Vergiers y me llevó afortunadamente al Cuartel General, donde pasé una noche, pero después de averiguar quien era yo, al día siguiente, con mucha alegría salí de allí.

Llegué a Toulouse después de fatigas y sobresaltos, creo que fui uno de los pocos enlaces, de todos los que salimos, en llegar y la única mujer, puesto que los otros eran hombres. Todas estas fatigas fueron para mí..., no tengo por que negarlo, fue orgullo poder decir que habían ido varios hombres y que fue una mujer la primera que después de todo aquello consigue llegar a Toulouse.

¿Qué puedo decir después de todo esto?... Nada, que la vida siguió como para todos nosotros. Todavía he estado bastante tiempo al servicio de las guerrillas. Todavía no podía irme a mi casa, puesto que he vivido bastante tiempo aun en la rue de l'Echarpe, donde estaba la dirección de todo eso.





## María (Conchita) Ferrer

(Toulouse)

*Emigrada económica*

Me llamo María. Mi marido estaba empleado en la Prefectura. Cuando la retirada de los republicanos españoles, yo estaba en Francia, desde hacía varios años. Nací en Zaragoza.

Mi marido hacía falsos documentos de identidad, pero yo no lo sabía.

A mi marido lo detuvieron en la esquina de la calle y enseguida llamaron a la puerta y me detuvieron a mí.

Me llevaron a la prisión y me pegaron porque no quería declarar donde estaban los compañeros de mi marido. Yo les decía que no sabía nada, que no sabía nada... Y me dijo un alemán: "¿Y si tu marido está con una fulana?" Yo me quedé... ¿una fulana? ¿qué querías que dijera... Dije "Merde", como se dice aquí en Francia. Y entonces me pegaron con eso que pegan a los perros, con un látigo. Luego me metieron con las compañeras, que eran todas francesas.

En la prisión de Toulouse estuve cuatro meses y de allí nos llevaron a Ravensbrück. No parece que nos llevaran directamente; no me acuerdo bien, porque dicen que salimos de Compiègne en un convoy de 27.000 mujeres y que, al llegar al campo de Ravensbrück, el comandante dijo: "¿Donde voy yo con tanta... mujer?" Con tanta mierda...

Nos montaron en vagones de ganado. Nos habían dado una lata de conservas para hacer pipí y prohibido hablar. Entre nosotras había un cura, y el cura hizo un agujero, es decir, arrancó una tabla del vagón y se escapó. Estábamos solo mujeres, y con nosotras el cura. Nos dijo que teníamos que rezar, y yo le dije que no tenía ganas de rezar. Cuando se escapó, a ninguna se nos ocurrió hacer lo mismo, porque nos habían dicho que si faltaba alguna nos fusilaban a todas; sin embargo, por la falta del cura no pasó nada. A lo mejor era un cura que estaba a favor de ellos, por eso no pasó nada.

Al llegar al campo me quitaron los pendientes y todas las alhajas que llevaba. Me desnudaron. La alianza no me la podían sacar y me dijo la alemana: "Sáquesela con un poco de jabón, porque sino le cortarán el dedo". Me dieron un poco de jabón y pude sacarla, y ya no la he visto más.

Cortaban el pelo a las que llevaban piojos, pero yo no tenía y no me lo cortaron; tengo que decir la verdad de lo que pasaba, a mí no me cortaron el pelo, porque no tenía piojos. Lo que hicieron fue pasarme un líquido por los sobacos, donde ya no me ha salido más el pelo.

Allí no estuvimos mucho tiempo, porque nos llevaron a la fábrica a trabajar, a Leipzig. Yo hacía granadas de mano, granadas de bolsillo.

Allí vi pegarle a una de Cahors, que tuvo un hijo al que fusilaron en Toulouse. Ella y su marido fueron deportados. Había ido al water y por-

que había tardado cinco minutos, la azotaron con un látigo que estaba hecho con nervios de toro; la dejaron... ¡La pobre vieja!...

Todos los días se veían cosas así, porque otra amiga mía, de Cahors, una francesa, estaba trabajando y la tumbó el montacargas. Como dijo que estaba demasiado cansada para trabajar, la golpearon como a una estera, tanto que tuvieron que llevársela a la enfermería. Le pusieron una inyección y después volvió a trabajar en la fábrica.

Una vez nos llevaron a desescombrar a una fábrica que había sido bombardeada. Allí recogíamos los trozos humanos a pala; cabezas, piernas, brazos, trozos... Los llevábamos en carretillas hasta un sitio y los tirábamos a un montón.

Estuve en los campos catorce meses. Cuando los americanos liberaron el campo... Yo les esperaba todos los días. Los alemanes se fueron todos. Entonces pusimos un trapo blanco. Los americanos nos trataron muy bien. Yo les pedía pan. Pan, porque teníamos mucha hambre.

Luego nos montaron en trenes especiales y nos trajeron a París, al hotel Lutecia, que es donde íbamos a parar todos los deportados. Yo entonces pedí volver a Toulouse.

Y ese mismo día recibí una cita de la Alcaldía de Toulouse. Yo tenía que trabajar para comer, pues no tenía nada. Me saquearon toda la casa cuando me marché. Bueno, voy a la oficina de la Alcaldía, llamo a la puerta y me dicen "Adelante". Había dos señores en una mesa y me dijeron que me sentase. Yo les dije que había recibido su convocatoria y pedía me dijese que querían. Ellos no hacían más que mirarse uno al otro. Yo pensaba que se estaban burlando de mí. "Señores, miren —les dije—, yo trabajo y se me está pasando la hora de ir a ganarme el pan". Entonces me dijo uno: "Madame, mire este papel". El otro continuó: "No, espere, yo se lo voy a leer porque ella no puede... Madame, su marido, ¡el pobre!, murió."

Otras de las cosas del campo:

Nos tenían desde las tres de la madrugada de pie, hasta las nueve, sin movernos. Si volvías la cara, te caía una bofetada.



## Antonia Frexedes

*Esposa Rubio  
Atestiguada por Conchita Ramos  
Deportada*

Empieza la guerra de España, la guerra «Tout-Court», sencillamente, la II Guerra Mundial, cuando tenía veintitres años. Militaba en la CNT. Yo era tejedora. Me ocupaba de la distribución y cotización sindical en mi fábrica. Las mujeres del textil podíamos pensar de forma diferente, pero éramos todas muy revolucionarias.

Durante la guerra estuve de ordenanza del capitán de carabineros Villar. Llevaba partes a los diferentes servicios de la Jefatura de transporte, en la calle Provenza. Fue así que a la retirada pasé en coche la frontera hacia Francia, pero nunca me he acordado por qué sitio. Fui a parar al campo de Agde, «Camp dels Catalans» de la ciudad de Agde; después a un centro «d'accueil» (centro de acogida), un antiguo teatro fuera de la ciudad. Para la vendimia nos sacaron a trabajar. Se me terminó el plazo de los papeles y, en vez de renovarlos, me internaron en un campo de castigo, campo de Noé. Allí conocí a María Santos, a Nico y a Oliva Victoria. Allí me tuvieron encerrada hasta junio del 44. El día que se liberaba Francia, el 30 de julio del 44. El día que llegué a Ravensbrück fue el día de la liberación de Francia, es decir, el 19 de agosto.

Salimos del campo de Noé encerradas en vagones de ganado, tan apretujadas que no podíamos movernos. Había una chica que, de tantos sufrimientos, quería suicidarse. No sé cuantos días viajamos. La última etapa duró nueve días. No nos daban de comer, sólo alguna vez agua. En una estación, me acordaré siempre que nos abrieron un poco las puertas; vimos a una multitud de hombres camino de la deportación, que los dejaban beber en un andén; estaban completamente desnudos, los pobres, y los malditos SS, al ver que se tapaban el sexo al pasar cerca de nosotras, les pegaban latigazos y más latigazos. Allí, alguna de las amigas que venían conmigo, reconocieron a sus padres. Imaginaros el drama y su desconsuelo.

Llegamos de día a Ravensbrück, extenuadas y hambrientas. Nos dejaron muchas horas bajo un sol de plomo. Veíamos entrar y salir a mujeres sin cesar, con sus trajes de presidiario; tenían tal aspecto, que nosotras nos decíamos: «¿Estarán enfermas?» Pero, con sorpresa, oíamos que cantaban. ¿Qué es eso? Están enfermas y cantan... Pasaban horas y horas; nosotras sentadas encima de nuestros paquetes, nos llevaron de una en una a una oficina donde nos hicieron toda clase de fotos y nos arrancaban nuestros míseros bártulos, restos de lo que fue nuestra gran miseria en el campo de Noé, ¡pero que eran nuestra fortuna, nuestra única fortuna! Despojadas y desnudas, pasamos a la ducha, nos dieron vestidos con una gran cruz, en X, al dorso. (Ya no tenían ningún traje de presidiaria. A

algunas camaradas más pequeñitas les dieron unos vestidos ridículos que les llegaban a los pies, y a mí, que era tan alta, me dieron uno tan corto que parecía propio para una bailarina de opereta. Yo que me veía con mis piernas tan largas, vestida tan corta y calzada con un zapato de hombre y otro de tacón alto...¿Se puede ser más ridiculizada? Cuando salía afuera del block para trabajar con la pala, todo el mundo se reía de mí. Con el vestido por encima de la rodilla y a mi lado una italiana pequeñita vestida hasta los pies, todo el mundo nos miraba: éramos una pareja ideal para levantar la moral de las más muertas. Nadie podía contener a risa. ¡Ja, ja!

Nos metieron en la barraca 28. La mitad de las ventanas, que ya no tenían vidrios, estaban tapadas con trapos. Mi número de matrícula era el 68.400 y algo, pero no me acuerdo exactamente. Estuve diez meses en Ravensbrück, sin trabajo fijo; nos cogían para todo. Para los montones de arena, para secar el pantano, para descargar vagones. Horas y horas de «Apell» (recuento), esto era lo más pesado. Nuestros esqueletos se doblaban, pero teníamos que estar firmes, siempre vigiladas por las «oficie-rinas» Aufssherinen (mujeres SS), por las «kapos», presas de derecho común que secundaban con celo a nuestros verdugos; por los perrazos-lobo. Ni un momento de soledad, ni un alivio de nada. Siempre cayendo, pero siempre de pie; si no, firmabas tú misma la selección para la cámara de gases. Nos agarrábamos todo lo que podíamos al «rouleau» (la apisonadora) para que nos llevaran a otro sitio. No teníamos derecho a estar en los block durante el día; no teníamos derecho a pasearnos, había que trabajar y, como cada vez que nos sacaban del campo las tareas eran más duras, intentábamos hasta agarrarnos a la fatídica apisonadora que a tantas camaradas exterminó. El último día que realicé trabajo para el campo estuve afectada a la columna de la mierda, «Scheisskolonne». Había unas como zanjas estrechas que desembocaban en unas balsas. Allí teníamos que llegar con unos cubos y otra prisionera nos los llenaba con una especie de cazo. Todo esto con mucho tiento para no resbalar por aquellos excrementos, si no allí mismo te ahogabas. Aquellos excrementos nauseabundos eran trasladados a otras zanjas, donde otras prisioneras más «pobres y tristes que yo» tenían que amasarlos y hacer bolitas con las manos desnudas.

En aquella época había allí muchas españolas, no me acuerdo de ningún nombre; había una madre y dos hijas de dieciséis y diecisiete años; sólo me acuerdo de unas que se llamaban González, Josefina; Frasquita la Gitana era más buena que buena, pero no querían que la llamaran Gitana. Procedía del campo de Noé. Había otra anciana también de Noé.

Y una muchacha catalana, rubia, muy guapita. Yo todos los días le daba mis patatas, porque las aborrecí un día en que vi algo espantoso. Un día, la jefe del block pidió dos voluntarias para un pequeño trabajo, a cambio de lo cual nos daría un cucharón de sopa y unas patatas. Una italiana de dieciocho años y yo nos presentamos. Nos llevaron a una barraquita, cerca de las cocinas. Bajamos unas escaleras, y al llegar allí encontramos a una mujer muerta, que tenía el mismo color de la piel de las patatas. Nos dijeron que teníamos que cogerla y nosotros nos resistíamos. «Que hay

que cogerla»,—«Que no».—«¡Que hay que cogerla!»—«¡Que no!». Empezaron a pegarnos salvajemente. Tuvimos que ceder. Aquello era horroroso, llevar aquella mujer con la boca abierta, con aquel aspecto de cadáver, más bien dicho de calavera, descompuesta. Lo tuvimos que echar en un carretón de las muertas, pero nosotras la arrimamos con toda precaución. No la echamos, ¡no! La denositamos con todo el amor de que áun éramos capaces, con todo el respeto a aquel ser humano sin identidad, ¡nuestra hermana! La chica italiana se impresionó tanto que cayó enferma y se murió al poco tiempo de aquella emoción. La llevaron a la «revier» (enfermería), situada enfrente de los hornos crematorios. El camino era corto. Una noche de agonía, cinco minutos al crematorio y el humo por la chimenea un cuarto de hora. ¡Todo estaba terminado!

Me olvidaba de que, como todas, tuve que pasar la visita al «revier», pero hacíamos la cola en la calle, todas desnudas, la ropa en un montón, la de una encima de las de las otras, para intercambio de piojos. Y que la primera noche tuvimos que dormir en las duchas, encima de unas maderas mojadas, casi podridas, negras de tanta humedad. En la enfermería no me escapé del «prélèvement» vaginal hecho con una espátula que pasaban de la una a la otra, sin desinfectar. Todo esto para si teníamos sífilis. Me hicieron mucho daño. ¡Nos trataban con la máxima brutalidad!

Bueno, el último trabajo que hice en el campo de Ravensbrück fue recoger las basuras. Era el único que no había hecho.

Al día siguiente nos llevaron detrás del campo, donde estaba la cárcel y los hornos crematorios. Nos hicieron subir a un corredor muy estrecho y muy largo. Estábamos angustiadas, no sabíamos nada y no comprendíamos el alemán. Aquello no nos decía nada, pero nada... Después he sabido que aquel era el corredor de las fusiladas. Allí fusilaban diariamente a todas las mujeres que les venía a gusto. ¿Por qué milagro nos hicieron volver a los blocks? Misterios de los SS...

Al día siguiente ya nos marchábamos al campo de Riesling. Encontramos a un comandante de la Wehrmacht. Yo no sé si era, porque eran los últimos días de la guerra o qué, pero se portó bien con nosotras. Los SS ya se habían fugado. De las treinta españolas que salimos juntas de Noé no vino ninguna conmigo a Riesling. Encontré quince españolas que conocí en el campo. En este campo nos hacían sacar los escombros de los bombardeos; era un trabajo pesado y peligroso. Había otro grupo que salía al bosque a arrancar árboles, pero se lo pasaban muy bien, porque el viejo soldado que les guardaba era un comunista y les daba además todos los partes de guerra. Había hecho la guerra del 14.

Tengo que señalar que, cuando fuimos al trabajo de la arena, había con nosotras una Aufseherinen (mujer soldado) que nos dejaba tranquilas. Ella hacía media y nosotras con la pala en la mano sin trabajar. Claro, al ver a una persona tan rara en un lugar tan siniestro (porque lo irreal allí era encontrar algo o alguien bueno) dijeron que era una comunista. El cuerpo se muere, pero la imaginación trabaja; todo lo pintábamos con el color que pudiera traernos la suerte. Todo lo malo era fascista; todo lo bueno, comunista, simplificación para nuestros pensamientos torturados, si es que sabíamos lo que pensábamos.

A mí, me pegaron muchísimo, y he visto pegar a muchas. A la pobre Frasquita la Gitana, alguien la vió coger un jersey para abrigarse. ¡La pobre! menos mal que se acabó la guerra... La tenían todo el día de pie, cara a un muro delante la oficina del comandante hasta la hora de dormir, sin comer, ni beber, y la pobre estaba ya que no tenía color; pensamos todas que se moriría. Además le dieron una paliza tremenda. Nosotros lo oíamos y no podíamos socorrerla. ¿Cómo pudo soportar tal paliza? Ella gritaba, volvió toda llena de cardenales. A la Maña también le dieron tal paliza que quedó como alelada. En cuanto oía el más pequeño ruido se ponía a temblar, invocaba a su padre, a su madre, a su novio, a sus hermanos; teníamos que mecerla y cantarla para aseosarla; se hubiera muerto sin nosotros. Se volvió como un bebé inocente.

De Riesling nos llevaron otra vez a Ravensbrück, fue cuando sucedieron todas esas cosas que acabo de contar.

Aquello era el disloque. Allí ya no había revista en los últimos días. Los alemanes amarillentos, corriendo de un lado para otro, los hemos visto borrachos y eso lo tenían completamente prohibido. Era la señal más clara de que era el fin.

De miedo que teníamos, no salíamos de la barraca. Un grupo nos escapamos, dormíamos y comíamos lo que encontrábamos, pero volvíamos al campo por la noche. Un día formaron una gran columna de presas y nos hacían andar por las carreteras de día y de noche. Cuando alguna caía al suelo le disparaban un tiro de gracia y nosotros no podíamos ni volver la cabeza, sino éramos inmediatamente ejecutadas. Nos chillaban como locos; no sabíamos ni dónde estábamos; nos cogíamos de la mano, las que nos conocíamos, para no perdernos, corríamos y teníamos que pasar por encima de los cadáveres, nos enloquecían.

De vez en cuando pasaba un grupo de prisioneros franceses y nos llamaban: «Francesas, Francesas?» Y nos decían: «Ánimo, los rusos llegan los rusos llegan». Mucha gente de la columna había desaparecido; cada día eran más numerosos los grupos que desaparecían. Sus compatriotas les avisaban como a nosotras, pero la gran novedad fue la de las ejecuciones.

Por fin, un camión de prisioneros de guerra franceses nos dijo: «marcharos como podáis de la columna, porque cuando se vean perdidos os matarán a todas». Como los soldados andaban como locos de miedo de ser cogidos por los rusos, aprovechamos que vimos un montón de paja cerca de la carretera y allí nos quedamos un grupo escondidas. Conmigo estaba la maña, la Josefina González.

La señora María, que era maestra, y que venía de Noé murió en Ravensbrück; a su marido lo mataron; esta señora no quiso estar con ninguna de nosotras, se buscó un grupo de intelectuales del otro lado de la barraca. Ella dormía en el camastro de abajo y estaba completamente comidita de pulgas y piojos. Un día tuvo que venir al «apell» con una camisita; le habían robado el vestido. Otro día nos dijeron que había ido a la enfermería, y ya no la vimos más. ¡Cuántas españolas han desaparecido...! Pero la dejaron comer literalmente de piojos y ni siquiera tenía fuerza para rascarse ¡qué suplicio!

Cuando acabamos la cuarentena nos sacaron delante del barracón y el comandante del campo nos hizo una arenga diciéndonos que de una determinada edad a otra, las que quisieran podrían salir hacia Berlín para la prostitución, a divertir a los soldados. Allí todo el mundo se puso a llorar. Sólo salió una jovencita francesa de origen polaco. Quince días después la vimos de nuevo al campo, ¡Pero en qué estado!, llena de pupas y pústulas, ni hablaba ni nada, estaba hinchada, la llevaron al «revier» y adiós!

Continúo con mi evacuación. Escondidas detrás de la paja, anduvimos un día y una noche solas, abandonadas, sin ver a alma viviente, sólo bestias muertas; encontramos un cerdo, cortamos carne y patatas y nos hicimos comida.

Durante los nueve días que duró la evacuación no nos dieron nada de comer, más que un paquete de la Cruz Roja que fuimos racionando. La noche que nos escapamos de los alemanes nos cobijamos en una masía abandonada. Allí encontramos escondidas también a tres muchachas rusas o polacas.

Cuando se hizo de día salimos. Vimos unos soldados alemanes borrachos de fatiga, que nos dijeron nos echáramos a la cuneta. Se produjo un estallido aterrador; corrimos de nuevo a la masía. Oímos un ruido y vimos llegar un tanque con banderas rojas. Bajó un soldado que nos besaba y comprendimos que ya éramos libres. No les comprendíamos, pero llorábamos de alegría...

He tenido muchas llagas en las piernas a causa de la avitaminosis. ¿Ves ésta? Qué cicatriz de 10 cms. de grande entre la tibia y el peroné. ¿Ya veis como tengo las uñas de las manos? ¡Se me descarnan! Todo me viene de allí. Al volver he encontrado al que era mi novio y hoy mi marido.

Del campo de Noé salimos muchachas españolas hacia Ravensbrück. Más de 250, sólo unas 5 ó 6 hemos vuelto.

Las Corominas, madre e hija de 18 años, también murieron en Riesling; la hija se llamaba Conchita. Conchita tenía muchos dolores de vientre y la madre le daba masajes en el vientre, y otra presa le dijo a la presa francesa que era monja y que repartía la comida, jefe de barraca, que por que guardaba aquellas presas si eran tortilleras, pobres, ¡pobrecitas! Vino un camión de Ravensbrück para llevárselas. Las pobres gritaban y no se querían marchar. Nos llamaban y nosotras no podíamos hacer nada. Ya sabíamos que se las llevaban a la cámara de gases. No las vimos más. Yo ví un día a dos muchachas rusas que llevaban bidones de la sopa tendidas en el campo: habían sido degolladas por los perros-lobos...

Un día salí en la carreta que lo mismo servía para sacar la basura que para transportar las muertas al crematorio; estuve con una señora que tenía ochenta años, la habían cogido en una razzia al mercado, era madre de un médico. No hacía más que llorar, y cada vez que se acercaba un SS la pegaban porque lloraba. Ella decía: «¡con tantas que somos, y sólo vienen a pegarme a mí!» La pobre no sabía que sus canas la delataban y la empujaban a la meta final. También desapareció.

Había muchas españolas en Ravensbrück, ¿pero, quien tuvo tiempo para establecer contactos? Cuando volvíamos de trabajar durante doce horas,



baldadas y sin comer, y que aún nos hacían ir a buscar la leña para la cocina a 9 km. ida, y 9 de vuelta, con un trocito de pan, ¿cómo podíamos ir a ver a las otras? Caíamos rendidas a nuestras camas, si cama se puede llamar a unas briznas de virutas trituradas, llenas de piojos. Allí caíamos, que no nos echábamos, a soñar desvaríos, pues tan pesado era el sueño como el trabajo.

Muchas noches ni cama teníamos; había más presas que camas. A veces esperábamos a que acabara de morir una presa para sacarla y poder acostarnos en su cama. Un día, ¡oh, milagro! encontré una cama con paja, pero una polaca me tiró al suelo y me la quitó. Enfurecida, cogí un palo y la pegué; no quería hacerle daño, pero le hice daño. Yo le tenía tanta rabia a esa polaca que era «kpo» con brazelete negro (presa de derecho común) y que siempre nos chillaba y pegaba para hacer méritos, que me enloquecí.

Cuando dormíamos no nos quitábamos los vestidos, nos obligaron a ser ladronas, porque si salíamos al «Apell» sin vestidos nos castigaban. ¡Qué furias cuando nos encontraban en el hecho! ¿Qué éramos al final? A veces volvías por la noche y te encontrabas sin colchón.

Mira, ¿ves mis manos? Mis uñas se desprenden. No puedo casi andar. Esto es lo que resta de una mujer que sufrió por ser republicana española.

Tolosa, febrero del 76.



## Pilar Fidalgo

En 1943, el «Maquis» me reclamó para que me dedicase solamente a ellos. Tenía una habitación que sirvió de “punto de apoyo”, lugar de paso y de reunión de unos y otros. Yo les recibía y guardaba las armas que me confiaban los enlaces. No tenía ni un céntimo sólo tenía la comida, que me proporcionaban los camaradas. Solamente la comida del mediodía. Para los demás gastos tuve que echar mano al poco dinero que tenía ahorrado del tiempo que había trabajado sirviendo.

Había un español que vivía en otra habitación, enfrente de la mía. Se marchó, y al marcharse me dijo si la quería ocupar yo, para tener más sitio, por si un día me daba la ventolera de casarme... Lo propuse al «Maquis», diciéndoles que si les interesaba la teníamos pero que había que pagarla, porque yo trabajaba por nada, sin dinero, pero tenía que pagar el alquiler de mi habitación todos los meses, y la otra ya me sería casi imposible. Entonces lo comprendieron y se encargaron de ella. Esa habitación sirvió de depósito de armas y de víveres durante todo el tiempo que estuvimos allí.

Las armas y esos víveres, la mayoría de los cuales se les quitaba a los propios alemanes, los trajeron siempre las mujeres: los enlaces fueron siempre enlaces españolas. Recuerdo los nombres de algunas: “La Peque”, la pobrecilla murió hace solamente cinco años; se fué a España por la montaña y en el camino murió. Una asturiana que se llamaba Antonia...

Yo guardaba lo que traían y se lo entregaba a los jefes cuando venían a buscarlo. De tal modo que la segunda habitación era un auténtico depósito de armas.

Uno de estos jefes se llamaba Miguel Marín. Trabajó muy bien. Me he enterado de que se marchó a América. Su mujer estaba en América y fué a reunirse con ella.

Otra llamada “Liber”; otra Encarna...

Noche y día estábamos alerta Miguel y yo. Nos turnábamos para dormir, de manera que siempre uno de los dos estuviese despierto y en casa.

Un día le dí mi documento para que fuese a comprarse una camisa. Solo tenía una en muy mal estado y yo tenía que lavársela todos los días para que fuese un poco decente, y en invierno tenía que secarla al calor de la estufa.

Esto era tres días antes de la Liberación, y con tan mala suerte que los alemanes lo detuvieron junto con otros tres camaradas a quienes había ido a ver. No obstante tuvo tiempo de romper y tirar la carta textil en la que figuraba mi nombre, porque de habérsela encontrado me hubiesen venido a buscar a mí también.



Los tuvieron detenidos en la Prefectura, de pie todo el tiempo, sin comer ni beber.

El día de la Liberación, cinco guerrilleros asaltaron un coche de oficiales alemanes, los mataron, se vistieron sus uniformes, cogieron su coche y, disfrazados así, entraron en la Prefectura, matando a unos cincuenta alemanes. Abrieron las puertas a los detenidos y así se liberaron los tres camaradas, con todos los demás presos.

Toulouse liberado, pasé a prestar mis servicios al Cuartel General de Guerrilleros que estaba en la plaza del Capitol. Allí algunas veces hice guardia ante la puerta y reconocí a algunos que se presentaron como guerrilleros sin haberlo sido nunca.

Más tarde me destacaron a trabajar al hospital de Guerrilleros "Varsovia", hasta que me desmovilizaron.



## Filomena Folch

Soy de Barcelona. De joven fui militante de la CNT. Cuando estalló la guerra en el 36, a los primeros disparos, me fui al Sindicato para asistir a los heridos. Desde allí nos unimos a un grupo de voluntarios en el frente de Aragón. Me cuidaba de hacer las curas de urgencia. Acabada la guerra, a base de dinero, pude obtener avales para desplazarme hasta llegar a Figueras desde Barcelona, siempre andando con mi hijita. De Figueras ya no se podía ir más allá, todo estaba ocupado militarmente hasta la frontera. Pude llegar a Prats de Molló, donde unos camaradas nos dieron algo caliente y nos buscaron un guía para pasar la frontera, ¡Pagando, y no poco, claro! Cuando el guía nos dijo: «Ya estáis en Francia», mis piernas flaquearon y me caí.

¡Al fin somos libres!, pero pronto nos daríamos cuenta de que no era así. Las autoridades, nos llevaron al campo de Arras, en un cuartel de la Guardia Móvil, pero durmiendo en las cuadras de los caballos con un manojo de paja. Allí sólo nos daban un pan de 800 gr. para diez personas. Así durante tres semanas, y los niños llorando de hambre.

Por fin nos reunimos un grupo de mujeres y nos presentamos en el despacho de los jefes del campo: un alemán, un italiano y un francés. Allí nos plantamos y, por toda protesta, les cantamos la «Internacional». ¡Menuda reacción! En dos días organizaron un convoy para llevarnos a España. Nos llamaban por altavoz. Algunas mujeres logramos escondernos; yo me metí en la fosa que nos servía de water. La m. me llegaba hasta las rodillas, y a mi hija la sostenía encima de las maderas ¡En que estado salí de allí!

Con las que quedamos y otras mujeres y niños que ingresaban nos llevaron a un campo de castigo en Saint Cyprien. Los mismos hombres concentrados allí nos construyeron unas barracas de madera con techo de hojalata. Hacía un calor tremendo. Estábamos hacinadas setenta y dos personas por barraca. La sed era nuestro peor enemigo. Yo guardaba el llamado "café" de la mañana, pues el campo estaba más bajo que el nivel del mar y el agua lo sacaban en tubos hundidos un metro bajo el suelo. El agua salía podrida, y tanto los niños como los adultos tenían colitis. Los niños se morían como moscas, pues las madres estaban obligadas a hacer los biberones con esa pobredumbre.

Con las primeras lluvias, el río Tech se desbordó y con los golpes de mar el campo quedó inundado, pues las autoridades francesas no autorizaban a que se abriera la puerta del campo. Esto sucedía de noche. Cuando los hombres se dieron cuenta saltaron de su campo cortaron las alambradas. Yo me quedé allí hasta el último momento para salvar a la gente:

los viejecitos, los niños y lo que podíamos guardar, ya que únicamente no quedaba cubierto el tercer piso del camastro.

De allí nos sacaron al campo Argelès-Sur-Mer, con la pena de saber que ocho días más tarde el mar devolvía cadáveres de aquella inundación, que por culpa de un malvado jefe fue una catástrofe.

Salimos del campo, pero pronto mi marido tuvo que escaparse, pues estaban deteniendo a todos los españoles que encontraban. Los gendarmes no se hicieron esperar, exigiendo que presentara el contrato de trabajo de mi marido, pues de lo contrario me detendrían. Se arregló el asunto y fuimos autorizados a trabajar la tierra en una casa de campo.

En mi casa ya se trabajaba para la Resistencia. Allí se escribía el periódico «Reconquista». Tuvimos que cambiar de sitio la máquina, pues se oía desde la carretera. La trasladamos al corral de la casa del más fascista del pueblo. El que escribía a máquina servía de criado en dicha casa. Era español refugiado.

Guardábamos también las consignas del «maquis» y bastante material que nos lanzaban en paracaídas. Nuestra “ferme” reunía todas las condiciones.

Yo no sé si hice la Resistencia, pero asistía a todas las reuniones y confección de planes, y por mi casa, en un corto espacio de tiempo, pasaron más de cien españoles escapados de las compañías de trabajo para llegar a las guerrillas. A todos los atendíamos en lo que podíamos. No esperaba la recompensa ni nada; cumplía con mi deber. Había que hacerlo. Me ocupaba además de llevar paquetes a los encarcelados resistentes. ¡Cuántos sobrinos tuve en aquella época!

Mi hermano trabajaba en casa de unos judíos alemanes, amigos del sabio Einstein. Se llamaban Cachestein. Un hijo se fue al «maquis». La madre y otro hijo fueron detenidos. Ese ya no volvió de los campos de la muerte. A su detención escondimos todo lo que pudimos de valor de esa familia. Si los alemanes hubiesen sabido que ayudábamos a unos judíos nos hubiesen fusilado, o como mínimo, nos hubiesen deportado a todos.

Con el barullo de los últimos meses de la guerra llegó un hombre mojado de pies a cabeza. Era el molinero de Aniranda. Buscado por los alemanes, había permanecido tres días y tres noches escondido en las palas del molino. ¡Milagro que no les dio por poner en marcha el molino a los malditos SS! ¡Cuánto sufrimos por su culpa!

Vino la Liberación y tuvimos que ayudar a los que estaban hospitalizados en el hospital de Auch. Fue duro. Quiero decir que el camino recorrido dejó huellas profundas en mi mente. Rodeada de comunistas, hombres y mujeres, entre ellos mi marido, con un sentido de responsabilidad y audacia tan grande, aun recordando con respecto y admiración a mis antiguos camaradas de la CNT, me he hecho comunista.

Como he dicho antes, la libertad se paga cara, pero no me arrepiento.

## Filo Formes

*Vda. Sole (Mme. Vacas)*

Cuando empezó la guerra en Francia vivíamos en Laval (Mayenne), dos mujeres, que ya en España habíamos pertenecido a un partido político. Yo tenía conmigo a mis dos hijas de catorce y ocho años de edad, respectivamente.

Trabajábamos para el Ejército, en la confección de uniformes militares.

La casa donde vivíamos tenía la puerta siempre abierta. Esta puerta daba a un patio. Por esa disposición de entrada a la casa, realizamos nuestro primer acto de solidaridad y Resistencia.

Pasaba una columna de prisioneros franceses, custodiados por soldados alemanes. Al pasar ante la puerta, dos de ellos se rezagaron sin ser vistos, y se metieron en el patio.

Inmediatamente les ocultamos, les dimos de comer, lo poco de que disponíamos, les buscamos ropa civil y después que hubieron comido, aseado y dormido, escribieron sendas cartas a sus familiares, recomendándonos que las depositáramos en correos. Luego se marcharon.

Por nuestra parte hicimos lo que nos habían pedido. Tiempo más tarde, después de la Liberación, estos dos soldados vinieron a Laval a darnos las gracias por lo que habíamos hecho por ellos.

Por nuestra calidad de militantes de un partido, cuando se organizaba la Resistencia en la zona de ocupación, las organizaciones francesas y españolas nos localizaron a mi amiga y a mí, para ayudarlas en sus tareas de Resistencia.

Desde ese momento, mi casa y toda mi familia estuvimos entregados a esa clase de trabajos.

El enlace con París y otras ciudades lo realizaba mi hija, que entonces contaba con diecisiete años.

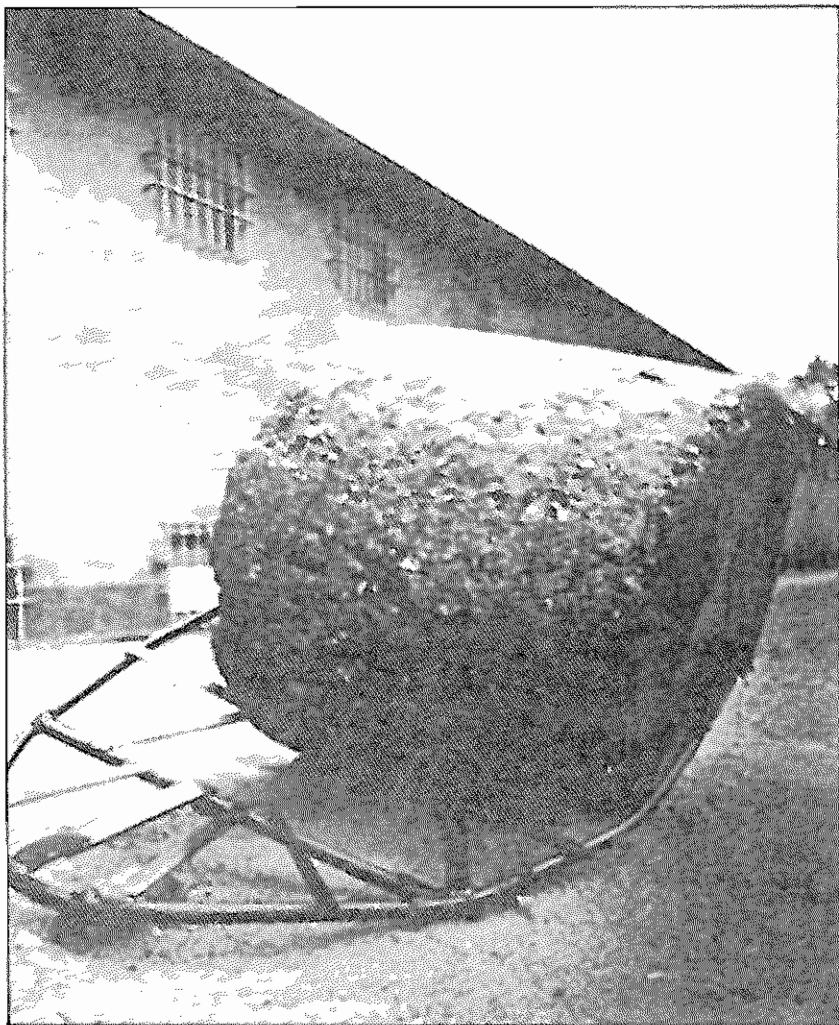
Frecuentemente pasaban por mi casa camaradas españoles, franceses y de otras nacionalidades. Yo les preparaba comida, lo poco que se podía alcanzar, y cama, para el poco tiempo que se quedaban en casa. Algunas veces celebraron reuniones que duraron varios días. Entre esas personas se encontraban algunos representantes de la Unión Nacional. Varias personas del Partido se instalaron definitivamente, y uno de esos camaradas pasó a formar parte de mi familia, puesto que más tarde se casó con mi hija mayor. La menor y mi amiga de exilio de los primeros años, se marcharon a España.

Voy a relatar unas anécdotas:

La chica era muy valiente. Ella, nunca tuvo miedo, es decir, de quién sólo tenía miedo era del doctor Petiot (personaje inquietante, parecido a Landrú)

Un día al regreso de nuestras correrías en busca de suministros, pasamos un susto fenomenal: vimos venir desde lejos, por la carretera, dos siluetas que nos parecieron dos gendarmes. A toda prisa, escondimos entre las hierbas de la cuneta los paquetes. Pero conforme se iban acercando, aquellos bultos, resultaron ser... dos vacas. Nos reímos mucho, porque precisamente en Francia a los gendarmes, si se les quiere insultar, se les llama "les vaches" (las vacas).

Otro día, mi hija tenía que presentarse a un enlace para recibir órdenes. Éste no la conocía. La cita era en un bar. Cuando apareció la chica y le dijeron que aquella era el "enlace", se le cayó el vaso de la mano... Tal fue su estupor al verla tan joven. Testimonio incompleto.



## Benita Fuster

Vivíamos cerca de Toulon. Éramos mi madre y mis hermanos, todos militantes del Partido Comunista.

Se nos pidió que nuestra casa pudiera ser utilizada como «punto de apoyo».

Yo trabajaba en un hotel-restaurante, cuyo dueño era de izquierdas, socialista. Este hombre hizo mucho por todos los que estábamos en el «refugio», a mí misma me sacó para llevarme a trabajar a su casa. Así pues, cuando venía algún camarada indocumentado, podíamos alojarlo y alimentarlo sin ninguna dificultad. No se hacía ficha, ni constaba en ninguna parte.

Las directrices para nuestro trabajo nos venían de los camaradas de Marsella, o de otros que trabajaban en las minas de Gardanne.

Unas veces teníamos que llevar documentos, otras armas. Lo transportábamos en maletas, mezclado con las ropas, o en el bolso. Como a mí me gustaba mucho hacer punto, siempre llevaba un jersey empezado y en los ovillos de lana solía esconder los partes.

De esta manera trabajamos hasta principios del 44, y entonces me pidieron que me trasladase a trabajar al departamento del Tarn, a la Agrupación Guerrillera.

De allí me mandaron en misión aquí, a Perpignan, con tan mala suerte que me detuvieron.

Fue en Saint Paul de Fenouillet tenía la dirección de una familia catalana. Allí tenía que acudir el enlace con quien debía contactar. Como venía rendida, me dijeron que me acostase un rato. Pero ocurrió que el novio de la chica que era el enlace mío, hacía mercado negro y la policía vino precisamente aquel día a hacer un registro en la casa. Me encontraron durmiendo. Tuve la mala suerte de llevar aquel día una gran cantidad de dinero destinado a los guerrilleros de los Pirineos Orientales.

Llevaba además un parte que me dió la dirección para la Agrupación de Guerrilleros de los Pirineos Orientales. Antes de acostarme tuve la precaución de separarlo del dinero, es decir, que el dinero quedó en la maleta, pero el parte me lo metí en el pecho, en el sostén. Como al detenerme no me registraron, sólo encontraron el dinero.

Me llevaron a la Comisaría, y allí pedí ir al retrete. En cuanto me vi sola me apresuré a comerme el parte. Afortunadamente no era muy extenso y estaba escrito en papel cebolla. Una vez me lo hube tragado todo, y puedo asegurar que es duro tragar el papel por fino que sea, ya respiré; me sentí más tranquila, pues ello era una prueba terrible, incontestable, que hubiese tenido graves consecuencias para mí y para toda la organiza-

ción, de haberlo descubierto la policía.

Me interrogaron y con una rapidez asombrosa imaginé la respuesta. Dije que me había marchado de Toulon, de mi familia, pensando pasarme a España y que, naturalmente, llevaba conmigo todos mis ahorros. Esperaba encontrar un guía que me pasase por la montaña. En España estaba mi novio y marchaba para reunirme y casarme con él.

Siempre declaré lo mismo en los interrogatorios. Me los hacían los policías de la Brigada Especial de Montpellier. Me tuvieron dos días en la Gendarmería, y ante la duda de si sería verdad mi versión o si sería mercado negro, o la Resistencia, decidieron mandarme a la cárcel de Perpignan. Además, mi documento de identidad se hallaba caducado, lo cual no facilitaba las cosas.

Cuando me anunciaron que al día siguiente me trasladaban a la cárcel de Perpignan me entraron unas ganas locas de llorar, y cuando me vi sola me desahugué.

Entonces ocurrió una cosa que me hizo mucho bien. En la habitación de al lado se encontraba un gendarme, y al oírme llorar entró y me dijo: «Señorita, yo tengo una hija de su misma edad y me da mucha pena verla llorar. No se apure, que no le puede pasar nada grave. No la pueden acusar de nada, puesto que usted no ha hecho ninguna declaración. Trate de buscar a un abogado y ya verá cómo sale enseguida. Todo lo que le pueden hacer es ponerle una multa por andar con el documento de identidad caducado».

Estas palabras me tranquilizaron un poco. Sin embargo, a la mañana siguiente, aún me esperaba un disgusto y fue que, al salir de la Gendarmería, me pusieron las esposas. A las dos y media de la mañana, cuando había más gente en las calles, fui desde la parada de los autobuses hasta la cárcel ligada al gendarme por las esposas. Pero a pesar de la vergüenza que sentía, llegué a la cárcel con la cabeza alta.

Pero los camaradas se enteraron enseguida de lo que me había pasado. Me mandaron un abogado, y además me ayudaron inmediatamente con comida, porque en aquella época, el rancho en la cárcel era infecto. A los dos días de entrar me llamó el guardia a la puerta y me entregó un paquete diciéndome que lo habían llevado dos mujeres. Enseguida adiviné que era la solidaridad del Partido. Ello me dió nuevas fuerzas.

El abogado que me nombraron me dijo lo mismo que me había dicho el gendarme: «Que no me apurase, que sólo me retenían por lo del documento de identidad. En cuanto al dinero, me lo retenían, pero que me lo devolverían al salir».

Estuve allí un mes. Pero ocurrió una cosa muy particular. El director de la cárcel trabajaba para la Resistencia, y tres días antes de la liberación de Perpignan, cuando todavía estaban los alemanes en la ciudad, recibió la consigna en la que se le pedía que se liberase a los presos políticos. Cosa que hizo enseguida. Salimos dos camaradas francesas, un español y yo.

Este camarada conocía la dirección de los camaradas del Partido. Allí fuimos, y con una camioneta que mandaron de la Brigada de Guerrilleros que estaba en Prades, nos llevaron a Toulouse.

Más tarde, después de la Liberación, vine acompañando a Cristino Gar-

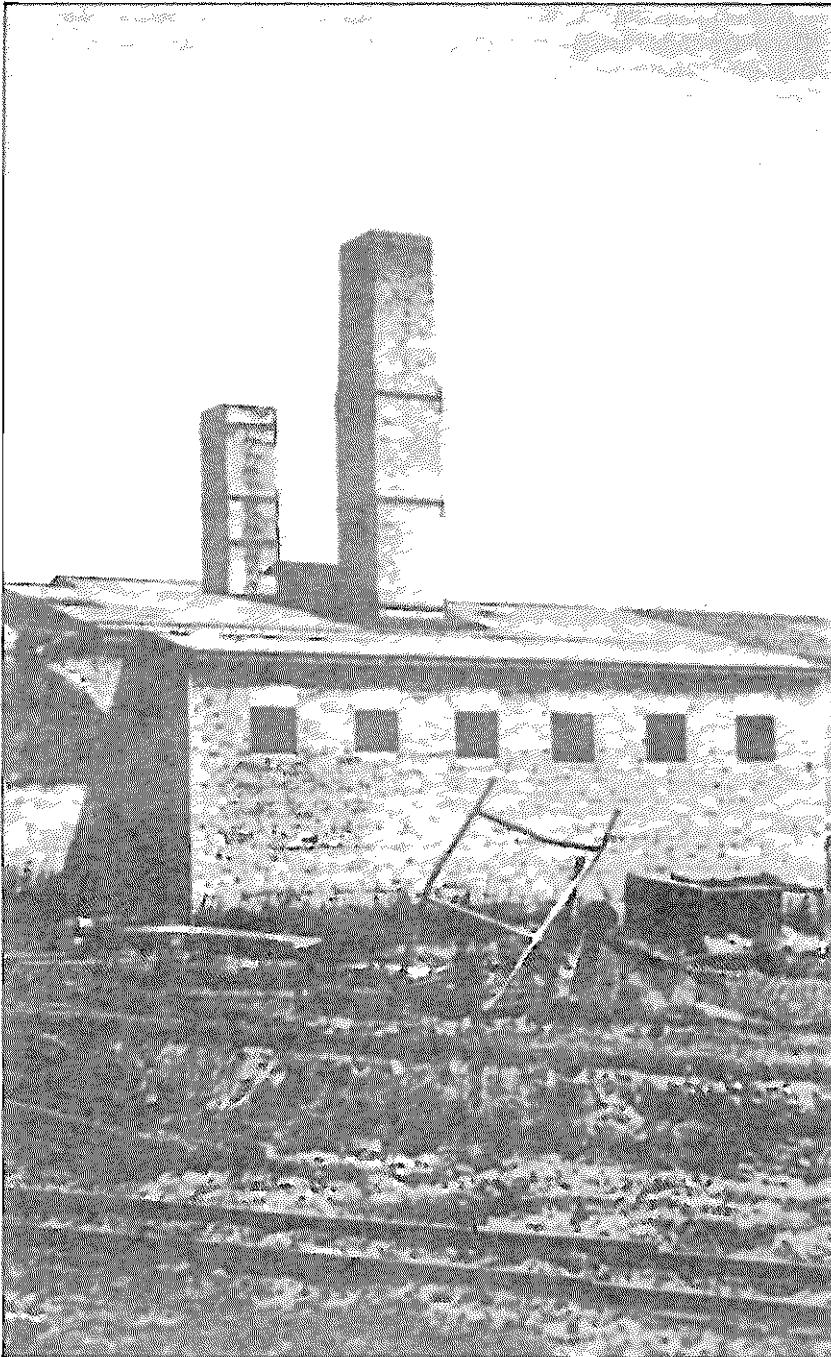
cía, que venía a tomar el mando de 153 División de los Pirineos Orientales.

Un día, yendo con él de Prades a Toulouse, cuando pasábamos por la Gendarmería del pueblo donde me tuvieron detenida, le dije: «Párate, que yo quiero saludar a los gendarmes».

Entré y les dije que «era aquella que habían detenido y vengo a decirles quién era verdaderamente». Entonces me dijeron que, «por qué no se lo dije, que ellos eran cuatro los que trabajaban para la Resistencia». Como es de suponer yo les contesté que yo no podía adivinarlo. Quedaron muy impresionados, pues Cristino llevaba el distintivo de comandante. Pero yo quise decirles, «Señores, ustedes me han detenido por defender a su patria».

Yo he trabajado con varias mujeres; de algunas sólo conozco su nombre de guerra, como la camarada Amor, asturiana, dos chicas catalanas, las hermanas Casajuán. Recuerdo que en la Agrupación de Prades había una muchacha, Gira Lumbreras, madrileña, que en la guerra había sido enfermera. Durante todo la ocupación fue enlace del Partido en el departamento del Cantal. Más tarde, cuando los combates guerrilleros, hizo un trabajo magnífico cuidando a los heridos. Fue una excelente camarada. Volvió al Cantal, al ser desmovilizada del servicio de los Guerrilleros. Se casó y murió todavía muy joven.





## Ganuzza

(Burdeos)

Yo no he sido deportada. Yo no he hecho nada más que trabajar. He hecho la Resistencia con los camaradas franceses y españoles. Mi casa ha estado abierta para todos ellos. He tenido camaradas escondidos. Tuve a un camarada más de quince días en la bodega. Era un camarada español, pero no puedo decir su nombre. Estaba con él el camarada Corrales y nunca le pregunté como se llamaba, porque nunca había que preguntarlo. Es una cosa que yo conozco a muchos camaradas y no se llamaban como entonces. En la Resistencia yo era enlace como muchas otras mujeres.

Yo tenía dos conejas en el corredor de mi casa. Me iba a aquel pueblo (a lo mejor me viene a la memoria su nombre) y en el campo yo tenía un montón de hierba (llevaba dos sacos) y traía lo que yo encontraba en esa hierba, que eran papeles, u otras cosas. Esa hierba servía para meter y traer todo eso.

Yo he trabajado con el camarada Usé (?)... y este camarada fué también detenido y el pobre ha sido fusilado en Burdeos, con los cincuenta resistentes franceses. A su mujer la deportaron.

Yo trabajé también con el camarada Campos. Éste camarada era un camarada excelente, que trabajaba también con un primo que tengo yo aquí. Esparza, que está en Biarritz ahora. Todos esos estaban juntos, y ese camarada Campos, ya la policía lo tenía sobre ojo y me lo habían traído a mi casa a vivir.

Otra vez me dieron un paquete, justamente era el camarada Usé, y me dijo: "Ganuzza, reflexiona, porque si a tí te cogen con ese paquete, te fusilan. Así es que ten mucho cuidado con ese paquete. Este paquete hay que entregarlo en manos propias".

Había que llevarlo a la base submarina de los italianos... (¿?) Allí me cogieron el documento de identidad. Y luego pasé a la base alemana. Y después me llevaron a donde llevaba la dirección y el nombre del paquete. Yo no ví más cosa que un alemán, un tío con más galones que, ¿qué sé yo?... pero lo que sí puedo decir es que era un jovencito, de estos diecisiete o dieciocho años, con la metralleta en la mano, y yo no sé lo que le habló ese tío en alemán, porque hablaba el alemán tan bien como el francés. Me quedé sola con él y me dijo: "Márchate, porque está muy bien" (me lo dijo en francés). Yo no sé como llegué a casa. Todas las piernas me temblaban, y en fin...

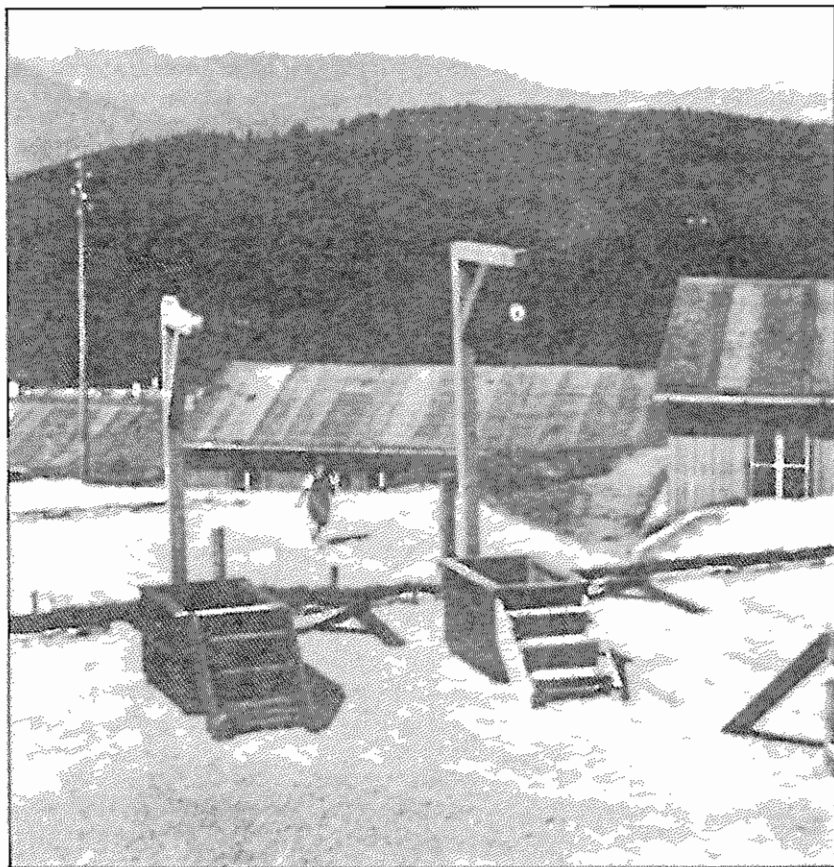
Con todo eso he continuado trabajando, con la hierba, con los papeles... Mi casa ha sido la casa de Dios y de María Santísima. Allí todo se ha hecho, eso lo saben muchos camaradas, el camarada Sorribas, y lo saben muchos camaradas de la Dirección. En mi casa se han hecho cosas



maravillosas; cosas que ni los propios responsables de Burdeos lo han sabido, porque eso, ahí está, hay muchos que no están muertos.

Yo he tenido ocasión de verlos... Estos de la sinagoga (los judíos) y ahí hemos visto a los alemanes aplastar la cabeza de los recién nacidos... Hay una sinagoga que está cerca de mi casa. Vimos nosotros a estos jóvenes alemanes de diecisiete años, que traían un niño que tendría,... no tendría un mes, no sé si tendría más. Estábamos así de gente y ahí delante, le pisotearon la cabecita al niño y los sesos salpicaron por todos los sitios ¡Aquello era horroroso! La pobrecita madre sufrió una crisis y se la llevó la Cruz Roja (porque venía la Cruz Roja a buscar a los enfermos y todo) y esa pobrecita, no cabe duda se volvió loca, ¿eh?

Había también, cuando la Liberación, un chico anarquista que se metió en el puente... Los alemanes estaban tirando con un cañón y se tiró el pobre hijo —¡Era muy joven!— al cañón y lo mataron. Pero él impidió al cañón de que matara más gente. Esto era cuando los alemanes se retiraban.



## Felicitat Gasà

*(Burdeos)*

*Fué enlace en la Resistencia  
Deportada*

Cuando ya estábamos liberadas (a nosotras nos liberaron en Belsen, los ingleses), estuvieron lo menos quince días liberadas, pero en el mismo campo; no nos dejaban salir. Nos daban de comer y, claro, íbamos a buscar la sopa a la cocina, que la hacían los ingleses, para la tropa y nos daban a nosotras de esa misma comida e íbamos a buscarla. Y, claro, teníamos que hacer cola. ¡Me acuerdo de eso tan bien!. Estábamos en una cola y se presentan dos niños. Dos niños pequeñitos, no sé la edad que podrían tener. ¡Eso se me quedó tan clavado!... Aquellos niños tenían de estatura, una estatura de seis años, más o menos, pero, la cara... ¡la cara la tenían de viejos! Porque vamos... ¡Vejez más marcada que la cara de aquellos niños!. Aquello fue lo que a mí mas me impresionó. Y ellos iban a buscar sopa también; como nosotras estaban muertos de hambre. Llevaban un pote de conserva vacío de un kilo, para llevar la sopa. Claro, a los chiquillos nadie les hizo hacer cola, todo el mundo los dejó pasar y entraron ellos en la cocina directamente. Al ver a aquellos dos críos yo me decía: “Bueno, ¿qué han hecho estos dos niños para estar aquí? ¡Hay que ser inhumano para mantener aquellas criaturas en un campo tan horrible como el de Belsen, porque era un Campo de Exterminio. Y siempre los veo saliendo de la cocina con el pote lleno de sopa; así...lo apoyaban en el pecho con las dos manos... ¡Aquellos niños no tenían más ojos que para ver aquella sopa! Aquello... ¡yo no sé!... se te queda... ¡se te queda que no lo puedes olvidar! Porque era horrible ver aquellos niños inocentes allí. Nosotras habíamos hecho algo en la Resistencia, habíamos trabajado contra los alemanes, pero aquellos niños, ¿qué sería lo que habían hecho?

En todos los campos pasaba igual. A nosotras nos llevaron desde Hanover, donde trabajábamos en un comando de trabajo, a Belsen a pie, naturalmente. En columnas, durante, tres días. Tres noche durmiendo en la arena, donde se nos hacía de noche, allí nos aparcaban y ¡a dormir en el suelo!

Por el camino venían otras columnas; nos cruzábamos con algunas otras columnas de hombres, nos conducían a otro campo. Y claro, eso lo he visto yo. Los había que no podían andar, ya no podían más, como nosotras, ya no podían caminar más, y para los que no podían andar más los “Kapos”, que con un palo, así de largo, se liaban a palos para que caminaran, y cuando alguno no podía andar más, pues se quedaba tumbado en el suelo y venían los alemanes detrás, y con la pistola los acababan en mitad del camino y allí se quedaban. Eso, claro, nosotras lo hemos visto.

Nosotras, al ir adonde nos llevaban, también habíamos padecido cansancio agotamiento de esos...Y eso nos pasó también: Una chica joven, una chica, la Monique, que no se como se llamaba, nada más que Monique, que era madrileña...Esa misma chica ya no podía más y dijo: “¡Dejadme, a mí me es igual!..., ¡yo ya no puedo más!...ya no puedo andar más, ¡que me maten!...”. “Mujer dije total...yo no sé adónde nos van a llevar, pero en un momento u otro, en un sitio u otro nos dejarán descansar”. Y la cogimos; yo la cogí por un brazo y le dije a otra chica: “María, cógela, porque a ver si así podemos”...Mientras tanto se le pasó y llegamos a Belsen. Claro que, al llegar a Belsen, era un Campó de Exterminio, ya lo vimos enseguida, porque al ver aquellas chimeneas, que eran del horno crematorio...¡Cada una pensó lo mismo!

Pero, claro como ya era tarde, ya era el último momento, cuando se estaba acabando la guerra, que ya entraban los Aliados, pues ya no tuvieron tiempo de exterminar a todo el mundo, porque, como ya tenían muchas dificultades de transporte ellos, pues ya no tenían ni carbón, ni nada. Ya los hornos no funcionaban y entonces fue cuando abrieron una zanja en el mismo campo, a cierta distancia, en el otro lado del bosque. Una zanja para meter los cadáveres que ya no podían quemar, que se acumulaban, porque morían muchos cada día, ¡caían a montones! Y eso mismo lo hicieron con los hombres, porque nosotras nos dimos cuenta...En ese campo de Belsen, nosotras estábamos en una habitación, no sé las que éramos, quizás seiscientas, no sé...Y no había sitio. Durante lo menos una semana que estuvimos allí me acuerdo que estaba contra la pared, al lado de una ventana y estábamos así, así encogidas una contra otras, porque no tenías sitio ni para estirarte. Pues en ese campo, después, al cabo de un día o dos de estar así, tienes que salir por alguna cosa u otra. Al final salimos. Teníamos que ir al retrete. Habían hecho una especie de retretes allí, al lado de la alambrada, que no eran retretes ni nada, pero en fin una especie de sitio. Fuimos allí, y lo que veo al salir allí cerca de la alambrada, ¿qué era eso?, veo, enfrente, al otro lado, una fila de hombres, detenidos como nosotras, que llevaban el traje rayado, y cada uno...¡un cadáver!...cogido por el pie o por la mano, no sé y lo arrastraban, hasta la fosa, allá abajo, lejos. Y otra fila, que subían, de vacío que no llevaban nada. Y así, durante dos o tres días. Claro, al ver aquello, a mí se me quitaron las ganas de comer! Porque eso causa una impresión muy grande! Me senté otra vez allí; no dije nada. Pero la chica ésa, que era muy joven, también, al cabo de un rato, se conoce que le pasó lo mismo. Salió y enseguida volvió. ¡Los ojos se le saltaban. Me dijo: “¿Has visto, Feli?”. Yo le dije: “Sí, siéntate, no te apures, piensa en otra cosa”. “Ay, pero eso es horrible” dice ella. Digo: “Sí, sí, ya lo sé, pero no te acuerdes de eso. No pienses en eso mujer”. Pero, claro, lo que decía la camarada Rita es cierto; que a fuerza de ver, te acostumbras... y la necesidad. Teníamos que salir y nos acostumbramos a verlo. Total, aquello duró tres días y ya nos acercamos un poco a la alambrada y empezamos a hablar con ellos, con los hombres ésos y les preguntamos si eran franceses, españoles: “De dónde sois?”. Ya no nos hacía tanto efecto como en el primer momento; ya habías reaccionado

un poco.

Pero, mientras tanto, llegaron los ingleses y ya ni pudieron llevar todos los cadáveres que habían en el campo, porque habían muchísimos.

Enfrente de nuestro bloque, había otro muy grande, que estaba lleno. Lo habíamos visto nosotras, a través de las puertas, que estaban medio desvencijadas y se veía muy bien. Estaba lleno de cadáveres de mujeres hasta el techo, ¿eh?, quisieron hacer con nosotras lo mismo: obligarnos a llevar allá abajo los cadáveres y no lo quisimos hacer; dijimos que no. Nos amenazaron: “Que si no íbamos nos iban a dejar sin comer”. Al final dijimos; “Sí de todas maneras no nos dan de comer”...“¿qué más dá?. Si tan sólo nos daban una taza, pero una sola taza “que, para eso dijimos que era igual, que no valía la pena” que no nos diesen nada. ¡Nosotras no arrastramos a nuestras camaradas! Se pusieron furiosos, nos hicieron salir. Yo salí por la ventana, para no recibir un latigazo, porque la tía aquélla tenía un látigo en la mano y estaba en la puerta y a medida que íbamos saliendo, latigazo limpio. Yo, como estaba cerca de la ventana, me apañé para saltar por la ventana. Nos hicieron poner en fila allí fuera y nadie quiso llevar los cadáveres. Todo el mundo se negó. Hubo algunas, que no sé lo que eran, que lo hicieron, que les prometieron no sé qué y no sé cuánto...o es que las obligaron, ¡yo no sé!. La cuestión es que hubo unas cuántas, pero que no eran ni francesas ni españolas las que lo hicieron. Pero lo hacían metiendo el cadáver en un saco: Les metían el cadáver en un saco y lo llevaban allá.

Cuando liberaron el campo de Belsen, había tifus. A las primeras que evacuaron fueron a las que tenían el tifus, porque tenían fiebre. Estábamos todas juntas. Todas lo hubiésemos podido coger. Pero yo he visto a una mujer (eso también es una cosa que se te queda clavada)...una mujer, que estaba enferma y que quería que la evacuaran, pero había otras que estaban más enfermas que ella y se las llevaron primero. Venían las ambulancias y se llevaban las más enfermas primero, es normal. Pero, ésa, se conoce que estaba un poco trastornada. No era de extrañar. Quería que la llevaran enseguida y salió afuera, desnuda completamente, ¿eh?, desnuda. Yo no he visto jamás en mi vida un esqueleto andando...¡un verdadero esqueleto! Es la impresión que produjo, porque no se le veía nada más que los huesos. Esa mujer se tenía de pie, cerca de la ambulancia, porque quería que la llevaran. ¡Producía un efecto!... Cuando la veías andar, esta articulación de las caderas parecían dos bielas de una máquina cuando se mueve. Así era.

En ese mismo campo he visto también a unas periodistas, mejor dicho, una periodista. Estuvimos allí, como he dicho antes, quince días, antes no nos evacuaron. Y yo no sé cómo, mirando así por casualidad, por las alambradas (aquello era un campo grandísimo, grandísimo, Belsen) aun había, allí un montón de cadáveres, porque quedaron muchos. Cuando llegaron los Aliados no habían tenido tiempo de enterrarlos a todos. Entonces, los Aliados, ellos mismos tuvieron que meterlos en camiones y llevarlos a la fosa común. Eso entonces lo hacían los alemanes; a ellos les obligaban a hacerlo, no a nosotras. Pues esa chica, una chica que estaba sentada encima de los cadáveres (porque eran un montón de leña, igual

que un montón de leña, de troncos), allí estaba sentada; se conoce que estaba haciendo un reportaje. No sé lo que era, si alemana o qué, la vi desde lejos y no sé decir de que nacionalidad era.

Como he dicho, nos liberaron los ingleses. Nos tuvieron quince días aún en el campo. Nos daban de comer muy bien ¡demasiado!, porque nos daban de comer la misma comida que hacían para la tropa y nos hizo mucho daño. Yo, desde luego, hasta allí aguanté, moralmente me aguanté bien, pero más no. Gracias a la solidaridad de las camaradas. Si las camaradas no me hubiesen ayudado, allí me quedo. Entonces ya había perdido todo, ya no tenía más resistencia. Yo les decía que se marchasen, que me dejaran, que yo ya no podía más, porque allí, pues de ¡todo!...diarrea y vómitos y vómitos y diarrea. Porque comimos patatas crudas con tierra. ¡Teníamos tanta hambre!

Nosotros habíamos visto en donde ponían las patatas los alemanes, las ponían en los surcos, dentro de la tierra; ponían paja encima y después las tapaban con tierra. Nosotras los habíamos visto desde lejos y, al liberarnos, al abrir el campo, nos lanzamos a las patatas enseguida y cogimos todas las que pudimos; no era muy fácil, porque la tierra estaba helada, pero ¡no importa!, las que podíamos sacar, una o dos, o tres...¿cocerlas?. No teníamos nada para cocerlas, ni siquiera tiempo, porque ¡tenías tanta hambre! Pues nos las comíamos así, crudas y con la piel y la tierra...Claro, después, el estómago...



## Teresa Gebelli de Serra

Soy de Reus. Cuando estalló la guerra yo pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas. Fui fundadora. Organizamos, además, la Unió de Dones de Catalunya. Debo decir que todas las militantes de todos los partidos y organizaciones: la CNT, la SIA (Grupo de Solidaridad de las mujeres de la CNT, las de Esquerra Republicana), Dones Lliures y PSUC, éramos muy solidarias.

Era la única población de Catalunya donde las mujeres de todos los partidos y sindicatos vinieron a formar parte de Dones Antifeixistes de organización de masas contra el fascismo.

Desgraciadamente perdimos la guerra, tuvimos que huir a Francia.

En Francia vivimos las vicisitudes que padecieron la inmensa mayoría de refugiados. La primera noche en Francia la pasé en un pajar de Le Boulou, tan cerquita y tan lejos de nuestra Patria.

De allí nos llevaron en tren durante veinticuatro horas sin comer ni nada, hacia el departamento de Allier, en un pueblecito llamado Uriel. En este pueblo tuvimos suerte. El alcalde, el doctor Vela, era socialista y se portó muy bien con nosotros.

En Montluçon empieza la Resistencia.

Nuestra casa fue el punto de apoyo y punto de partida de la Resistencia. Vivíamos siempre con Angelina, su marido Descarrega, su madre, mi marido y yo.

En Montluçon había muchos españoles, los pobres, todos la vestimenta destrozada, trabajando en los altos hornos. Fue así como Angelina conoció a Descarrega, porque siempre andábamos a ver en lo que podíamos ayudar a nuestros compatriotas.

Mi marido fue detenido dos veces por los alemanes y se evadió otras tantas, y yo tuve que presentarme a la Gestapo cuando mi niña sólo tenía quince días. Dejé a mi niña con Angelina y su madre, diciéndoles: "Sobre todo, si algo pasa, no abandonéis a mi hija, entregadla al Partido". Me soltaron; tuve suerte, porque era muy raro que los alemanes soltaran a alguien.

Mi casa, pues, continuó todo el tiempo de la guerra siendo el punto de apoyo de la Resistencia. Todo lo que podíamos obtener de comida, y era poco, todo se compartía con los españoles resistentes. He conocido muchos camaradas: el marido de la Regina Arrieta, Muñoz, el "Casi", Casimiro, marido de la Justa, también resistente, "el Guillem", un muchacho que se llamaba Pío, que venía de Limoges, "el Pedro" y otros muchos, pero todos con nombres de guerra. Había también muchas españolas en Montluçon; casi todas hicieron la Resistencia. Aún tengo rela-

ción con Teresa Peña, es mallorquina: la Angelina, Paquita Turné, catalana, Antonia Font, vive en Andorra.

Nuestro trabajo, aparte de ser punto de apoyo, consistía: (En Montluçon había muchos alemanes) todas nosotras formábamos parte de las FFI —Fuerzas Francesas del Interior—. Se confeccionaba propaganda en alemán para echarla en los cuarteles alemanes. De esto nos encargábamos las muchachas, con nuestras bicicletas para arriba y para abajo, todos los días, al anochecer, antes del “toque de queda”, por las tapias echábamos nuestros paquetes de propaganda. Naturalmente, esto era muy arriesgado. Nosotras mismas organizábamos la vigilancia para protegernos. Distribuíamos también “Reconquista de España”, que se confeccionaba en mi casa, por las noches. Después lo escondía debajo del colchón del cochecito de mi hija y los pasábamos hacia los “maquis”. Al “maquis” de la Foret de Tronchet y al de la Fai de Givrais, en el Allier, cuyo responsable español era Cerveto, que ahora está completamente ciego. Nosotros establecimos el contacto con los franceses con el comandante Franc.

Los alemanes vinieron muchas veces a hacer indagaciones. A veces, a las doce de la noche, con las ametralladoras apuntando hacia mí, y siempre preguntando por mi marido. Yo nunca sabía nada, naturalmente.

Además, yo siempre vigilaba cuando los guerrilleros venían a Montluçon a hacer sabotaje, como por ejemplo, incendios de gasolineras. Transportábamos armas en maletas de Montluçon a Clermont-Ferrand. Estas armas las entregaba al camarada “Pío”. A veces iba con Descarrega. Naturalmente, nosotros viajábamos en un compartimento y las maletas en otro, porque siempre estaban controlando los alemanes o los milicianos.

Un día llegando a Vichy, nos hicieron bajar a todos los viajeros del tren, porque había habido un sabotaje y la vía estaba cortada quizás un kilómetro y tuvimos que cargar con nuestras maletas, que ni las podíamos levantar de tantas armas como iban en ellas, y hacer el trasbordo a pie, uno lejos del otro, y sin perdernos de vista el uno al otro, pues, de haber detenido a uno, que se pudiera escapar el otro.

Llegados a Clermont-Ferrand, el camarada que tenía que recibir tan preciada carga no estaba y su esposa no nos quiso recibir. ¿Qué hacer? Nos fuimos a una callejuela que no conocíamos siquiera, subimos una escalera muy angosta, hacia un granero, y allí dejamos las maletas y salimos en busca del camarada. Este fue a recogerlas allí.

Al regreso hacia la estación no sé lo que había ocurrido, los alemanes cacheaban y pegaban a diestro y siniestro. Mi única preocupación, lo encuentro pueril ahora, era vestirme con lo mejor que podía. Me parecía que pasaba más desapercibida.

También he conocido a María Puig. Ella estaba en Bourges, departamento del Cher, con un compañero que se llamaba Felipe Moreno. Recuerdo a Justa Gómez Tmbién, que actuaba en Clermond-Ferrand.

Recuerdo a una muchacha de Tortosa que se llamaba Amparo Solé; su marido fue deportado a Manthausen y ella hacía la Resistencia en Narbonne. Estaba de criada en casa de unos petainistas, y como sabía que allí jamás los alemanes registrarían la casa, escondía la propaganda. Por la

noche la llevaba a un pisito que tenía en Narbonne la misma y allí la recogían los resistentes. El marido de esa muchacha murió a manos de los alemanes con el suplicio de la bañera, porque se negó a pegar a otros presos españoles. Ese suplicio, las que habéis pasado por las cárceles, ya sabéis que consistía en hundir la cabeza del preso en una bañera llena, hasta sofocación, pero los SS nazis siempre sabían dosificar el grado de sufrimiento para que la tortura durase el mayor tiempo posible. Se llamaba Romeu.

En Montluçon, la Resistencia fue larga y dura. Allí se volaron los cuarteles. Mi misión consistía en observar el movimiento de los alemanes, dónde comían, etc. Después, los guerrilleros realizaban los ataques y yo tenía que vigilar lo que ocurría para transmitirlo.

En Montluçon actuaban 160 guerrilleros españoles. Las mujeres teníamos, además, que atender a los heridos, encontrarlos para que no cayeran en manos del enemigo.

Monsieur Franc, jefe de la Resistencia, el día de la Liberación, desfilando por Montluçon con las banderas, yo llevaba la bandera Republicana Española, se cuadró ante nuestra bandera diciendo: “Je salue ce drapeau en souhaitant que bientôt il puisse flotter chez vous” (yo saludo esta bandera con el ferviente deseo de que pronto ondee en su país).

Bueno, sí, lo digo, ya que así lo quieres. He sido la responsable política de los guerrilleros de Montluçon. Hace muy poco tiempo estuvimos en Montluçon a ver los camaradas que venían a mi casa, muchos de ellos a recibir mis órdenes. Nosotros pensamos que todo lo de la resistencia lo tenían arreglado para ser reconocidos sus años de Resistencia para la pensión de vejez. Piensa, ni documento de Antiguo Combatiente tienen, menos Peña. Pero no creas que tienen facilidades, no. ¿Quién lo conseguirá? Y después dicen que nos hemos beneficiado de los mismos derechos que los franceses... Casi todos viven en la miseria y fueron ellos quienes liberaron Montluçon.

A pesar de todo no me duele nada, no renuncio a nada; si fuera necesario, volvería a dar las fuerzas que me quedan para salvar al mundo del fascismo.



## María González

---

Vinimos a Francia en el año 1923. Mi padre y hermano habían quedado “inútil total” en las minas de Asturias.

Nos instalamos en Issy-les-Moulinex, y enseguida me inscribí en una asociación que se llamaba Mujeres contra la Guerra y la Miseria. Luego se llamó Unión de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo.

Empezó la guerra de España y, como muchos emigrados, nos apuntamos al Socorro Rojo Internacional, para poder ayudar a la República. Muchos hombres se apuntaron voluntarios para ir a luchar a España. De mi familia marchó uno de los cuñados, que luego cayó herido. Marchó también un hermano, y más tarde otro; ellos eran el sostén de mis padres. Los tres fueron voluntarios allá. Uno de los hermanos murió en Ciempozuelos, al lado de Madrid, en el 37. No sabemos siquiera donde estará su tumba. El otro hermano hizo también la guerra, pero vino herido y como estaba bastante grave no volvió después del permiso que le dieron. El cuñado fue a parar al campo de Argeles, como tantos miles de españoles, al final de la guerra.

Como todos sabemos, se declaró la guerra en Francia al poco tiempo. Y la ira del fascismo, sobre todo los hitlerianos, que han sido los que colocaron a Franco en el poder, en cuanto llegó la guerra aquí, pusieron a todas las organizaciones democráticas y al Partido Comunista fuera de la ley. Enseguida cogieron a alcaldes que eran amigos de los refugiados españoles, entre ellos Victor Creson y Maillet...

Cogieron también, enseguida a unos españoles. Entonces organizamos la ayuda a las cárceles y a las familias; se empezaron a tirar octavillas con roneotipo, la propaganda clandestina, que empezó ya en el 1940; creo que fue el 6 de junio cuando entraron los alemanes.

Cuando estaban bombardeando la Renault se produjo un incendio horrible, pero era entonces cuando podíamos aprovechar para hacer varios trabajos en los cuarteles alemanes, que corrían a esconderse en los refugios como no sé qué... Teníamos las bombas encima... Tenía miedo, pero yo sabía que era el momento en que mejor se podía hacer el trabajo.

En esa época estábamos con los franceses. Aquí, a casa, venía la mujer del alcalde, que se llamaba Mme. Foucá, a traernos la propaganda clandestina. Venían otros amigos que eran guardianes del parque que está aquí cerca. Con ellos y con un concejal que se llama Gorrodon y un anciano, Matarel, organizamos el primer núcleo de propaganda clandestina y de ayuda a los presos.

Había muchos italianos, como los Fanes, que tienen un café aquí, en Issy-Les-Molineaux. Más tarde nos incorporaron al grupo llamado MOI (MO-





vimiento Obrero Internacional). Allí comenzamos a conocer a camaradas que venían de París, como Vizcaíno, Francisco Caro y otros, y ya empezamos a formar en grupos de la MOI.

En el 41 hubo la primera huelga. Casi todos éramos mujeres; habíamos unas mil mujeres. Según los franceses, era la primera huelga que se hacía en Francia después de la ocupación. La huelga duró unos dos o tres días, y, entonces, un grupo de francesas y españolas, entre las que estaba yo, decidimos ponernos delante y no salir de la fábrica. Entonces nos amenazaron con que vendría la policía a echarnos.

Estuvimos trabajando en la MOI, con otros grupos de extranjeros, entre los que estaban los italianos, los españoles y otros.

A fines del 41, pasé a trabajar en el Grupo Especial. Me explicaron lo que era. Se estaban organizando las Fuerzas Francesas del Interior (FFI).

Yo trabajaba con una española en la calle de la Defensa, cerca de mi casa, y una tuvo miedo porque había muchos controles, y me dijo: "El sabotaje, el sabotaje"... Entonces yo hice que la cambiaran de grupo, porque ella misma me explicó, llorando, que tenía miedo.

Pasé, como acabo de decir, al Grupo Especial. Ahí estábamos a las órdenes de un camarada catalán que se llamaba Guillermo Pires. Como nombre de guerra, a mí me pusieron el de Norma Marisa.

Con nosotros estaba el camarada Alfonso, que luego formó parte del famoso "Grupo Manuchian". Estaba también Arias, su cuñado; otro, Francisco Caro, y otros, de cuyos nombres no me acuerdo.

Yo, por ejemplo, tenía la misión de visitar las concentraciones alemanas como fuese; ellos me señalaban a donde tenía que ir; al Ministerio del Aire, al hospital militar de Issy-Les-Moulineaux, de Percy, a los campamentos militares, donde había mucha DCA. Iba, me presentaba, como quien va a buscar trabajo, diciendo que venía de parte de un comandante de las Commandaturas de Versalles. Ese comandante existía efectivamente, pero ya no estaba. Y cuando había fiestas en el Teatro municipal de Issy, me metía allí y hacía mi trabajo de propaganda y demás.

Cuando fui al Museo Rodin por unas cuantas horas, estuve casi media mañana allí, ayudando a pelar patatas y les lavaba algo de ropa. Además, para ganarme alguna cosa. Yo ví las casamatas que tenían y los cajones medio escondidos entre las hierbas y la tierra, porque había una gran defensa de DCA. Los nuestros querían volarlo, pero el camarada responsable dijo que no, que era muy difícil. Además, había mucha población civil alrededor, y si lo volaban harían demasiadas víctimas inocentes. El camarada Alfonso no estaba muy conforme, porque él era partidario de volarlo.

Así fui trabajando hasta el 27 de junio de 1942, cuando nos detuvieron, a mí con un grupo bastante numeroso de españoles.

Vinieron a mi casa a registrar y me llevaron a la Prefectura. Allí nos tuvieron varios días con malos tratos. Estaban la Paquita Velas, la Anita Cascales, en fin, muchos, la Constancia Escuer, muchos, muchos. Cuando pasamos a juicio en el 43 éramos muchos españoles de todas las provincias. Entre abogados y demás, éramos más de cuarenta; la sala del Tribunal estaba llena. Aquello duró diez días. El primer gran proceso de París (llamado "proceso de los cuarenta").

A mi marido se lo llevaron también, a pesar de que era portugués, y en casa no encontraron nada: sólo encontraron una bandera portuguesa de la Federación. Nos condenaron a Anita Cascales, Constancia, cinco o seis camaradas, a 18 meses.

Cuando yo caí y me llevaron a la Prefectura, vi a todos los camaradas de mi grupo, excepto Alfonso. Estaba nuestro responsable, Guillermo, que llevaba su niña pequeñita, y Caro y su mujer, con otra niña pequeña, y lloraban porque querían el biberón. Yo, cuando ví a Guillermo que estaba al lado de su mujer y lo tenían con dos cadenas en los pies y como las niñas lloraban, pedí que me dieran la harina y la leche para hacerles el biberón. Yo iba acompañada de dos inspectores, y cuando fui a coger a la niña que no hacía más que llorar y llorar dije: "Claro no me conoce". Y Guillermo, mirándome a los ojos, dijo: "Claro, como no te conoce"... Yo quería hacer ver que no nos conocíamos.

Por fin nos enteramos de que no nos habían cogido a causa de nuestro trabajo en el Grupo Especial, sino por el trabajo que hacíamos antes, de propaganda clandestina. Por eso no cayó Alfonso ni su cuñado, porque entonces no estaban aun con nosotros.

En el Grupo Especial yo era la que llevaba las consignas a Alfonso, que vivía por Irvy o por Vitry.

En la Prefectura nos reunieron a todos hombres y mujeres en una gran sala y allí nos pusieron delante montones de propaganda en alemán y en español; el periódico clandestino "Reconquista de España", y otras cosas de propaganda, de la CGT, del Sindicato. Como todos habíamos negado, nos presentaron todo ese stock, además de cintas, de máquinas, porque nos lo cogieron todo. Todos pensábamos: "¡Cuánto dinero nos han cogido, cuánto nos ha costado todo eso!"

Vimos pasar a un tal Juan, compañero de Paquita Velas, no lo conocíamos: con la cara hinchada, los labios rotos, y a Guillermo, nuestro responsable, tampoco lo conocía: tan lastimado estaba. Hacia la media noche los sentíamos gritar, y hablaban los guardias hasta en español: "Habla, cabrón"... y sentíamos los golpes de vergajo y tal y tal., y oíamos los gritos, durante todo el tiempo que estuvimos en la Prefectura, fue un verdadero martirio, porque seguramente los ponían cerca de nosotras para interrogarles, para que los oyésemos.

A mí, me cogió de los pelos el guardia subido en una silla y levantándose en el aire cogida de los pelos, diéronme un empujón y me lanzaron a unos metros de distancia. Estuve unos días que no podía ni tocarme la cabeza, ni peinarme. Tenía a los inspectores delante y decían: "A ésta la seguimos y entró en su casa y llevó un paquete y tal". "Tal día estuvo Paquita Velas en su casa; tal día vinieron a su casa; tal día salió usted a media noche y no la vimos entrar".

Me confrontaron con Paquita Velas. Decían que la tuve en casa dos veces. Ella dijo que fue porque trabajaba cerca y vino a traerme restos de comida de un hotel en donde estaba trabajando. Me confrontaron con ella, y yo, delante de los inspectores, decía que sólo había venido dos veces, y ella dijo más. Entonces yo la dí un meneo, la cogí así y la dije: "Mentirosa, eres una mentirosa", le di otro gran meneo y la miré fijamente a

los ojos, y entonces ella rectificó. Me confrontaron con varias más, y yo, nada, que no las conocía, ni a la mujer de Caro, ni a Caro, ni a Guillermo, ni a ninguno, y como ya habíamos dicho que no les conocíamos, nunca nos confrontaron con ellos.

A mi compañero lo llevaron a la Brigada Criminal, la que llamaban "especial". Estaba con los franceses, en tanto que portugués. Por fin lo llevaron a la Comandatura y me pusieron delante de él diciendo que mi marido había dicho esto y lo otro. Yo repetía: "No es cierto, es mentira". Como estaba delante, según lo ví, dije: "Son unos bandidos, unos canallas", y a ellos les dije: "¿Es qué vosotros habeis tenido una madre?". Me dieron un fuerte meneo. Entonces sacaron a mi compañero, casi no se tenía en pie. Tenía los riñones baldados y estaba, el pobre, todo hinchado.

"Vamos, siempre decís que no, que todo es mentira, que no es así, que esto no es verdad, que esto no es cierto y teniendo como tenemos cosas, y además que habéis sido seguidas"... Entonces cogió unos vergajos, pero primero me enseñó una cosa en la mano que brillaba, no se que era y dijo: "Si le doy una así darme para toda la vida", y cogió el vergajo. Yo, entonces, estaba tan nerviosa, que me quité la chaqueta y quedé casi sin nada, y dije "Hale", y me puse contra ellos. Entonces dijo: "Es que ustedes, los españoles, tienen la cabeza muy dura". Yo les contesté que no, que no teníamos la cabeza dura. Fue entonces cuando me cogieron por el cabello, y no me soltaron hasta que me caí sin sentido. Fueron ellos quienes me levantaron y llevaron con mis amigas.

Cuando entré, yo traté de disimular un poco. "Te pegaron, ¿eh?... Ay, como estás!... Te pegaron, ¿eh?... "No, no me pegaron. No, no (Lo decía para que ellas no cogieran pánico) No, no. Me hicieron un poco así..."

Anita Cascales me frotaba la cabeza y todas veían que me habían arrancado los cabellos. (Luego tuve muchos sufrimientos a causa de esto). Bueno, conque ya vienen a buscar a la compañera de Caro que llevaba la niña en brazos. Esa chica, por la noche lloraba mucho, tenía muy mala moral. Yo estaba siempre diciéndole lo que tenía que decir en cuanto la interrogasen: "Mira, tú, aunque te digan que tu marido dijo esto y lo otro, tú dí siempre que es mentira, que es mentira, que es falso, que es falso". Cuando la vinieron a buscar yo le dije: "Tú no digas nada, tú dí siempre que no; mira que va en ello la suerte de todas, ¿eh?".

Entonces marchó con la niña en brazos. Las otras compañeras, como Anita Cascales, me decían: "Te compadecemos, María, esa chica tiene muy mala moral". Y como tardaba en venir decían: "Qué nos estará haciendo esa pobre chica?". Y cuando la trajeron acompañada por los guardias, la pobre, con la niña en brazos, llorando, me dijo: "¡Ay, María! Mira como me han puesto! ¡Pero no dije nada!". Yo enseguida cambié de conversación. Le cogí a la niña que estaba llorando y le dije por lo bajo: "No digas eso, porque comprenden el español".

Cuando la echaron a la calle a ella y a la compañera de Guillermo dijo que me estaba muy agradecida, porque si la habían puesto en libertad era por María. Eso no es cierto. Salió porque ya tenían al marido y ya estaba todo en sus manos. La pobre chica salió con toda la cara llena de carde-

nales hasta la mitad de la garganta, pues le pegaron aun con la niña en brazos. Eso fue lo que nos pasó en la Prefectura.

Cuando salimos en libertad querían hacernos firmar unos documentos, y dijeron que si no los firmábamos nos llevarían otra vez a la cárcel o a un campo. Y como no quisimos, nos llevaron de nuevo a la Prefectura. Estuvimos tres o cuatro días. Estábamos Rosita Barrios, Anita Cascales, Constancia Escuer (Constancia Escuer, más tarde fue deportada hacia Alemania), Paquita Velas y yo. Con Anita Cascales nos decíamos: "¿Cómo vamos a firmar esas hojas si nos piden renunciar al Partido Comunista?" Van a hacer una propaganda con ello diciendo que estas cinco mujeres han renegado del Partido Comunista y firmado "Fidelidad al Mariscal Petain".

Cuando los inspectores venían a vernos eran muy amables. Nos traían sandwiches, nos daban cigarrillos, si los queríamos y, muy amables, nos decían: "Tomaos el tiempo que querais, tomaos el tiempo que querais". "El tiempo que queráis" fue que decidimos no firmar, aunque las había que decían que en cuanto saliéramos que seríamos siempre las mismas. Peo nosotras, Anita y yo, decíamos que no que aquello era denigrar al Partido. Bueno, discutimos mucho y, como no nos decidimos, pues nos llevaron al campo de concentración, en la Tourelle y allí estuvimos hasta la Liberación.

Unos días antes de la Liberación nos fueron liberando por grupos de tres. Decían que habían recibido amenazas de la Resistencia y así nos fueron liberando poco a poco. Luego nos enteramos de que habían sido los resistentes de la Prefectura quienes habían organizado nuestra liberación así, por pequeños grupos, porque estaba todavía lleno de alemanes; salimos el 17 hacia Alemania, y el 21 o el 22 ya entraron las tropas aliadas, los de la División Leclerc; Leffèvre es el que entró por aquí.

Cuando salimos no fuimos a nuestra casa. Yo llevaba una amiga conmigo y fuimos a casa de unos primos míos; otras llevaron a otra, y así estuvimos hasta que se liberó París.

Yo siempre con la esperanza de ver venir a mi compañero, porque no teníamos noticias de los nuestros. Supimos que el campo en el que ellos estaban, en la Vienne, habían sido liberados por el «maquis» de la Vienne y que ellos estaban en ese «maquis». Pero mi familia sabía que ese «maquis» lo habían cogido los alemanes y habían masacrado a todos los resistentes, habían fusilado a treinta y dos el mismo día.

Pero yo no sabía nada y pensaba: "Es que como la guerra continúa todavía por ahí, por la Rochelle, a lo mejor es que estarán por ahí". Hasta que un día me viene el marido de María Llenas y me dice que lo había visto y que se había salvado; un tal Murcia también se salvó y un comandante español que luego fue deportado a Alemania... Entonces es cuando supimos que había habido aquella masacre y que los habían fusilado a todos. Las familias fuimos a tratar de encontrar las tumbas, pero las gentes de allí nos contaron que los alemanes no habían permitido que los enterraran, porque los habían fusilado ante toda la población, que fue reunida para que lo vieran. Y les prohibieron que los enterraran; que se quedaran allí los cuerpos para ejemplo. Pero el antiguo alcalde, que era vie-

jo, y otras gentes de por allí, hicieron los ataúdes y cada noche cogían un cuerpo y los fueron enterrando, pero los enterraron en dos cementerios diferentes. Yo fui tres o cuatro veces y desenterraban uno o dos... "Este me parece, de tanta estatura, fuerte, de tal manera"... Pero como no habían sido identificados, pues nada, era imposible. Entonces yo propuse a la Prefectura de la Vienne que se hiciera exhumación general el mismo día, y así se hizo. El ministro dio su conformidad.

Esto fue casi un año después de la Liberación de Francia. Conque allí fuimos todas a las que nos faltaba alguien: hermanos, maridos, hijos... cada uno a reconocer a los suyos. Y en efecto, se reconocieron. Los médicos forenses los prepararon. Estaban todos los ataúdes fuera y los cadáveres descubiertos, pero uno lo dejaron cubierto diciendo que estaba muy desfigurado; y nos dijeron que una vez estuviesen todos identificados, si faltaba uno, ése sería el que estaba tapado. Estaban en hilera, y cuando llegué ante el que estaba tapado, tuve como un presentimiento de que aquel era Manuel. Entonces quito la tela aquella que lo cubría y lo reconocí en seguida. Enseguida conocí el traje. Dije: "Ahí, en el bolsillo lleva un pañuelo que yo le mandé, que lo hice en la cárcel". Y añadí: "La camisa también la conozco, lleva una letrita bordada pequeña... y ¿cómo está así? Entonces las gentes que estaban allí y que eran las que estuvieron presentes el día del fusilamiento, obligados por los alemanes, me dijeron que se había batido como un león. Cuando iban a fusilarlos habló y se tiró contra ellos como un lobo y, entonces, con la bayoneta... Tenía el traje rajado de arriba abajo, y además tenía tres o cuatro tiros en el cuerpo. Me dijeron que, no contentos con matarlo a la bayoneta, aun le acribillaron el cuerpo a balazos.

En la Mairie de Poitiers expusieron la lista de los fusilados, y de mi marido decía: "Manuel, fusillé et massacré".

Había otros españoles que estaban con él. Estaba Lemarciana, Barrachina, un arquitecto, uno de los hermanos Lacasa.

¡Ese fue un triste día! Al cabo de un año ver lo del fusilamiento aquel.

Había una camarada italiana de Nanterre, cuyo hijo nosotros conocíamos. Las camaradas Juanita y Rosita, le hicieron un pantalón, porque tenía dieciocho años, había crecido y todo le venía corto. La madre estaba presa y tampoco tenía padre; sólo otro hermano que me parece que había estado también en Alemania. Cuando fueron a identificarle no le conocían; fui yo quien le conoció, y dije: "Mira, ese es tu hijo, es Jacques", ¡Aquello fue un cuadro!...

Yo no quise que viniese nadie de mi familia conmigo, ni mi hijo.

(Se pone a llorar. Unos minutos de silencio)

¡Siempre le estoy viendo!...

Así que yo tuve un acceso de ira. ¡Pensando en España, tan asesinada!, que perdía los míos... Un pobre hermano, al que yo quería tanto, murió en la defensa de Madrid. Después los otros, que todos tienen algo: un ojo menos, otros... en fin

Muchos me dicen: "¡Con lo que sufristes, y con lo que vistes y con lo enferma que te quedastes!". Pero yo pienso que he hecho todo lo que he podido, pero que todavía podía haber hecho más. Ojalá que no haya otra

guerra jamás, pero, no obstante, si hubiese de empezar mañana, la poca fuerza que me queda, la emplearía exactamente igual.

Hay una cosa que me ocurría a mí... Y es que cada vez que salía a una acción, algunas bastantes peligrosas —pues me han pasado bastantes percances—, de correr o de decirme, "hoy". Salía a las dos o las tres de la madrugada, y antes me iba a ver a mi hijo que estaba durmiendo y le decía: "A lo mejor ya no vuelvo a verte". Y lo que yo llevaba dentro de mí era que pensaba siempre en Dolores. Pensaba en las minas de Asturias, cuando yo era chiquilla, antes de venir a Francia, que me decían "Hay una mujer que se llevó a los niños de los huelguistas mineros. Una mujer que es de Bilbao y que se llevó estos niños; mira, está aquí retratada. Está de luto. La pobre parece una minera!". Y después que supe lo que era Dolores, en todo el transcurso de nuestra guerra...

Porque no era un culto, no. Yo pensaba en todos los sacrificios que ella había hecho. Yo pensaba en eso y se me quitaba el miedo. Porque no voy a decir que salía valiente, salía con miedo también, unas veces más, otras veces menos, porque siempre estuve muy deficiente, con poca salud.

Yo me hice una verdadera antifacista, porque a pesar de que estoy tan enferma, que me encuentro tan inactiva, a pesar de todo eso, si tuviésemos que volver a empezar, pues todavía me queda fuerza para empezar otra vez. Pienso en las palabras del poeta Aragon: "Et si c'était a faire je referais le même chemin" (Si tuviéramos que volver a empezar, yo recorerría el mismo camino).



## *Testimonio de* **Sabina González**

*(de Vinça, Pirineos Orientales.*  
*Deportada Resistente.*

Vivía en Francia desde la edad de once años en Velmanya (Pirineos Orientales), con mis padres y mis hermanos, al pie casi de la montaña del Canigó. Mi padre era pastor.

Cuando empezó la II Guerra Mundial tenía veinticinco años de edad, casada y con una hija.

Continué viviendo siempre con mi madre, y con ella me detuvieron en agosto de 1943. Mi madre se llamaba Carmen Bartolí y murió en Ravensbrück, en las atroces condiciones de todas las mujeres que allí fueron asesinadas.

¿Por qué me detuvieron? Las gentes dicen que hacíamos la Resistencia.

Nuestra detención, conjuntamente con el propietario de la casa en que vivíamos, un francés, un señor francés, fue motivada por una actitud que a mi madre y a mí nos parecía tan natural que ni siquiera se nos pasó por la cabeza que estábamos formando parte y colaborando con la Resistencia francesa contra el ocupante nazi.

En nuestra casa escondíamos durante largos meses a tres dirigentes de la Resistencia en los Pirineos Orientales. Un español, un belga y un maestro de escuela perseguido por la Gestapo. Nuestra casa, situada en este pueblecito de montaña, tenía la ventaja de que entrabas por la puerta principal, por una calle y podías salir por el desván directamente a los montes. Con condiciones tan oportunas de nuestra casa y nuestro apoyo material, pues, además, con nuestros pobres recursos los alimentábamos, podían seguir sin otras preocupaciones organizando la lucha armada por las montañas pirenaicas.

¿Quién les puso en pista a los alemanes? Nunca se ha podido averiguar.

Un buen día se presentó en nuestra casa un destacamento de SS para detener al español, al belga y al maestro de escuela. Entre el propietario del inmueble, mi madre y yo misma, retardamos la entrada de los alemanes en nuestra casa. Con nuestros cuerpos impedíamos que forzaran a tiempo la puerta protegiendo la huida de estos resistentes, quienes, antes de retirarse por el desván, mataron a un SS e hirieron a otro.

Cuando los supimos a salvo, no opusimos más resistencia. Ellos podían continuar la lucha. Nosotros fuimos detenidos y deportados.

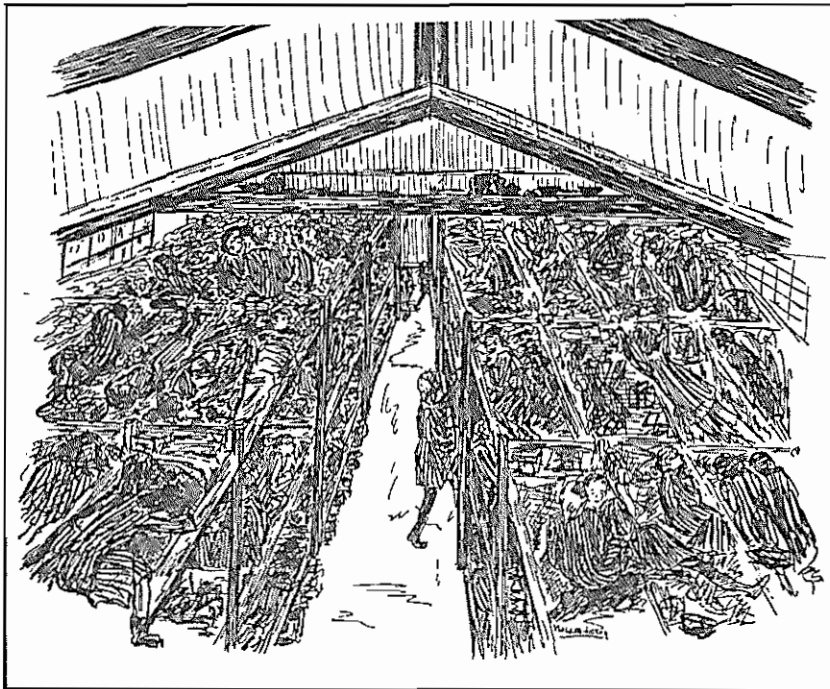
Nos llevaron a la cárcel de Amelie-les-Bains P.O. Allí ya nos separaron de nuestro camarada francés. Junto siempre con mi madre, nos llevaron de cárcel en cárcel y de interrogatorio en interrogatorio. Nada pudieron arrancarnos y nada declaramos de las idas y venidas de nuestros prote-



gidos. Pasamos por las cárceles de Arlés; de nuevo Amelie-les-Bains, a la "Citadelle", Ciudadela de Perpignan. De Perpignan a Compiègne, cerca de París. Es en este campo inmenso donde nos concentraban por decenas de miles, donde nuestra suerte se preveía ya por las condiciones terribles en que vivíamos.

De Compiègne, siempre con mi madre, salimos hacia Ravensbrück, con un frío terrible en vagones de ganado —4 caballos = 80 mujeres—, sin espacio para acostarnos, sin beber, con una tineta hecha de un cubo de metal de los que se usaban para el carburo, para nuestras necesidades. Una sola comida durante los cuatro días que duró el viaje. No puedo describir la entrada en el campo. Fue terrible, terrible. Los SS chillando y pegando, los perros lobos aullando, un frío de -15°. Serían las tres de la madrugada. Pero teníamos el consuelo de estar mi madre y yo siempre juntas. Éramos del famoso transporte de las 27.000. Es decir, 1.000 deportadas de Francia.

Un día, volviendo del "appelle", recuento diario en la plaza central del campo (nos levantábamos a las tres de la madrugada). A las cuatro subíamos al "appelle-platz", con un frío que nos cortaba la respiración, y allí permanecíamos de pie hasta las nueve de la mañana. Como decía, pues vimos a una española, la señora Horta. Visión fugaz, nos conocíamos de Francia. Nos abrazamos, pero ya no la vi jamás, ni jamás hemos sabido de ella. Seguro que desapareció en los campos de exterminio.



## Concha González de Boix

Fue a últimos del duro mes de enero de 1939 cuando las hordas franquistas nos obligaron a abandonar la Patria.

Mi madre y mis hermanas formábamos parte de un grupo de mujeres y niños que pasábamos la frontera por Cerbère. Yo iba herida en una pierna por un trozo de metralla recibido en un bombardeo en Barcelona por la aviación fascista. La herida estaba en un estado penoso, ya que en plena retirada los medios sanitarios eran deficientes, no se me había curado desde hacía muchos días.

En Cerbère, las autoridades francesas nos mandaron montar en un tren que nos llevó a Poitiers, desde donde nos dirigieron a un «refugio»; allí nos ordenaron desnudarnos, y sin miramientos de edades, e ignorando el pudor, nos pasaron todas juntas a unas duchas malamente improvisadas; después nos dirigieron a unas habitaciones, habilitadas como dormitorios, con colchonetas de paja en el suelo.

Esta situación duró hasta que terminaron lo que fue nuestro campo de concentración a la salida de Poitiers, ruta de Limoges, donde estuve hasta julio de 1940, a la entrada de los nazis. En aquellos días, gracias a la confusión y al pánico que reinaba, un buen número de mujeres logramos escaparnos y, después de errar de un lado para otro, llegamos a Agen, donde continuó el desconcierto. En una redada, los gendarmes nos prendieron a hombres y a mujeres, para llevarnos al campo de concentración Sept-Fonts, que por ser sólo de hombres, el comandante del campo no quiso hacerse cargo de la mujeres, dejándonos abandonadas en plena carretera, a merced de nuestras iniciativas, andando, durmiendo por el campo y comiendo de caridad, es así que llegamos a Montauban, donde fuimos ayudadas y protegidas por los kuáqueros.

Con muchas dificultades fuimos normalizando la vida, encontrando muy duros trabajos y una vivienda sin agua ni electricidad. ¡Pero éramos libres!, y aquella pocilga nos parecía un palacio.

En 1942 empecé a trabajar en la resistencia francesa como "Agent de Liaison". Las misiones que realicé fueron muy variadas, pero en principio consistían en el transporte de material de propaganda, armas, notificaciones de órdenes, etc. Yo era joven y ello tenía la ventaja de que podía pasar más fácilmente desapercibida en mis desplazamientos.

El camarada Guerrero me puso en contacto con resistentes franceses, monsieur Leon Marcon y monsieur René Daimon (que más tarde supe eran jefes regionales de la Resistencia), quienes me suministraban material que yo depositaba en mi casa 7, rue Lasserre, donde, de acuerdo con mi madre y mi hermana Adela, quedo convertida en un centro clave de activi-



dad, tanto por los depósitos de material, como por las reuniones. La casa reunía condiciones: planta baja, salida a dos calles, un patio con varias dependencias, donde fácilmente podíamos ocultar material: municiones, propaganda, etc. Sobre todo, la salida trasera a la grande "Promenade", nos facilitaba burlar la salida y entrada de los compañeros a la curiosidad de los vecinos.

En la misma calle, y sólo a unos metros, estaba la Komandatur, puesto central de la policía Nazi, que de noche incrementaba la vigilancia de toda la calle.

Era el compañero Guerrero quién me daba las órdenes de desplazarme con el material que él me indicaba a Causade, Castelsarrasin, Toulouse, Realville, Lexos, Fumel y a otros centros, en donde me esperaban compañeros con consignas especialmente definidas, a quienes yo entregaba el material. En Tolouse era la compañera "Maxi", quien me esperaba en lugar distinto en cada viaje, y, después de habernos cambiado el bolso, yo regresaba a Montauban. Mi casa era también, a veces, refugio para personas perseguidas; es el caso de "Nieves", buscada por la policía de Vichy; la tuvimos escondida unos días, hasta que se la encontró un buen refugio en una "ferme" en el campo.

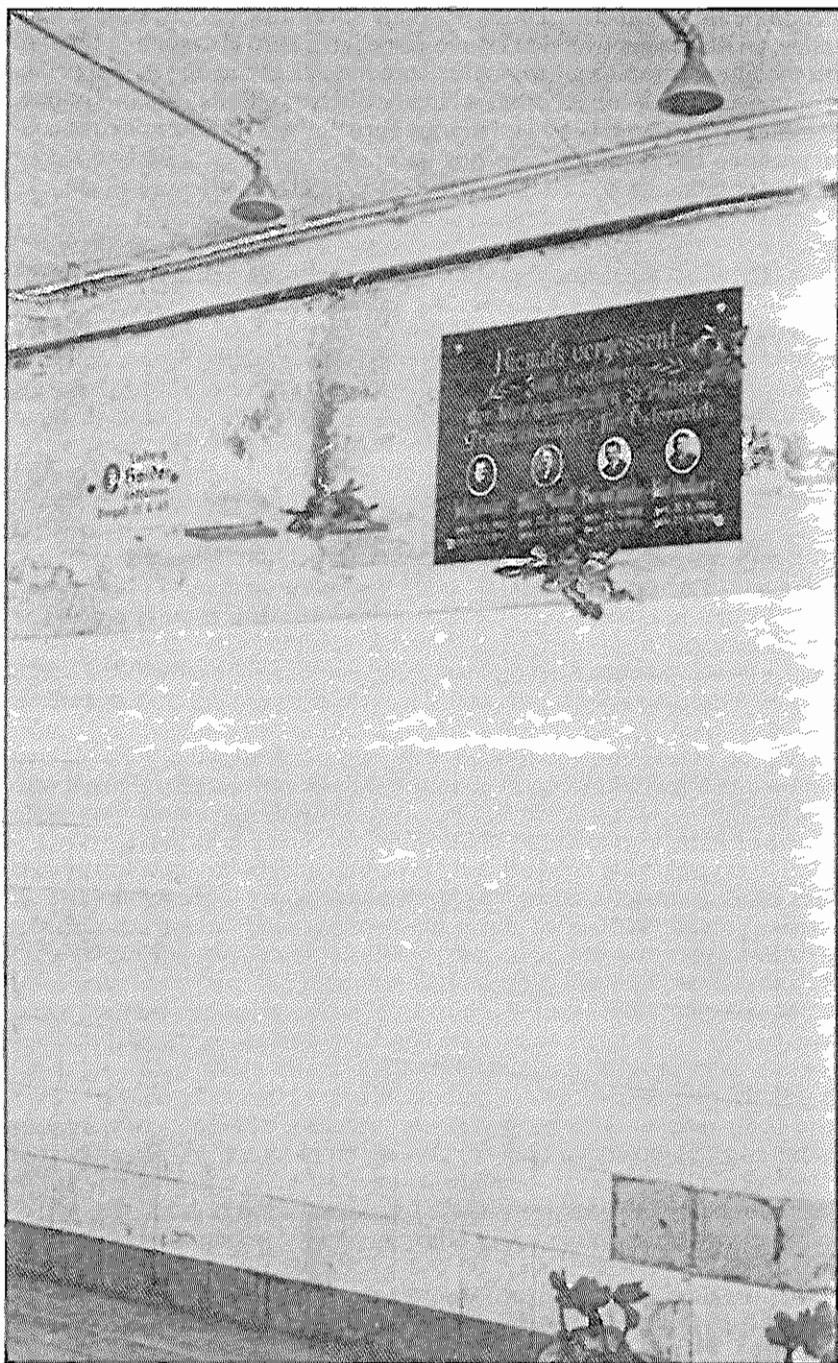
Otras de mis actividades era la de ayudar a nuestros presos. Fue cumpliendo esta orden conjuntamente con "Maxi", con quién, fuimos a la estación a la hora que nos habían indicado que pasaría el tren cargado de detenidos tratados inhumanamente, almacenados en vagones de animales y dirigidos a los campos de exterminio en Alemania. Desgraciadamente, nuestro intento para contactar con ellos no fue realizable; la estación y los andenes estaban tomados militarmente por las fuerzas de ocupación, así y todo estuvimos buscando ocasiones y estudiando posibilidades, hasta que una interpelación brutal de la policía militar alemana nos alejó definitivamente de allí.

Quiero explicar una anécdota que refleja claramente el ambiente de terror en que estábamos sumergidos: era una mañana muy temprano, la calle estaba desierta y yo tenía que desplazar material (armas) de mi casa a la del compañero "Hilario" (corrientemente llamado el "Mano") al otro lado del río Tarn. Al bajar la calle Sapiac, completamente solitaria, sentí unos pasos que parecían seguirme de lejos. Yo intenté apresurarme; los pasos, también se apresuraron, y el ruido de los tacones martilleando el suelo me dieron la convicción de que eran botas alemanas lo que se acercaba. La situación era difícil, pero antes de arriesgarme a echar a correr para atravesar el puente, volví la cabeza, y cual no sería mi asombro al reconocer al camarada Guerrero, que me seguía de lejos en plan de protección y, siendo mutilado de guerra, el ruido de sus muletas imitaban muy correctamente el de las botas alemanas.

Naturalmente, al llegar a casa de Hilario y explicarle a éste lo sucedido, la carcajada fue general, y ello me valió un buen desayuno que su mujer "Juana" me preparó.

Mi aportación a la liberación del país fue modesta, y consistió en un trabajo de conjunto, muy bien dirigido por jefes hábiles en saber conjugar la audacia con la meticulosidad. Véase el ejemplo de Guerrero, prote-

giéndome sin yo saberlo. Todos pasamos horas difíciles y ocasiones delicadas, en donde nuestra vida estuvo en peligro, pero el amor a la libertad era inconmensurable y el compañerismo nuestra razón de ser. No puedo terminar ese relato sin recordar a Nieves Guerrero, Celia, Maxi, Tanque, Ferrer, Léo Escalera, la Falla, Hilario, Teruel, y a otros muchos cuya convivencia en horas tan difíciles nos ha unido.



## Benita Guiu

*Atestiguan Pedro Vicente, José Gurometa y Soledad Alcón*

### *Sin carta ni decoración*

Soy refugiada política. Pasé la frontera al final de la guerra, el 6 de febrero del 39 por Port-Bou. Viajando tres días en el tren, con mi niño de dieciocho meses. Yo tenía veintiún años.

En algunos departamentos de Francia no nos querían acoger como refugiados.

Durante los primeros meses, agentes españoles de Franco pasaban por los campos y “refugios”, para desmoralizarnos, presionando para que volviéramos a España. A nuestra colonia también vino uno de esos personajes, haciendo propaganda. Me encaré con él y le dije: “Si usted está tan bien en España, ¿qué hace usted aquí? Conmigo no cuente. Yo he huido del franquismo y por ahora no pienso volver.”

Las muchachas de pusieron de mi lado ¡y por poco le pegamos una paliza al tío!

Se produjo la ocupación nazi total de Francia en el 42. Mi marido llega una noche del trabajo y me dice: “Queridos míos, aquí no hay ni marido, ni mujer, ni hijo. Tengo la orden de escaparme de aquí. No os mováis; así que pueda, os daré noticias mías, y si puedo os llevaré cerca de mí. Nos volvemos a separar; son órdenes, tengo que cumplirlas”. Claro, ya estaba en la Resistencia y organizando el “maquis”. Cuatro meses sin noticias tuyas, ¿Desde dónde me escribía?, pues desde Tornac. Claro, yo le había explicado las características de la región de las Cevennes, con tantas montañas, tantos bosques, donde podía esconderse fácilmente mucha gente, de lo buenos que eran los habitantes, etcétera.

Como pude llegué a Andouze, el lugar más próximo al “maquis” para dejar mis paquetes. Afortunadamente conocía todos aquellos parajes, subiendo y bajando montañas, con mi niño a cuestas, hasta que divisé a lo lejos y muy hondo una masía. Instintivamente me dirigí allí. Todos aquellos lugares los conocía. Empieza a salir un hombre, dos, tres... Eso es el “maquis”! Antes de llegar al puente viene hacia mí un tío con un ladrillo. “¿A dónde va, señora?” - “Busco a mi marido, que está trabajando como carbonero; se llama Guiu” — “¡Ah! ¡Prefiero esto! ¡Compañeros, es la “dona” de Guiu, ¡es la “dona” de Guiu!”

Mi marido se encontraba en misión a la Grand Combre con una patrulla. Eso era a mediados del 42. De los “maquis” de Andouze nos mandaron a Saint Jean du Gard; más tarde, a Saint Félix de Pallères. Desde allí se controlaban los “maquis” comprendidos entre Saint Jean du Gard y la Grand-Combre, país del carbón donde trabajaban muchos españoles. A partir de ese momento ya no ví a mi marido regularmente.

Durante ese período mi masía servía de punto de apoyo como antes para los resistentes; a veces nos reuníamos hasta unos quince o veinte. Mi

trabajo específico era dar de comer y albergue a los que iban de un sitio a otro; si no teníamos pan, comíamos castañas.

El día en que se asaltó la cárcel de Nîmes, siendo liberados veinticinco presos, nosotros estábamos movilizados y alerta; era el lugar escogido para el primer paso, para algunos de ellos. Estábamos en estado de alerta; tenían que pasar a les Cévennes. No sé si llegaron, pues yo no preguntaba nada a nadie. Se me presentaban de Marsella, o de donde fuera. Mi misión era el albergue, la comida, y guiarlos, orientarles y acompañarles. Había tanta Resistencia en todos aquellos pueblecitos, la Madeleine, St. Jean du Gard, Tornac, Dufort, La Salle, etc. Yo no sabía ni el nombre de los que mandaban a mi paso. Venían muertos de hambre; los pobres comían lo que podían y después los guiaba a su lugar de destino.

En mi casa, es decir, en los escondrijos que yo me buscaba, guardaba el material de propaganda. De allí salía hacia donde tenía que ser entregado.

Por aquellos "maquis", cada uno en diferente sitio, tenía a mi marido, a mi hermano y a mi cuñado Guillermo.

Los policías los seguían, y cada semana venían a mi masía de San Félix de Pallères, haciendo pesquisas, ¡He pasado tanto miedo! me acordaré toda mi vida del día de Pascua del 44. habíamos pasado el primer día juntos; a las seis de la mañana del día siguiente, sin casi tiempo para llevarse sus zapatos o cualquier indicio que pudiera indicar su presencia, seis gendarmes atronando por la puerta de delante y mis familiares escapándose por la puerta del huerto; menos mal que no utilizaban perros lobos, como lo hacen ahora! "Si usted no nos dice dónde está su marido, la ahorcaremos", me sacudían, ¡Dios!, que miedo. Cuando se marchaban, algunas veces estaba dos horas temblando, sin poder reaccionar hasta que el llanto me liberaba. Pero aquel día de Pascua tenía tal indignación que, cuando me amenazaron con ahorcarme, me planté delante del jefe de patrulla: "Oiga, señor, a mí me ahorcarán, pero no olvide que los que han sido ahorcados por los alemanes en Nîmes, eran franceses, no lo olvide". Esos patriotas ahorcados en el puente de la Route d'Uzès (carretera de Uzès) eran sus compatriotas. Lo supimos por nuestro enlace hacia pocas horas. Por fin me dijo, airado: "Señora, usted es terrible, no sé a quien puede parecerse, no le sacamos nada. O es usted tonta, o se burla de nosotros".

Conocí también a Anita y Esperanza, un muchacha de treinta años y "María de le Pontil", que montaba la guardia cuando el asalto de la cárcel de Nîmes, condecorada con la Cruz de Guerra. Mi masía se encontraba a 1 km. del castillo, entre Andouze y Saint Félix de Pallères. En ese castillo se escondía uno de los "maquis" españoles.

Fue desde allí desde donde presencié el famoso combate de la Madeleine. Un grupo de francesas y españolas presenciaron todo el desarrollo de la batalla durante tres horas; participaron en aquella batalla mi marido, Gabriel, Gardano, Alonso, mi cuñado Guillermo, que tenía una de las pocas ametralladoras utilizadas por los guerrilleros en dicha batalla, y dos muchachas españolas, Pilarín, "la hija del sastre" y de la otra no me acuerdo del nombre.

¡No sé cómo pudimos salvarnos!

Fue el arrojo, la perspicacia y la tenacidad de ese reducido número de

combatientes lo que nos salvó a todos. Allí, lo más natural hubiera sido nuestra derrota y nuestra muerte.

Cuando llegó la columna alemana a las once de la mañana por la carretera de la Madeleine, pues la batalla entablada duraba horas con medios humanos y materiales tan desproporcionados, yo me dije: "Aquí nos freixiran, aquí nos freixiran" (aquí nos freirán).

Cuando ya desesperada, veo el milagro más bonito de mi vida; un avión ametrallando y los alemanes rindiéndose con todas sus ametralladoras, sus camiones abandonados en la carretera, desparramándose por la viñas y agitando una señal blanca. El comandante de esa columna se suicidó; 1500 presos alemanes, de ellos 600 heridos, un muerto o dos por balas del "maquis".

Qué alegría para todos. Aquellos hombres y mujeres que, hambrientos, maltratados, habiendo sufrido la derrota, al sernos arrebatada la República, lanzados al más penoso de los exilios, siempre cayendo y siempre luchando contra el fascismo. Donde sobra el corazón... Mi marido se fue de guerrillero a España y en 1950, otra vez buscado y a esconderse...

Nîmes, setiembre 1975



## Graciosa Gurometa

*St. Jean de Valeris le Gard*

¿Qué voy a decir de mi participación en la Resistencia?

Simplemente, nuestra casa era un punto de apoyo de «maquisards» y de resistentes en general.

Reuniones políticas y planes militares de la lucha clandestina, alternaban muy a menudo en mi casa. Mi marido, José “El Metralleta”, un resistente de los primeros tiempos, sabía que podía contar conmigo.

Sólo disponíamos de dos habitaciones. En la primera se discutía, planeaba y comía, y en la otra, dormíamos, se escondían las armas, y yo, como el que no sabe nada, asistía a todo y vigilaba que ningún percance desagradable nos pudiera sorprender. Y esto durante más de dos años.

¡Cuántos de los resistentes y guerrilleros españoles de tan distintos puntos de los Cevennes han pasado por mi casa!

En aquellos momentos, aquello me parecía lo más natural; lo hacía como una tarea más, que la compañera de un ex-combatiente de la República Española, de un obrero que seguía luchando contra el fascismo, debía compartir. El pan, la vida, el peligro, los ideales, la lucha, era nuestra condición. Aceptándolo con todas las consecuencias.

Hoy, después de 30 años, me hace el efecto de que viví una gran aventura sin darme cuenta. Los momentos más emocionantes de mi juventud.

Quiero referirme a “María de Le Pontil”, su pseudónimo de guerra compuesto de su nombre y del pueblo en el que vivía. Cuando en el mes de abril del 44 se dió el asalto a la cárcel de Nîmes para liberar a los presos que los nazis continuaban fusilando y deportando a los Campos de la Muerte, “María de Le Pontil”, esa joven guerrillera de veinte años, montaba la guardia ante la puerta de la cárcel. Sencillamente... Aquel asalto fue dirigido por Cristino García y se liberaron muchas personalidades francesas de la Resistencia.

¡Quién de los que han dirigido se acordará de esa muchachita tan joven y bonita, la “Chatilla”, que fue además enlace del legendario Cristino García, fusilado después en España? Era, casi una niña, y otra heroína de la que no he sabido nada más, Pilar Vázquez, “la hija del Sastre”, en la Resistencia, participaron en la famosa batalla de la Madeleine, 22-23 de julio del 44, con ametralladoras. Esta batalla, que duró más de tres horas, fue sostenida hasta más de la mitad del tiempo por un reducido grupo de guerrilleros franceses y españoles, y guerrilleras españolas; ayudados al final por la aviación y por guerrilleros españoles-franceses de los «maquis» de los alrededores, hicieron 1500 presos alemanes de la División Das Reich, que se dirigían hacia la ciudad de Alés (Gard). Así se impidió la masacre de su población. Cuando el general de dicha columna



se dió cuenta del enemigo ante el que tuvo que capitular, se suicidó pegándose un tiro en la sien.

Sí, unos combatientes oscuros, mal vestidos y peor calzados, con muy pocas armas, en una proporción de dos contra cien, vencieron a los soberbios señores de la guerra, a los dioses de la calavera y las tibias que llevaban como insignia, que en loca retirada pasaban a sangre y fuego a pueblos enteros y sus habitantes.

Allí sí que se cumplió lo que una gran figura femenina, no sólo de España, sino del mundo, Dolores Ibarruri, dijera durante nuestra guerra: «¡No pasarán!»



## Mercedes de la Iglesia

Después de haber estado en un pueblo de Corrèze, donde estábamos una decena de mujeres de internacionales, en mayo 1939, vine a París a residir con mi marido, que había actuado como médico en las Brigadas Internacionales. Allí acogimos algunos camaradas que se escapaban del campo del Gurs.

Al empezar la guerra, en septiembre, ayudábamos a los camaradas franceses a difundir el periódico y otros materiales clandestinos.

Después de la entrada de los alemanes en París, al encargarse mi marido de la propaganda en alemán (dirigida a los soldados), yo ayudaba a su reparto. Para ello, con otra, camarada, hacíamos el trabajo por la noche. Primero nos dedicábamos a localizar las casas o cuarteles ocupados por los alemanes, incluso en Pont de Sèvres, donde había una gran concentración.

Luego, un día, una vigilaba y la otra distribuía, y al día siguiente nos cambiábamos el trabajo.

Una de las veces que fuimos al barrio de Montparnasse a distribuir (o mejor dicho, a dejar en la puerta) el material, me tocaba a mí vigilar y a la otra camarada repartirlo, y gracias a mi atención se impidió que nos cogieran, pues en el momento en que ella iba a echar el material salían los alemanes. Sólo le dije “¡No!” Y gracias a eso pudimos pasar sin que se dieran cuenta a qué íbamos.

Otra vez sembramos de propaganda la calle en el Pont de Sèvres, antes de que salieran de paseo los alemanes. Al alejarnos y vigilar si la cogían, pudimos ver que sí.

En septiembre 1942 alguien denunció a mi marido como israelí y la Gestapo lo cogió en la casa en que nos escondíamos en el 14º distrito. No registraron, gracias a lo cual nos salvamos, pues yo acababa de traer una cartera llena de material.

Nos llevaron de comisariado en comisariado, y puedo decir que los franceses que lo acompañaban eran aún peores que los alemanes. Por último nos llevaron a la Avenida Foch, donde tenía una dependencia la Gestapo; primero interrogaron a mi marido, quien les dijo que yo no era israelí.

A mi marido le enviaron a Drancy, y a mí me soltaron, pero me retuvieron los papeles diciéndome que volviera a buscarlos tres días después.

Mi primer deseo fue correr a la casa y quemar todo el material que teníamos y, cogiendo lo indispensable fui a refugiarme en el bulevar Montparnasse, en casa de unas costureras donde yo trabajaba en esa época como criada. Después fui a recoger a mi hijo, al que hacía pocos días ha-



bía llevado al campo, y le traje a casa de una familia que me lo guardó durante toda la ocupación.

A los tres días, me presenté otra vez en la Avenida Foch, y al preguntar dónde estaba mi marido, me contestaron que en lugar seguro. Cogí mis papeles y salí de prisa de allí.

En cuanto pude, restablecí el contacto con los camaradas, y luego me propusieron ser agente de enlace de la MOI.

Mi trabajo consistía en tener contacto con los agentes de enlace de las diferentes emigraciones, y también con los que hacían trabajos especiales, pues les llevaba misivas, materiales, cartillas de racionamiento, dinero, documentos de identidad y, en algunas ocasiones, armas.

Nos estaba prohibido hablar con amigos ni con nadie, ir a los cines, bailes, a ningún sitio.

Cada día debía prepararme las citas. Cada una a diferente hora y lugar, y dar a cada nuevo contacto otra cita para el "repechage"

Como no sabía montar en bicicleta, tenía que salir muy temprano, con lo que a veces tenía que andar 10 y 12 kms. por día.

Una de las cosas que no olvidaré nunca es que antes de llegar a una cita, vigilaba bien al salir de la casa, esperaba uno o dos metros para asegurarme de que no me seguían y luego me fijaba bien en las personas que iban en el vagón, y si por casualidad alguna de ellas bajaba en la misma estación, no estaba tranquila hasta que la perdía de vista.

Lo mismo hacía al volver a mi casa. Me iba por otras líneas y cambiaba en los transbordos hasta tener la seguridad de que nadie me seguía, y al llegar a la estación de mi metro me quedaba en el andén hasta que todo el mundo salía.

Como en muchas ocasiones hacían "razzias" en los transbordos del metro como Concordia, Nation, Chatelet, St. Lazère, a veces he caído en ellas, pero me escapé de que me llegaran a registrar. Pasaba derecha, y como el que no teme nada. Así pasé una vez en Concordia, otra en Nation y otra en St. Lazère.

En el curso de mi trabajo, una vez que tenía cita en Choisy le Roi con una camarada observé algo raro, pues me pareció que la seguían y al decírselo ella no se daba cuenta. Nos fuimos rápido de allí y después nos separamos. Yo ese día antes de entrar en casa, paseé durante mucho tiempo hasta cerciorarme que no me seguía nadie.

Al día siguiente, al tener contacto con otra, me informó que a aquella la habían cogido.

Continué con el trabajo y una cosa que nos fastidiaba bastante era que cuando bombardeaban los ingleses, apagaban todas las luces y cortaban la corriente en el metro, y a veces estábamos en el túnel parados horas y horas.

Otros de los inconvenientes que existían en lo que se refiere a vivir a oscuras, pues no se podía dejar ni una pequeña rendija de luz sin recibir la visita con malos modales de los alemanes. Un día en que yo salí a las cinco de la mañana para estar a tiempo en mi primera cita, un alemán que hacía la guardia llevaba bayoneta calada y por poco no me la clava en el vientre, debido a la gran oscuridad reinante.

Cada vez que me acostaba, me decía contenta: "Hoy he hecho algo por la causa".

Para poder ver a mi hijo tenía que andar 10 km. a pie.

Yo considero que fueron cuatro años bien duros para todos los que en esa época trabajamos por un porvenir mejor, arriesgando en cada instante nuestra vida. Las noticias de las derrotas que los alemanes iban recibiendo en la URSS nos daban ánimos y confianza para seguir luchando.

Llegó la huelga general del metro y los ferrocarriles y el momento en que, a la vez que a las tropas alemanas, empezaron a verse los FFI y la bandera francesa. Los barrios, que organizaban barricadas con tierra, piedras, muebles, etc. Sitios que se iban liberando poco a poco, como Romainville, Bagnolet, Lilas, el 6° "arrondissement". Pero, a la vez que esto, se seguía luchando en diferentes lugares

Uno de esos días tenía yo una cita con uno de los camaradas en la puerta de la Villette, cuando iba andando por la rue de Flandres pasaban camiones alemanes ametrallando a la gente en la calle. Tuve apenas tiempo de meterme en un portal y oír silbar las balas. No lejos, la lucha era en la puerta de la Villette y tarde en la noche, cuando se calmó, pude contactar.

En aquellos días yo estaba sin fuerzas y mis piernas se negaban a marchar. Entonces me dijeron que debía descansar. Al cabo de unos días me enviaron a la Milicia patriótica, donde estuve hasta tanto que fue disuelta. Y por último fui enviada con otra camarada a preparar la organización de las mujeres, y, al formarse los diferentes grupos nacionales de mujeres, fui enviada a la Unión de Mujeres Españolas para ayudar a su organización



## Declaración de Monica Jene

### de Perpignan

Yo vivo en Francia desde la edad de seis años, es decir, desde antes de la guerra. Mi padre fue a España a trabajar en una compañía y allí lo mató una bomba. Entonces nuestra familia regresó a Francia.

En 1942 conocí amigos que trabajaban en la Resistencia, y como yo era joven y entusiasta, me puse a trabajar con ellos, hasta el 9 de mayo de 1943, en que me detuvieron los alemanes en el curso de una gran "razzia" masiva; algunos fueron torturados y dieron los nombres de todo el "grupo"; en este grupo había dos españolas, que fueron detenidas, llamadas Antonia Cristófal y Francisca Escarré (las dos fallecidas hace tres años).

Como acción de Resistencia, yo hacía de enlace de Grenoble a Perpignan recogía documentos de los aviadores que tenían que pasar a España. Mi grupo de resistencia se llamaba "Alibí Morris", y el jefe, Guy Veill, era judío; su mujer fue detenida conmigo; él logró escapar, pero jamás se han vuelto a tener noticias suyas; quizás lo mataron; yo estuve quince días en la Ciudadela; me sacaron el 9 de mayo y me llevaron a la "Maison de la Condesse", que era el cuartel general de la Gestapo, en la cual permanecí todo un día; fui interrogada por la Gestapo, pero no fui torturada. Pero sé que a Francisca Escarré la pegaron, pues yo vi las marcas; a las ocho de la mañana me llevaron a la Ciudadela sin darme un vaso de agua y nos tuvieron encerradas durante 15 días en unos sótanos infames e inhumanos. Después vino una orden para llevarnos a otro sitio, no sabíamos a dónde; nos llevaron a la estación de Austerlitz, y de allí, en camiones, a la cárcel de Fresnes. A mí me tuvieron un mes sola, a oscuras y sin poder hablar con nadie; era para perder la razón, me hablaba a mí misma y me pellizcaba para ver si existía; al cabo del mes, que me pareció un siglo, me trasladaron a la celda 308, al 3er piso; y allí tuve mucha suerte porque estaba una tal Paulette Dubost (muerta en deportación); también estaba la Señora de una diplomático polaco, una señora muy culta, la señora del general Basse y su hija. Las cinco estábamos en una celda hecha para una sola persona. Aquí empezó la segunda etapa de mi encierro en Fresnes. Cuando vimos que era muy difícil vivir, pedimos al soldado Ernesto Prudes, la hija del general Basse y yo, que éramos las más jóvenes, si podíamos hacer de criadas de la cárcel, fregar los pasillos, platos y otros trabajos, y lo conseguimos. Esto nos permitía no sólo distracción, sino que en la cocina de los hombres pudimos cambiar impresiones, había hombres que tenían sus mujeres o familiares, y mujeres que tenían sus maridos en el sector de los hombres. Llegó un momento en que se estableció un movimiento de Resistencia, comunicábamos partes; por ejemplo, un hombre que iba a ser fusilado nos pedía por favor si podíamos encontrar a su mujer, que fue detenida en tal fecha. Entonces noso-

tras, a las siete de la noche, cuando nos encerraban, llamábamos por la ventana para saber si en la cárcel había un tal o cual, y dábamos los partes; llegamos a conseguir respuestas por los agujeros de aireación de nuestra celda, que se encontraba cerca del techo. Lográbamos hacer una especie de teléfono y entrar en contacto con las celdas secretas. Pudimos dar partes a familiares, madres o hijos, etc. Creo que hicimos una cosa fabulosa. En la celda al lado nuestro estaba Mme. Chambrun, cuyo nombre de guerra era "Poupée". Esta persona fue detenida porque se encargaba de pasar aviadores; a los seis meses de cárcel la liberaron; antes de irse, (ella estaba en la celda 307 y yo en la 308) nos hablábamos a través del muro. Ella me dijo: "Si salgo, escribiré un libro y explicaré a la humanidad toda la labor que estamos haciendo aquí, pues es un trabajo fabuloso..." Y, efectivamente, salió y escribió este libro; se lo presté a una amiga y ya no he podido recuperarlo más, así que lo perdí. Y cuando regresé de Alemania, fue a esperarme, me llevó a pasar ocho días en su casa; es una persona excelente, que hizo cosas extraordinarias; hablaba muy bien el inglés y se encargó del paso de los ingleses a su país. Por consiguiente, fue una cosa de resistencia que se estableció en Fresnes.

Esta forma de vida duró aproximadamente desde mayo 1943 al 4 de febrero 1944, fecha en la que nos sacaron masivamente de Fresnes y nos llevaron a Compiègne; aquí estuvimos cinco días. Y en este campo llegaron muchos vagones que antiguamente servían y sirven para transportar animales, y allí nos cargaron como bestias; nos pusieron a más de 60 por vagón, 70 u 80, según ciertos transportes; en estos vagones viajamos tres días, desmayándonos, peor que los animales. Este se paró en Ravensbrück. Los aviones aliados hicieron un bombardeo terrible; pasado el bombardeo y todos los sustos y sorpresas desagradables, a las ocho de la mañana empezaron las duchas y la distribución de la ropa, el uniforme concentracionario. Entonces nos distribuyeron en varias salas, por grupos, como tenían por costumbre hacer; a mí no me tocó el turno hasta las doce del día siguiente, y en el mismo momento que tenía mi turno sonó la sirena, que era la hora de comer; entonces me dijeron que esperara y, mientras yo esperaba, mis dos amigas, Françoise y Antoinette, pasaron delante de mí, y como las habían pelado la cabeza, yo no las reconocí; verlas peladas y completamente desnudas no las reconocía. Cuando tuve esta visión se despertó en mí un sentimiento de piedad, un sentimiento de horror y ¿por qué no tengo que decirlo?, un sentimiento de coquetería. Pensé: "¿yo tengo que verme así a mis veintitres años? Pero esto es horrible, esto es la negación total de nosotras mismas", y me recogí tanto en mí misma, en mi negación, que dominó el miedo de que me cortasen el pelo más que todas las miserias físicas y morales que me esperaban.

A partir de este momento me dieron el uniforme, como a todo el mundo, y fui siguiendo la cadena. Me devolvieron mi peine, mi cepillo de dientes y salimos. Yo llevaba el número de matrícula 27.700 y algo más pero no me acuerdo; entonces estuvimos en cuarentena con todo lo que eso supone... Mi enfermedad empezó a las ocho de la noche; tenía quizás cuarenta de fiebre; no lo sé porque no tenía termómetro; entonces la jefa del block 47, en que yo me encontraba, dijo que tenían que sacarme porque podía ser contagiosa para las demás; me llevaron a la enfermería

y me pusieron en la especie de cama que allí había. Me cedió la plaza una belga, ya convaleciente de escarlatina, porque no había sitio, pues allí había enfermas de todas clases; con tuberculosis, tifus, etc... A los cinco días de estar en la enfermería me volvieron al bloque. Entonces comenzaron las visitas para saber si teníamos miseria, si estábamos sanas, etc. y a mí me mandaron a trabajar en la arena. Fuí dos días, pues gracias a la amiga belga —que para mí fue una amiga incondicional— y los consejos que me dio, pude evitar volver a los vagones de arena, pues sólo fui dos días, pero si hubiese tenido que ir más, yo me habría matado o tirado contra las alambradas, de los sufrimientos que aquello me causaba físicamente; ya no tenía fuerzas para resistirlo. Me da vergüenza decirlo; reconozco que mi fuerza física me abandonaba. A partir de este momento comprendí que podía evitar, mediante ciertos subterfugios y maneras de hacer, ir a trabajar en la arena; entonces pensé que la mejor defensa del individuo era la autodefensa, sin perjudicar a las demás y, a partir de este momento, hice todo lo que pude.

Tuve muchas amigas; estábamos muy unidas. Allí estaba Geneviève de Gaulle, la sobrina del general De Gaulle, que fue cambiada por prisioneros importantes, al final de la guerra. Estaba Mme. de Sevigné, que era la señora de un diplomático norteamericano; Mme. la Condesa de Mont Blanc. Habían, verdaderamente, personas muy honorables, como la condesa de Flair; gente muy buena, gente de la Resistencia, y de mucha cultura. Después de treinta años tengo muchas ausencias; es posible que yo estuviese en el bloque 22, pero como tuve el tifus al final, olvidé mucho. Estuvimos cuatro meses en cuarentena. Un día nos metieron en unos vagones y nos dirigieron hacia Anovre. En Anovre nos llevaron a una fábrica, y allí empezó el régimen de trabajadores de fábricas en tanto que prisioneras, doce horas de día, doce horas de noche.

Esto duró diez días; hasta el avance de los aliados, hacíamos sabotaje colectivo, poníamos todas juntas los pies encima de un tapiz sin fin y hacíamos que saltaran los plomos, lo cual representaba 30 o 40 minutos de paro, y esto paralizaba la confección de máscaras antigás, que es lo que nosotras hacíamos. Esto lo hicimos cuantas veces se nos presentó la ocasión.

El 1° de enero de 1945 nos lo pasamos delante del block, encima de la nieve, porque una estaba castigada por una palabra desplazada; en fin, no sé lo que ocurrió, el caso es que el castigo fue colectivo.

Al cabo de tres días de esta tragedia, llegamos a Berguen-Belsen, y desde lejos vimos lo que era una montaña de cadáveres descompuestos. Lo primero que vimos al llegar al campo fue un enorme montón de zapatos; eran los zapatos de los muertos; esto nos causó una impresión terrible. El campo de Bergen-Belsen era un campo de exterminio, únicamente de exterminio, y a nosotras nos llevaban para exterminarnos. Lo que pasó fue que los acontecimientos se precipitaron, y ya no tuvieron tiempo; allí estuvimos cinco días esperando que nos mataran; cada día había más bombardeos; cada día los Aliados estaban más cerca, se oían los cañones y pensábamos: "Es triste ser matados por los nuestros". Luego cercaron el campo y solicitaron hablar con el director; tuvieron unas conversaciones y pidieron que los alemanes se pusieran un brazalete

blanco, y los alemanes aceptaron; los desarmaron, pero a nosotras nos hacían el “apell” como todos los días; pero cuando vieron que los Aliados iban a entrar, nos exigieron sacáramos aquella montaña de cadáveres y que los lanzáramos en una zanja, para que los Aliados no los vieran. Entonces hicimos una protesta general y nos negamos, pues una amiga mía intentó coger unos cadáveres y se quedó con un brazo en las manos, de descompuestos que estaban. Se produjo un acto de rebelión enorme, y entonces entraron los aliados; exactamente el 15 de abril, a la una de la tarde, fuimos liberadas.

Otro aspecto de la tragedia de la deportación fue el desorden que reinó en aquel campo de hombres y mujeres. Yo vi a hombres echarse encima de los cubos de la comida y morirse comiendo; esto lo vi con mis propios ojos; vi ponerse a desenterrar patatas en los silos y comérselas; yo, como buena meridional, que siempre tenía frío, robé una pelliza de piel; era de esos abrigo que tenían para ir al frente ruso; yo pensé más en abrigarme que en comer. Allí fue donde me picó el famoso piojo blanco y cogí el tifus. Al día siguiente empecé a vomitar, a tener muchísima fiebre, y entonces me cogieron un poco como a una leprosa. Los del Servicio de Sanidad me llevaron a una antigua escuela de las Juventudes Hitlerianas, que estaba a 5 o 6 kms. del campo, y allí estuve agonizando durante veinticinco días. Sé que cuando recuperé el conocimiento, se acercó a mí un soldado rumano y me dijo: “Me debes la vida, pues yo te daba todas las tardes una taza de leche, que robaba a los que estaban tuberculosos, y me daba tanta pena verte, que todas las tardes te levantaba la cabeza y te hacía beber leche; por eso vives”. Me explicó que había hecho la guerra y, como estaba en el Servicio de Sanidad, hacía lo que podía. Mi cama estaba cerca de una ventana, y veía casi todos los días un camión con hombres que llevaban una máscara, una bata blanca y unos guantes blancos hasta el codo. Yo me preguntaba: “¿Qué harán estos hombres?” En realidad, venían a buscar los cadáveres de las deportadas que murieron durante la noche, para quemarlas. Y yo me decía: “Mañana quizá será a ti a quien cargarán en el camión”. Yo no quería morir; quería vivir, y conseguí aguantar; pesaba 38 kgs, pero sobreviví; después pasó una comisión de médicos; un francés, un inglés y un alemán; el alemán era prisionero de los alemanes y este médico me preguntó si era española.

En la epopeya de Anovre a la fábrica y la evacuación de la fábrica al campo de Berguen-Belsen, estuve junto con Pepita y María Maranges. Yo cogí el tifus y Pepita también. A María la evacuaron de otra manera que a nosotras, y antes; a nosotras, al tener el tifus, nos repatriaron un mes después.

Yo sólo conocí como amigas españolas a Francisca, a Antonia; María, Pepita y yo fuimos las únicas que permanecemos juntas. Yo se que había más, pero no estábamos en el mismo block ni en el mismo grupo, así que no tuve contacto con otras españolas.

Perpignan, junio del 75.

## María Linares

(Toulouse)

María Linares pasó la montaña Pirenaica a pie con su hija; después de innumerables vicisitudes pudo reunirse con su marido.

En Toulouse, encontramos una casa, en la Route d'Espagne, y en casa es donde empezamos de lleno a trabajar para la Resistencia. Allí, mi marido me dijo: «Mira, hay esto. Aquí tienen que venir, porque no tienen otro sitio. Aquí nos reuniremos, y aquí se guardarán las órdenes, y hay que hacer lo que se pueda». Y así empezamos. Primeramente había que robar bicicletas; después había que poner bombas. A robar bicicletas iban los hombres. Yo señalaba alguna, y ellos iban a por ella y había que hacer bombas eléctricas.

Vino el técnico de Foix e hicimos las bombas eléctricas.

Eran unas cajitas que yo iba a comprar, de marquetería, muy bonitas, pequeñitas. Poníamos la trilita dentro y cuando ya estaba todo montado, entonces poníamos una pila eléctrica para poner el contacto; no podíamos abrir más de medio centímetro las cajas, con pinzas y con mucho cuidado, porque habrían explotado. Esas cajitas, muy bien atadas y en un paquete muy bien hecho, eran mandados a los “gordos” que había que quitar de en medio; de eso ya se ocupaban ellos. Hicimos varias; el técnico era un español, Manuel, del «maquis» de Foix.

Después no había personal; éramos muy pocos, porque tampoco se le podía decir a todo el mundo lo que estábamos haciendo. Un día había que poner aquí una bomba en el depósito de gasolina en que se servían los alemanes de la “Deboitine” —fábrica de motores de avión—, que estaba más abajo de nuestra casa y había que hacer saltar el depósito. Estaba guardado por los propios alemanes, pero solamente por la puerta de entrada.

Fueron convocados dos españoles, mejor dicho tres; tenían que ir tres. Unos que se quedaron de vigilancia, otro ponía la bomba y dos en un lado y otro en otro. Y a la hora en que tenían que venir para poner la bomba, nadie se presentó, y a mi marido se lo tenían prohibido; era el jefe, tenía que haber alguien que mandase, y entonces dijo: «Pues, mira, no hay más remedio que hacerlo; hay que ponerla. ¿Quién va a venir?». Todo estaba preparado para aquella noche. Entonces yo fui para vigilar; mi marido fue a poner la bomba, y otro, que no me acuerdo quién era, no estoy muy cierta si era un tal Jesús... La cosa pasó así: íbamos los tres charlando, paseando, y mi marido tiró la bomba, como una bomba de mano. Sentimos la explosión y tranquilamente, igual, regresamos a casa.

Nos dió tiempo, ya se hacían las cosas para que nos diese tiempo.

Llegamos a casa, se hizo el informe, y a los pocos días había que poner



otra bomba en un poste de alta tensión de la fábrica «Breguet», pero él tenía que ir a trabajar como si tal cosa; solamente el director de Breguet era de la Resistencia, era de De Gaulle y estaba al corriente.

Estábamos pistados, ya entonces nos fuimos al «maquis» sin documentación, pero yo seguía viniendo y seguía haciendo la Resistencia de un lado para otro. Estábamos en una granja en el monte, en el «maquis» donde estaba Libertad Rocafull y su marido Ríos; éste trabajaba de leñador, y mi marido también se puso a trabajar en lo mismo, y yo como cocinera.

Me trasladaron al Campo de Brens, cerca de Gurs, entonces, como siempre estaba mala, pasé la visita del médico y me mandó al Hospital y yo no quería ir.

A fuera la Resistencia preparó la evasión del hospital. Ya teníamos la contraseña. Cuando explotara una bomba junto a los muros del hospital —iban a poner una bomba para hacer un agujero para que pudiéramos escaparnos, porque por delante estaba vigilado—. Ya antes de las doce querían terminar; estaban nerviosos, porque iba a venir la guardia, el relevo de la guardia... Pero la Ángela no los dejaba; «Anda, vamos a terminar; no os vais a ir sin terminarlo; vamos a terminar y después os marcháis enseguida». Se quedaron aún un poco para terminar. Poco después oímos la explosión. Ellos, con el palique de la Ángela, no le dieron mucha importancia, porque se oyó lejos y además, como siempre había explosiones, pues no le dieron mucha importancia de momento, pero aún no había pasado un minuto, cuando se presentaron tres o cuatro con metralletas diciendo: «¡Arriba las manos!. Eran franceses, eran del «maquis» de Albi. Los policías les dijeron que ellos estaban pagados, pero que eran padres de familia «y tenemos hijos; así que nosotros dejamos hacer, pero, por lo menos, hagan lo posible para que no nos fusilen los otros, ya que vosotros no nos fusiláis». Contestaron: «Bueno, os vamos a dejar atadas, puesto que no oponéis resistencia». Y los dejaron atados, pero bajó una enfermera, un médico, otros más y... tres o cuatro dejaron allí atados, cerramos la puerta y nos fuimos...

Después de escaparme del hospital, me vine a Toulouse y estuve escondida en casa de un tal Angel Minos, que se ha marchado ya a España; estuve escondida allí durante mucho tiempo, y desde allí hacía el enlace. Una vez me mandaron hacer un enlace, no recuerdo el nombre del pueblo, era a muchos kilómetros de aquí, pasando por Grenade; el comandante Bermejo lo debe saber, porque era él quien me esperaba.

Otro día tenía que ir a Carmaux a hacer un enlace, porque los alemanes estaban cogiéndolo todo; ya eran casi los últimos meses de la Liberación. Me voy, hago el enlace y me dicen: «Mira, no puedes ir a Toulouse, tienes que ir a Leguipi, hay que avisarlos que lo quiten todo de en medio, que los alemanes están cogiendo todas las salidas de los pueblos». «Pero, -digo- ¿cómo voy a ir a pie?; los alemanes llegaran antes que yo. Dadme un medio de locomoción». Y me responden: «Mira, no hay más que una bicicleta, la primera vez que cogía una bicicleta de hombre; salí pedaleando, y cuando llegué a donde decía Leguipi, en lo alto, después de Carmaux hay una cuesta muy grande hacia Leguipi.

Yo no conocía aquello, pero al llegar a la cuesta leo «très dangereux» (muy peligroso), pero yo no lo creí, no creí que fuera tanto; me lancé con la bicicleta, pero se me rompieron los frenos, era una bicicleta de hombre y yo no podía dominarla y había un terraplén muy grande y me dije: «Vas a parar al terraplén o vas a parar a ese zarzal». «Mira, vale más que caigas en el zarzal, que no que caigas por el terraplén y te mates». Entonces giré la bicicleta hacia los zarzales y... ¡pum!, caí en medio, como si hubiese caído en un colchón de lana... Me rompí todo el vestido, me hice sangre por todas partes porque aquí tengo todavía señales como el mapa de Francia; en fin, caí bien. Pero llegué a Leguipi con la misión.

Otra cosa voy a contar.

Días antes de la Liberación de Toulouse querían asaltar la cárcel de St. Michel, para sacar a los políticos y yo había hecho el enlace; había ido, no me acuerdo adónde, a por dos maletas conteniendo metralletas, y tenía que llevarlas cerca de la estación de Sait Cyprien, al depósito que estaba situado en una calle que sólo conocíamos los que teníamos que conocerlo. Nos acompañaban dos escoltándonos, pero eso es algo que se nota, y yo les dije: «Mirad, alejaos de mí, dejadme sola; si es necesario, intervenís, pero, si no dejadme sola».

Antes, cuando estaba escondida en casa de Ángel Minos, un camarada, me mandaron con un paquete de metralletas; era un paquete muy grande, porque iban desmontadas. Tenía que coger el tren y la estación estaba tomada por los alemanes. Me lo habían atado con cuerdas de papel, y con el peso iba cediendo, y al subir la maleta al tren, cede la cuerda, y yo, para amortiguar el ruido, me agaché y con el ruido de los herrajes del tren no se dieron cuenta, por lo visto, porque todo salió bien después. Al bajarme para amortiguar el ruido no se rompió el papel; cogí el paquete así (hace el gesto de abrazarlo) y un señor que me vio me dijo: «Traiga, madame, yo voy a ayudarla». «Oh, no monsieur, oh, no; muchas gracias, ya puedo sola». Lo que yo no quería era que nadie tocara aquello. Cojo mi paquete, lo pongo en la red del compartimento y entonces hice como si fuera al water. Fui al water y después me puse dos o tres asientos más lejos; antes todavía eran vagones corridos y desde allí podía ver el paquete, por si alguien lo tocaba, y entonces, pues... no era mío. Cuando llegué adonde tenía que llegar, como no pasó nada, cogí mi paquetito, me bajé y llegué sin más problemas.

Cuando regresé a Toulouse conté lo que me había pasado, y dije: «Ya no volverá a pasarme más, ¿eh? Me compro dos correas.



## Testimonio de Celia Peidro sobre Maximina Losa

---

No se puede hablar de la Resistencia de los españoles en Francia sin hablar de las amigas que hoy ya no están con nosotros porque han muerto.

Maximina Losa es una mujer que ya era viuda de la guerra de España. A la retirada, sus hijos habían quedado en el campo franquista. Eran dos hijos, y tuvo que dejarlos allí porque no los pudo traer; primeramente a Barcelona, y después a Francia. Maxi, desde el primer día puso su domicilio al servicio de todos los españoles. Maxi Losa también intervino desde el principio de una forma activa en la Resistencia. Era una mujer muy abnegada; trabajaba por las noches haciendo cuerda para fabricar alpargatas, para poder mantenerse, y por el día, realizar las misiones de enlaces que la encomendaban los guerrilleros donde fuera. Para ella no había peligro ni ningún inconveniente. Y voy a contar una anécdota:

Vivía en Montauban. Un día, pues, la dijeron que tenía que llevar una maleta con armas de Montauban a Toulouse; y se encontró con que, ya en la estación, no circulaban los trenes porque había un puente del ferrocarril en malas condiciones y los trenes no llegaban a Toulouse. Se puso en la carretera, y como los únicos camiones que pasaban eran alemanes, tuvo la valentía de parar un camión alemán, montar en él, transportar la maleta con las armas y llevarlas a Toulouse a casa del zapatero, muy conocido, en la Resistencia.

Cada día había que hacer un viaje; cada día tenía que efectuar una salida.

Yo me acuerdo... No recuerdo bien si fue Acevedo o fue Blazquez el que vino a casa; tenía que ir a la Dordogne por la noche, subiendo montañas, porque tenía que avisar a "maquis", pues para el día siguiente tenían que llevar a cabo una acción y era imprescindible. Con una lámpara de mano y, a veces a oscuras, porque se le terminó la pila, pudo llegar a las cuatro de la mañana al "maquis" y después, al día siguiente, aunque muy cansada, pudo regresar con la misión cumplida.

Yo, cuando vine de un departamento, me llevaron a casa de Maxi, y no he visto persona ni mujer más abnegada que ella. ¡Acordarme de Maxi me causa una emoción muy grande!

Yo llegué a su casa, cuando me buscaban por el proceso de "Reconquista de España". Estaba condenada a cinco años, pero a mí no me llegaron a coger. Allí he encontrado una madre, una hermanita, una amiga... allí he encontrado todo.

Al entrar en la casa le dijeron: "Aquí tienes una camarada".

Al verme tan cansada, me puso una cama. No sé de dónde la sacó, pero me prepararon una taza de café con leche, que para mí era un manjar...

¡Me siento tan emocionada al recordarlo, que no puedo hablar!

Yo creo que todos los amigos de la Resistencia conocen las acciones de Maxi.

He estado viviendo en casa de Maxi unos dos años.

Sarita, mi hija vino conmigo, a casa de Maxi, cuando el desembarco de los aliados en Normandía, es decir, en el mes de junio del 44.

Yo sé que Maxi intervino en la liberación de Montauban, pero no en detalle, porque yo me encontraba en Tarbes. Sin duda, otras camaradas, como Nieves Castro, que estaba con ella, podrán dar más detalles.



## Celia Llana

### *Condecorada con la Cruz de Guerra*

¿Mi vida? ¿Qué puedo decir yo de mi vida? En primer lugar, como la de tantos españoles.

Empieza ya en 1937. Salí de Asturias, vine a Francia y yo no me he querido quedar en Francia, porque consideraba que la guerra continuaba en España y que tenía una obligación, en tanto que española, y más, porque ya era viuda y tenía que defender los derechos de mi chica, como defender los derechos de España.

Me fui a Barcelona, y en Barcelona no me crucé de manos, a pesar de que económicamente yo podía estar en mi casa sentada. Me fui a trabajar a un Hospital Internacional que estaba en Vic.

Después fue la retirada de Barcelona a Francia. Entonces conocimos una diferencia, porque el pueblo francés no podía manifestar la simpatía que sentía por el pueblo español, porque presentía que la derrota de España era un principio para la segunda Guerra Mundial.

Desde la frontera nos llevaron a la Côte d'Or, donde, a pesar de que había muchos franceses que querían dar asilo a los españoles, las autoridades de aquella época preferían concentrarnos en malas condiciones porque así nos tenían más seguros.

Pasaron unos meses y en ese "Refugio" había una ayuda de parte de los holandeses que se llamaba "Rincón Blanco", que enviaban leche en polvo y calzado sobre todo, para los niños españoles. Un grupo de mujeres de las que nos encontrábamos allí quisieron hacer agradable la vida de los niños y mujeres y organizamos entre los niños una obra de teatro y preparamos una merienda con lo que enviaban, no el Gobierno francés, sino organizaciones como "Los Amigos de la España Republicana" de Holanda.

Al cabo de unos meses, el prefecto pidió, del calzado que nos enviaban los holandeses, que eran sandalias, pidió unos cien pares para donarlos seguramente a un orfanato francés.

Como es natural, nosotras, las que dirigíamos aquello, nos negamos, alegando, que eso lo enviaban los amigos holandeses para los niños españoles.

Al estallar la segunda Guerra Mundial, el prefecto de la Côte d'Or, acordándose de lo pasado, se vengó. Y un día, en el comedor, leen una lista, de treinta y tantas personas para irse a España. Los que leían la lista hablaban español como nosotros. ¿Eran de la policía española? No lo podíamos certificar, porque no vimos su carta de identidad. De todas las que nombraban nos negamos nueve. Nos cogieron, nos encerraron en una habitación y luego nos llevaron a un campo. Bueno, era un convento

desafectado que se encuentra, en una montaña en el departamento de la Lozère. Llegamos allí por la noche. Íbamos tres madres; yo con mi hija, que tenía seis años; otra, que era catalana, con una niña de dos años, y otra, asturiana, con una niña de cuatro años.

Unos doce policías con unas monjas nos quitaron a las niñas a la fuerza y se las llevaron. A nosotras nos llevaron a ese convento, creo que era un antiguo seminario.

Entramos y en la oscuridad vimos que había una gran cantidad de camas superpuestas en las que había gente durmiendo. Al día siguiente supimos que eran mujeres, muchas de las cuales habían estado en las Brigadas Internacionales en España.

Pocos días pasaban sin que no llegase gente detenida, entre ellas, españolas. Algunas conocidas hoy: María Teresa de las Heras, Eudina, Luisa Montero, Salud, una chica que se llamaba Salud. Había una señora anarquista que, como tenía una chica de catorce años, no se la quitaron; seguramente consideraron que ya era una mujer. Las detuvieron a las dos y al cabo de dos meses nos leyeron un decreto de expulsión, en el que se decía: "Peligrosas para la seguridad del Estado".

No quisimos firmar el tal decreto y nos dijeron que era lo mismo, que para la ley francesa, firmado o no firmado, éramos expulsadas de Francia. Era bastante sorprendente porque, ¿Cómo podíamos ser "peligrosas para la seguridad del Estado francés", si nunca habíamos estado en libertad? Primeramente encerradas en un "Refugio", y luego, detenidas allí.

Las condiciones de vida eran pésimas. Nos quitaron nuestras ropas personales, nos dieron un uniforme que consistía en unos zuecos, unas medias de lana, un vestido de borra muy fuerte, marrón. El mío era de verano, porque los había de verano y de invierno. El mío era un vestido de tela burda rayada, y yo con ello caí enferma.

Había muchas detenciones. Cada día había detenidas. Habían hecho una razzia en París en el barrio de Pigalle y llegaron allí una mezcla de gente de políticas, no-políticas, gente de cabaret, etc. Había entre ellas algunas alemanas políticas, algunas de las cuales habían estado en la guerra de España. Otras, que se habían escapado, de la Alemania nazi en 1933, pero eran gente alemana que luego pudimos comprobar que trabajaban con los alemanes.

Nosotras, las españolas, éramos las más desfavorecidas, porque en 1940, ya empezaron a detener a francesas también. La primera que llegó allí, recuerdo muy bien, era la hija de Gabriel Perí, con su madre, que tenía ochenta años, y su hermana, que tenía una niña de cinco. Seguían llegando francesas detenidas que decían que eran comunistas; yo creo que sí, porque eran resistentes, desde antes del 40. Yo estoy segura de ello.

Entre nosotras, las españolas, estaba una señora anarquista y otra señora de Madrid que era republicana y tenía mucho contacto con el J.A.R.E. y el S.E.R.E. (de recuerdo muy desagradable para muchos de los españoles, esos famosos "comités de "ayuda"). Distribuían ayuda económica a quien querían y a quien parecía, porque yo escribí a los dos comités cuando me encontré sin mi chica, cuando me la quitaron, que se

encontraba en una inclusa, un orfanato, y jamás vi llegar ni cinco céntimos, ni noticia alguna de estos dos organismos. Quiero señalarlo, porque creo que es importante para los españoles: importante para los que recibieron ayuda y para los que nos la negaron. Porque ese dinero era de todos los españoles, porque todos habíamos combatido por la República y no era de tal o cual señor.

Esa señora republicana que tenía mucha influencia escribió al Consulado mejicano y un día se presentó el señor cónsul de Méjico (creo que todavía estaba el gobierno Cárdenas) sin avisar ni al prefecto ni a nadie, y ¡cómo nos vería!, que se fue inmediatamente a ver al prefecto para decirle que, inmediatamente nos concedían la nacionalidad mejicana, que ellos tenían un sitio en Marsella y que nos dieran libertad para trasladarnos allí. El prefecto de la Lozère se negó, repitiendo que éramos "peligrosas para el Estado", que sólo podíamos salir de allí en cuanto estuviese el barco atracado en Marsella para llevarnos allá, a Méjico.

El cónsul nos explicó las condiciones que ponía el prefecto y que, en la espera de que llegara un barco, él nos podía dar una ayuda económica.

Nos reunimos y explicamos al diplomático que tenía que considerar también como españolas para esta ayuda a las demás mujeres de otras naciones que estuvieron en España en las Brigadas Internacionales, porque el Gobierno Republicano así las había considerado. El embajador aceptó considerarlas como españolas a las mujeres que habíamos señalado. Recuerdo que nos enviaban cien francos por mes. Pero ¿cual no fue nuestra sorpresa al enterarnos de que el prefecto, al cabo de tres meses, bloqueó el dinero y ya no nos llegó nada más.

Yo caí enferma y a través del patrón de mi hermano, que era un señor muy rico, el ministro del Interior autorizó mi salida en residencia vigilada, cerca de Aix-Les-Thermes en el departamento del Ariège.

Cuando me dijeron que estaba liberada, yo no me lo quería creer. Pregunté si me traerían a mi niña y me contestaron que sí. Fue cierto. Me la trajeron por la noche y al día siguiente salimos hacia el Ariège.

Era costumbre en el campo, que cuando salía una liberada, todas se levantaban por la mañana para despedirla cantando esa canción inglesa tan bonita, cuya letra, en francés, dice: "Ce n'est qu'un au revoir". Quiere decir, "Sólo es un hasta pronto", pero nosotras la habíamos transformado y decíamos; "Pronto nos veremos en una Francia liberada".

Quiero añadir una cosa que se me olvidaba de esta época mía en el campo:

Las españolas estábamos en tan mala situación en el campo, porque como no teníamos familia en Francia, no teníamos ni cinco céntimos para poder escribir una carta. Teníamos obligación de ir por grupos a atender a los trabajos de la cocina, a la limpieza de los retretes, las habitaciones, en fin, todos los servicios. Había alemanas detenidas que no eran políticas, que tenían dinero. Hacíamos una lista e íbamos a hacer esa limpieza en su lugar y nos pagaban tres francos. Con estos tres francos podíamos escribir a nuestras familias en España, o si teníamos algún



familiar en el exterior: “Si, por ejemplo, alguna recibía -las políticas francesas siempre- algún paquete, era repartido; ellas nos ayudaban porque tenían familia que las atendía y nosotras no teníamos a nadie. Pero era muy poco, porque era al principio, cuando las detenciones aún no eran lo importantes que fueron después. Al cabo de nueve meses de estar en Sariñac, me avisaron los camaradas, que puesto que estaba en “residencia vigilada”, que iba a ser detenida de nuevo, y me fui a Marsella. En Marsella me pusieron en contacto con un camarada y éste me dijo que marchase a Montauban, a una dirección que me dió y me encontré en una casa con una persona conocida, Agripina. Ésta me dijo que debería poner a la chica en una colonia de españoles que se encontraba en Toulouse, porque yo tenía que marcharme a hacerme cargo de un trabajo de la dirección de la Resistencia del Lot et Garonne. Más exactamente, la resistencia era en Fumel. En Fumel había una fábrica metalúrgica, donde los primeros trabajos que había que realizar era combatir la influencia que los alemanes ejercían sobre los españoles. Como los españoles, al entrar en Francia, lo que vieron fue los campos de concentración; Gurs, Argeles, Saint-Cyprien, etc., los alemanes hacían propaganda para llevar a los españoles a trabajar a Alemania, diciéndoles que allí tendrían un buen sueldo, al contrario de lo que los franceses habían hecho con nosotros en Francia, arena y campos de concentración. Que en Alemania tendrían pantalones de 27 centímetros de ancho (entonces fue la primera vez que supe que habían pantalones de 27 centímetros de ancho). Ese era el trabajo que teníamos que realizar nosotras: convencer a los españoles que no tenían que dejarse llevar por aquellos “cantos de sirena”, que no tenían que ir trabajando ni a la Organización TOD, ni a Alemania.

Cuando yo llegué, los españoles habían lanzado cantidad de octavillas con motivo del 1º de Mayo de 1942. Habían detenido a casi toda la dirección de allí, en la cual estaba un chico muy conocido en España, el famoso Alegre, que le fusilaron.

Allí nos hicimos cargo de la dirección de la Resistencia. La Resistencia no es solamente el hombre o la mujer, que también las ha habido, que cogen una metralleta, sino que también eran las “casas de apoyo”, porque sin esas casas de apoyo no podía hacerse nada. Yo lo sé por experiencia, cuando se coge miedo y se cierran las casas. Teníamos un grupo bastante importante en una fábrica de metalurgia que trabajaba para Alemania y este grupo hacía sabotaje. No pasaba un día sin que no hubiese un sabotaje por parte de los españoles dentro de la fábrica, y eso que se llamaba “Zona Libre”, pero esto sólo era sobre el papel, porque en la realidad, el Gobierno de Vichy no pintaba nada, porque los alemanes venían de paisano a hacer propaganda y detener a la gente.

Un día, los camaradas guerrilleros asaltaron un polvorín, y con la pólvora que sacaron hicimos bombas para poder hacer más sabotajes, no solamente en la fábrica, sino en los trenes que requisaban llenos de mercancía para llevarse los a Alemania.

Desgraciadamente, entre nosotros había un chico que habían detenido ocho meses antes, lo habían liberado, no sabíamos en que condiciones lo

habían liberado ni por qué; se portaba muy bien; él fue quien me hizo los papeles falsos, porque yo llevaba otro nombre, pero el resultado, es que lo liberaron a condición de que trabajase para ellos, para la policía.

Cuando tuvimos preparadas las bombas, vino la Gestapo, con la policía de Vichy y empezó a haber una cantidad de detenciones enorme.

Como su mujer era enlace entre Lot y el Lot et Garonne, conocía bastantes casas. Entonces hubo una barbaridad de detenciones, unas doscientas, con la traición de ese chico. Detenciones en lo que se llamaba “Reconquista de España”. Casi todos fueron deportados a Alemania y muchos han quedado para siempre allí.

Se presenta el once de noviembre, y a pesar de las detenciones que había, se trataba de tirar propaganda por todos los departamentos, para hacer ver que no eran los detenidos todos los de la Resistencia, sino que quedaba mucha gente fuera. El once de noviembre, se produjo el desembarco de los Aliados en África, por lo tanto, los alemanes invaden la Zona Libre y ya no hay Zona Libre, todo es zona ocupada.

En estas razzias, como éste me conocía muy bien, fueron a la casa en donde creían que estaba y detuvieron a Agripina y a Nieves Castro. Este hombre no conocía a Agripina y la soltaron, porque a mí no me encontraron.

Recorrí unos kilómetros; me dirigí a Fumel, y fui de casa en casa de los camaradas, y ellos, que no me conocían, pero, como estaba muy buscada por la policía, pues me cerraron las puertas, tenían miedo. Me decían: “Te buscan. Está lleno de Gestapo. Te buscan, por todos los sitios”.

Y quiero valorar aquí a las gentes que recogían perseguidos en sus casas. Yo fui a una casa, que era de un viejo emigrado, que había venido a Francia en 1927 y trabajaba en Fumel. En esa casa, la señora me recogió. Era la misma que había recogido al camarada Alegre, por eso, en las primeras detenciones, lo escondió ella y pudo escaparse. Estuve en una “cave” (una bodega, o sótano) que daba al jardín y quedamos en que, si iba la policía, pusiese muchas chaquetas sobre la silla, y caso de que la policía llegase hasta la casa, diese un golpe con la silla para avisarme con el ruido. Entonces yo intentaría escapar por los huertos.

La policía no vino. A los cuatro días, el hijo de esa señora que tenía trece años (yo hablaba de mi hija, pero ha habido muchos chiquillos que han ayudado magníficamente a la Resistencia) me acompañó a través de las montañas, a pie, el trayecto que hay desde Fumel hasta Cahors. Yo no quería tomar el tren en Fumel; era una estación muy pequeña y estaba llena de policía de paisano y de Gestapo.

Cuando llego a Cahors, cojo el tren y entonces me paro en Montauban. Sacó dos billetes, uno para Montauban y otro para Caussade, donde sabía que habían muchos españoles y también sabía que había camaradas. Me paro pues en Caussade y llega uno y se acerca a mí: “Tú te llamas Celia”, me dice. Yo niego. El insiste: “Sí tu te llamas Celia”. Vuelvo a negar y vuelve a insistir. “Sí te llamas Celia y te digo que “el Tanque” sabe las detenciones que ha habido en Fumel y sabe que tú estabas en mala situación y fue a sacarte de allí”. Entonces yo dije que sí, que sí, que me llamaba Celia y le pregunté en dónde podía ir a dormir.

Me llevó a su habitación y él se marchó a dormir a casa de otro camarada.

Al día siguiente me presento en otra casa, en casa de Maximina Losa. A causa de las detenciones que había habido en el Lot y en el Lot-et-Garonne, se decidió cambiar las direcciones, o sea, de casas de apoyo, para que no hubiese repercusiones en el Tarn et Garonne, puesto que era la misma zona. Me llevaron pues, a casa de tres mutilados y allí estuve descansando durante dos meses.

Me incorporé de nuevo al trabajo y puedo hablar ahora de lo que han hecho ciertas mujeres.

Yo quisiera que para ese libro que vais a escribir, pudieseis encontrar el testimonio de una mujer que vivía en Montauban. Era una asturiana, se llamaba Lafalla, mujer llena de heroísmo. Su casa era un verdadero arsenal. Tenía un hijo de dieciocho años que marchó a España con los guerrilleros y fue muerto allí. Allí conocí a Conchita Boix. Era muy joven, unos diecisiete años. Nunca regateó ningún sacrificio: llevar armas, tomar contacto con la gente, o en la escuela, donde ella trabajaba, guardar los materiales de propaganda, e incluso armas.

Estaba también Luisa "la mujer del Ciego". Su marido estaba ciego de la guerra de España. Se llamaba Imo, y a pesar de que no tenía vista era un hombre que no regateaba esfuerzos ni sacrificios, pues podía haber llegado la policía a su casa en cualquier momento sin él verlo. Teníamos mucho cuidado de no llevar a su casa cosas muy comprometedoras, pero a veces nos veíamos en la necesidad de utilizar su domicilio.

Otra mujer, Estefa, una polaca, casada con un español y quedó viuda de la Guerra de España.

Otra mujer, ya de edad, casada con un peluquero, Cayetano y su hija.

Organizamos un Comité de Ayuda a los Detenidos, un Comité de Mujeres. Pero antes examinábamos bien a quien íbamos a pedir que formase parte de él. Y, a todas las que nos dirigíamos, no hubo ni una, ni una mujer que, cuando íbamos a proponerle que diese el nombre, o el domicilio para enviar los paquetes a la cárcel se hubiese negado. Pero ¿qué podíamos enviar a la cárcel? ¿Yendo a los campesinos para que nos diesen patatas y llevarlas cocidas?. Cuando lográbamos media docena de huevos ¡era un banquete!.

Quiero ahora abrir un paréntesis para contar un caso muy particular.

Un día viene a verme Guerrero. Guerrero es casi un personaje legendario. Perdió una pierna en la guerra de España, pero saltaba y corría como un cabrito. Hombre dinámico y apasionado. Mandaba el grupo de guerrilleros "Teruel". Pues bien, vino a decirme que había conocido a un alemán que estaba llorando y le pedía un traje civil porque el tenía horror a la guerra y quería desertar, escaparse. Lo había conocido en el café de una italiana, en donde la mayoría de parroquianos sabíamos que eran de la policía resistente. Para evitar repercusiones por las detenciones que había, no queríamos mezclarnos en las tareas de los franceses y habíamos prohibido que nuestros camaradas frecuentasen aquel café.

Guerrero vino a mí, para que me ocupase de buscarle un traje civil y ayudarle al alemán. Pero yo temía que esto no fuese una estratagema de la

Gestapo, pues ya había ocurrido varias veces ponernos "ganchos" parecidos. Le pregunté a Guerrero que cómo era que conocía a aquel alemán, y por que había ido al café de la italiana.

En aquel momento se estaba preparando un golpe. Iba a celebrarse el juicio de los doscientos españoles de "Reconquista de España" y se preparaba el asalto de la cárcel de Toulouse. Se pensaba que un uniforme de alemán nos sería de gran utilidad para nuestros planes. Pero yo seguía temiendo que fuese una trampa de la Gestapo. Si nosotros facilitábamos un traje civil al alemán, teníamos que esconderlo a él, porque, si en realidad era un desertor, había que impedir que lo cogieran y que declarase contra nosotros; había, pues, que impedir que lo cogiesen.

He hecho este paréntesis porque este alemán ya se menciona en otros dos libros y quiero que conste que el hecho fue así exactamente. Era un polaco que tenía miedo de la guerra y quería escaparse. Entonces, el fusil, el traje, eran muy importantes para nosotros y decidimos, pasara lo que pasara, ayudarle. Le metimos en una habitación, le dimos un traje civil, recogimos su armamento y lo guardamos allí durante cuatro días. A los cuatro días lo pasamos a los franceses, porque ellos tenían "maquis" que no hacían nada. Esperaban que llegase la hora... Los franceses no quisieron aceptarlo y entonces lo llevamos al "maquis" de montaña, porque había el «maquis» de montaña y el «maquis» de ciudad.

El "maquis" de ciudad se alojaba en casa de la asturiana de que ya he hablado. Lafaya. Esto es muy importante recalcarlo, porque si vive esta mujer habría que ponerla en un pedestal.

El "maquis de ciudad, llevó al alemán-polaco al "maquis" de montaña. Allí lo guardaron algún tiempo con ellos. Lo llevaban a realizar algunas acciones y un día desapareció, y nunca más se ha sabido de él. Este es el hecho exacto del alemán de Montauban, porque lo he vivido y presenciado yo. Tengo interés en relatarlo, porque este acontecimiento lo he leído en otros libros y está completamente deformado.

Es cierto que Guerrero fue detenido en Montauban, pero fue por una cosa bien idiota: para nuestros trabajos y medios de comunicación robábamos bicicletas y robamos una para el famoso Guerrero. Como le faltaba una pierna, no tuvo una idea mejor que quitar el pedal de la pierna que le faltaba. Un día, viniendo a Montauban, la dejó a la puerta de un café. El propietario de la bicicleta la reconoció. El negó que la bicicleta fuera suya, pero como le faltaba un pedal... no tuvo escapatoria, y le detuvieron.

Voy ahora a contar otra anécdota —la Resistencia está llena de anécdotas—.

Me encontraba yo un día sentada en casa de Maxi Losa, en Montauban, y me dicen que en el hospital hay un español enfermo, un asturiano. Como asturiana, voy a verle y me encuentro que era un vecino mío, de mi pueblo. Quedó mutilado el mismo día que mataron a mi marido. Este chico estaba enfermo del pulmón. Luego, como estaba muy cerca, venía muchas veces a nuestra casa. Maxi, estaba lavando. Lavaba ropa para fuera, porque estaba muy bien hacer resistencia pero la Resistencia no nos daba nada para vivir, había que trabajar para subsistir y no

solamente nosotras, sino para ayudar a los que venían. ¡Cuántas veces teníamos un plato de patatas que era raro, porque se consideraba como un manjar —o un plato de nabos— para comer y en aquel momento venía alguien y se lo dábamos, diciendo que nosotras ya habíamos comido! No era verdad, pero ellos tenían que comer, porque era gente que viajaba y trabajaba y tenía necesidad de esta ayuda.

Bien, Como digo, un día Maxi estaba lavando para la gente de fuera. Yo trabajaba todo el día cosiendo en el famoso Comité de Ayuda norteamericano "UNITARIAN SERVICE". Esto era mi estado oficial. No recuerdo exactamente los francos que nos daban a la hora, pero tenían un comedor en el que daban de comer a los españoles. Había algunos que trabajaban en la cocina, y cuando teníamos gente que venía de la montaña, o gente que venía a casa, les guiñábamos el ojo y nos daban un poco más de comida, para atenderles.

Yo quiero decir, porque creo que es muy importante para la juventud española que no ha conocido la guerra ni la emigración, ni la Resistencia, porque no es solamente la Resistencia... Los españoles, cuando hemos venido a Francia, la emigración política, fuera quien fuera, éramos como hermanos, nos considerábamos como de una gran familia, era como una ligazón. Yo tengo familia natural, porque me la dio la naturaleza, pero los españoles que estábamos aquí en el mismo combate...

Bueno, vuelvo a mi relato: Un día llaman a la puerta. Yo estaba enormemente perseguida por los alemanes. Abro la puerta y ¿quién se presenta?... ¡un S.S! Yo pensé, "¡Ya estoy!". Aquel hombre hablando muy mal francés, me dice que allí vivía la señora que lavaba ropa. Yo le contesté en castellano diciéndole que no le comprendía, que allí vivíamos españoles. El S.S. entonces me contesta en un español perfecto, repitiendo la pregunta de que si vivía una señora que lavaba ropa. "No señor. Aquí no hay nadie que lave ropa". Entonces entra en la casa. Yo le pregunté como era que hablaba tan bien el español y me contestó que porque había estado en la "Legión Cóndor" en España. Ya sabía que éramos refugiadas. No denigraba el campo republicano. Hablaba muy mal de los rusos. Hablaba mal de los franceses y de todos los pueblos de Europa ocupados. Sin embargo, decía que los españoles, a pesar de que él había combatido en contra, sentía una gran admiración por el campo republicano, porque habían sabido combatir durante tres años como nadie.

Ese famoso "Tanque" (ese al que llamaban "el Tanque" y que sale en todas las salsas de la lucha) llama en aquel momento a la puerta y se presenta allí estando el alemán. El alemán le dice. "¿Es español?". El otro afirma y se ponen a hablar en español. El alemán pregunta: "¿Es republicano?". "Sí, republicano". Sigue el otro preguntando: "Usted ha combatido por la República? "Sí señor. He combatido por la República en los tanques".

Total, que le caímos simpáticos al alemán y todos los días se presentaba en casa y nos traía comida, sin pedirle nada. Tuvimos que avisar a todo el mundo, para que no viniera nadie a casa, y no sabíamos como

deshacernos del alemán. Yo tengo la impresión de que fueron los rusos los que nos desembarazaron de él, porque un día nos enteramos de que su división había marchado a combatir al Este. Es una anécdota que tiene su parte cómica, porque en la Resistencia ha habido de todo, y cada español debe tener las suyas que contar.

Yo quisiera hablar ahora del miedo. Del miedo, porque cuando se habla de Resistencia, cuando nosotros, parece, como si fuésemos al teatro o a paseo, y no. Yo creo, esoy segura de que todo el mundo hemos tenido miedo. Circunstancias con más, otras con menos... Yo tengo que decir, con toda honradez, que siempre he tenido miedo, como todo el mundo, pero en dos ocasiones he tenido un miedo espantoso, hasta llegar a preguntarme como iba a salir de aquella situación.

Una de ellas, la siguiente: al llegar a Montauban no tenía papeles, porque ya venía de otro sitio con falsa identidad y era buscada precisamente bajo esa falsa identidad. Los compañeros me dicen que en la oficina donde hacen los documentos para los extranjeros hay un señor que, dándole dos o tres paquetes de tabaco -que estaba racionado- hacía papeles fácilmente. Entonces yo me presento a este señor y le cuento un cuento: le digo que yo vengo de la Zona Ocupada, que he venido a Montauban porque tenía un hermano mutilado que vivía allí, que al pasar de la otra zona me venía sin papeles y que le pedía si podía hacérmelos. Aquel hombre me aceptó los cuatro paquetes de tabaco y me dijo que pasase dentro de tres días, que me los haría. Cuando me presenté a los tres días, me dijo que no, que no podía hacerme nada, que tenía que presentarme a la Prefectura y que allí me los harían.

Tras mucho cavilar, hablar con unos y con otros, decidí presentarme a la Prefectura y allí fui. Francamente, allí tuve miedo, porque la secretaria del prefecto me encerró en una habitación y me dijo que esperase un momento. Luego me hicieron presentarme ante el prefecto. Yo puedo asegurar que a cada golpe de teléfono que recibía aquel hombre, o cada tío que entraba a hablar con él, mi corazón se me subía a la garganta. Pensaba, "ese me conoce"... Con cara de tonta, le conté la misma historia que al señor de la oficina, añadiendo que hacía ya cuatro meses que estaba allí. Me preguntó que cómo era que no había ido antes. Contesté que, como no trabajaba, pues, yo, era indigente... ¡Ah exclamó, pero a los indigentes se les dan papeles". Yo digo: "Los papeles? o... ¡o se los llevan al Campo de Argeles o de Sept-Fonts!" "Usted podría por ejemplo ir a guardar vacas? "Claro, contesté -Si usted me da vacas para guardar, pues iré a guardar vacas.

El caso es que salí de allí con una carta falsa, es decir, con falsa identidad, pero legal. Desde luego a guardar vacas no fui, porque me escapé.

Otro arreehucho de miedo lo tuve yendo una vez a casa de Conchita, que vivía detrás de la Commandatura de Montauban. Era ya cerca de la hora del "couvre-feu" (toque de queda) y nos vienen a avisar de que iban a haber grandes registros en la ciudad. (Voy a explicar antes cómo hacían los registros entonces. Se ponía la policía repartida, unos a la entrada de la calle y otros a la salida, de manera que nadie podía salir ni

entrar en la calle. Mientras tanto, otros policías iban casa por casa registrando. Cuando terminaban esta operación daban un papel para poder salir a las diez de la mañana. Entonces, aquel el del papel, corría a otra calle a dárselo a alguno que sabíamos que no lo tenía.

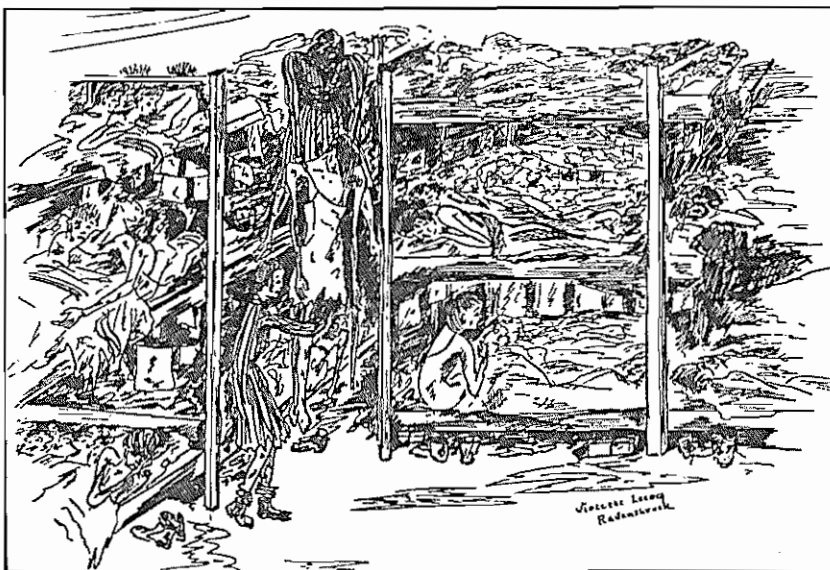
Llegué a casa de Conchita, pudimos salir por la otra calle y llevarlo todo a la escuela.

El miedo existe siempre. El miedo es como un montón de arena. Todo el mundo pasa por él; hay quien coge más, hay quien coge menos. Lo importante es saber soportarlo, saber sobreponerse en un momento determinado a ese miedo. Saber controlarse.

Yo voy a decir algo dedicado a la juventud actual de España, porque yo tengo dos hijas, una de ellas, Sarita, ya cuenta también por sí misma, cuál ha sido su vida y cómo se encuentra a consecuencia de esa vida que ha pasado. La otra nació después de la guerra y no ha conocido ese periodo, afortunadamente. Es preciso contar todo esto, porque a veces se dicen las cosas muy deformadas y si hoy se puede trabajar de cierta forma de otra forma, porque es otra situación la actual, yo creo que es gracias a tanta gente que ha quedado en Alemania, en los Campos de la Muerte, o que han quedado en los cementerios de Francia...O, los millones de muertos de la Unión Soviética, de Polonia, de toda Europa.

Es preciso que la juventud sepa que, si a veces tenemos la óptica de ciertas cosas no de la misma forma que hoy las ve la juventud, que en el periodo en el cual nosotros hemos trabajado, que teníamos la misma edad que tienen ellos actualmente, hemos cumplido con nuestro deber.

Yo estoy satisfecha de ver que la juventud de España coge la bandera de otra forma, en otras condiciones, pero la bandera que nosotros plantamos de la forma que pudimos.



## María Llenas

### de París

Salí de España en 1919, residí en Lyon y el año 30 vine a vivir a París. Me casé con un muchacho comunista francés.

Mis padres eran empleados en la iglesia de una ciudad de Valencia. Pero un cura se enamoró de mi padre y tuvimos que saltar de allí.

Salimos de España mis padres y los siete hermanos.

Soy pues, de la llamada "vieja emigración" o "emigración económica" según el gusto. Y digo esto porque me parece que no se ha hecho resaltar como se merece esa "Emigración". Fuimos unos emigrados por fuerza, por miseria y por hambre, pero que llevamos toda España en lo más profundo de nuestras entrañas. Somos españoles a parte entera. Así me educaron mis padres y así moriré: Española!

Como verás más adelante esta Emigración se puso al lado de la República cuando fue atacada por los fascistas y durante la Resistencia en Francia ayudó mucho a los refugiados españoles y tiene su parte importante en la Resistencia en Francia.

En el año 37 mi marido quiso irse a España a las Brigadas Internacionales. Quería pasar seguramente con pasaporte pero cayó en la época del Decreto francés relativo a la prohibición de salidas de voluntarios a España. Lo que pasó, no lo sé, entonces yo era muy católica y no quería saber nada de política.

A pesar de mi ceguera, yo formaba parte de aquellos Grupos de Mujeres Españolas que tenían montada una oficina en el Consulado Español, donde se recibían donativos en materiales y en especies, así como la organización del transporte y paso de voluntarios españoles a defender la República. Pero lo hacía por sentimentalismo, por patriotismo y nada más. Nos llamábamos Mujeres Antifascistas Españolas. Hacíamos manifestaciones y colectas para España.

Cuando vino la ocupación alemana en Francia, mi marido fue uno de los primeros resistentes. En mi casa ya guardábamos algunos guerrilleros clandestinos, pero a pesar de todo, yo no veía las cosas con la claridad de mi marido. Muchas veces le decía: "sí! sí! tú tienes mucha fe en la Victoria, lo que haces me parece justo, por eso te ayudo, pero pienso que algo vamos a perder con todo eso. Ya verás!"

Así fue. Lo detuvieron muy pronto, cuando la redada en París de 200 resistentes en 1941. Pasó por varias cárceles, siempre torturado. Fue a la cárcel de Clairvaux donde murió 10 meses después de su detención. Las últimas torturas fueron la de arrancarle los dientes en vivo, uno a uno; después lo tuvieron colgado por los pies boca abajo durante 3 horas pegándolo hasta que la sangre se coaguló en los pulmones. Fue un mártir



y un héroe. No obtuvieron ninguna declaración.

Yo vivía en nuestra casa, 75 de la Rue Quincampoix. Allí se fabricaban toda clase de materiales. Yo quería vengar a mi marido. Me hice comunista y pedí un puesto en la Resistencia aunque fuera el más peligroso, y mi hija Carmen, que contaba 14 años, quiso hacer lo mismo. Pero lo que no pude soportar, es verla en mi propio grupo afrontando los mismos peligros. Esto, seguramente, la salvó.

En casa teníamos escondidos guerrilleros españoles, los hermanos Rogelio y Sandalio Puerto, Antonio Buitrago, Plaza, Eliseo. Antonio Buitrago me lo trajo a casa el Alcalde del 3er. Distrito de París, Pierre Maillet. Buitrago venía huyendo de Burdeos perseguido por la policía francesa y la Gestapo alemana.

En nuestro grupo trabajaba también Anita Cascales, que fue detenida e internada en el triste Campo de Drancy y otra muchacha española vecina de la que no he podido conservar su nombre. ¿Dónde desapareció? ¿En manos de la Gestapo, en los Campos de la muerte? La camarada Fuen, que fue deportada, Paquita Panero, Montserrat, una catalana que fue deportada a Alemania y allí desapareció. Otro camarada, Vicente Pedrós y un italiano enfermero que se llamaba Panico.

El día 3 de septiembre de 1943, 10 meses después de la muerte de mi marido, nos detuvieron a mí y a Sandalio. Su hermano Rogelio pudo escapar.

A todos los españoles nos llevaban al Depósito, en los sótanos de la Santa Capilla, sótanos más bajos que el Sena, ¡no te digo nada más! Allí murió Buitrago, murió a los 4 días de torturas. Cayó en una cita el 13 de enero y murió el 17. Era de la 14 Brigada.

Los que nos interrogaban y torturaban a los españoles era un policía francés, casi siempre el mismo. Del "Dépot" me liberaron pero me detuvieron de nuevo y me internaron en la Caserne de las Tourelles, verdadero Campo de Concentración. Allí enfermé porque todo lo que me enviaban mis camaradas lo repartía. Allí el hambre era sin grado. De allí medio muertos ya salían para los Campos de exterminio. Yo caí muy enferma y me trasladaron al hospital Thenon. En el interior estaba organizada la Resistencia. Sobre todo en la fuga de los prisioneros hospitalizados. Había un italiano enfermero, Panico (ya murió el pobre) vino a ayudarme a hacer la cama diciéndome "María, tal día te tienes que escapar. Para ello necesitas vestirme lo más oscuro posible, tienes que fugarte al relevo de las enfermeras por la madrugada". Era invierno, a las 6. Mi madre sin saber para qué y extrañada, me trajo una de sus batitas negras, ya sabes que las viejecitas antes siempre vestían de negro. Panico me dijo a esta hora es de noche aún y cuando vengan las enfermeras tú coges tu cayero, anda muy coja y ¡adelante!

Me tiré al jardín con la camisona grande y blanca del hospital, pero yo por la noche ya me había puesto debajo la bata negra de mi madre. Me deslizo en el jardín, me quito rápidamente la camisona blanca y ya en la puerta me esperaba un camarada catalán, Subirós.

Me llevaron hacia una aldea, ni se donde me llevaron. Sé que al poco tiempo tenía de nuevo papeles de identidad falsos y me fui de nuevo ha-

cia París, a la Resistencia.

El día de mi nueva detención en la que cayó Sandalio, mi hija venía con su cartable de la escuela con bombas pero un sobrino que se encontraba en la calle pudo prevenirla y que se fuera a casa de mi cuñada. La calle estaba acordonada de policía y cares de los mismos, pensando hacer la gran redada.

Mi cuñada quería vaciar el cartable en la estufa. Mi hija tuvo tiempo de arrancárselo de las manos. ¡No tía! ¡No! Hay que vaciarlo a la cloaca. Si no llega a tiempo saltaba toda la casa.

Me llevan de nuevo a Santa Capilla. Las torturas consistían en pegar durante largo tiempo. Luego el policía se subía a una silla y nos asía de los pelos y nos hacía dar vueltas como en torniquete. Me arrancaron una mata de cabello. Aquello te dejaba unos dolores intolerables, durante muchos días ni podías dormir, además molidas de palos no había ninguna posición en el camastro que no te arrancara un quejido. Me amenazaban con mis hijos pero yo les respondía: —"Allá con su conciencia, yo no sé nada, maténme, tortúrenme, pero no puedo decir nada".

Así me tuvieron diez días apaleándome y tirándome de los pelos.

Nuestro grupo de españoles trabajábamos bajo las órdenes de los generales franceses Rol y Oliver.

Desde la cárcel escribí una carta por mediación de una de estas muchachas que van por las aceras. Esta carta iba dirigida a mi hermano pidiéndole alejara a mi hija de París, pero con tan mala pata fue, que a la misma noche detuvieron de nuevo a la muchacha en una razzia por Pigalle con la carta encima.

Así detuvieron a mi hermano, pero fue liberado enseguida.

Debe repetir que los comerciantes españoles, que había muchos alrededor de los Halles de París, nos ayudaron muchísimo económicamente y escondiendo perseguidos. Vicente Pedrós es uno de ellos, hace 4 años que murió y quiso verme en sus últimos momentos. En su lecho de muerte le dijo a su esposa: —"Ahí está María. Yo me muero. Quiero que me reemplaces. Le coges los materiales del P. y ayuda a España en todo lo que sea". Así es. Así cumple. Ese hombre que nunca tuvo carnet del Partido nos prestó siempre su "cave" (sótano) para nuestras reuniones.

El policía francés que se divirtió tanto torturando a los españoles pasó a juicio. Desgraciadamente éramos demasiados en reconocerle y fue ejecutado después de un juicio con todas las garantías de defensa, por las autoridades francesas.

Después he continuado ayudando a España de muchas maneras como tú y como otras, pero eso ya es otra historia. Historia larga de más de treinta y dos años.

María Llenas  
París, junio 1977



## Maria Margarita Masmanorios de Zmura

### *internada*

Pasé la frontera por Le Perthus con mi amiga Paquita Velas, que llevaba a su hijo de pocos meses. El día que atravesamos la frontera, las tropas franquistas entraban en Barcelona. En ese mismo mes de febrero cumplía diecisiete años. Yo estaba encinta y sin noticias de mi marido, que fue de las Brigadas Internacionales.

El día 1º de septiembre estalló la II Guerra Mundial. Nos encontrábamos solas, sin más familia que nuestros hijitos inocentes, en tierra extranjera, sin medios y con la zozobra continua de un mañana incierto. Sabíamos que los nazis eran nuestros enemigos y que con ellos tendríamos que enfrentarnos desnudos, “como los hijos de la mar”, si ganaban la guerra en Francia. Desde Wassy nos llevaron a las inmediaciones de Chaumont, a trabajar en una fábrica de armas en abril del 40.

Una mañana, al llegar a la fábrica, la encontramos vacía y silenciosa como una tumba. Las pocas gentes que por las calles corrían, nos decían: “Los alemanes están en St. Dizier!”. Fábrica, pueblo, casas, todo quedó vacío; todos los habitantes habían huido, menos los inválidos y los muy ancianos.

Nosotras, acostumbradas ya al éxodo, teníamos, sin embargo, piedad de aquella muchedumbre que, meses antes, quizás no había podido imaginarse el “calvario de los españoles camino del exilio”

A finales de mayo del 40, me encontraba una mañana lavando los pañales de mi hija en un lavadero al lado de una carretera, cuando ví llegar un gran auto descubierto y una gran bandera con la cruz gamada. Me produjo tal impresión que la cabeza me daba vueltas, vacilaba. Veía de cerca a los que, sin conocerlos, tantas veces me estremecieron: los nazis en carne y hueso.

Me volví a casa en busca de mi hija y de mi inseparable amiga Paquita Velas y su hijo, y nos marchamos espantadas. Queríamos huir de nuevo, sin saber a donde, y por la carretera nos topamos con un destacamento motorizado de alemanes que rodeaban muchos camiones descubierto llenos de prisioneros franceses. ¡Y de nuevo el gusto amargo de la derrota era como el clavo que hunde en otro clavo! Cuándo terminaría esto...

Eramos jóvenes y París tenía para nosotras un atractivo poderoso. Era el París de la Revolución, el París de la Commune, el París de la Francia, como vulgarmente le denominamos. Cuartel les Tourelles.

Allí conocí a una resistente, Regina Arrieta, una vasca bien plantada y muy guapa, y a Salazar. Allí, Paquita encontró a su marido, Juan Soria. Una célula familiar se reconstituía. Allí se hablaba en español, se cantaba en español, y me acordaré toda mi vida de un rapsoda que nos reci-

taba, y me estremecía escuchar el poema de la madre que dió a sus cinco hijos para defender la Patria. Mi hija y mi nieto han aprendido mi leimotiv: "Las comadres murmuraban, ¡tiene el corazón podrido!" Este poema me acompañará hasta la hora de mi muerte.

Entretanto, todo el que pudo se marchó de Tourelles, empezaban a perfilarse los peligros que nos acechaban.

Yo trabajé en un restaurante de la calle Lasserre, en Issy-les Moulineaux y vivía con la familia Velas.

Ya en 1941, Paquita hacía la Resistencia. A mí, aunque jamás me presentó a nadie ni supe con quién tenía contacto, me puso inmediatamente al corriente y me pidió mi colaboración. Por las noches salíamos a distribuir enormes paquetes de propaganda clandestina contra el ocupante nazi y llamando a la resistencia activa de la población. La distribuíamos en los buzones, las echábamos por las tapias, en fábricas y talleres. Había que entregar paquetes a otros distribuidores. Ese trabajo era sumamente peligroso. Podíamos ser sorprendidas a cada instante. En cada puerta podía esconderse alguien que nos siguiera la pista. A las diez de la noche se establecía el "Couvre feu" (toque de queda); teníamos que recorrer distancias muy largas, París de punta a punta, en muy pocas horas y con nuestros hijos a cuestas, para mejor disimular. Era una aventura diaria, y a diario había que hacer muchas tareas inconmensurables, con pocos voluntarios todavía. Formábamos parte de ese "Ejército de las sombras".

Una noche, saliendo del metro Puerta de las Lilas cargadísimas, como hecho expresamente nos encontramos con un grupo de soldados alemanes, quienes al vernos tan cargadas y con niños en brazos, muy "correctos", nos llevaron los paquetes hasta la primera casa que se nos ocurrió decirles. Era la nuestra. ¡Estábamos muertas de miedo!

Nuestra vida azarosa y exaltante terminó una noche del mes de julio de 1942. La policía vino a detenerme, Paquita no estaba en casa. ¿Estaría detenida ya? ¿lo fue más tarde?

La policía no me permitió llevar a mi hija conmigo a la cárcel, y al no encontrar a nadie que pudiera hacerse cargo de ella, fue confiada a la Asistencia pública. Ni súplicas ni imprecaciones cambiaron la actitud de los policías franceses. ¡Cuál no sería mi desesperación! ¿Es que alguna madre ha podido expresar el dolor de separarse de su hijo? Al dolor de la separación se añadía el miedo atroz de pensar que mi hija pudiera desaparecer o ser llevada a un campo de exterminio como los niños judíos. ¡Todo era posible en la confusión de aquella época!

Pero la Asistencia Pública se preocupó inmediatamente y la colocó en casa de una nodriza en la Charité S/Loire chez Mme. Henriette Rabuteau, quien me escribió inmediatamente a la Roquette (cárcel). Siempre me tuvo al corriente del estado de mi hija. Siempre he correspondido con ella y la considero como un miembro más de la familia, lo mismo que mi hija Elena.

Nos llevaron la prisión de la Roquette, prisión que ha sido demolida, donde a pesar de no ser procesada por falta de pruebas, pasé quince meses encerrada.

En la Roquette nos encontramos con otra española, Elisa, muy guapa.

Las monjas guardianas tuvieron cierta consideración con las políticas. De día estábamos agrupadas todas las presas políticas alrededor de tres mesas. De acuerdo tácito, la administración carcelaria nos permitió no trabajar, no nos obligaron. Aprovechábamos el tiempo organizando clases de español y de francés.

Durante el día la vida era más o menos soportable. Pero a las seis de la tarde volvíamos a nuestras celdas hasta las seis de la mañana. ¡Qué largas las noches de la Roquette! en la celda de a tres; era la norma, una política y dos presas comunes. Tuve la suerte de que, entre las casi treinta detenidas que conocí como compañeras de las horas más tristes del encierro, todas fueron presas de delitos menores. El único problema que se me presentó o que me dió miedo, fue cuando en mi celda pusieron una homosexual. Una muchacha muy estrictamente vestida, muy chic "chico". Pero conmigo se portó muy noblemente, nunca me ofendió. Me contó toda su vida y como llegó a esa situación. Y me pedía consejos sobre como acabar con esa falsa vida que llevaba.

Volví de nuevo a Tourelles. Después de quince meses detrás de las rejas y de los muros de la Roquette, aquello me parecía la libertad, aunque estaba consignada y sin derecho a salir a la calle y, como he señalado antes, se había convertido en un campo de concentración. De allí salían los transportes de judíos para una exterminación total en Auschwitz. También de otras nacionalidades.

(1) Y volví a España con mi hija y viuda en 15 de febrero de 1944.

Que de milagros haría mi madre para conseguir encontrarme. No había tenido noticias de ella en todos esos años. ¡Ella, que más tarde lo supe, había sido condenada a muerte!

(1) El salir de la cárcel de "la Roquette", fue su madre que lo consiguió. Pero en "Tourelles" no quisieron devolverle a su hija hasta el tren, que partía de Hendaya. Esa es una de las tantas presiones que se operaron para devolver las mayores refugiadas hacia España, sin mirar si corrían o no ningún peligro.



## Isabel Martínez

*Testimonio por Carmen R.*

Me fui a Francia a finales de enero de 1939. Venía con Carmen Barrero y toda su familia: suegros, cuñada y dos sobrinos. Desde que nos conocimos con Carmen, no nos hemos separado nunca, nos hemos considerado como hermanas.

El marido de Carmen y el mío habían sido incorporados a una Compañía de Trabajadores del departamento del Ariège.

Nos alojamos juntos. Aquella casa era el refugio de muchísimos españoles de la Compañía. Hombres casados, con las mujeres en España, solteros con la nostalgia de la novia o de la vida en familia... Allí venían todas las noches a charlar, discutir, a escuchar la BBC. Noticias de la marcha de las operaciones en los frentes, que, en el año 43, cuando se luchaba en Estalingrado, nos llenaban de alegría y esperanza.

Nuestra casa era lugar de paso de españoles: unos, de paso para España; otros, para tomar el "maquis".

Carmen hacía trabajos de enlaces. En sus desplazamientos, yo guardaba la niña. Yo no me desplazé nunca. Yo sólo me ocupaba de atender a los que venían por unos días o por unas horas; lavar la ropa, coser, hacer la comida, etc, etc.

No puedo acordarme de todos los nombres de los hombres que por la casa pasaron. No obtante, retengo algunos: "el Chato", "el Rubio", "el Chispita"...

Este último era un verdadero combatiente. Había hecho cosas muy notables. Una de ellas, sensacional: Sorprendido por los alemanes, le llevaban a fusilar, cuando, de pronto, le dio un empujón a uno de ellos, se apoderó de la metralleta y con la rapidez del rayo los barrió a todos. Iban a fusilarle y fue él quién los fusiló... a ellos.

Un día, me acuerdo bien, vinieron a avisar a Carmen que venían los alemanes. Ella se marchó corriendo a avisar al doctor del pueblo, que era el enlace con el «maquis». Cuando regresó, me dijo: "están cerca los alemanes, vámonos al monte; no voy a dejar que te cojan, ni a mí tampoco". Presenciamos una cosa lastimosa: entre la gente que nos marchábamos, había un chiquito que se quedó un poco rezagado. Quería ver a los alemanes; se escondió tras un arbusto, pero demasiado cerca. Cuando los soldados pasaron, vieron que el arbusto se movía, dispararon una ráfaga de metralleta y lo mataron.

En el pueblo hicieron una gran «razzia». Había muchos judíos refugiados y se los llevaron a todos. También presencié la marcha de una familia. Se iban a llevar al padre y a la hija, que estaba embarazada; ésta se abalanzó contra los soldados intentando arrancárselo de las manos gri-



tando: "¡A mi padre, no. A mi padre no se lo llevan!". Entonces la empujaron, la echaron al suelo, la dieron de patadas y se la llevaron a ella también con toda la familia. Y nunca más supimos nada de ellos.

Cuando todos los alemanes hubieron salido del pueblo, toda la gente bajó corriendo hacia el sitio en donde habían matado al muchacho. Lo encontraron con el vientre destrozado. La madre estaba medio loca. Le abrazaba a el diciendo: "Mon fils, mon fils... Mon petit, qu'est-ce qu'ils t'ont fait"...

Este es el único caso que he vivido personalmente de la brutalidad de los alemanes.

Sabía que Carmen hacía de enlace; que todos los españoles que frecuentaban la casa y que pasaban por ella eran para la Resistencia. Que mi marido pasó varias veces a Andorra en busca de alimentos para los que estaban en el monte, pero ellos nunca me dijeron nada ni yo les pregunté.



## Constanza Martínez Prieto

*Natural de Madrid, nacida el 16 de enero de 1917*

*Carta de D.R. n° 200136212*

Mi actuación en la Resistencia francesa fue bastante breve, ya que fui detenida en el mes de junio de 1942, cuando aun quedaban tres años de ocupación alemana, los más fértiles en sabotajes y, sobre todo, la liberación de París y otras ciudades, así como la eficaz ayuda que la población civil prestó a los soldados que efectuaron el desembarco.

Es indudable que las mujeres intervinieron muy activamente en todas estas operaciones y que sin su colaboración hubiera sido mucho más difícil llevarlas a cabo.

Yo siento no poder relatar acciones concretas realizadas por mujeres españolas, puesto que sólo trabajaba con hombres, y como se puede suponer, yo solamente conocía a los camaradas con los que conectaba. Sólo conozco el caso de la camarada María Benítez Lúquez, quien, junto con su marido y otros resistentes, tomó parte en el asalto a la prisión de Amiens (Este hecho me lo contó la propia María).

Yo, personalmente, desde la formación de la O.S actué de enlace entre los diferentes camaradas de Saint Nazaire y Nantes. Este trabajo de enlace era de mucha responsabilidad, pero de poco relieve; quiero decir con esto que no puedo relatar "hecho de armas". El caso de la camarada María es excepcional, pues por lo general no solían encomendarnos estos trabajos, para los que se necesitaban unas aptitudes también excepcionales.

Fui detenida el 27 de junio de 1942 en una redada en la que caímos más de 150 españoles de París, Nantes, Saint Nazaire, Rennes, La Rochelle y Burdeos, de los cuales, 8 éramos mujeres. De estas mujeres, 5 fuimos condenadas a 18 meses de prisión y 3 se beneficiaron de un "non lieu". Cumplida la condena, fuimos internadas en un antiguo cuartel parisino llamado Les Tourelles. Cinco meses después, en mayo de 1944, sin que hasta la fecha se conozcan las razones de esta, digamos, discriminación, a mí y a otros cuatro compañeros, entre los cuales estaba el que hoy es mi marido, nos pusieron en manos de los nazis alemanes, los cuales nos trasladaron a la prisión de Fresnes y días después los hombres eran conducidos a Compiègne y yo al Fuerte de Romainville y de allí a Ravensbrück. Días más tarde organizaron un convoy de mujeres del que yo formé parte y nos llevaron a Leipzig a trabajar en la producción de guerra. Mi vida en este campo de concentración es idéntica a la de tantos miles de mujeres que pasaron por ellos: doce horas de trabajo diarias, poquísima y pésima comida, ninguna higiene, asistencia médica inexistente, bromadas y malos tratos, interminables esperas dos veces al día so pretexto de pasar lista, bajo un sol de plomo o con los pies en la nieve y al menor

gesto de rebeldía o deficiencia física, la inclusión en los convoyes que se hacían periódicamente con destino a Ravensbrück, de donde dependía Leipzig, la cámara de gas y el horno crematorio.

Quiero relatar una pequeña anécdota que me ocurrió a mí. Puede decirse que debo la vida a un par de gafas. En efecto, yo estoy obligada a llevarlas desde mi infancia. Pues bien, al día siguiente de mi llegada a Leipzig, una de las varillas de éstas se rompió. La oficiala SS dijo que ella me las haría arreglar, pero lo cierto fue que no las volví a recuperar. Inútil decir que los primeros días lo pasé fatal, pero algún tiempo después me alegré profundamente, ya que en uno de los "appels", el comandante del campo hizo salir de las filas a todas las mujeres que llevaban gafas y a todas se las llevaron a Ravensbrück. Parece ser que se había descubierto un sabotaje y que lo achacaron a falta de visión, y a todas las que llevaban gafas las dieron por inútiles. Insigne aberración, una más, de los métodos fascistas. Yo, que no las llevaba, hacía mi trabajo "a bulto"; primero porque lo hacía forzada, y, segundo, porque, como se suele decir, no veía "tres encima de un burro".

Mi trabajo consistía en controlar la rosca donde iba el fulminante en las fundas para obuses de la DCA. Yo vigilaba cuando alguna oficiala pasaba por allí. Resultado: un día vino un jefe a controlar lo que yo "controlaba" y resultó una verdadera catástrofe. El carro que ya tenía casi lleno de fundas, éstas eran todas defectuosas. Vino la oficiala SS dando grandes gritos y haciendo gestos de amenaza, pero el alemán que llevaba mi máquina y al que llamábamos "el Mechita" gritaba más que ella. Yo no comprendo nada el alemán y no sé lo que dirían; lo único que sé es que este obrero alemán, padre de familia y que tenía tanta hambre como yo, me defendió como si se hubiera tratado de su hija y que no me pasó nada. Yo ya me veía por lo menos con el pelo rapado y en el calabozo por 15 días, amén de un gran palizón, pero ni siquiera me llevé un bofetón. A este honrado obrero se lo debo.

Cuando los ingleses se acercaban a Leipzig, los nazis SS hicieron evacuar el campo. Recuerdo perfectamente que era el 14 de abril de 1945. Paquita (Mercedes Núñez), que se encontraba en la enfermería, había confeccionado no sé como, unas banderitas republicanas para las 8 españolas del campo y lucíendolas nos pusimos en camino hacia Dresde. La odisea por la carretera no es para describirla ¡y pobre de la que caía rendida por el cansancio! Era abatida como si se tratase de un perro malherido. En un momento dado nos apercibimos de que nuestros guardianes habían desaparecido. Continuamos algún tiempo en fila, por si se trataba de una maniobra para tener pretexto (aunque no les hacía falta) para ametrallarnos a todas, pero al cerciorarnos de que no teníamos vigilancia alguna, en pequeños grupos, nos fuimos separando y aquello fue el "sálvese quien pueda" final. Nuestro pequeño grupo (tres españolas y una francesa) fue recogido por unos prisioneros de guerra (un checo, un yugoeslavo y un italiano) que trabajaban en una granja, y donde nos tuvieron escondidas hasta la llegada de las tropas soviéticas. Estas nos concentraron en un gran campo y posteriormente nos llevaron a Torgao, y unos días después las tropas americanas nos repatriaron a Francia, donde eramos acogidas en el

Hotel Lutecia. Allí encontré a mi marido, que hacía ya 15 días que había sido repatriado. Nuestra alegría al vernos fue inmensa, pero pronto la tristeza nos ganaba al enterarnos, a medida que encontrábamos camaradas conocidos, de la muerte de muchos otros que quedaron allá, en los bien llamados Campos de la Muerte y que no tuvieron la dicha de ver nuestra victoria que tan cara había costado.



## Segunda Montero

### “La odisea de la Panameña” por Manuel Huet

Si hablamos de la participación de las mujeres en la Resistencia francesa durante la ocupación alemana, merece una especial atención la compañera Segunda Montero (conocida por Conchita, o bien “la Pequeña”).

Nació en Euguera (Valencia) hacia el año 1915. Los azares de la existencia la llevaron a resistir en Barcelona.

En esta ciudad, el levantamiento insurreccional y el movimiento falangista del 36 hizo de ella una activa luchadora.

Sin pertenecer a ningún partido político y sin ninguna formación ideológica, movida sólo por un espíritu combativo de lucha contra la tiranía y en defensa de la libertad, tomó parte activa en las luchas callejeras de la ciudad.

En febrero del 39, su compañero, al igual que tantos otros combatientes anónimos, oponiéndose heroicamente al avance de las tropas franquistas hacia la frontera francesa, cae muerto en las cercanías de Figueras.

En marzo del 40, cuando las divisiones motorizadas alemanas rompen los frentes e invaden Holanda, Bélgica y Francia, Segunda Montero se halla refugiada en el puerto de Sète (Herauld).

Un mes después, cuando se firma el armisticio en junio del 40, Segunda Montero trata de huir de Francia, donde, a causa del armisticio, los valores humanos son de nuevo escarnecidos por los nuevos conquistadores.

Con ese fin, logra embarcar en calidad de cocinera en un barco de nacionalidad panameña cuyo nombre era “Bora”.

El “Bora”, a su paso por Lisboa, es detenido por las autoridades portuguesas y consignados todos los viajeros sin excepción de sexos.

Segunda Montero se dirige a la Embajada inglesa con el propósito de hacerse expatriar hacia Inglaterra, en donde la lucha continúa contra el fascismo.

Tras numerosas gestiones, su petición es denegada, y ante la amenaza de detención de la policía de Salazar contra los refugiados españoles, quienes en esa época eran devueltos a España, regresa nuevamente a Francia, tres meses después a bordo del mismo barco.

A mediados del 41, llevada siempre por su espíritu combativo, ingresa en las filas de la Resistencia.

En octubre del mismo año, es detenida por la policía de Vichy en su domicilio, situado en las afueras de Sète.

Conducida a la comisaría de ese lugar, es brutalmente maltratada durante varias horas y, finalmente, ante su mutismo, es trasladada a la cárcel de Montpellier.

Dos meses después, debido a la intervención de Robert Terres, “el Padre” (coordinador nacional de las cadenas de evasión), es liberada de la prisión de Montpellier.

Creemos inútil enumerar detalladamente las muchas y peligrosas acciones en que intervino a lo largo de la ocupación alemana y en que se destacó por su entrega a la causa de la libertad.

Señalaremos a grandes rasgos que fue una admirable enlace de la célebre cadena de evasión conocida por “Réseau Pat O’Leary”, actuando bajo las órdenes directas del francés Gerad Vogel, “el Rubio”, hombre de confianza del jefe del «réseau» Francisco Ponzán Vidal, y más tarde del que fue gran organizador belga Albert Guenerisse, actualmente general del ejército de su país.

Otra de sus actuaciones de gran relieve fue su participación activa en la cadena de evasión marítima situada como punto de partida, en el puerto de Sète. Gracias a ella salieron desde este puerto la mayor parte de los componentes del entonces gobierno belga.

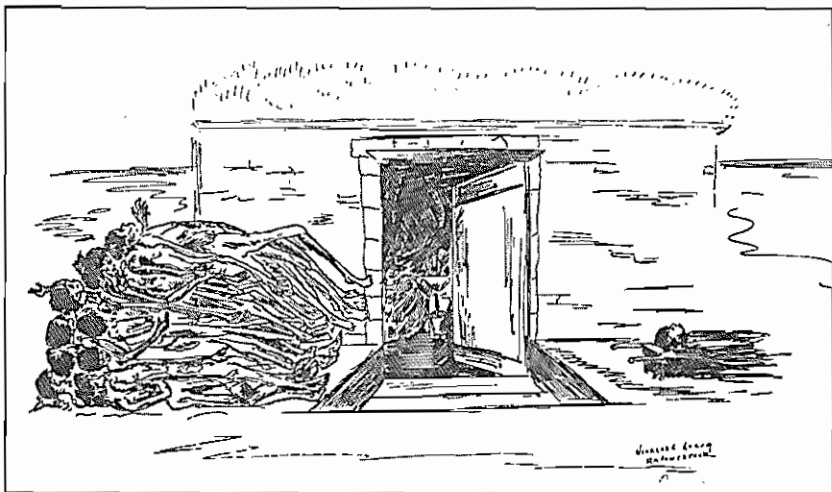
Esta importante cadena de evasión marítima fue organizada y dirigida por el español Manuel Huet y el francés Gerard Vogel “el Rubio”, ambos bajo las directrices del francés Robert Terres, “el Padre”, que, como ya hemos dicho, fue el coordinador nacional de las cadenas de evasión.

La actuación final de Segunda Montero fue la participación, en el mes de agosto del 44, en la liberación de París, en, donde se destacó una vez más en los combates callejeros que durante unos días tuvieron lugar en la capital francesa.

El destino no le permitió ver en su desenlace definitivo, la victoria de la libertad, por la que tanto ella había luchado.

Pocos meses antes de la capitulación total de los ejércitos hitlerianos, Segunda Montero moría a primeros de febrero del año 1945 en un hospital de París.

Su muerte fue consecuencia de una herida infectada por el tétanos.



## Teresa Moratilla

(Toulouse)

Mi familia pertenecía a la clase media; ya se sabe, allí la situación, cuando se tiene un comercio... En mi primera infancia fui a un colegio de monjas, pero de allí me echaron porque yo les decía a las niñas mi manera de ser... Era ya a los trece o catorce años.

Yo tenía una tía que era directora de la escuela pública del pueblo. Mi madre se disgustó mucho porque las monjas me habían echado diciendo que yo era una chica muy desaplicada. A mí los trabajos de casa no me gustan, pero leer y escribir y todo eso me gustaba muchísimo. Mi tía comprendió enseguida y me presentó a los exámenes de ingreso, y en un año hice el primero de bachiller.

Mis familiares eran liberales. Mi madre no iba nunca a misa, y mi padre, ni hablar, tampoco. Mi madre sólo iba a misa por Semana Santa, porque como teníamos la carnicería, pues iba. Tuve la desgracia de perder a mi madre muy joven; tenía catorce años, y mi padre, ya saben la manera de ser de allí, me hizo dejar los estudios al tercero de bachiller y me quedé en casa, a cuidarme de él y de otra hermana que teníamos pequeña, y así pasó el tiempo hasta que estalló la guerra. Cuando estalló la guerra, en mi pueblo pasaron cosas terribles, en una noche mataron a 38 personas los de la FAI; fue aquel triste hecho de La Fatarella. Mi padre, como era un hombre más bien considerado “de dinero”, pues también fueron a buscarlo aquella noche, pero no lo encontraron. No lo encontraron porque, como era tratante en animales, estaba de viaje. Cuando se enteró de aquello nos marchamos todos a Barcelona con un hermano que tenía yo casado allí.

En Barcelona le pedí permiso a mi padre para entrar a trabajar en Aviación, en las oficinas donde mi hermano trabajaba. Y sí, sí, pasé los exámenes y entré a trabajar. Yo me formaba, a mi manera, pero me formaba, porque estaba muy a gusto; veía que allí había un trabajo muy activo, se trabajaba como se trabaja en esas oficinas y así, pues, hasta que terminó la guerra.

No hice ningún trabajo político; solamente el día que teníamos que evacuar, estábamos en Esplugas, en donde teníamos el depósito de Intendencia. Veía como los jefes superiores, comandantes y así, querían dejar muchas subsistencias allí, yo llamé a un sargento e hicimos desaparecer todo aquello; lo quemamos todo. El que mandaba, el comandante Majada, pretendía que quedasen todos los víveres. También quemamos todos los papeles de las oficinas, todas las fichas, porque ya nos habíamos dado cuenta de la manera de ser de él. Ese es el único trabajo que puedo decir que hice, sin ninguna formación política. Nadie me orientaba, nadie me



obligaba.

Evacuamos hacia la frontera francesa. Yo iba sola. En aviación evacuaron todo el cuerpo hasta La Junquera. Allí los jefes que ya nos tenían entre ojo no querían dejarnos pasar; nos querían volver atrás, pero nos rebelamos, y entonces pasamos a Francia. Yo iba siempre con una señora madrileña; era muy valiente.

Al pasar la frontera nos encontramos en Francia con el panorama que nos esperaba a todos; campos de concentración. Yo fui a parar al departamento del Loir-et-Cher, a un «refugio» de mujeres que se llamaba, ... Allí estábamos muy mal considerados, porque habían hecho una gran propaganda contra nosotros, y tuvimos que hacer un gran trabajo, siempre con esa señora y dos o tres mujeres más que allí simpatizamos, para demostrar que nosotras no éramos lo que habían dicho, y llegamos a ganarnos al pueblo. Allí había un señor francés que era muy de izquierdas y nos protegía muchísimo. El Loir-et-Cher está entre Blois y Orleáns y allí, de españoles, nada, no había ninguno; no es como los que fueron a parar por la parte de Perpignan. Y nos ganamos el pueblo, la verdad, terminamos yendo a misa. Un día para demostrarles que sabíamos ir a misa. Eso era para hacerles comprender cómo nosotros orientamos y conquistamos a todas las demás mujeres que estaban en el «refugio». Se dió el caso de que hubo un niño muy malito, un niño español. Y el médico que vino se portó muy bien. Luego vino la maestra del pueblo, que era muy de izquierdas, y nos dijo: "Miren, en el pueblo las miran muy mal a ustedes. Hay una propaganda terrible contra los de la guerra de España".

Eramos unas ochenta-mujeres de todas las regiones. Yo voy a contar un caso: Cuando pasamos la frontera, no se miraba, ni pensábamos mirar, si una era socialista, si era comunista, si era anarquista; no mirábamos nada. Eramos una masa de españoles que salía.

Aquel señor médico y aquella señora maestra nos dijeron: "Si ustedes quieren ganarse al pueblo —porque como eran de allí conocían el carácter de la gente— hagánles comprender que saben ir a la iglesia y que se saben comportar. Entonces dijimos: "Bueno, ¿que nos cuesta?", y fuimos. Supimos comportarnos; supimos levantarnos cuando había que levantarse, arrodillarnos cuando había que arrodillarse y todo. Desde aquel día, todo cambió. Cada domingo el «refugio» se vaciaba; todas estábamos convidadas a comer por las casas de las familias vecinas.

Yo no voy a decir que aquello lo hice yo sola; me guardaré mucho. Lo hicimos entre las que simpatizábamos, y luego para hacer comprender a la gente que éramos personas como las demás. La señora del alcalde se hizo muy amiga nuestra y nos convidaba; no tenían hijos y nos convidaban a ir en el coche que ella tenía a visitar Orleáns, a Blois. Vió que éramos personas que sabíamos comportarnos, que teníamos una educación.

Cuando vieron que enviábamos cartas a nuestros familiares, se convencieron de que sabíamos escribir, porque había mucha gente que se creía que éramos analfabetos.

Allí permanecemos hasta que estalló la guerra en Francia. Cuando estalló la guerra en Francia, tuvimos que evacuar aquellos «Refugios» y nos llevaron a campos de concentración. Yo sólo estuve un día en Blois, por-

que me escapé, y fui a parar a París, a casa de unos amigos que habían venido al «Refugio» buscando a unos que no existían. Y nos escapamos sin un céntimo. Se preguntarán ustedes, "¿Cómo lo hicieron?" "Pues, bueno: fuimos a Blois y desde allí fuimos a la estación y allí nos dijimos: "Bueno, ¿ahora cómo nos vamos a arreglar para coger el tren para ir a París?", porque aquella gente sólo nos habían dejado la dirección por si un día queríamos ir a París a trabajar de criada o de «femme de menage» (por horas). En fin, los trabajos que nos esperaban no eran ningún deshonra; al contrario. Cogimos el tren y... ni pedimos el billete ni nada. Era el momento de la evacuación del norte de Francia y era un desbarajuste para ellos, los franceses.

Cuando llegamos nosotras las barracas ya estaban hechas, pero no había alambradas. Las que habían llegado unos días antes, mujeres con criaturas, nos dijeron que las alambradas ya las habían traído, pero que todavía no estaban puestas. Para asearnos teníamos que ir hasta el río, que pasaba un poco más abajo, es decir, que todavía no había nada organizado. Entonces, nosotras pensamos "Antes de que pongan las alambradas y que organicen todo esto"... Dejamos todo lo poquito que llevábamos al personal que quedaba, otras amigas que tenían criaturas no se vieron con ánimos de marcharse. Nosotras dijimos: "No, cuando pongan alambradas aquí, ¿qué haremos?", y entonces nos escapamos, la verdad.

En París fuimos a casa de estos amigos; no me acuerdo de sus nombres, y enseguida nos buscaron trabajo. Pero existía el problema de los documentos, de los papeles; sin papeles no podía andar nadie, era un compromiso. A los hombres los podían enrolar en compañías de trabajo, pero a las mujeres... Bueno, no nos podían emplear, y ¿qué podíamos hacer? No podíamos estar a expensas de aquellos españoles (eran de los españoles que estaban ya aquí, en Francia, desde hacía muchos años, emigrados económicos). Por parte de estos españoles tuvimos nosotros mucha ayuda. Entonces aquellas personas se encargaron de escribir aquí a Toulouse, a otros españoles que conocían, para ver si había más probabilidades que en París. Nos pagaron el viaje y llegamos aquí. Al llegar, pues encontramos trabajo. Yo, en un restaurante que era propiedad de españoles, para fregar los platos, y la Adela en otro restaurante. Y, claro, contentas. Tomamos una pequeña habitación, ella tenía su marido, que era de Aviación, y ya había tenido noticias de él; estaba en el campo de Argeles. Yo todavía no había tenido noticias de mi marido; no sabía en donde estaba. Había tenido de mi hermano, que también era de Aviación, y a todos los de aviación los habían reagrupado en Argeles, y mi hermano me prometía que buscaría por los otros campos.

Estuvimos trabajando aquí lo menos seis meses, sin cartas, sin papeles, sin nada. Los que me dieron trabajo a mí eran madrileños, de los antiguos, y fueron considerados. Teníamos que fregar muchos platos, eso sí, muchos. Yo, por la noche, soñaba que me caían encima...

A mi marido lo sacaron a trabajar la tierra por esa región del Porzac, en casa de unas personas que no eran nada amables con ellos y también se escapó. La noche de Navidad se escapó y vino para aquí. El encontró trabajo también sin papeles, y mira, teníamos que vivir como podíamos.

Entonces llegó un momento que aquí cogían a todos los españoles; a él lo cogieron. Yo, como no tengo tipo de española, no les parecía española, y siempre podía pasar desapercibida. A él lo cogieron y lo llevaron al campo de concentración de Recevedou. Yo esperaba ya a mi hija; esperaba a la nena, porque con todo eso pasó el tiempo y ya nos encontrábamos en el 41. Al cabo de un tiempo se volvió a escapar. Entonces ya nació la niña y tuvimos... Bueno, yo he tenido un carácter que siempre me he hecho querer por toda la gente y por parte de los vecinos, que eran catalanes, recibimos una ayuda formidable. Luego unos castellanos también —de Murcia eran— Había una ayuda muy grande; comprendían mucho aquellas gentes. Todavía nos frecuentamos ahora. Una ayuda formidable. Comprendían nuestro sufrimiento, nuestro... Porque a mí, —al pasar la frontera cogí frío en el bajo vientre— y me llevaron al hospital de Blois. En el hospital me querían operar, y allí, una enfermera francesa, por señalar estos casos de solidaridad, me hizo comprender a duras penas, porque yo apenas comprendía el francés, casi nada; me dio a entender que me escapara, entonces vino otra enfermera que debía ser la jefa de la sala; aquella no era nada amable, nada, y nos dijo que por qué los españoles habíamos salido de nuestra casa, que qué ganas teníamos de ir rodando por el mundo. Yo traté de hacerle comprender que cuando caían las bombas... A lo mejor ellos también algún día... Tal vez luego se acordó de lo que le había dicho yo. El caso es que yo me escapé del hospital.

En Toulouse, decía, ya había nacido la nena, que también fue un problema, porque, como no teníamos documentos ni nada parecido el problema de entrar en la maternidad... Aquello también fue... La primera vez que pasé la visita médica en la maternidad, la comadrona que me atendió era muy buena. Yo le fui sincera, le dije: “Mire yo no tengo ni documento de identidad ni papeles”. A mi hija le dio la gana de llegar en un domingo, el día de “la fiesta de las madres”. Yo a pie, a cada puerta, entrar y salir, hasta que llegué a la maternidad. Llego allí y la comadrona no estaba, no era su día de servicio; había otra y no quería dejarme entrar, que no y que no; que no tenía carta de «sejour» ni carta de alimentación, que entonces estaba vigente la cartilla de racionamiento, era el 41. Yo le dije: “Pobre, mire, yo no tengo nada, me lo he dejado todo en casa (no le dije que no tenía nada) pero no se preocupe, yo me voy bajo el puente (estábamos cerca del río); me voy bajo el puente y mañana en los periódicos, que es “la fiesta de las madres” dirán que una madre ha dado a luz cerca de la maternidad, a orillas del Garonne”. El caso es que aquella señora debió pensar; “Esta es capaz de hacerlo” y me dejó entrar. Y la niña nació en la maternidad.

Nosotros aquí, los españoles después, empezamos a reagruparnos íbamos conociéndonos los unos a los otros. Los que teníamos una familia formada dábamos a los que estaban solos, y así nos fuimos conociendo.

Cuando salí de la maternidad, por conocimientos, encontramos un piso, en el que vivían el que luego fue general Luis, su señora y su cuñada. Ellos nos dieron el piso a nosotros. Y allí empezó aquello de partirse el trocito de pan, ir a buscar las ramitas que caían de los árboles a orillas del canal, para poder calentarnos, porque fue un año tremendo; aquel in-

vierno fue un invierno muy malo. Pero siempre en la vida hay una compensación. Por las orillas del canal pasaba un tren y el maquinista nos veía cada día recoger las ramas y empezó a tirarnos trozos de carbón y, para nosotros, cuando cogíamos aquellos trozos de carbón era... En aquel piso éramos uno que se llamaba Cámara, su padre, la Nati, la cuñada de Luis, la mujer de Luis, que era muy jovencita (no me acuerdo cómo se llamaba), mi marido y yo. Como ellos eran vascos, acudían allí dos o tres vascos más, de los que no recuerdo el nombre. Todos nos calentábamos en una pequeña estufa. Aquel año, por Navidad, eso fue antes de que naciese la nena, fui a hacer cola para coger algo de carne. Y nos comimos lo que nos tocó: una cabeza de cordero. Hicimos un caldo estupendo. Son cosas que quedan, que no se olvidan nunca.

Un día vino por allí un tal Pozuelo con su cuñado. Y con ellos empezamos el trabajo de Resistencia. Este trabajo consistía en que allí se confeccionaba “Mundo obrero”. Aquel Pozuelo era muy activista, mucho, mucho, mucho. Lo que pasaba era que no tenía nada de prudente. A nosotros no nos buscó la ruina porque yo tenía mucha prudencia; tal vez hago mal en decirlo. Nunca me gustó que ninguna persona pudiera tener un percance a causa de una imprudencia mía. Yo tal vez he sido tan valiente como la primera, pero con una gran prudencia.

Pozuelo trabajaba en una pescadería, y como no era prudente, pues cayó. Su cuñado, al contrario, era muy prudente.

Cayó él, y no cayó nadie más por nosotros. Resulta que él llevaba los números de “Mundo Obrero” en una caja de madera y los dejó encima de la chimenea de la casa. Los cogieron en un restaurante a él y a su cuñado en una “razzia”. Estaban comiendo, había muchos otros españoles y pedían la documentación. Pozuelo tenía unos papeles comprometedores, y no se como se las arregló que, por debajo de la mesa, se los pasó a su cuñado. El caso es que Pozuelo vino a casa —porque vivía en casa con su cuñado—; vino a casa acompañado de la policía, para hacer un registro. Nuestra casa tenía dos entradas; una por lo que era nuestra habitación, y la otra por la cocina; entre estas dos entradas estaba la habitación de ellos. Era verano y yo estaba con mi nena, que debía tener dos años, apenas empezaba a andar. Yo ya, limpiando por debajo de un armario, había visto documentos de identidad, y me dije: “Madre mía, este hombre; no acabaremos nunca con sus imprudencias; pero no los toco. Cuando venga le diré: “Mira”...” Cuando ví que él pasaba con dos señores, me lo pensé bien y me dije: “Huy, a éste lo han pescado”. El, en lugar de entrar por la cocina, llamó a la puerta. Entonces yo me fui a la habitación de ellos, cogí el paquete de documentos de identidad y se lo puse en el pecho a mi nena, debajo del delantalito. Entraron por la puerta aquella y, mientras tanto, yo salí por la cocina y le dí la nena a la vecina esta catalana, y le dije: “Señora Dolores, sáquele a la nena lo que lleva en el pecho”. Se lo dije en catalán; eran catalanes de Perpignan.

Entonces hicieron un registro enorme. No encontraron “Mundo Obrero” porque, al pasar, levanté la tapadera e inclinando la caja cayó todo detrás de la chimenea. Pero en cambio, le encontraron la máquina de escribir, las cintas, todo allí encima. La policía no buscaba “Mundo Obre-

ro” ni nada; buscaba armas, buscaban cosas así.

Resulta que debajo de la cama tenía unos bales de cristal con pimienta y canela que se traía de la pescadería. La policía, al ver aquello, se alarmó: creían que allí debía de haber algo; se entretuvieron vaciando aquello y, mientras tanto yo le entregaba la nena a la vecina; pero, al pasar, vi encima de la mesa un paquete, lo cogí también y tuve tiempo de esconderlo debajo de la fregadera. En aquel paquete, luego lo supe, habían cantidad de nombres y direcciones de gente, que si lo llega a encontrar la policía hubiera sido un desastre. Se lo llevaron pero al pasar por delante de la vecina, la catalana aquella, le dijo: “Cuidado”. Y aquella señora me dijo después: “Ay, ¿qué ha querido decirme a mí con ese “cuidado” al pasar?”. Yo ya sabía que aquel “cuidado” era para mí; se refería a lo que yo había escondido debajo de la fregadera.

Se lo llevaron en el “Tren de la Muerte” y se escapó. Cuando hablé con él me reprochó que hubiese hecho desaparecer aquel paquete —porque yo lo hice desaparecer—. Me dijo: “Hombre, usted lo ha hecho desaparecer; un trabajo que me había costado más de un año hacerlo”

Así fue pasando el tiempo. La policía vino a buscar a mi marido dos o tres veces. Era la policía civil francesa, pero no le encontraban. No lo encontraban porque continuamos teniendo amistad con aquella familia murciana que tenía una barraquita en el boulevard en donde vendían café, bocadillos, etc. Allí iba gente de todas clases y ella oía lo que decían. A veces decían: “Mañana habrá una redada de españoles” y entonces corría a decirselo a mi marido: “Cuidado, que mañana detienen a los españoles; véngase conmigo, me llevará el café a la barraca y así no le pasará nada”. Y tres o cuatro veces mi marido pudo salvarse llevándole los botes de café a esa señora, que fue muy humana.

Cuando nos enteramos de que a Pozuelo lo habían llevado a la cárcel de St. Michel, lo supimos por su patrona, que era una señora francesa, y yo me valí de ella para hacerles llegar comida y lo que necesitaban.

En mi casa siempre había gente; gente que me mandaba Pozuelo o Luis; nosotros no sabíamos quienes eran; el caso es que siempre había alguien. Un día que nos encontrábamos solos mi marido y yo, dije: “Mira, chico, que tranquilos estamos hoy, no tenemos a nadie”, y aun no habíamos terminado de acostarnos, cuando llaman a la puerta y llegan tres. Teníamos que darles cobijo; les dábamos de comer lo que teníamos, el trocito de pan... Me acuerdo que una vez tuvimos que repartir una tortilla de un huevo, un huevo que, como no había ni aceite, ni ninguna grasa, se me agarró a la sartén. Hasta lloré de rabia, de ver que sólo teníamos aquello para repartir y aun casi se había quemado.

Tuvimos escondidos a dos miembros del Partido Socialista durante mucho tiempo; precisamente ahora, ultimamente, hemos tenido que testimoniar para ellos, para que percibieran esas pensiones que perciben, con una particularidad: que nosotros nunca hemos hecho valer nada de nada. Uno se llama Francisco Ferrera y, el otro, Antonio Carrón. Ahora vuelven a ser grandes amigos de mi marido. Estuvieron mucho tiempo, después de la Liberación, con aquellas divergencias que hubo, que no nos visitaban. Pero ahora ha vuelto la amistad.

A la Liberación vino a parar a casa un gran amigo de mi marido, que el pobre ya está muerto, Moreno, un gran camarada. Todo lo que digamos de él será poco, porque fue magnífico, hizo una gran resistencia, por allí por la Grand Combe y todo aquello. Vino a parar, como tenía a su señora en España y los hijos, cuatro hijos, vino a casa y allí estuvo hasta que se liberó Toulouse. Dormía, el pobrecito —porque ahora hemos podido llegar a tener alguna cosita, pero entonces ya saben todos lo que teníamos—, en una hamaca. Y por la mañana, cuando se levantaba decía: “Espera que me ponga los huesos otra vez en su sitio”. Este también ha muerto sin la menor gratificación de nada. Yo, a hombres así, los admiro. Ustedes habrán oído nombrar al doctor Martí-Faset, el fundador de la Cruz Roja de Barcelona. También murió como un gran héroe. También él venía a nuestra casa a repartirnos el pedazo de pan. Un hombre honrado como... Bueno, yo a personas así las admiro. Este doctor Martí-Faset, ya digo un gran —no quiero hacer de menos a nadie— un gran luchador, y ha muerto el pobre, como un pajarito. Aquí, en Toulouse. Murió en la calle, de un ataque cardíaco. Pero hombres así, sí que merecen que se digan... ¡Ah, si algún día —yo lo pido— si algún día volvemos a España quiero que a este doctor se le ponga por lo menos su nombre a una calle, al doctor Martí—Faset. Fue la admiración de todo el mundo que lo ha conocido. Ejercía aquí como doctor en la Cruz Roja española en Toulouse, e iban personas a su casa, porque tenía consulta aparte, y no se si cobraba entonces tres francos, y si la persona no tenía los tres francos, le decía: “Que lo pase bien”. ¡Ah, ese hombre se lo merecía todo.



## Julia de Paz

---

Querida Nieves, acabo de llegar de España, cuando veo tu carta y el impreso de que tú me habías hablado. Y tengo que decir mi verdad sin tapujos. Ya no sé ni cómo empezar para hacer el informe del que me has hablado, pues sirvo mejor para trabajar que para explicarme; ahora, después de los años transcurridos y, un poco de alejamiento, todo contribuye bastante, pues después de tantos años no creo seré capaz de acordarme de todo; sí, después de leerlo, comprendes que algo se me olvida, lo añades tú; aunque tú no estabas en esos momentos, de las conversaciones tenidas con tu familia en vuestra casa, casi estás al corriente de todo.

Para empezar, te mando un certificado de los trabajos realizados durante nuestra guerra en España, hasta pasar la frontera. Luego, en Sarlat, tú sabes que no hubo nada que viniera a nuestras manos en que yo no participara, y muy orgullosa de poder ayudar a la lucha de nuestro pueblo.

Empezaremos por la Resistencia.

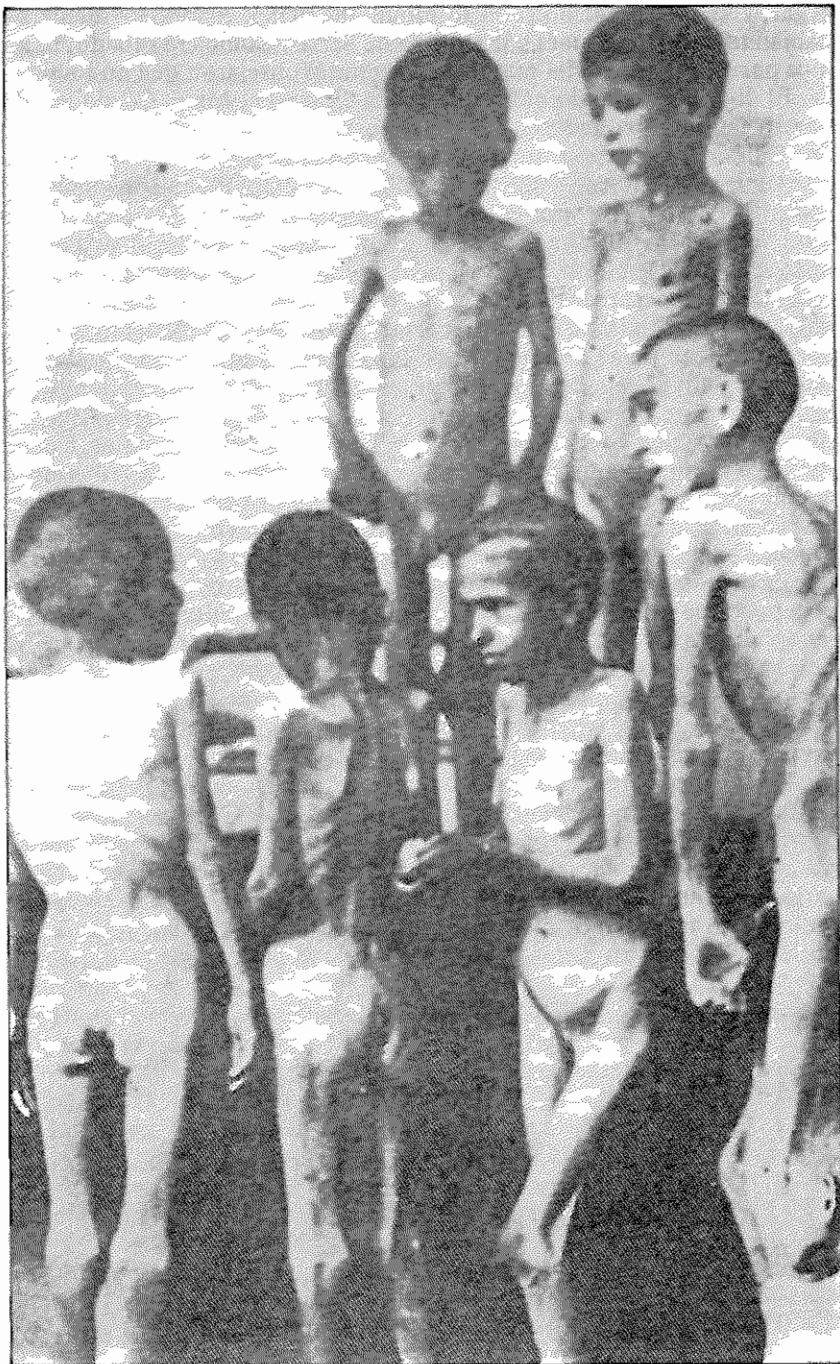
Como yo vivía en Sarlat, dado el caso que casi todos los españoles de alrededor me conocían (como yo a ellos), en el momento que se formó el «maquis» en la Dgne, me enviaron a la Chapelle Pechan. Entonces mi casa era el punto de apoyo para recoger los informes que yo pudiera adquirir, buscar comestibles, coser para ellos camisas, pantalones, etc. Con mi bicicleta subía a Sarlat, casa de Mme. Delpes (hoy fallecidos); pues estos tenían a un grupo de americanos en su casa, para transmitir desde aquí a Londres; su marido tenía que salir no importe a qué hora con su poste Meteor, por la noche; a veces bien comprometido, pero había que hacerlo. Ellos me preguntaban por las informaciones que yo tenía, relacionadas con el «maquis» llamado el Grupo Carlos, que era el que operaba en la Dgne. Luego también estaba el comandante Ortiz; también pasaba por mi casa uno llamado Eliseo Martínez, alias León, está en Covvere. Raro era el día que no pasaban por mi casa armas pequeñas; por cierto que alguien me denunció, un tal Patricio, pero como se emborracha no le hicieron caso; no obstante, en un cuarto de hora de intervalo, se me presentaron tres coches de alemanes, el último de la Gestapo, que no les dio por registrar, sino las hubieran encontrado enseguida. Se conoce que pensaron: «Esta pobre infeliz. Dejémosla tranquila». Otra noche se presentaron otros ocho alemanes y la Gestapo, con aquellos collares y tripas de brutos (aquella vez sí que me asusté un poco, preguntándome «maqui, maqui, terrorista, comunista» que yo sabía dónde estaban, y dónde tenían el material de guerra (esto yo no lo sabía); pero de haberlo sabido tampoco se lo habría dicho. Por cierto que, en una casucha en ruinas,



delante de la cual pasaba yo todos los días, por la leche, a casa de Mmes. Suillec, "Chapelle Pechan", Chateau Pechan, y como éste había denunciado lo que en su casa tenía, cosa que yo les decía desde la puerta, sin pensar en lo que podían haberme hecho. No se fiaban; tuve que ir unos metros con ellos. Al ver ruedas de camión, se ponían furiosos; pero yo no sé porqué, no tenía miedo, pues al fin y al cabo yo también cumplía con mi deber. Al otro día, por la mañana, subí corriendo a contarle todo a un camarada francés, llamado Figaray, pero éste y toda su familia eran muy significados, tuvo el acierto de marcharse corriendo, pues ya estaban los alemanes con dos grandes camiones para llevárselo, lo que pudieron cargar. Estuvieron todo el día. Como al llegar donde yo vivía no arrancaban los camiones, me dijeron que subiera con ellos para indicarles quien tenía una buena pareja de bueyes para hacerle arrancar de allí, cosa que hice con mucho gusto. El primero fue el alcalde, llamado Grafelle; de los otros pobres diablos no sé el nombre. "Soudru, el alcalde, me dijo: ¿Por qué los trajo aquí? Le contesté: ¿pués no son amigos suyos? Ayúdelos". A los pocos días vinieron otra vez los del «maquis» para llevarle las conservas y el coche de Suillec como éste le puso azúcar al motor, se paró enseguida. En el justo momento en que yo estaba acompañada de Mlle. Lalonde de Toulabeva (Veyrines), vinieron a pedirme unos alicates para arreglar su coche, nos dijo. Ella me dice: "Luego es el «maquis». Yo haciéndome la inocente, dije: "No, ese hierro es la metralleta". Quería llevarme a dormir a una casa, porque yo fingía tener miedo, porque me decía: "Los españoles". De sobra sabía quienes eran, porque habían hablado antes conmigo, y claro, mis vecinos habían subido a por la leche, y como estaban ellos —los «maquis»— no las dejaron salir hasta media hora después, de noche, ya estaba con su marido en la puerta cuando le pidieron una cuerda para atar la bicicleta. Luego me dijo: "Son españoles ¿eh? Qué valor, son valientes, digo más que tú ¿eh?... pero al otro día inocentemente su mujer dijo al del Chateau que yo le había dado herramientas para arreglar el coche y por la tarde se me presentan los gendarmes de Domme, pues Suillec les había dicho a éstos, que yo los conocía a todos, metiéndome miedo con que, si no decía qué españoles eran, me llevarían con ellos. Los niños de la escuela lloraban, diciéndome: "dígaselo, que se la llevan". Yo tenía confianza en que no, pues conocía a uno de ellos, por haber hablado varias veces con él, un tal Vicent, éste era malo, pero en aquellos momentos le tenía cuenta callar; los convidé a unas copas de ron y el asunto se terminó, diciendo que ellos cumplían con su obligación, y reímos todos amigablemente.

Luego pasé a vivir a Salignac, siempre con el mismo trabajo, un poco más duro, porque cuando tenía que coger la bicicleta hasta la Chapelle o Sarlat era mucho para mis años. Un día, uno quería coger mi bici. Le dije: Está guapa, ¿eh?... ¿Y que llevas en la maleta?. Yo me reía; entonces sale otro y me dijo: "¿Dónde vas con eso?" Digo: "Para el Grupo Carlos", Dijo él. "Anda, anda déjela", riéndonos pues este amigo había estado en mi casa; ya en el camino me encontré a otro grupo de guerrilleros preguntando cuánto faltaba para llegar a Sarlat, no lo olvidaré nunca, con aquellos "naranjeros" que dijeron ellos 6 km., no hago más que

llegar, yo estaba comiendo con Josefina, una maña, cuando los alemanes habían tomado posiciones a la entrada de Sarlat. Como era sábado, bajamos para ver si me podía marchar, pero me aconsejaron que no lo hiciera. El domingo, cuando nos íbamos, Josefina y yo, Mme. Cordolier, de Sarlat, salió luego que no se nos ocurriera que la columna esta anunciada por Burdeos, claro este trabajo no era urgente; luego hubo otra columna que venía por la Borne Seuben; allí hubo un tiroteo; ese mismo día llegaron a Salignac y entraron en mi casa. Gracias a que al marchar le dije a mi vecina Mme. Petit: "Si vienen los alemanes, ahí le dejo las llaves" (esto se lo dije riéndonos las dos), pero en realidad fue cierto; no hicieron nada. Sólo cogieron dos "monos" de trabajo que yo había hecho y nada más, y así fueron llegando hacia Sarlat, ocupando dicho pueblo el lunes hacia las doce no sé de que día, de la mañana. Entraron por todas las partes. Yo tuve la suerte de que estábamos en una casa vecina, donde había unas veinte personas. Por cierto que al entrar allí, dos de los que venían con los alemanes debían ser de la División Azul, porque no hacían más que mirarnos a la maña y a mí, amenazándonos que no saliéramos de allí hasta el otro día a las ocho de la mañana. Esto nos libró de que no fueran a nuestras habitaciones, donde yo tenía tres bicicletas, y en ellas muchas balas, en una chaqueta de su primo. Ella no sabía nada de esto; que de haberlas encontrado lo hubiéramos pagado caro; pero, bueno, poco a poco fue terminándose; yo volví a Salignac para ultimar todo, instalándome de nuevo en Sarlat, donde fui luego avisada (por alguien que no nombro) para seguir con los guerrilleros al paso para España; pero al saber que Ortiz me decía que podía ser muy útil para lavarle y coser sus ropas, todos los que tenían mujeres querían llevárselas, entonces fue cuando pensaron que no fuera; podía dar algunos nombres, pero al cabo de tantos años, unos muertos, otros no sé por donde andarán, pero para mí las familias Català, Melgar, León, Bartolo, Ocaña, Cuestas, en fin Goñi María, yo creo que lo expuesto por mí es prueba suficiente para que se me crea, y, en verdad, la pena que tengo es que no hicimos todo lo necesario para terminar con los verdugos que oprimen nuestro pueblo, que tantos sufrimientos nos han acarreado a todos, pero pienso que un día no lejano podremos gritar Victoria y Libertad para todos.



## Rita Pérez

*(Burdeos)*

*Resistente - Deportada*

Fui detenida el 4 de diciembre de 1942. Fuimos detenidos cuatro. A mis hijos fueron a buscarlos al trabajo. A mi marido lo detuvieron con cuatro de los de su casa. Los llevaron a la cárcel a Compiègne y de Compiègne a Alemania. Mi marido murió en Sausennhausen en el 43, en el mes de diciembre, al año de detenerle.

Esta casa era una casa del “maquis”. Aquí se entrevistaban los españoles, los franceses y de otras nacionalidades. Entre los españoles que vinieron aquí uno fue Azcárate, que entonces yo no sabía cómo se llamaba, sólo que en un congreso que tuvimos en París, él me reconoció y me dijo: “¿No me conoces?”. Yo dije: “No”. “Sí, he estado en tu casa”. “Sí, pero yo no sabía quién eras, como no sabía quienes eran otros”.

Lo que hemos hecho era porque debíamos hacerlo; combatir al fascismo; porque el fascismo hay que combatirlo en donde se encuentre. Gracias a que se ganó la guerra, el fascismo no se instaló en Europa. Habiendo triunfado los Aliados, muchos países se han liberado: Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, en fin, varias naciones, como ya se sabe.

En mi casa había un chico que dormía en esta habitación que tengo aquí, en la parte de atrás, en la alcoba. Y una noche tiraron una bomba, no sé donde, y los alemanes se movilizaron para investigar en todas las barriadas. Conque aquí llega uno. Y esa noche el chico se había ido a dormir a la parte de delante. Entran. Me piden los documentos de identidad. Los enseño, (los alemanes, a veces no eran muy listos. Gracias a que los franceses les ayudaban, porque no eran ellos los que por el olfato encontraban a los extranjeros, ni a los resistentes)

Paso ya a hablar del campo. Yo he visto en Ravensbrück —prosigue— Sabeis que cuando ocupaban algunos países, por ejemplo, cuando ocuparon Polonia, trajeron a mucha gente al campo. Yo he visto a una familia traer a una niña que se había quedado ciega de las operaciones que le habían hecho los médicos alemanes: habían hecho experiencias con ella y la dejaron ciega.

A primeros del año 45 nos cambiaron de campo; nos llevaron a Riesling. Era un viejo campo de aviación y nos tuvieron allí unas tres semanas aproximadamente. Nos tenían en un block del que no salíamos ni a mear, ni a lo demás; todo estaba en el bloque y nos tenían encerradas. Nos tuvieron allí a cuatro camaradas; nos sacaron para llevarnos a otro bloque, pero ya no había sitio.

En este bloque, que había sido cine para los alemanes, había como dos puertas y un hueco. Allí pasamos la noche, estando allí, una muchacha

que sale de la parte de dentro y se cae. Se cae y aun dice: "Pobre, debe de tener crisis de "feresías". Y se debatía, la mujer! Y, como había nieve, al entrar y salir, se deshacía la nieve y se volvía barro. Estaba irreconocible, irreconocible. Se le pasaba, y al poco tiempo volvía otra vez. Y así se pasó la noche. En ese bloque había un water y dos lavabos, y éramos unas quinientas mujeres. Al día siguiente, yendo a ese water, encontré a esta amiga, que la habían amarrado por las piernas y la habían colgado al pomo de la puerta y tenía la mitad del cuerpo en el suelo, y las piernas al aire. Pero no estaba muerta; estaba viva. Yo ya no la he vuelto a ver más. A la salida de aquel bloque, en ese pasillo estaban los jergones preparados y cuando las sacaban del bloque, ya medio muertas, las metían allí, para que se acabaran de morir. Y afuera estaban las cajas esperando a los muertos. Para mí, lo más significativo ha sido lo de esta chica.

Ahí, en cuanto a comer, nos daban un poco más que en Ravensbrück (ahora, que no nos daban más que una sola vez por día, ¿eh?). En Ravensbrück, cuando llegamos, nos daban una bola de pan para cuatro personas; pero después era para ocho. Así es que la ración de pan nos la daban para comer una vez, pero para entretener el hambre lo tenían que comer en varias veces. ¡Y las sopas de remolacha! Pero eso no era lo peor. Y las hojas, que no sabíamos de que eran. Eran hojas secadas en los hornos, pero estaban como quemadas cuando nos las daban. Parece que eran hojas de ortiga. ¡Así es que figúrense qué alimentos teníamos para resistir!.

Cuando salíamos al "appel" y nos ponían en fila, hasta que nos contaban, permanecíamos allí dos horas y cuatro..., saliendo del bloque a las tres de la mañana o tres y media y teniéndonos allí hasta las ocho, que era cuando, nos contaban. Y ha habido veces en que, ¡claro!, como estábamos en fila, había camaradas que se desmayaban. Y antes de que viniera la «oficierina», pues una de la derecha y la otra de la izquierda, procuraban sostenerla un poco en pie, para que no la echasen en falta, porque, si no, la «oficierina» habría entrado en la fila y hubiese empezado a patadas con ella... ¿Con ella?; con ella y con las que la sostenían.

De allí nos llevaron de nuevo a Ravensbrück, y de Ravensbrück, al campo de las Juventudes, que decían, que era un campo paralelo. Yo he visto en el campo de las Juventudes, cuando pasaban lista, coger a una camarada que era de Perpignan..., cogerla, porque te hacían levantar las faldas hacia arriba y los que te miraban, si veían que tenías las piernas hinchadas, te echaban a un lado. Yo he visto a esa amiga echarla a un lado y no la he visto nunca más. En el campo de las Juventudes, por la noche, allí era un campo de exterminio. Por la noche tú oías a las mujeres: "¡Yo no estoy enferma!... ¡Yo no estoy enferma!". Y era que las llevaban a la exterminación. A esa de Perpignan no la he vuelto a ver más. Su hija ha muerto allí también.

El día en que nos trajeron al bloque, que debíamos salir de Ravensbrück, al día siguiente, me parece que era el 25 de abril, la Cruz Roja Suiza nos vino a buscar. Pasamos por Dinamarca y de Dinamarca a Suecia. En Suecia estuvimos dos meses o más. Pero nos trataron bien. Nos cuidaron muy bien, como lo necesitaba nuestro estado de salud.

Cuando salíamos de Ravensbrück, ¡mira tú si no nos lo pudieron haber

dado antes!... El día en que salimos nos dieron un paquete con abundante comida, lo tenían ellos allí. Era de Suiza, pero hasta entonces, no nos lo dieron. Fue al marcharnos cuando nos lo dieron y, claro, figuraos, con el hambre que teníamos, si comeríamos. Cuando llegamos a Suecia nos lo hicieron tirar todo en el campo. Nos dijeron. "No lo coman... No lo coman que les va a hacer daño". Nos habían hecho tirar toda esa comida y, ¡si hubieras visto tú!... En Suecia, cuando nos estabilizamos, nos daban unos cinco francos, pero del país, por día... Cinco coronas.

Yo estaba con una italiana; ya nos conocíamos de Ravensbrück, Maria Poletti, ¡buena camarada! Su marido también había sido deportado, pero entró. En Suecia hubo personas que murieron por comer mucho. Se pusieron enfermas, bien seguro... Ya veníamos enfermas, pero allí la comida no les ayudó a vivir.

Nosotras no hemos tenido contacto con los hombres en el campo. Había un campo de hombres, pero estaba muy lejos.

Yo he tenido la suerte de caer en un bloque donde se recuperaba lana para hacer punto, para hacer medias. Nos hacían deshacer la lana, rodarlo en pelotas y luego tejerlo. Diré que es allí donde yo aprendí a tejer... de mala gana, pero aprendí a hacer media allí. Y la señora que nos enseñaba, que era la responsable, nos decía: "Hoy hay que darse un poco de prisa, porque quieren que hagamos no sé cuántos pares (no se cuantos pares nos ha dicho por semana), ... pero, en fin, después se calmarán". Era una buena mujer, muy humana. Yo no tuve la ocasión de salir a trabajar afuera. Trabajé siempre dentro del campo. No tuve que ir ni ... ni a cavar, ni a ninguna cosa parecida. Pero, no obstante, yo he visto a camaradas que, como nosotras, estaban allí y les hacía cavar alrededor de los bloques. ¿Para qué?... No lo sé.

El 3 de abril nos bajaron del campo de las Juventudes, es decir, bajaron a todas las francesas fuera del bloque, y nos dijo la alemana: "Van ustedes a entrar en Francia". Y una señora, que hablaba el alemán, pero que era francesa comentó: "Si fuera el primero de abril, diríamos que era "poisson d'avril" (pez de abril en Francia, es como los Inocentes en España). Y entonces la alemana contestó: "¿Por qué cree usted que les mentimos?". Bien, bajamos para abajo, al otro campo, y allí van llamando a las francesas; hacían el "appel", pero por número. Yo, cuando ví pasar mi número, y que a mí no me habían llamado, me dije: "Esto es para las francesas, y yo soy española", y así fue. Al terminar el "appel", quedaron una amiga suiza y otra que había sido detenida en Perpignan, pero no como resistentes, sino que por dinero, debía hacer pasar gente a España. Ella no me lo había dicho; me lo dijo una señora que la conocía. Conque, nos quedamos las tres... Cuando yo ví que no me llamaban y que nos quedábamos, ¡me entraron unas ganas tan grandes de llorar!, que no se pueden imaginar... La primera vez que me entraron ganas de llorar fue en Ravensbrück y, ¡por tanto! ya había de qué llorar en muchas ocasiones!... Pero. Nos habían endurecido de tal forma, que ya no éramos humanas para nada. Yo digo: "Hemos perdido toda sensación de humanidad". Y es verdad... Que después, cuando sales de todas esas atrocidades...



## Pilar

*de la CNT. (Toulouse)*

En España empecé a militar en la CNT cuando tenía quince años, justo unos meses antes de estallar la guerra. Después a unos ocho kilómetros del frente de Aragón. Yo no estuve en el frente, vivíamos allí al lado. A los siete u ocho meses, en la retirada, llegamos a Barcelona y allí continué en las Juventudes Libertarias, como en mi pueblo.

Luego vino la retirada de Barcelona hacia Francia. Fuímos a un «refugio» en Montrou, al lado de Perigueux. Unos familiares residían aquí, nos reclamaron y salimos del «refugio». Después estuvimos nueve meses en la Bastide, Roueroux, Tarn. Allí mi tía se murió y encontramos trabajo en el departamento del Hérault, donde estuvimos algún tiempo.

Al firmarse el armisticio, los gendarmes vinieron a detenernos; detuvieron a todos los refugiados políticos. Nos dijeron que no teníamos tiempo para hacer nada, y en media hora nos embarcaron a todos en una camioneta y nos llevaron a Béziers. Pasamos una noche en una cuadra, todos mezclados; hombres, mujeres y niños, por el suelo. Al día siguiente nos metieron a un tren e intentaron meternos en España. Nos rebelamos; nos defendimos a botellazos..., nos peleamos con los gendarmes, y, entonces, los guardias móviles, que eran los que se encargaban de nosotros, nos prometieron que nos llevarían a Argelés.

Esto fue a fines del 40, no puedo precisar la fecha, pero el 12 de octubre ya estaba en el campo; era mi aniversario, y por eso me acuerdo. Nos llevaron al campo de Argelés. Allí había islotes de mujeres y de hombres. También un campo disciplinario. Nos metieron en el islote de las mujeres y, unos días después, se produjeron las inundaciones.

Quedamos inundadas. Cortaron la electricidad. El agua del mar llegaba hasta los primeros barracones. Las sirenas empezaron a sonar. Todo el mundo estaba lleno de pánico. Todo eran gritos... Reinaba el desconcierto por todas partes; todo en la oscuridad. Con un viento infernal, una tempestad de lluvia. Era el mar y el río desbordado. Entonces los hombres empezaron a cortar las alambradas para acudir a socorrernos, porque nosotras estábamos al final del campo y tenían que pasar el agua que se había desbordado para llegar hasta nosotras. Nosotras pudimos pasar antes y descendimos, todas cogidas de la mano; yo, mi madre, mi hermana y mi pobre padre, como podíamos, porque todo eran gritos y confusión; las madres perdían a los chiquillos; todo el mundo estábamos en la oscuridad... No podíamos ni marchar hacia adelante ni hacia atrás; no sabíamos hacia donde íbamos. A fuerza de horas, en plena noche, llegamos a meternos en la parte baja del campo, y en esa travesía penosa, con las alambradas cortadas, nos heríamos en las piernas, nos llenábamos de



arañazos. Por fin la cosa se calmó y a la mañana siguiente todo era un caos. Los hombres, las mujeres, los niños, todos estábamos mezclados. Luego vino la policía y todo se organizó.

En el 41, fue la deportación de los internacionales. Era verano, hacía calor. Los cogían para llevárselos en un barco a Argelia, al Sahara. Entonces toda la gente nos rebelamos e impedimos que se los llevaran. Pero al día siguiente todo el campo estaba cercado por los guardias móviles y la tropa.

En el campo de mujeres y niños, vimos desde las ocho de la mañana las ametralladoras apuntando hacia las entradas del Isote. Todo el mundo estábamos bloqueados. Entonces descubrimos en el mar un barco. No sé si fue un marino quien vino a parlamentar. Pero los internacionales se mezclaron en el campo de los españoles y luego algunos pudieron evadirse. Otros fueron deportados. Luego empezó la represión en el campo contra los españoles que habían protegido a los internacionales. Después vimos a la policía civil; entraba discretamente por las barracas y, unos días más tarde, empezaron a desaparecer mujeres. No sabíamos donde estaban. A algunas las llevaron a los campos disciplinarios; a otras, posiblemente a la cárcel, no lo sabíamos. Tuvimos muchas dificultades. Las mujeres se las arreglaban para no ser reconocidas. Otras cambiaron de barraca. Yo caí enferma. Me encontraron desmayada y me llevaron a una barraca que llamaban "enfermería" y allí, no sé cuánto tiempo estuve, ni lo que me hicieron, pero el caso es que desde entonces nunca tuve buena salud.

Un día nos anunciaron el traslado al campo de Rivesaltes. Allí, nos separaron a las mujeres de los hombres en diferentes Isotes y empezaron a molestarnos, porque la Comisión TODT, venía a buscar mano de obra.

La comida era infecta, un caldero de tomates o de calabaza hervida, del que nos daban un cucharón, un poco de una especie de mermelada, y un trozo como un caramelo, de carne.

Algún tiempo después empezamos a recibir malas noticias. Comenzó la deportación de los judíos. Los trenes llegaron hasta el campo; hacían la selección... Al principio fueron las judías, porque había más mujeres que hombres. Empezaban la selección por las que tenían el mismo nombre, y las metían en diferentes vagones; las separaban aunque fuesen familia. Las separaban de los niños.

Cuando los trenes venían a buscar a la gente, era desgarrador; nunca se había visto aquello, eran gritos, era desgarrador cuando separaban a las mujeres de sus hijos..., cuando iban a las barracas a buscarlas, las arrastraban... Daban unos gritos espantosos; era horrible. Nadie puede imaginarse lo que son esos momentos de angustia. Es innoble, inhumano... Los niños lloraban. Los metían en vagones distintos, porque ya los habían despojado de todos sus bienes, ya no tenían nada propio; todo, alhajas, abrigos de piel, todo. Nadie protestaba por eso; lo que querían era poner la vida a salvo. La policía los matracaba; los guardias móviles estaban allí. Los sacaban a rastras... Era una verdadera pesadilla...

Las metían en vagones de animales con solamente una especie de tina para las necesidades. (Eran las autoridades del campo las que procedían

así, por orden de los alemanes, porque había una Comisión alemana). Esta operación duró mucho tiempo, y luego empezaron a deportar a las españolas. Primeramente escogieron a las que estaban mal vistas; ya se sabe las cosas que pasaban en los campos.

La Comisión TODT continuó viniendo a buscar trabajadores para el trabajo obligatorio en Alemania, y entonces hubo mucho revuelo. Algunas lograron evadirse. De allí nos trasladaron de nuevo al campo de Gurs.

Allí fue terrible, porque a las seis de la mañana nos hacían levantar y salir fuera de las barracas aun en pleno invierno; era en el mes de noviembre. Era espantoso. Hacían la llamada y no nos dejaban volvernos a acostar..., porque eran las milicias de Petain quienes nos guardaban y hacían estas operaciones conjuntamente con las autoridades del campo. En Rivesaltes también eran las milicias las que nos guardaban, la Policía Especial de Vichy. En Gurs intenté escaparme con otra persona, pero nos cogieron cuando llevábamos andados unos kilómetros. Me pusieron durante quince días en una barraca disciplinaria. Me llené de piojos, dormía en el suelo en un montón de paja. La barraca estaba al lado de los barracones del mando. Para comer nos daban una especie de líquido al que llamaban "café" y un poco de pan. Eso era todo.

Luego, como estaba enferma, mi familia consiguió sacarme y me devolvieron a la barraca. No podía levantarme. Cuando pasaban lista, mi madre a duras penas me sacaba afuera y, cuando terminaba, aun arriesgándonos, me volvía a acostar.

Un día nos llamaron otra vez. Teníamos que salir de las barracas porque venía una comisión de Clermont-Ferrand. Como yo no podía levantarme, mi madre dijo: "Sea lo que sea"... y se quedó conmigo. Pero los de la Comisión entraron en la barraca y me encontraron. Esta Comisión se encargaba de las mujeres enfermas y de los niños y se los llevaba a un Grupo de Trabajadores Extranjeros, grupo 662, a Manzat, en el departamento del Puy de Dôme.

En el campo estábamos mi madre, mi hermana y yo, y mi padre estaba en el de los hombres. Nos veíamos a través de las alambradas. Pero cuando nos veían los milicianos arremetían contra nosotras y a culatazos nos hacían retroceder; algunas mujeres quedaban heridas; las más, llenas de morados; no nos dejaban comunicar con los parientes; sin embargo, nosotras nos arriesgábamos a ir tres o cuatro veces al día para recogerles o llevarles la ropa; si nos sorprendían, culatazos. Yo recibí un culatazo aquí (señala la pierna).

En Manzat estuve empleada en los despachos como secretaria. Luego, mi cuñado, que se encontraba en el departamento del Ariège, nos reclamó y me marché allí.

En el Ariège entré en la Resistencia por medio de una chica que se llamaba Carmen, de Bilbao. Los alemanes ya habían venido a visitarme una vez, y empezaban a buscarme. Encontré una colocación en un hotel, donde trabajé algunos meses; tenía que hacerlo para cubrir las apariencias. Los días que tenía libre salía en misión y los demás días, en el tiempo libre, también; viajaba constantemente llevando documentos y mensajes. Nunca llevé armas.

Una mañana fui a Foix, al café en el que tenía que encontrarme con las personas que debían esperarme —yo conocía al camarero y aquella mañana... no era el mismo y tuve miedo—. Las personas a las que yo esperaba llegaron más tarde y las detuvo la Gestapo. Yo había entrado en el café, pero, al notar algo raro, me marché inmediatamente. Me escondí en un pueblecito. Nunca más volví al café.

Al día siguiente llegué a St. Girons; ya empezaban a inquietarse porque no tenían noticias mías. Se dieron cuenta de que la persona que yo esperaba había sido detenida. Entonces yo me fui unos días a la montaña con los “maquis”. Luego bajé, para reincorporarme a mi trabajo. Nadie me preguntó nada en el hotel, porque la dueña estaba al corriente de mis actividades. El patrón no, porque él trabajaba para la Gestapo; en cambio, su mujer era de la Resistencia. Por la época en que empecé a trabajar, los milicianos, con la Gestapo, venían a menudo al restaurante a pasar control, a la hora de la comida. Una vez, ocurría que había dos resistentes y me dio tiempo de avisarles. Llevaban pistolas y, cuando les llamaron, pudieron dejar las pistolas encima de la mesa bajo las servilletas y se presentaron al control, pero sin las armas. Llevaban papeles falsos, como es natural, pero no notaron nada. Yo, mientras tanto, cogí las pistolas, las llevé a la caja, y mi patrona las escondió, hasta que unos días más tarde las cogí y se las devolví.

En St. Girons, por la noche o durante el día, si eran personas sospechosas, la Gestapo o la Milicia las mataba en plena calle. En una noche, mataron a tres.

Yo no salía del hotel. La dueña no me dejaba ir a casa; me hacía dormir en el hotel, porque era muy peligroso andar por la calle.

Unos diez días antes de la Liberación, la patrona vino a la cocina corriendo; estábamos comiendo —eran las once y media o doce menos cuarto, porque nosotros comíamos antes de empezar el servicio— e hizo que me marchara rápidamente por la puerta trasera, por los lavaderos. Salí y me escondí en una carnicería. Yo no sabía lo que estaba pasando. En la carnicería no quisieron ocultarme. Entonces atravesé la calle; era una calle estrecha y entré en una pastelería. La pastelera me escondió en la trastienda y fue a buscar a los vecinos de arriba; eran unos españoles, catalanes. Me escondieron en una especie de buhardilla que tenían y allí permanecí unos diez días hasta la Liberación.

Luego supe que había habido un control de la policía y habían visto que yo era refugiada política española y que procedía del campo de concentración.

A la Liberación, el patrón del hotel fue detenido y encarcelado; la patrona, al contrario, porque ayudó a la Resistencia.

## Conchita Ramos

### *de los Famosos Veletas. Orienenbourg y Ravensbrück*

Yo he sido criada y educada en Francia por mis tíos. Durante la guerra de España, mi tío trabajó en Aviación en zona republicana; se ocupaba de la fortificación de los campos de aviación; en 1939 regresó a Francia y la vida familiar continuó. Yo tenía catorce años.

En el Ariège, en abril de 1943. Los colaboracionistas estuvieron viendo lo que allí ocurría y sabían que existían “maquis”; habían grupos organizados en Rieu de Pelle-Port, en Ariège; a 4 Kms. en Varhiles teníamos un “chantier” que se llamaba “La Caramille”, y más arriba había otro que se llamaba “Le Baulou” y más tarde el del “Col du Py”.

Mi tío que desde el principio participó en la Resistencia, tuvo que marcharse, y durante algún tiempo todo estuvo desorganizado y fue entonces cuando, al cabo de algún tiempo, vinieron a pedirnos, si podíamos continuar la lucha que mi tío había llevado; ayudamos a todos los camaradas que vinieron a establecer contacto con nosotros en todo lo que había trabajado mi tío; reorganizamos los grupos de Resistencia, casi como estaban antes, y como sabíamos que en el “Col du Py” los grupos funcionaban, volvimos a tener contacto con ellos, y entonces fuimos integradas a la 3ª Brigada de guerrilleros. Mi tía Elvira, mi hermana María y yo. Llamadas la familia Veleta.

En 1943, en esta época es cuando conocí también al señor Linares y a otra persona que estaba escondida en nuestra casa, que se llamaba Bernadette; era una española, con nombre falso.

María y yo íbamos a los “maquis” de enlace, sobre todo el “Col du Py”; mi prima y yo siempre estuvimos en la “ferme” de los Veleta, recibíamos los partes y la propaganda, cartas algunas veces, órdenes de misión, que llevábamos a ciertos jefes de “maquis”. El 24 de mayo de 1944, a las nueve de la mañana llegaron los milicianos en número considerable y teníamos un grupo de tres hombres en casa; los milicianos eran la policía de Petain que volvían a por Ríos; el día antes supimos algo por medio de camaradas que trabajaban cerca de la policía, que se ocupaban de vigilar; nos dijeron que se preparaba una redada contra el “maquis”, Ríos estaba en casa, cogió miedo y vino el 23 de mayo a pedir a mi tía si lo podíamos esconder porque había amenazas de detención y no quería quedarse en su casa. Se quedó; en casa había un grupo que tenía que salir el 24 para la frontera, para pasar aviadores; lo escondimos con este grupo y al día siguiente a las nueve de la mañana, la policía nos rodeó.

Enseguida empezó un tiroteo. ¿Quién empezó? yo no sé nada; el caso es que el grupo de hombres se escapó, y Ríos fue herido; le alcanzaron con una ráfaga de ametralladora en el vientre; mi prima y yo fuimos dete-

nidas con Ríos y mi tía; los otros chicos también fueron heridos pero pudieron escaparse. Nos llevaron al centro de las milicias de Foix; a Ríos le pusieron en un rincón de la sala. Como perdía mucha sangre, pedimos que lo llevaran al hospital; alguien contestó: "Es un perro. No tiene importancia. ¡Es uno más que morirá!" Finalmente, a las tres de la tarde, se lo llevaron al hospital de Foix; a nosotras nos interrogaron durante unos días, pues un miliciano fue muerto. Después nos entregaron a la Gestapo allí empezaron de nuevo los interrogatorios.

Los alemanes nos pegaron unos bastonazos para hacernos hablar y por la noche la mujer del director de la cárcel venía a cuidarnos; los alemanes, con un látigo, nos hacían unos interrogatorios terribles. Mi preocupación principal era que no me martirizaran mucho y que no hablase; pues, si bien conocían los dos primeros "maquis", el del Col du Py lo ignoraban; yo tenía el culo negro como el hígado.

El jefe de la Gestapo de la villa Loquet, que era el centro de la Gestapo de Foix, nos dijo: "Nosotros no os hicimos hablar, pero hay quien sabrá hacerlo mejor que nosotros".

Afortunadamente no nos torturaron, no nos hicieron como a una chica que estaba en nuestra celda, a ella sí que la torturaron, pues la pusieron dos electrodos en los pechos y los tenía completamente negros; la pobre estaba en un rincón como un animal, incapaz de la menor reacción. Así que al lado de esto, yo creo que en el fondo no fui torturada.

Yo he visto como les arrancaban las uñas de los pies y las manos a hombres y mujeres. Cuando el desembarco, el pánico fue general; nos hicieron evacuar la cárcel de St. Michel y nos trasladaron al cuartel Cafarelli. Allí nos mezclaron con las mujeres que venían del campo de Vernet y de Noé, pues evacuaban a los presos para que no fuesen liberados por los Aliados, y en éste había españolas: Nicolasa, la madrileña, Oliva, Antonia Rubio, María Santos; estábamos todas juntas en este cuartel; los hombres, abajo; las mujeres, arriba, en un dormitorio mejor que en la cárcel. En St. Michel internaron a todas las personalidades, los que trabajaban en la Prefectura y otros servicios, todos los "gordos" que sabían que eran antinazis; de allí nos trasladaron al cuartel Cafarelli. Es por esto por lo que en nuestro último transporte llamado el "transporte fantasma", había mujeres y hombres de Vernet y de Noé. Estas mujeres estuvieron internadas desde 1939 y tenían sus hijos con ellas en el campo de Noé, y cuando llegamos a Ravensbrück encontramos allí a familias que habían quedado en el campo. Los niños también habían sido deportados; los hijos de Nicolasa Oliva y María Santos fueron deportados a otros campos de hombres, pues tenían diecinueve y dieciséis años respectivamente.

Nos llevaron a la estación Beimal de Toulouse, directas a Burdeos hacia Romainville; en Burdeos tenían que incorporarse a nuestra expedición otros presos y presas.

Antes de llegar a Burdeos fuimos ametrallados por los americanos; después fuimos atacados por el "maquis", que querían liberar el tren de todos los deportados. Estuvimos quince días en el Fort Du Ha, y luego nos juntaron con los prisioneros de este fuerte Du Ha. Todos eran de la Resistencia; había chicas jóvenes como yo, pero no vi españolas. Estas chi-

cas habían nacido en Francia y combatían con los franceses; había una tal Felicia, nacida en Vasconia. Salimos del fuerte del 20 de julio y, desde allí, otra vez a Toulouse.

Los Aliados habían cortado las líneas. Entonces cogimos la vía del Ródano hacia Sarrebrück. Tuvimos contacto con el "maquis"; como las vías estaban cortadas, a veces nos hacían andar 5 Kms. para reanudar el transporte. Todos nos decían: "No llegareis, no llegareis". Había jóvenes y mujeres de la Cruz Roja, que fueron formidables. Hacía mucho calor dentro de los vagones de animales donde estábamos encerradas; tuvieron que abrirlo, ya que estaban precintados. A veces pasábamos ocho días en una estación porque no se podía avanzar. Pues las vías estaban cortadas.

Tuvimos varios heridos, incluso hubo muertos en los vagones de hombres. Finalmente, el 2 de septiembre llegamos a Alemania, cuando toda Francia era ya libre. Primero fuimos a Dachau; allí dejaron a todos los hombres; yo creo que entre el campo de Vernet y el de Noé eran 1.500. Nos tuvieron allí ocho días; no nos quisieron porque no habían mujeres en aquel campo. De nuevo al tren y las mismas peripecias; en Dachau nos pusieron en el de los oficiales alemanes. Por la noche nos llevaban a dormir a las duchas, y de día en el comedor de los oficiales. Sólo tuvimos contacto con los chicos que hacían la limpieza y servían la comida; eran alemanes que estaban internados desde 1934 y 35. Encontré algunos que eran de las Brigadas Internacionales que lucharon en España. Uno me dio su dirección; era austriaco y se llamaba Huibian. Es el único nombre que recuerdo.

Llegamos a Ravensbrück el 9 de septiembre. Fuimos a parar al bloque 22, el más sucio. Allí estaban las gitanas. Nada más entrar, un olor nauseabundo se nos agarraba a la garganta; era terrible; los piojos, chinches, de todo había allí. Una jefa de bloque era polaca y mala como un demonio.

Al llegar al campo pasamos a las duchas, desinfección, todo el proceso rutinario. Yo tenía el pelo muy largo; me lo cortaron, como a varias de nuestra expedición. Había mujeres que fueron detenidas en el hotel moderno de Fijac. Eran un grupo de resistentas, y allí detuvieron a toda la familia y a las dos criadas. Una era española. Murió en Ravensbrück; se llamaba Mimi Tapia. La cortaron el pelo, estaba muy deprimida y, como vieron que no servía para trabajar, la pasaron al gas. Tenía veinticuatro años. Allí hicieron la selección. Se quedaron con las que éramos jóvenes y podíamos trabajar; tuvimos la suerte mi tía, mi prima y yo de no ser separadas, pues no llevábamos el mismo nombre; en principio separaban las familias; fuimos a parar al comando de Auberchevaide, en la barriada de Berlín. Nos pusieron a trabajar en material de aviación; hacíamos acumuladores de aviación; trabajábamos a la "chaîne"

El trabajo no era demasiado; lo terrible era el trato que nos daban; en Ravensbrück he visto las "oficerinas" pegar con los látigos que llevaban; pegaban a las que pisaban los bordes de las barracas; pegaban a los niños, que chillaban, hasta que perdían el sentido, y después en las salas de exterminio a los que jamás volvíamos a ver. Los golpes, el ladrido de los perros, los silbidos, las "listas" a las tres de la mañana, durante tres horas, las "blokobas", las "auficerines"; yo recuerdo haber visto el 9 de

septiembre en Ravensbruck carámbanos de hielo que colgaban de las barracas; hacía un frío horrible; mal vestidas y sin comer. Permanecíamos tres horas inmóviles; al terminar nos daban una especie de café, que no era café ni mucho menos. Muchas mujeres caían en las filas, y un día ví a un oficial alemán con un perro, tirárselo encima a una mujer para hacerla que se levantara. Sólo con recordarlo me entran ganas de llorar. Fue horrible, la habían mordido en las piernas, en los muslos, la colgaban pedazos de carne. Esto y los niños golpeados y que desaparecían, es la visión más terrible que guardo de Ravensbruck. También eso de ver los pequeños judíos, que los hacían marchar en filas como a nosotras, los hacían cantar y los llevaban directamente a las salas de exterminio.

Como he dicho, trabajábamos en una fábrica de acumuladores para aviones. El trabajo no era muy duro; en Ravensbruck yo tenía el N° 82.470. Fuimos el último transporte desde Francia, pero llegaron las del campo de Auschwitz y era terrible, pues además de lo que sufrieron en el campo antes de salir, las tuvieron encerradas quince días en los subterráneos, barracas, vagones, etc. Llegaron en un estado lamentable.

Al llegar, la impresión del campo de Ravensbruck fue terrible; lo contrario que el campo de Dachau, que era un poco más alegre. Había sembradas flores. Bien seguro que yo no ví el interior del campo, sólo ví la entrada y el comedor de los oficiales, pero en Ravensbruck todo era siniestro, el camino de piedras, el campo negro, el águila enorme, llegamos cerca de las seis de la tarde; al bajar del tren, dos filas de SS con los perros. Fuimos a dormir a las duchas; antes nos hicieron que nos desnudásemos y desfilar ante un oficial SS, sentado en un sillón de mimbre, mirándonos a todas. Total, nos miraron los dientes, dos o tres veces nos hicieron el mismo exámen, a pelo todo el mundo. Después fue cuando nos destinaron al comando de los alrededores de Berlín, conmigo estaba María Santos, mi tía y mi prima. Nos pusieron en un convoy de belgas, donde permanecimos durante unos meses; empezaron los bombardeos, cada vez más fuertes; tocaron nuestra fábrica: una barraca de madera de dos pisos, a orillas del río Espré; en ella trabajábamos unas 500 mujeres. Nos quedamos sin electricidad (estábamos rodeadas de cables eléctricos). Trabajábamos doce horas de día y doce horas de noche. Una semana en que trabajaba de noche, al llegar las seis de la mañana, una "oficerina" me cogió de los pelos (que ya habían crecido un poco) y me acusó de sabotaje. Mi trabajo consistía en controlar las piezas. Yo las dejaba pasar sin controlar, en el tapiz sin fin, pero teníamos que vigilar que no nos vieran los SS. Esto lo hacíamos todas, pero aquel día fuimos cogidas tres, una holandesa, una belga y yo. Al llegar al bloque nos dieron los seis bastonazos y nos cortaron el pelo a rape; tuvimos la suerte de que habían bombardeos, porque normalmente no se hacía así; esperaban a los días de descanso, ponían a todo el mundo en fila y fuera del bloque, como siempre de noche, con el frío, la nieve, la lluvia, de pie, nos cogían toda la ropa y quedábamos desnudas; decían que era para desinfectarlas, pero no era verdad, porque quedaban detrás de la puerta hasta que volvíamos a entrar y la encontrábamos como la habíamos dejado; el castigo era de veinte a treinta golpes de bastón dados por una presa; las voluntarias para

eso eran de derecho común, casi siempre polacas y alemanas.

Hay que decir lo que significaban los colores de los triángulos: el rojo era político; el verde, derecho común; el negro para los homicidas; las judías, a causa de su religión, estrella amarilla, allí estaba todo mezclado. Las que daban los bastonazos tenían un plato de sopa suplementario; el día en que nos pegaron; nos dieron seis bastonazos y nos mandaron a dormir; en este "komando" habían más guardianas mujeres que hombres, pero por un sí o por un no, todo eran castigos (por el ruido, por cantar). Nos ponían de pie fuera del bloque, después de doce horas de trabajo y por comida una sopa malísima al mediodía hasta las diez de la noche. Hacía tanto frío, que el río Espre estaba casi siempre helado; el día de descanso se cambiaba el equipo, pero de descanso había poco, pues nos hacían pasar horas interminables de "appel", o nos dejaban fuera de la barraca, con la excusa de la desinfección; pero las que tenían que hacerlo, se pasaban el día escondidas, riendo, y al entrar encontrábamos la suciedad como antes.

Tuvimos una temporada terrible de disentería, provocada por la mala comida; atacó a todo el mundo, hay que compender en qué estado estaríamos 500 mujeres con una diarrea terrible y con cuatro waters solamente. Había excrementos por todas partes; muchas no tenían tiempo de bajarse de la cama, pues eran camas de tres pisos, o sea que caía por el suelo, o encima de las deportadas; esto llegó 2 veces en 10 días de intervalo, es la única vez que se limpió la barraca a fondo. Como los bombardeos duraron todo el día, nos escapamos y nos encontramos todas fuera del campo; las bombas caían por todas partes, pues los bombardeos eran muy severos; nos fuimos a través los campos y fuimos a caer en un campo de STO donde había franceses.

Nos dieron pan y margarina y un poco de salchichón.

En aquellos bombardeos tuvimos muchas bajas; principalmente entre las belgas hubo muchas muertes; mi prima ya no estaba con nosotras, cayó enferma y volvieron a llevarla a Ravensbruck, y cuando regresó, nos enteramos de que, al llegar a Ravensbruck, la llevaron al campo de Berguen-Belsen. Entonces yo estaba con mi tía y mis otras camaradas; mi tía y yo estuvimos juntas hasta el último día del éxodo alemán. Los SS nos cogieron de nuevo, y como nuestro campo fue destruído, nos llevaron durante tres días a unos subterráneos infectos, sin luz ni aire; el agua caía por los muros; sólo nos sacaban unos minutos al día. Aquello también fue malo.

Al cabo de tres días nos embarcaron en una barca y nos hicieron atravesar Berlín, en dirección desconocida; esto era el 14 de abril. Recuerdo esta fecha porque los españoles decían que este día era el día de la República española; para nuestra gran satisfacción y alegría, vimos que Berlín estaba en ruinas; es decir, que los nuestros les pegaban fuerte. Es indescriptible la alegría que sentimos al verles casi caídos, aunque nuestra vida no tenía más que en un hilo.

Llegamos al campo de Oranierberg, que también fue bombardeado; estaba lleno de hoyos y montones de tierra, barracas destruídas. Parecía como si se hubiese producido un terremoto. Nos mandaron al campo de



Sarchsenchausen; nos hicieron salir salir de este campo para salir en "komando". Fuimos a pie al campo de Copernic, que no estaba muy lejos de Sarchenchausen; allí nos hicieron trabajar con pico y pala, haciendo trincheras y fortines de artillería para defender Berlín. Fue un calvario terrible; no teníamos fuerzas para nada. Las Aufseherinen nos pegaban; los guardias nos daban con las culatas de sus fusiles. Muchas mujeres cayeron. Menos mal que los Aliados llegaban y aquello no duró mucho. Nos llevaron de nuevo a Sachsenhausen. Allí encontramos a muchos españoles, entre ellos Largo Caballero. Había muchos hombres; estábamos todos mezclados, no en las mismas barracas. Pero las barracas estaban mezcladas.

Poco después nos hicieron salir por las carreteras, pues decían que los rusos llegaban y no querían que nos cogiesen, querían ir a parar con los americanos, pues sabían que los americanos serían menos duros que los rusos. Aquello era abominable; la fila de deportados era muy larga, compuesta por hombres y mujeres. A los que caían de fatiga los mataban y los dejaban en las cunetas; ayudábamos todo lo que podíamos a los más cansados.

Las cunetas estaban llenas de cadáveres y de armas. Para nosotras era una alegría ver aquello pues decíamos: "Si abandonan las armas en las cunetas, es que las cosas van muy mal para ellos".

Llevábamos la ropa del campo; estábamos llenas de piojos, un éxodo es igual que los demás éxodos. La gente se lleva todo lo que puede; algunos con carros y con todo lo que tuviera ruedas. A veces estábamos todos mezclados en medio de la carretera, aprovechando lo cual los prisioneros de guerra franceses nos entregaban ropa. Nosotras, de ochenta y cinco mujeres que salimos del campo, quedábamos veintidós. Unas quedaron en el campo; otras, enfermas, las mandaron a Ravensbruck y muchas murieron. Estas veintidós que pudimos regresar a Francia, nos pusimos de acuerdo para no separarnos pasase lo que pasase, cuando una no podía andar, otra le daba el brazo; nos ayudábamos enormemente: "Un poco más de esfuerzo y esto se termina". No teníamos otra idea que la de ser "liberadas". Yo creo que fue esto lo que nos hizo resistir.

Por la noche dormíamos siempre fuera, al borde de la carretera; hemos tenido que dormir encima de la nieve y el hielo, en los prados, no importa donde nos encontrásemos; cada vez que los civiles se acercaban a nosotras, los SS se encargaban de hacerlos marchar. Los prisioneros franceses también tuvieron que alejarse. Una noche llegamos a un bosque de pinos. Los árboles eran jóvenes, y las ramas bastante bajas, lo que hizo que nosotras enseguida buscáramos uno grueso para reunirnos todas bajo el árbol. Encontramos un pino que las ramas tocaban casi al suelo; nos pusimos todas debajo, como pudimos, y aquella noche los SS, dispararon con las ametralladoras y mataron a todos los que quedaban de la columna; todos, hombres y mujeres, fueron asesinados mientras dormían. Cuando se hizo de día y vimos aquella carnicería, es indescriptible el horror que sentimos, sabíamos que eran malvados y sin entrañas, pero ver estos crímenes gratuitos.

De nuestro grupo, que inicialmente estaba formado por ochenta y cin-

co, no quedamos más que veintidós y, claro, hicimos lo que pudimos para ayudarnos unas a otras, había polacas, judías, gitanas, checas, hombres, todos mezclados. Nosotras fuimos salvadas por el pino que nos cubría.

Muchos espectáculos horribles habíamos presenciado, pero aquello nos dejó sin fuerzas. Entonces nos dimos cuenta de que estábamos solas y que nuestros verdugos se habían escapado. Una de las nuestras dijo: "Atención que pueden volver", y entonces nos fuimos a campo traviesa, sin dirección fija; huíamos de aquel lugar maldito, alejándonos de las carreteras y de las columnas de refugidas; durante unos momentos pasamos por un campo recién labrado y vimos unos tanques que avanzaban disparando con las ametralladoras. Nos tiramos todas al suelo y sacamos nuestros pañuelos de cabeza blancos y empezamos a mover los brazos con los pañuelos; los tanques pararon. Todas llevábamos el triángulo rojo con una F y empezaron a decir "Fransusen".

Eran los tanques rusos, que nos liberaron y sus ocupantes nos dieron de comer.

Y empezamos otra vez con la famosa disentería, y cuando llegamos a las filas americanas estábamos como guiñapos. Los americanos nos repartieron en camiones militares con bancos y cubiertos con toldos; organizaron bien las cosas.

Acostumbradas a ser prisioneras, no queríamos movernos. Ellos nos decían: "Pero salid del camión, sois libres de ir a donde queráis". Estábamos atontadas aún por la vida que habíamos llevado.

Atravesamos Holanda en camiones hasta Bruselas; la vista que ofrecía Holanda era magnífica, con inmensos jardines, floridos de tulipanes, y por todas partes la población civil venía a vernos, nos traían flores. En Bruselas cogimos el tres hasta Lille. Allí tuvimos la primera visita médica y tuve mi primera alegría, pues desde que nos liberaron decía siempre: "Tengo ganas de comer chuletas con fideos", y allí nos dieron chuletas con fideos. Luego hicimos lo que ya era rutina de todos los deportados; ir a París. Nos llevaron al hotel Lutecia. Allí encontramos a muchos camaradas de las cárceles; de París fui a Toulouse.

Fin de la declaración de Conchita Ramos Veleta

A nuestro regreso en la estación Matabiau de Toulouse, nos encontramos con el cuñado de mi prima María Veleta. Era el jefe de la estación, y a cada tren que llegaba por los altavoces gritaba nuestros nombres. El de mi tía y el mío, pues tuvimos la suerte de volver juntas, de encontrar a la familia para acogernos. Pero mi tía, al oír nuestros nombres y que éramos invitadas a que nos presentásemos en el despacho del jefe de estación, se abrazó a mí llorando; "Nos los han fusilado a todos, ¡a todos!. Nos hemos quedado solas, ¡solas!. Ella, que ya no podía andar de tantas fatigas y suplicios. Pero, afortunadamente, los tres hijos de mi prima María estaban sanos y salvos, y mi tío que pudo refugiarse en Andorra, estaba de vuelta también. ¡Cómo describir nuestra alegría, nuestro encuentro ro-

deado de cariño!. Pero continuábamos sin noticias de María. Nos fuimos a Varilles, de donde habíamos salido detenidas.

Pocos días después, la suegra de María, recibió un telegrama así: "María llegada hospital Salpetrière a París". Fuimos rápidamente mi tía y yo a París.

Cuando vimos a nuestra pobre María, estaba completamente desconocida. Qué horror. No tenía más que la piel pegada a los huesos, era un esqueleto viviente, pero que se moría al mismo tiempo. Estaba tan convertida en esqueleto, que en todas las juntas de los huesos, los dedos, los codos, las rodillas, las nalgas, las vértebras, todos esos huesos habían perforado la piel; tenía los huesos al desnudo. Hubiérase dicho que era un esqueleto para los estudios de medicina. Su cara, imposible de describir, era la verdadera cabeza de un esqueleto. Fue repatriada en avión y ni siquiera pudieron ponerle una inyección para salvarla. Había sido envenenada por las aguas del campo de Berguen-Belsen. Como había tantos montones de cadáveres, se declaró el tifus. Los últimos días, las aguas de aquel campo se envenenaron. A pesar de su estado, conservaba toda su lucidez. Su marido fue prisionero de guerra; no sabía siquiera que su mujer había sido deportada.

Después de todos los sufrimientos y el desenlace final de mi querida hermana María, necesité muchos años para readaptarme. Andaba entre cielo y tierra.

Gracias a mi esposo (me casé muy pronto), que me ayudó mucho, encontré el equilibrio.

Cuando vuelvo el pensamiento atrás, me digo siempre: "Después de lo vivido, no hay que desesperar; estamos juntos en vida, ya encontraremos la solución". Los que hemos vivido tanta tragedia, nos volvemos filósofos y optimistas, como quieras.

*Conchita Ramos*

## Josefa Ramos

*(Toulouse)*

Cuando estalló la guerra, como estaba afiliada a las Juventudes, me pusieron en los comedores populares, que estaban formados por trabajadores de la CNT y de la UGT en Sabadell.

Cuando empezó la retirada, con otras compañeras, Teresa Manelich, María Derm y otras, fuimos al PSU a destruir los archivos, y después al Sindicato. Luego, unas marcharon en camiones, otras a pie, en fin, como podían. Nosotros fuimos desde Sabadell hasta la frontera a pie, yo con mi hijo y con otras compañeras.

En Gaillac, empezamos a encontrar camaradas y a estudiar la forma de organizarnos. Primero había que encontrar una casa seria, y yo dije: "La mía". Desde entonces en el 41, mi casa fue el cuartel general de los guerrilleros españoles en Francia. Yo soy guerrillera del Estado Mayor de los guerrilleros de España.

Desde entonces, los que se escapaban venían a mi casa, y desde allí eran destinados a los diferentes "maquis". Yo era portadora de las órdenes de misión, o si había que acompañar a algún compañero u otra cosa.

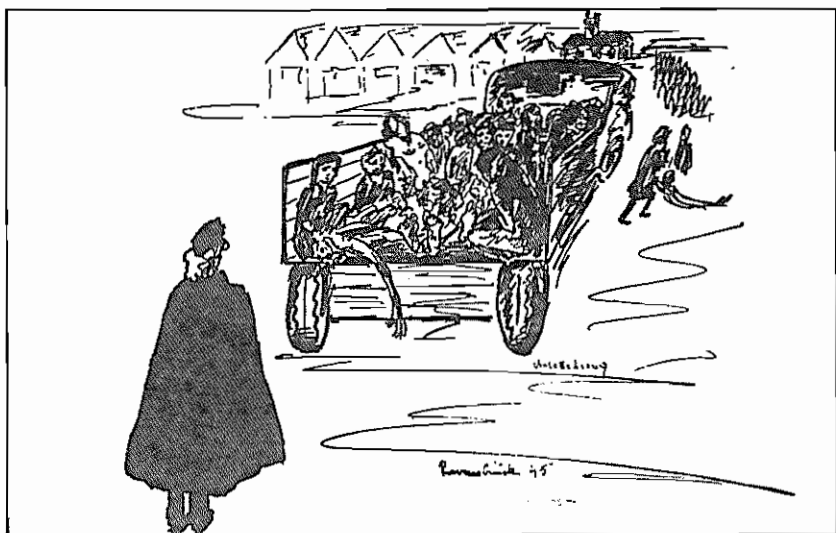
Pero luego vino lo más gordo; cuando tenía que transportar armas de un lado para otro, de un "maquis" a otro, de un departamento a otro, con papeles falsos, con papeles legales, de todas clases. También solía ir a ayudar a llevar las llaves inglesas con las que se destornillaban las vías en los sabotajes de los trenes. Los fulminantes de las mechas para hacer saltar las vías, todo eso salía de mi casa. Como era el Cuartel General, todo salía de allí.

Si se tenía que ir a liberar a algún preso a la cárcel, también salían de casa los encargados de esa misión. De allí para X sitio, y al día siguiente a llevar las documentaciones falsas de aquí para allá. En fin...

Cuando íbamos a hacer algún sabotaje, entonces se actuaba por la noche. Íbamos en bicicleta hasta el sitio indicado. De allí salíamos poco a poco, algunas veces a rastras por el suelo. A mí me dejaban en el sitio; me cogían el material y los hombres iban a colocarlo, y luego volvíamos todos juntos a casa porque tenían que informar del trabajo realizado. Y al llegar apenas a casa, ya oíamos el "¡bum!", señal de que todo saltaba.

Se sabían las horas de los pasos de los trenes porque nos lo comunicaban al Estado Mayor los "maquis" franceses y españoles. Había una Resistencia civil y otra militar. Existía una estrecha colaboración; porque incluso los gendarmes nos decían a veces: "Atención, porque baja una columna de alemanes por aquí y por allí..."

Una vez hubo un chivatazo. Vino la Gestapo a casa, pero no encontraron a nadie.



Teníamos una consigna. Cuando las cosas estaban normales, en las ventanas de casa no había nada; pero, si por casualidad, había pasado algo, yo colgaba un trapo blanco en una de ellas.

Aquel día yo estaba sola; estaba lavando. Llamaron a la puerta y yo dije que se esperasen. No dijeron que era la Gestapo, y como todos los días venían a casa diez o doce personas, todas la mañanas venían por lo menos dos enlaces (mujeres). Traían de todo: documentos, armas, explosivos, u "órdenes de misión"; o a hacernos saber que una casa había caído, es decir, que había sido visitada por la policía, o que alguno había sido fusilado, o que otros habían caído en manos de la Gestapo.

Había muchas mujeres de las que no recuerdo el nombre. Porque yo también me desplazaba y no estaba siempre en casa; es decir, no las conocía a todas. Pero todas eran los enlaces de los diferentes "maquis". Había muchos. Aquí, en Villefranche de Rouergue, había uno. En un pueblecito más abajo había otro; ya eran dos. Luego había toda la Resignie. En la Resignie, estaba mi marido, y allí había dos. En Carmona había otro. Todo eso pertenecía a nuestra Agrupación. En los Pirineos, hacia el Ariège, estan Carrillo, Modesto, Guerrero y otros que no me acuerdo. Puede que, hubiera una treintena de "maquis". Todos se coordinaban desde nuestro Estado Mayor en Gaillac, rue de la Madeleine, nº 40, casa Pepita Ramos.

Cuando llevaban a cabo un asalto, venían a dejar constancia del trabajo realizado. Siempre venían un hombre y un enlace; nunca vinieron dos mujeres juntas.

A las nueve de la noche entra el comisario de policía y me dice que salga. "Oiga —dije—, ¿y a estas horas me van a llevar a Toulouse?"— No. No te llevamos a Toulouse. Vas a tu casa, estás libre". (Este comisario era de la Resistencia y yo lo sabía.) Por el camino, porque me acompañó hasta casa, me dijo que le parecía que no les había dicho la verdad, y yo les dije que sí, que sí que se la había dicho. "No, no me has dicho la verdad, y ahora puedo decirte quién os ha denunciado. Es una española". Era una española de las antiguas residentes, una maña.

Los guerrilleros continuaron viniendo a casa. Sí, porque en Gaillac casi todo el mundo estaba en la Resistencia; la policía también era de la Resistencia.

Hubo un caso trágico en las minas de Decazeville. Yo tenía una orden de misión y era el 14 de julio del año 43; si creo que era en 1943. Aquel día bajarou los "maquis" franceses y españoles y organizaron una manifestación formidable con las banderas españolas y francesas enlazadas y se cantó "La Marsellesa", "La Internacional." Fue fantástico. ¡Yo lloraba viendo nuestra bandera de la República por aquellas montañas!

De esto hubo un chivatazo y al día siguiente, vinieron los alemanes e hicieron una matanza terrible. Yo, sola por aquella carretera, y veía, un muerto aquí, otro muerto por allá... ¡Ay, ay, no puedo pensarlo! Andaba sola de noche, porque se me había escapado el auto y andaba loca por aquellos caminos, pensando que habían matado a tanta gente. A un grupo de "maquisards", que se escondieron en un pozo... Eran un español de la antigua emigración, se llamaba Bravo, un francés y dos españoles más, ¡Los alemanes los mataron a todos!

Llegué a la estación, cogí el tren y para casa. Llevaba documentos muy interesantes, y muchas cosas interesantes y nos paró el "maquis" francés; pero yo les dí la consigna que teníamos y no hice más que abrir y cerrar la maleta. Yo llevaba los documentos mezclados con la ropa y la maleta tenía un doble fondo.

¡Pero al llegar a Gaillac estaban los alemanes en la estación! Abrieron la maleta. Yo llevaba también dos grandes pernils y azúcar. Les dije, haciendo con la mano como que comía, "à manger" (de comer) y cerraron enseguida diciendo "Rrauss."

A casa venía una tal Serafina Vélez, antigua residente del Ariège y otra Lara, una chica joven, muy bonita, muy valiente. Era hija de padres españoles. Había nacido en Francia. Había otras españolas; una tal Carmen, "la Peque", que ya ha muerto, Carmen Royo... "La Peque", o sea Nati Molina, era la que hacía los enlaces con el departamento del Ariège, de Narbona, de Carcassona, es decir, de todos los departamentos de por aquí, del Midi. Serafina Vélez era vasca. Estaba también Teresa Manelich de Sabadell, Dolores que luego pasó a España clandestinamente con su jefe, Cristino García, que Franco hizo fusilar. Ella se quedó por Barcelona. Una tal Blanquita, no sé de donde era, también catalana. Esa era enlace de Villefranche de Rouergue. En fin, no sé decir, porque la mayoría utilizaban nombres de guerra, porque "la Peque" se llamaba Nati Molina. Eran muchas las que se llamaban "Peque" porque Josefina Peña también le llamaban así y a la Carmen esa también, y a los chicos.

En la liberación de Gaillac no hubo combate. Los alemanes, que tenían la Commandature en un "château" cerca de casa, se marcharon por la noche y por la mañana ya no había nadie.

Habían matado un "maquisard" y se quería hacer un gran entierro, porque los alemanes ya se habían marchado, pero venían otros en retirada de Toulouse. Pasaron cuando se estaba desarrollando la manifestación, el entierro, pero no intervinieron en nada, pasaron de largo.

En Gaillac se abrieron las puertas de la cárcel y liberaron los presos. Antes habían cogido a unas españolas nacidas en España pero criadas aquí; se llamaban Carmen y Elena. A una la llevaron a Toulouse y a la otra la llevaron a un pueblecito de al lado, en donde estuvo escondida en casa de los gendarmes. Por eso digo que en la Resistencia había gendarmes y policías. Así fué la liberación de Gaillac. Abrieron las puertas de la cárcel, las de la alcaldía, y pusieron banderas por todas partes. Toda la gente estaba contenta y reía...

Pero para nosotros la cosa no acababa allí; teníamos que ir a ayudar a Toulouse, porque Toulouse todavía no estaba liberado. Aún tardó ocho o diez días. Todos los "maquisards" de Gaillac fuimos a Toulouse. Pero no hubieron combates.

Josefa Ramos



## Carmen Rodríguez de Morcillo

---

Cuando empezó la guerra de España vivíamos en Madrid.

Pertenecíamos a las Juventudes Comunistas. Desde el primer día de la sublevación y mucho antes, pues el golpe se presentía, a pesar de lo que el Gobierno pudiera creer; desde mucho antes, repito, ya actuábamos con toda responsabilidad en las tareas de vigilancia.

Fuimos al frente y tomamos parte en los combates de El Pardo.

Cuando el frente quedó desestabilizado, nos ocupamos de la evacuación de la población civil, hacia Catalunya.

Mi marido estaba en el frente y a mí me destinaron a los Servicios Auxiliares del cuartel. Allí permanecimos toda la guerra, hasta que nos evacuaron a Catalunya, y más tarde a Francia.

En los últimos meses estaba embarazada y tuve un niño al llegar a Catalunya. A los quince días, apenas, de dar a luz, salíamos hacia la frontera. Me levanté de la cama para marchar con mi niño en brazos y andando.

Al entrar en Francia nos metieron en camiones y nos llevaron a unos siete kilómetros de la frontera italiana, a un penal, donde estuvimos muy mal. Permanecimos unos cuatro meses. De allí nos trasladaron a otro pueblo, Le Pue, fronterizo igualmente, pero donde estuvimos muy bien tratados porque la Municipalidad era casi toda comunista.

Pero la dicha duró poco, porque nos volvieron a trasladar a otro sitio del mismo departamento de los Altos Alpes.

Era un campo como un túnel y allí nos guarecíamos porque llovía y nevaba sin cesar. Pero, en el túnel no cabíamos todos, y algunos nos quedábamos fuera, como fue el caso de mi madre y mío. Sólo teníamos una manta para taparnos y estábamos a la intemperie toda la familia, mi madre y mis cinco hermanos.

Mi niño tenía tres meses, y no recuerdo cómo, tuvimos un paraguas, con él lo resguardábamos de la nieve.

Permanecimos en estas condiciones hasta el mes de mayo. Entonces fuimos reclamados por mi padre, que se encontraba en una compañía de trabajadores en Blois. Salimos, pero a condición de trabajar en una fábrica de caretas de antigas para el Ejército.

Aquella fábrica era un verdadero infierno. No había día que no se alborotasen las naves con los gritos de alguna desgraciada que se había cortado los dedos o parte de la mano. Eramos unas cuarenta españolas y la mayoría quedaron con algún dedo de menos.

Y no podíamos negarnos, porque ya salíamos del campo con la condición de trabajar allí.



Tres meses estuvimos en Blois. Pero a causa de los bombardeos, empezó el éxodo y tuvimos que salir dejándolo todo. Otra retirada. Un mes andando hasta que llegamos aquí, a Perpignan.

Al llegar a Perpignan nos internaron en el campo de Argelès. Tuve la suerte de encontrar otra vez a mis padres. Yo le daba teta al niño, pero no sacaba nada porque no comíamos.

Estando en el campo de Argelès se produjeron aquellas inundaciones de triste memoria. El agua iba tan alta que cubría a los niños y las madres teníamos que mantenerlos en alto. Durante dos meses el mar arrojó cadáveres a la playa de los que habían perecido arrastrados por las aguas. Las entidades francesas informaron a la prensa local que durante esa riada nos habían evacuado a todos, ¡Qué innoble mentira!

Estuve casi un año sin saber de mi marido, hasta que, en Argelès, supe que había sido retirado de la línea Maginot e ido a parar a Suiza, en donde permaneció algún tiempo encerrado también como prisionero. Logró escapar en una barca; seguramente estaba cerca de un lago fronterizo, y andando llegó hasta Lyon. Establecimos correspondencia y en una carta me preguntaba si sería capaz de escaparme del campo y venir a reunirme con él.

Yo me decidí inmediatamente, pero ¿de qué manera iba a hacerlo? No tenía dinero y era muy difícil obtener un permiso. Entonces, un chiquillo catalán de doce años me dijo: “¿Quieres que te haga un certificado médico?”. Yo me quedé un poco sorprendida, pero como tenía una idea fija: “salir”, acepté, por lo menos para saber de qué manera iba a proceder. Fue formidable.

Copió el texto de otro certificado médico que se había agenciado; fabricó un sello con una patata, y quedó tan exacto, que no tuve inconveniente en llevarlo al Puesto de Mando. Allí lo dejé. Unos quince días más tarde me llamaron. Mi madre temblaba.

Fui al Puesto de Mando, y el gendarme me preguntó si era verdad que hacía casi dos años que no veía a mi marido..., que si no conocía a mi niño, que si era cierto que estaba enfermo. Al oír esto último me puse a temblar, pensando en el falso certificado. Yo contestaba como una autómatas, casi sin darme cuenta de lo que me estaba pasando, hasta que por fin, oí claramente que me decían: “Pues, para ir a Lyon le vamos a dar ocho días de permiso”. Sólo recuerdo que salí en volandas y llegué al barracón gritando como una loca: «¡que voy a salir, que voy a Lyon!» Todas compartieron mi alegría, en medio de un revuelo general.

Pero, ¡ay!, había muchos “peros”. Yo no tenía dinero, ni siquiera para el viaje. Entonces, el vestido que llevaba, que estaba en bastante buen estado, se lo ofrecí a una señora junto con unos zapatos, los únicos que tenía. Aceptó comprármelos por 25 francos. En cambio me dió un vestido de ella, viejísimo, y unas alpargatas no menos viejas.

Lo más maravilloso es la solidaridad que se despertó en todas aquellas mujeres, compañeras de infortunio. Se movilizaron y estuvieron toda la noche cortando mantas (las mantas que nos dieron al entrar en el campo); algunas de ellas, una sábana, todo ello para confeccionarle un traje-cito y unos zapatitos a mi niño, pues el pobre estaba cubierto de harapos.

Salí dejándolas a todas emocionadísimas.

Mi marido no sabía que llegaba. Estaba durmiendo y cuando le anunciaron que preguntaban por él, no acertaba a abrir la puerta. Lo encontramos con el pantalón a medio poner, tardó lo menos diez minutos en calzarse la otra pernera.

Lo más curioso del caso fue que mi chiquillo, a ver a aquel hombre desconocido que se avalanzaba a abrazarme, se interpuso gritando: “Que no, que tú no toques a mi madre, estate ahí quieto”.

Allí empezó nuestra actividad para la resistencia.

Como mi marido trabajaba de leñador, nos facilitaba el campo de acción.

Nuestra casa era el “puesto de control” entre España y Francia.

Un día trajeron una maleta llena de ejemplares de “Mundo Obrero” y una mañana, seguramente a causa de un chivatazo, nos levantamos con la calle rodeada de alemanes.

Frente a nuestra casa vivía otra familia española. En aquel instante estaban apaleando al padre y al hijo, interrogándoles... Se habían equivocado de casa.

Lo triste del caso es lo que les pasó a los pobres vecinos, padre e hijo. Se llevaron deportado al padre a pesar de no haber encontrado nada en su casa.

Aquel día se llevaron también a tres hombres, entre ellos a mi marido. Pero para él tuvimos suerte. Yo me dirigí a varias personas que testimoniaron en su favor y a las pocas horas le soltaron.

Toda aquella época fue de constante peligro para todos nosotros. Me refiero a los que trabajábamos para la Resistencia.

Aunque parezca mentira, cuando efectuaba los “pasos” a España, lo que me causaba un miedo terrible por las montañas eran los bichos con los que podía tropezarme. Pasaba un pánico indecible pensando en los lobos, los osos (decían que por aquella parte de los Pirineos había osos), los jabalíes... No obstante, la suerte me acompañó, pues nunca me tropecé con ninguna de esas bestias.

Recordaré siempre uno de los viajes que me encomendaron. Tenía que realizarlo en cuatro días, con toda rapidez. La cosa era tan grave que no sé cómo me las arreglé, pero sólo empleé un día y medio para llegar al sitio y regresar. Cual no habría sido mi esfuerzo que, al llegar a casa, tenía los pies tan hinchados, tan deformes, que las medias se me habían reventado.

En otra ocasión se presentó un camarada en casa diciendo: “Tienes que ir a Perpignan a por dos pistolas”.

Bien, me puse en camino. Llegué a Perpignan, a la casa indicada, y recogí el paquete que me habían preparado. Era una caja de zapatos llena de pasteles. Debajo, muy bien disimuladas estaban las armas.

Al encontrarnos con un control alemán, donde me hicieron abrir la caja, les invité a pasteles. Dijeron en su lengua que estaban muy buenos y me dieron las gracias.

Con el rabillo del ojo observé, mientras eso pasaba, que unos pasos más adelante estaban revisando la documentación del muchacho que me

acompañaba. Estaba más blanco que la pared. Cuando ya nos encontrábamos sentados de nuevo en el autobús, me dijo que en su vida había pasado más miedo y que no había encontrado nunca a una persona con más "cara" que yo.

Quiero dejar constancia, antes de terminar este relato de mi modesta participación en la Resistencia, de la ejemplar ayuda de mi marido, porque sin su comprensión, sin su apoyo, sin su completo acuerdo, no me hubiese sido posible llevar a cabo mis tareas.

Y es que el ideal común, ampliamente sentido, presidió en todo momento nuestra vida. Estábamos entregados en cuerpo y alma a la causa que defendíamos.

Lo que era más duro para nosotros era tener que estar separados de nuestros hijos. Estaban con mis padres, pero a veces nos atenazaba una terrible añoranza.

Tuvimos la suerte de salir con bien, con la vida salva y de reunirnos con ellos. Hoy tenemos la satisfacción de verles, animados del mismo ideal y en la misma brecha, porque, aún quedan muchas liberaciones por alcanzar.



## Comandante Rubio

---

Testimonio de Ramón Rubio Miranda, que formaba parte del 14º Cuerpo de Guerrilleros Españoles en la primavera del 42 en el departamento del Ariège.

Comandante homologado del Ejército francés.

Gran inválido de Guerra. Perdió el brazo derecho y con heridas múltiples y graves en el pulmón, en Saint Girons (Ariège) en la plaza de la Bâscula, el 20 de Agosto de 1944, al mando de la 168 Brigada de G.E. y de las fuerzas francesas FTPF (Francos Tiradores y Partisanos Franceses) que llegaron de España)

Condecorado con la Medalla Militar y Cruz de Guerra con palmas por méritos militares.

Cruz de Combatiente Voluntario 1939-45.

Cruz de Combatiente Voluntario de la Resistencia.

Habla de la participación de las mujeres españolas en la Resistencia en Francia.

"En los albores de la resistencia, en la primavera del 42, cuando se organizó el 14º Grupo de Guerrilleros Españoles en el Ariège, al mando del jefe Ríos marido de Libertad Rocafull, ya las mujeres españolas jugaron un papel de primer orden.

Libertad Rocafull, a pesar de estar limitada su actuación por la responsabilidad de su marido Ríos y Angelita Gallardo. Fueron estas dos las primeras mujeres que tomaron parte en las actividades de nuestro grupo.

Su primer trabajo, peligroso más de lo que a simple vista pueda parecer, consistió en llevar paquetes a las cárceles, a los resistentes detenidos.

Agentes de información, renovar las cartas en las alcaldías, para renovar el documento de identidad y la cartilla del racionamiento para los que se encontraban en situación ilegal. ¿Cómo se las arreglaban? Dios lo sabe. El caso es que ellas arrostraban las dificultades de ese trabajo siempre con éxito. Naturalmente, formaban parte del 14º Cuerpo de Guerrilleros de una manera indirecta, pero a su servicio concreto.

Una familia de «emigrados económicos», el matrimonio Sáez y sus dos hijas se desplazaban al campo de concentración y a las cárceles sirviendo de enlaces y de ayuda.

También una familia francesa, los Boer, todos los cuales han desaparecido en los Campos de Exterminio nazis, salvo la hija más pequeña, nos ayudaron enormemente.

La camarada Linares, esposa de un jefe de la Resistencia detenido y deportado a Alemania, jugó un inmenso papel.

A finales del 43 y principios del 44 se incorporó a la Resistencia una maestra, viuda de un camarada maestro, gallega. Esa maestra era socialista, se llamaba Placeres Castellano.

Era enlace e informadora. Fue quien, en compañía de Serafina Vélez, llevó las maletas con armas al «maquis» del Ariège, que debían servir para liberar a los camaradas que tenían que comparecer ante el tribunal de Tolouse —“Proceso Reconquista de España”—, 250, que debían ser liberados durante el transporte de la cárcel al tribunal. Ametralladoras, pistolas, granadas de mano.

El caso fue que se llevaron a los 250 españoles de «Reconquista de España» a diferentes campos, a Vernet, etc, etc.

En el traslado de las armas para esa operación, Placeres Castellanos y Serafina Vélez tuvieron un gesto que es digno de mencionar, por la valentía y serenidad de que fueron capaces muchas mujeres. Esas armas eran transportadas en viejas maletas y con el traqueteo del tren una de éstas se rompió. Allí se veía claramente que había armas; la gente del compartimento lo vió, pero hicieron la vista gorda. Serafina, muy tranquila, que siempre viajaba como si fuera de fiesta, muy elegante, cogió su sombrero, lo metió en el agujero, una revista encima y, con una cuerda, ató la maleta. Se apearon en el alto de Santa Aura, antes de la “Estación Matabian”. Allí tenían que entregarlas y allí llegaron gracias a dos camaradas: Placeres Castellanos y Serafina Vélez.

María Martínez y otra muchacha catalana, Herminia Puigvert, joven, y que ya había pertenecido a la JSUC durante la guerra, son dos muchachas dignas de mencionar.

María Martínez, muy joven, tenía a su cargo el contacto con el Mando Central de la Brigada del «maquis» de la Cruzette para información y desplazamientos de sus miembros. Además de su padre, su madre, su cuñado, tenía tres hermanos en «maquis». Dos de ellos marcharon después a España, pasando muchos años de cárcel, y el mayor, que ya había luchado como voluntario en la guerra de España al lado de los republicanos, se fue al «maquis» en cuanto se organizó la Resistencia, a pesar de que podían haber emprendido de nuevo una vida tranquila.

La madre se llamaba Constanza; el padre, Angel.

Herminia Puigvert tuvo una misión muy especial. En junio del 44, el Movimiento de Guerrilleros volcó toda su actividad en la agrupación de todas las unidades cerca de la frontera pirenaica. Los guerrilleros del Alto Savoia, del Ysere, vinieron con armas y bagajes, acompañados por las mujeres enlaces y, a pesar de un trayecto tan largo y tan difícil, no hubo ni un control, ni un percance. Ellas sabían escoger los sitios, las horas, las vueltas y revueltas para evitarlo; ni hubo una sola detención ni una sola víctima. Herminia Puigvert los esperaba en un sitio determinado con otro joven guerrillero en St. Jean de Vergés. Ella siempre llevaba un periódico colaboracionista “Signal” como señal. Cerca de St. Jean de Vergés empezaba la zona que los alemanes llamaban zona “Verboten” (prohibida).

Teníamos una muchacha también de dieciseis años que vivía en un pueblecito en el límite de la Zona Prohibida. Para entrar en aquella zona se

necesitaba un salvoconducto establecido por los alemanes. Carmen Díaz, que así se llamaba aquella muchachita, ni corta ni perezosa se fue a la Comandatur de Tarascón alegando su estancia en dicha zona. Al aceptar quedarse allí, fue para nosotros de gran utilidad. Con su salvoconducto pudimos copiar otros falsos que necesitábamos.

Conozco el caso de dos muchachas que se fueron a hacer de guerrilleras a España. No me acuerdo de sus nombres, sólo se que a una de ellas la llamábamos Nieves. Eran asturianas y ya habían actuado en el 34, cuando la Revolución de octubre.

Yo puedo asegurar que en el grupo en el que yo he actuado, han participado de manera muy directa más de veinte mujeres españolas.

Aparte de eso, muchas mujeres, cuyos maridos estaban en los bosques, no tenían ningún reparo en hacer kilómetros y kilómetros en bicicleta para advertirnos de todo cuanto oían e indagaban. Así descubríamos muchas veces el movimiento del enemigo. Conocían bien todas aquellas montañas.

La casa de campo de los Martínez, valencianos, que nos ayudaron mucho, fue un punto de apoyo y de abastecimiento donde nunca nos faltó nada. Esa “ferme” estaba al lado del Col de Py, donde se encontraba el Puesto de Mando del Cuerpo de Guerrilleros de la 3ª Brigada.

Sin el apoyo generoso de las mujeres y su entrega total a la lucha, nada hubiéramos obtenido. María Martínez, cuando los combates de la Liberación de Saint Girons, estaba a nuestro lado con el botiquín de urgencia. En Foix, Herminia Puigvert y Serafina Vélez también participaron como sanitarias, pero no lejos, en la batalla. Asimismo participaron en la batalla de Rimont 1500 habitantes. Esta ha sido una de las batallas más importantes de la Resistencia en el Ariège. En esta batalla se rindieron más de 1200 alemanes.

Nuestras enlaces María Martínez, Serafina Vélez, Herminia Puigvert nos llevaron todas las municiones y comida, el botiquín, evacuación de heridos durante la batalla.

Y no hay ni una sola que haya obtenido ninguna condecoración. María Martínez ni siquiera tiene un solo papel que hable de su participación en la Resistencia. Y, por lo tanto, eran todas tenientes como mínimo.

¿Quién era Rosa la Asturiana? Vivía en la Cruzette con su marido Alfonso Soto, en una casa de campo. Era informadora de Aiguesjunes de Cadarcet y de La Foret Noire (Bosque Negro), de Saint Jean de Vergés y Saint Nicolau. Un día, al ver llegar a los alemanes que iban a detener a su marido, lo hizo salir por una puerta trasera. Ella se puso a dar de comer a las gallinas y su marido, con dos bombas de mano mató a dos alemanes y se pudo escapar. Pero a Rosa y la familia Armandeil los deportaron a todos. Rosa ha vuelto, pero no sé donde vive.

Una muchacha española de la «emigración económica», que vivía sola en Toulouse; Pilar, de la provincia de Valladolid. Tenía una buhardilla donde los resistentes de Vila planeaban sus sabotajes; allí guardaban sus armas.

Cuando se asaltó la alcaldía de Toulouse para obtener cartillas de racionamiento o alimentación, todo fue guardado en su casa.

En su buhardilla no cabían, pero allí fueron escondidas 200.000 cartas. Con una sangre fría incalculable, las sacaba por paquetes y las trasportó a varios «maquis» al Tarn et Garonne, al Gers y a l'Ariège. Tomaba el tren. Fue enlace del mando instalado en casa de un zapatero español. Era una mujer de confianza de César, Acevedo o Luis, para llevar partes y órdenes.

Algo se me olvidaba decir de Serafina Vélez. Una vez llevaba dos maletas cargadas de documentos y dinero. Al llegar a la estación central de Toulouse había un camarada que esperaba a la salida.

•Otro la acompañaba en secreto en el viaje; se llamaba Marín. Llegados a Toulouse había un control muy severo con un gran despliegue de militares, y Marín, que tenía su documentación en regla, se salió sin preocuparse de ella. Pero ella, muy hábil y muy segura, se dirigió a un guardia móvil con toda tranquilidad: “Mire usted, no puedo más; si usted fuera tan amable de llevarme las maletas hasta fuera, donde me están esperando, que tengo la niña enferma en casa de una vecina y tengo que darle el pecho”. El tío, al verla joven y bonita, le cayó en gracia y así fue como pasó en medio de los alemanes, que nunca hubieran pensado en registrar a un guardia móvil. Cosas así Serafina ha hecho no sé cuántas. Nos sacó de muchos apuros y realizó misiones muy importantes y peligrosas.

Emilia Calsell vive todavía en Andorra. Formaba parte de una cadena de evasión. El grupo del que formaba parte fueron un día a su casa donde estaban reunidos. Supo hacer un movimiento de dispersión, desgraciadamente, sin resultado. Casi nadie pudo escapar y fueron todos detenidos, torturados y deportados; muy pocos han vuelto.

Fusilaron dos o tres que estaban heridos y ella se escapó por una ventana de un segundo piso. Esto sucedía en Saint Martin a cuatro o cinco kilómetros de Foix, camino de Saint Girons. Muchos de este grupo eran anarquistas. Uno de aquellos muchachos, maño, que tenía unos veinticinco años, antes de dejarse coger por los alemanes se tiró desde un puente y se mató.

Para poder decir todo lo que hicieron las mujeres españolas, deberíamos haber empezado al día siguiente de la Liberación. Queramos que no, muchas cosas se han dejado en el olvido. Muchos protagonistas, dispersados o muertos, y las mujeres sois las más olvidadas, las más injustamente tratadas.

Sin vuestro apoyo, arrojo y valentía, ¡cuántos de nosotros, cuántos miles habríamos desaparecido!

## Elisa Ruíz

### *(CNT) Toulouse Deportada*

Yo fui movilizada en el cuartel de Ausias March; desde allí nos llevaron al frente. Mujeres voluntarias. Desde luego, yo tenía motivos para serlo; mi padre ha sido siempre un hombre muy de ideas, muy perseguido, castigado, todo eso..., y dos hermanos que se escaparon del frente de Zaragoza y vinieron a parar a Barcelona, en fin; yo tenía motivos para ayudar. Estuve en Chimillas y Maqueda.

Pasé refugiada a Francia, sufriendo infinidad de bombardeos. Mucha gente de los que yo conocía no estaban bien enterados de mi forma de pensar; me mandaron llamar y me dijeron: “Mira, mañica, hay que continuar la lucha, porque si la continuamos quizás lleguemos a algo, y tiene que ser unidos todos los que hemos sufrido allí”.

Entonces todavía no se había producido el contacto con la Resistencia. Esto era, digamos, una cosa como de amistad entre los de la CNT cenetistas y gente conocida que nos ayudábamos. Cuando ya vivía aquí en Toulouse, me llamaron y me dijeron que procurara acercarme... Y yo les dije: «¿Qué tengo que hacer?». «Pues, mira, de momento, pequeños trabajos sin importancia, porque nosotros, como no tenemos mucha capacidad, no tenemos más que tener mucha valentía y mucho coraje y eso es una de las cosas que tú y yo tenemos que hacer». El que me habló así se llamaba Paco. Y me inscribió en la organización clandestina de «Françoise» (Francisca). Y así ha sido mi resistencia a continuación. Hice viajes a los Altos Alpes y he traído gente, documentos; los he pasado de un lado para otro. Una de las veces llevé una carta a Perpignan y me detuvieron los gendarmes. Me hincharon la cara a bofetadas porque la carta hablaba de tomates y yo de tomates no sabía nada; la carta sabía lo que decía, quien no lo sabía era yo.. Y muchas veces nos comunicábamos por radio, sobre todo con la de Andorra, discos... «Y ven y ven y ven»... Nos poníamos de acuerdo en los pasajes y sabíamos si habían llegado bien, si habían llegado mal. ¿Verdad? Todo eso...

Estaba yo en las carreras de caballos un domingo, cuando se me acerca un señor y me dice: «Mañica, ven corriendo, que es muy urgente. A mi yerno lo ha detenido la Gestapo en Perpignan y se ha evadido y tienes que intervenir inmediatamente. Tienes que ir a casa y coger lo que él te diga. Él te dirá también en qué condiciones está». Entonces me hice ver... Él me esperaba ya; no en su casa, sino en la mía, porque a la suya verdaderamente... no había llegado todavía, porque el otro avisó y por eso fui a la noche; pero la Gestapo habían estado dentro, habían registrado y no encontraron nada. Y creo que estuvieron, según me dijo un vecino, muchas horas.



Al jefe principal de los españoles, Paco Ponzán —lo digo porque es muy nombrado—, lo apresaron y entonces a mí me dieron la misión— como nadie se atrevía y nadie quería ir, la misión era llevarle la comida, la ropa limpia, ir a buscar la sucia y lavarla yo, personalmente e incluso paquetes a los campos de concentración, a ciertos, porque verdaderamente en aquel momento se sufría y las que estábamos en libertad teníamos más o menos facilidades de hacerlo. Entonces, una persona de la Resistencia me dijo: «Tendrías que entrevistarte con el cura de la cárcel». Yo me entrevisté con él; me recibió muy mal, pero yo le dije: «Yo vengo de parte de fulano de tal». «Ah -dijo-, pase, pase». Llamó a su hermana. «Sírvele a esta señora un café caliente». Entonces me recibió y me dió su confianza, como yo le dí la mía. Los servicios de este hombre para ponernos en contacto con el jefe que estaba detenido y todos los demás. Paco nombró otro jefe, y ese jefe hacía pasos de España y se dedicó a mi casa; decidió ir a mi casa porque se encontraba que no podía ir a los hoteles porque estaba muy perseguido y porque no tenía dinero francés y, claro, me dijo si lo podría guardar durante dos o tres días en espera de arreglar su situación. Yo le dije: «Pué sí; claro que sí». A las tres y media de la mañana se presenta la Gestapo, que fue cuando nos detuvieron. Él se escapó, y yo fui detenida... Hubo un gran ametrallamiento. Aún hay gente que vive en la misma calle, en la misma casa, que lo pueden testimoniar.

Cuando llamaron a la puerta dije: «Quién hay?», y me contestaron: «La Gestapo ¿Madame Masallés? y yo dije: «Sí». —«Abra usted». Yo abrí. Dijeron: «Venga con nosotros». «Dejenme vestir». Entonces vieron que en la habitación había una persona acostada y le dijeron, sin pedirle la documentación, esto fue muy extraño, ¿eh?, muy extraño, le dijeron: «Y usted también. Vístase y venga con nosotros». Cuando salíamos, incluso me dió con el pie, al tiempo que me hacía como diciéndome: «Hemos caído» (es lo que pensé yo). Tenemos la seguridad que fue un chivatazo. Él se pudo evadir. Habían cuatro de la Gestapo; dos dentro y otros dos fuera; el uno estaba al lado del motor del coche, el otro estaba abriendo la puerta y los que nos sacaban, uno iba delante por pasillo y yo detrás, y fue cuando el chico resistente me dió con el pie. Hubo un tiroteo terrible, pero pudo salvarse. Lo supe después de la Liberación.

A mí me llevaron a la Comandancia. En el interrogatorio me pegaron. No mucho; pero me quemaron la uñas con un cigarro puro, los alemanes, y como me asusté tanto, estaba tan asustadica, acobardada, pues..., me hice, me ensucié toda, y ellos, la peste, ¡Me hicieron marchar, «Raus, raus». La peste, por la gran descomposición que me entró, pues me echaron; eso me salvó de que me torturaran más. Me llevaron a una celda veintiún día incomunicada.

Primero te hablan... por las buenas, luego por las matas, de todas las formas, y me presentaron fotografías; pero en ninguna de las fotografías que me presentaron iba ni al lado ni del brazo ni hablando; con ellas pues no pudieron justificar nada, porque fotografías, ibas incluso por la calle en aquella época, y te hacían fotografías y no sabías quién te las había hecho, pero eran ellos mismos quienes las hacían para ir cogiendo datos.

A partir de esa fecha me metieron con todas las mujeres; éramos die-

ciocho en la misma celda en San Michel, porque los veintiún días primeros estuve sola hasta el interrogatorio. Y luego, cuando ya vieron que no sacaban nada, entonces me subieron, con dieciocho mujeres más, a la celda de arriba. Habían españolas, una tal Mme. Rojas, que creo que es muerta...

Hasta que nos llevaron a París. En París nos pusieron los números y un transporte y nos llevaron a Ravensbrück. Esto fue en el año 1943.

Después, como siempre he sido regordeta, me sacaron para los trabajos duros. Entonces me llevaron a Leipzig, y allí me pusieron en un trabajo verdaderamente durísimo, en una máquina de obuses, obligándome a hacer 7.000 diarios. Como no podía trabajar porque no comía, pues dejé de hacer los 7.000 obuses, entonces vino la «Userina» y empezó a golpearme con una vara que llevaba —una verga— empezó a darme vergajazos y como vio que del suelo tampoco me levantaba ni a fuerza de vergajazos, fueron y me llevaron al hospital. Y, para ver si conseguían reanimarme, me dieron algo de beber y al ver que no había nada que hacer, entonces me llevaron definitivamente al hospital provisional.

A continuación me avisaron que no era buena para los trabajos alemanes, por lo que me devolvieron al campo con la orden de quemarme, y entré en el campo sin saber que me iban a quemar.

Entonces, en el campo, fui a visitar a mis compañeras, las mayores de edad (porque dejaron a las viejas). Fui a verlas y me preguntaron: «En qué barracón estas», y dije que en el 28, en el barracón de las gitanas. «Ay, hija mía qué pena me das». «Por qué, si estoy muy bien?». «Es que las que llevan allí van para el crematorio».

A mí, claro, aquello me impresionó, pero no estaba muy segura. Incluso ellas no querían que volviera, porque decían: «Es una pena; se está terminando la guerra, por cuatro días mas o menos, que tengas que pasar por ahí» A continuación vino la «userina», habló con la «blokoba» para que pidiera voluntarias para los trabajos y yo salí voluntaria y fui a la descarga de los vagones de carbón y de patatas. Mientras descargaba, a mitad del vagón, y yo contenta de ver que ya teníamos la mitad, porque ya no podíamos con nuestra alma, hice un gesto con brazos, que la «userina» vió. Subió al vagón y la emprendió a vergajazos conmigo; me tiró del vagón y, al caer por las escalerillas que tienen los vagones de descarga, al final de lo cual había un montoncico de piedras..., al caer puse el brazo mal y me lo partí. Cuando me levanté, fijate la impresión que me causó al verme la mano, porque dolor en aquel momento no se siente, ¿me entiendes?, pero mi brazo perdido y a ella sin importarle, dándome más hasta que se cansó.

Ya no pude trabajar, ni descargar nada, hasta la entrada del campo.

A la entrada en el campo de Ravensbrück, que era donde dormíamos y comíamos, le expliqué a la «blokoba», que era alemana, y me cogió y me llevó al hospital del mismo campo, la «revier», que decían, y entonces las mismas prisioneras que estaban en el hospital, las chicas, que no tenían ni... para hacerme el yeso, me lo sujetaron con unas maderas, me lo vendaron y me dijeron: «Ven mañana, a ver si entre todas, que vendrá la doctora...» ¿Y qué hicieron? Como ya estaba frío (por eso no me ha

quedado muy bien), unas tiraban por adelante, otras por atrás, para colocar el hueso. Con todo, el brazo se arregló y, a continuación, después de que me devolvieron del hospital, de nuevo pidieron voluntarias. Y como yo seguía en el barracón 28, la de las condenadas, vuelvo a salir voluntaria, pero entonces no era el mismo trabajo; consistía en hacer unas pruebas y yo salí sobresaliente. Me hicieron la prueba, pero, claro, cogieron a las chicas de dieciséis y diecisiete años; yo me desanimé mucho; pensé: «Bueno, pues tienes que pasar por el horno». Las españolas me daban ánimos; otras me decían que no me preocupara. En fin, lo que pasaba entre nosotras. Y sí, después volvió a hacerles falta mano de obra y volvieron a venir y me llamaron. Empecé a trabajar de nuevo y así continué hasta, digamos, la Liberación del campo.

Nuestra Liberación no fue la misma que la de todo el mundo. Nosotras fuimos canjeadas. La Cruz Roja Internacional, nos canjeó por prisioneros alemanes...

(Es que después, en esa Liberación, tuvimos dos ametrallamientos en la carretera y no se ha podido saber quien lo hizo. Unos dicen que fueron los americanos, y otros, que los mismos alemanes. Lo que sí sé es que nos dejaron deshecho el transporte. Fue terrible: estaba toda la carretera llena de muertos. Una rusa y una española que se llama Felisa, y esa Carmen que no sé si es la misma que decís vosotras, y yo, de setenta y cinco que íbamos en un camión, quedamos cinco; las demás se quedaron allí ametralladas en la carretera.

Cuando llegamos a Frankfurt tuvimos una alegría. Ya nos esperaban allí con alimentos, pero como la cosa estaba tan mal ya contra los alemanes —estaba si caía o no caía Frankfurt— no nos consintieron que nos quedáramos allí, nos sacaron y nos llevaron directamente a Dinamarca, y de Dinamarca a Suecia, donde nos alimentaron. Yo fui liberada en Estocolmo. Allí nos pusieron unos aviones y nos llevaron a París.

Había olvidado contar un hecho importante. Cuando estuve en la fábrica de Sesines, el comandante del campo nos condenó a estar ocho días sin comer, porque no habíamos formado bien un domingo en que fue a visitarnos. Incluso nos hizo coger la mierda que cagábamos nosotras en unas cajas que eran como las cajas de sardinas; la mierda era para abonar las flores de su jardín. Eso fue el primer castigo que nos impuso el domingo, porque los demás días, como íbamos a trabajar, no teníamos tiempo para coger eso como abono. Lo cogíamos con las manos; no quería que lo hiciéramos con la pala; tenía que ser con las manos. Venían y, bueno, nos daban cada palo que temblaba Dios.

Nos condenó, como digo a ocho días sin comer. El ingeniero de la fábrica, como tenía simpatía por los españoles, porque había corrido mucho por España y noté que el hombre no me trataba mal. Me dijo que si yo era capaz de hacer su trabajo, porque ese trabajo, como era difícil, lo tenía que hacer él, y si yo lo hacía, para él era un alivio, yo salía ganando y él también.

Le tenía un odio terrible a la máquina, la del ruido. Yo ya no trabajaba en esa máquina y había una chica que era ucraniana con lo que me entendía muy bien, y una de las veces que vino la aviación aliada, ellos apagan

las luces. Dejas de trabajar y bajas a los sótanos, pero ya lo teníamos convenido; ella le tenía odio y yo también; ella porque la hacían trabajar, y yo porque había trabajado en ella, y me pasó lo que me pasó; pusimos tres obuses -los puse yo- y ella se escapó haciendo ver que daba la vuelta; cuando todos se marchaban al refugio. Se produjo una gran explosión y saltó la máquina. Buscaron, buscaron, pero la prueba de que no encontraron nada es que estoy aquí.

Una de las veces me encontré con una señora que era judía y tenía un niño de pecho. Lloraba la criatura; claro como la madre no comía, la criatura tampoco sacaba nada y la llevamos al hospital del campo y dió la coincidencia de que, cuando llegamos, nos encontramos con el comandante, que era el doctor, y nos dijo que qué deseábamos. La mujer le explicó que la niña lloraba día y noche y estaba muy delgada. (No dejaban muchos bebés con las madres en el campo, algunos..., ése fue un caso, entró con él en brazos). El doctor le dijo: «Venga usted, mañana, que le traeré algo que darle para su niña», haciéndole suponer que sería una harina. Nosotras, muy contentas, regresamos al barracón. Volvimos al día siguiente, a la hora que el doctor nos dijo. Cuando llegamos y, en lugar de darle alguna medicina o alguna pastilla, saca la pistola, la coge por el cañón con la culata le pega al bebé en la tapita de los sesos, como era tan pequeña, le saltó la tapa de los sesos, que incluso ensució el traje del mismo médico...y gritaba «¡Raus!, ¡raus!»... Las enfermeras, que también eran reclusas, dijeron que seguramente estaba el tío encolerizado porque había habido un bombardeo de los aliados sobre Berlín.

La pobre mujer lloraba con su niña muerta en los brazos. Yo le dije: «Traiga, se la voy a llevar yo».- «No. La muerte de mi padre, la perdono, la de mi madre, la de mis hermanos, pero la de mi bebé la vengaré, la vengaré, la vengaré». Y así fue todo el camino hasta que la dejó en el crematorio. Ella mismo llevó el bebé al crematorio.

Voy a contar otro caso. Una española cogida en Rusia. A esa la conozco yo, se llamaba Olvido. A esa chica la llevaron durante la guerra de España, como niña refugiada, a Rusia. Allí la educaron, la instruyeron y la hicieron profesora y se casó con un comandante de aviación ruso, y sucedió que cayó en manos de los alemanes durante la ocupación de Leningrado y la cogieron encinta. Dio a luz en una celda y le quitaron el niño. Ella figuraba como rusa y estaba con las rusas; pero yo, como española que era, pues hicimos una gran amistad. Dio a luz. La llevaron a una celda y le quitaron el niño, diciendo: «Para el servicio de Hitler». Y se lo llevaron y nunca más la chica volvió a saber de él. Como no tuvo cuidados, ni alimentos y el disgusto porque le quitaron el hijo pues se quedó como tontica y entre todas empezamos a darle la poca margarina que nos quedaba; no quería comer ni nada, ni lo poco que nos daban. Entonces le apretábamos las narices, la sujetábamos las manos y le metíamos aquella pequeñas cantidades de margarina que nos daban para alimentarla y la salvamos. Volvió a trabajar; ha sido liberada y creo que ha estado en Francia y en España. Después volvió otra vez a Rusia. Mejoró, pero siempre se quedó de una manera así, hablando de una manera... sin gana, desustanciada, que se dice en mi pueblo.

Detuvieron a las rusas y ellas se negaron a comer, porque a ellas les pusieron el «triángulo» como políticas, y ellas no querían ser consideradas políticas; ellas decían que eran movilizadas, soldados. Hicieron la huelga de hambre y no les sirvió de nada. Entonces, para escarmentarlas, cogieron a diez de ellas, las cortaron a pedazos, las metieron cada una en una gran gamella (fiamblera en la que cambian todos los trozos de una persona), y a nosotras, a las prisioneras, nos hacían llevar, a la hora de pasar lista, las diez gamellas en cada una de las cuales estaban los restos de una persona. Y nos hicieron desfilar a todas las que estábamos en el campo. Muchas faltaban porque era la hora del trabajo, pero a las que éramos de otros equipos y estábamos allí, nos hicieron desfilar ante las gamellas, como diciendo «Aquí, el que la hace...»

Las tuvieron una noche completamente en cueros en una plaza del campo. Al ver que no cedían, que seguía la huelga del hambre, que no querían comer, entonces fue cuando cogieron a las diez mujeres de entre ellas, las mataron y las despedezaron... Y durante días, llevábamos entre dos prisioneras, la gamella cuando íbamos a pasar lista a la plaza, pues todas las mañanas allí, antes de salir de trabajar, te recontaban, lo mismo cuando entras al campo después del trabajo. Formábamos en filas de diez y las gamellas las poníamos delante de todas las demás filas. Los primeros días no olían, porque estaban herméticamente cerradas, pero ya luego las llevaron y no las vimos más.

Voy a contar otro caso. Nosotras hacíamos todo el sabotaje que podíamos en la fábrica. Llegó una expedición de judías al campo de Ravensbrück y empezaron a trabajar como locas. Yo cogía a una de ellas y la emprendí a palos con ella; la dije que «no había derecho, porque nos hacían mal a las demás, al tener que ir al ritmo de ellas». Estaban más desmejoradas que nosotras porque habían sido más castigadas. Las cosas como son. Entonces se arremangó las faldas y me enseñó las piernas. Me dijo que con las barras al rojo las traspasaban las piernas, y aquellas heridas sin curar supuraban un especie de agüilla, un pus y tenían un aspecto de podrido verdaderamente horrible. Venían del campo de Auschwitz. No sé porque... Creo que las pasaban a otros campos porque retrocedían, retrocedían, retrocedían... conforme avanzaban los rusos, evacuaban los campos y a las que no las mataban las llevaban a otros campos.

Otra cosa me olvidaba de contar, que me echaron los perros, que llevo la pierna comida.

Cuando no llegué a hacer los 7.000 obuses, primero me echaron los perros; después me pegaron; luego me dieron éter...

(Enseña la cicatriz en la pierna en la que se ven marcados los dientes del animal).

En el transporte, cuando nos devolvían al campo desde Leipzig, como inútiles para el trabajo, nos dieron un pan redondo para comer cinco para todo el día. Esperábamos llegar pronto a Ravensbrück, pero hubo un bombardeo grandioso y nos abandonaron... Allí hubo muchas muertas.. Mujeres de ochenta y dos años, una chica de dieciséis.

Nosotras ya estábamos contentas, creyendo que nos iban a liberar los nuestros, y dio la coincidencia de que, después de quince días, se presen-

taron los alemanes a abrirnos el vagón. Podéis figuraros; entre muertos, las tinetas ésas que ponen para hacer las necesidades; era una peste, una verdadera infección. Entonces, cuando llegamos a una estación, pararon. la Cruz Roja nos esperaba y nos dieron unos visitos de cartón con una especie de harina blanca... Pero claro, al aire, la reacción después de estar tan encerradas tanto tiempo, y abrir y darnos el aire y aquella cosica caliente —hacía tantos días que no habíamos tomado nada caliente—, que empezamos a desmayarnos (yo tenía como cabecera una muerta de ochenta y dos años), caímos todas sin conocimiento.

Aún tengo otro detalle que contar: la Felisa de Montalbán. Estaba delante de mí cuando vimos a unas alemanas en unos carros en donde llevaban a las muertas y a las enfermas a los hospitales y al crematorio. Era como si fuera una caja de muertos, pero en grande, de madera blanca. Estábamos próximas a la Liberación... siento una voz que dice: «Ay, ayyy»... Las alemanas cogían los cuerpos; «A la una, a las dos, a las tres, y, hala, ¡bom!, al carro.. A la una, a las dos, a las tres, ¡bom! al carro. Esqueléticas, sin vestido, desnudicas, en cueros las llevaban a quemar... Yo le dije a Felisa: «Felisa, si están vivas!...».- «No», y yo digo, «sí». Y entonces se oyó a una de las mujeres de las que cogían, que decía con una vocecita muy débil: «¡Ay!,...yo no quiero morir. Yo quiero ver a mis hijos, yo quiero ver a mis hijos». Lo decía en francés, era una francesa; pero la echaron a la carreta y se la llevaron al crematorio. Las llevaban vivas. Las sacaban de los hospitales y, como tenían vergüenza, como ya se veían perdidas, pues, procuraban deshacerse de todas estas mujeres vivas o no vivas.



## Aurora Segria

*Nació y vivió en Ull de Molins,  
provincia de Tarragona*

Tenía diecisiete años cuando terminó la guerra. Pasé la frontera por Le Perthus. Dada mi corta edad, mi actividad fue escasa. Pero había ingresado y militaba en las Juventudes Socialistas Unificadas de Catalunya.

Después vinimos al Tarn, a la granja Donazac. Nuestra casa fue punto de apoyo de la Resistencia. Estaba situada muy cerquita de la línea ferroviaria Toulouse-Capdenac, departamento de Aveyron. Para los guerrilleros era un punto estratégico. Allí comían, reposaban, tan pronto dos como seis. Allí sólo se reunían, pero no se quedaban a dormir.

Hay que decir que la gente de por allí nos quería mucho. A pesar de que había muchas milicias de Petain, nuestra vigilancia fue muy bien secundada por esta protección de los moradores. Todo el mundo sabía que por nuestra casa pasaban todos los españoles de por allí, que eran muchos. El famoso «Peque» de la Resistencia, estaba tan seguro en casa, que allí organizaba continuamente sus acciones. La gente llegó a creer que era de nuestra familia. Este muchacho era de Albacete. Después de la guerra se fue a España. Ya no lo hemos visto más.

Otro muchacho que venía a mi casa se llamaba Josep, era de San Sadurní. EL famoso César, el general Luis y otro muchacho simpático (gracias a él obtuve mis diplomas de resistente y nunca más me he acordado de su nombre).

Yo era enlace entre este grupo de guerrilleros y Pepita Ramos del Estado Mayor de Gaillac.

Todos los viernes íbamos al mercado a Gaillac. Este era el día ideal para transmitir partes. Tuve la suerte de poseer los papeles de identidad del Consulado español, como se nos aconsejó a muchos resistentes. Los alemanes, tan huecos viendo el yugo y las flechas, nos miraban sonrientes, «Gut, gut!» (bien, bien!). Los bobalicones, ¡Si hubieran sabido la verdad!. Mi madre Ramona Doménech, y mi padre, también participaron en múltiples tareas de Resistencia; mi hermano Eduardo fue más tarde fusilado en Barcelona, en el Camp de la Bota, el 7 de julio de 1950.

Mi familia era más bien conocida por Casa Segriá, nombre de mi padre. Mi hermano pagó su lealtad a la República como militar. El hacía su Servicio Militar en Mahón, en Menorca, cuando estalló la guerra.

En la Resistencia, conocí, pues, a Pepita Ramos, a otra Pepita llamada del Mario, que viven ahora al lado de Béziers. Esta muchacha era de la provincia de Lérida, de la Seu de Urgell. Era resistente.





## Testimonio Concepción Taratiel

*de Argelés*

Yo, como la mayoría de los españoles, pasé la frontera francesa en febrero 1939. Fui llevada al departamento del Lot a un pueblo cerca de Cahors, con doce mujeres más refugiadas.

Allí, en Cahors, al cabo de unos meses, me puse a trabajar en casa de una señora, puesto que nuestra situación económica era muy precaria (nos daban solamente siete francos y no era suficiente para vivir), hasta que pude reunirme con mi marido, comisario político durante nuestra guerra. Estuvimos juntos seis meses.

Nuestra casa se componía de una sola habitación, pero allí cabía mucha gente. Venían muchos camaradas desplazados de las compañías los domingos o los sábados, es decir en tanto que enlaces. Venían a entrevistarse con mi marido, que fue organizador de la Resistencia en este departamento del Lot.

Estos camaradas encontraban en nuestra casa lo que en aquellos momentos se podía esperar. A pesar de nuestros pocos medios, allí se comía lo que teníamos y nos partíamos lo que había.

Yo sabía que mi marido llevaba entre manos alguna cosa. Algunas veces me tanteaba, pero no me decía nada, claro. A veces me explicaba lo que era el Partido, lo que era el anarquismo, lo que era el POUM. Me iba formando políticamente, pero donde tomé definitivamente conciencia fue en la cárcel.

Nos detuvieron a mí y a mi marido juntos, porque, como he dicho, en nuestra casa recibíamos a muchos amigos de las compañías. Entre ellos, una española que venía de enlace a casa, a la que su marido acusaba de tener relaciones particulares con un miembro del Comité Nacional. Su marido era miembro del PC, pero al tener celos de su mujer perdió la cabeza e hizo todo lo que pudo para vengarse de aquel hombre. La venganza consistió en esto: la detención de unos 160 españoles, entre ellos 3 mujeres, de las cuales, una es Nieves Castro, y otra Dolores, que es la mujer de un tal Juan, éste miembro del Comité Departamental, y yo.

Fuimos detenidos por la Octava Brigada Especial de Toulouse en Cahors, y el español celoso de su mujer organizó una trampa con la policía. Vino a casa diciéndome que se había escapado de Fumel porque la policía lo buscaba porque los camaradas le habían dado unos papeles para transmitirlos. Los camaradas de Fumel le habían dicho: «Ve a casa de Taratiel; allí te guardarán unos días hasta que te podamos esconder». Y se presentó un domingo por la noche. Claro, nos hizo un relato tan bien arreglado que nos lo creímos. Le dimos de cenar, pero se le veía intranquilo, estaba inquieto. A pesar de nuestras reiteradas ofertas de acogerlo y de que no

tuviera miedo en nuestra casa, que no se preocupara por nosotros. Pero insistió en marcharse porque tenía que la policía se enterara de su estancia y viniera. Y nos propuso de acompañarnos a un café de la calle central de Cahors; un café que está casi enfrente de la Alcaldía, no me acuerdo su nombre. Nos propuso que fuéramos delante y él detrás. Quiero citar un detalle: que era el mismo día en que los Aliados desembarcaron en África, en noviembre 43. Como a consecuencia del desembarco, en Francia había el toque de queda. Íbamos, pues, mi marido y yo delante de este individuo; mi marido me decía que me volviera para ver si él continuaba, pero cuando llegamos al café no le encontramos allí. Y notamos que al subir la calle para dirigirnos a ese café, un coche bajaba y nos enfocó los faros de frente. La conclusión la sacamos mucho más tarde; unos años después. Y es que aquel individuo iba detrás de nosotros para señalarnos a los del coche. Nos volvimos a casa y mi marido pensó que seguramente se había perdido, como estaba la calle tan oscura. Esperamos órdenes de Pichón, que era un miembro del Comité Departamental. Éste había estado en casa el domingo por la noche, pero no nos encontró. Sin embargo, un español le previno que en casa de Taratiel había un hombre que yo he constatado que venía con la policía. Y ese mismo español le dijo a mi marido: «Ten cuidado, que a ése le he visto con la policía». Pero como nos habían dicho que Pichón vendría al día siguiente para hacerse cargo de aquel sospechoso, nosotros no nos alarmamos, nos quedamos a dormir y caímos en la trampa.

Al día siguiente, mi marido se fue al trabajo y, hacia las ocho menos cuarto oía unos cuchicheos prolongados en el rellano de la escalera. Yo ya me supuse algo. La actitud del tal Juan ya nos dio que pensar.

Tomé la determinación de abrir la puerta, «total, con la puerta cerrada —me dije— no evito nada». Salí a sacudir una alfombra en el pasillo y me encontré con tres policías en el rellano. Subieron y entraron en la habitación; después de preguntarme por mi nombre, preguntaron por mi marido. Me dijeron que a mi casa, el día anterior, había llegado un español a refugiarse; relataron incluso la conversación que habíamos tenido con él. Naturalmente, lo negué todo. Afortunadamente, de ciertas cosas orgánicas y materiales que había en casa, a ese tipo no le habíamos dicho nada.

Fueron a buscar a mi marido adonde trabajaba y conmigo nos llevaron a la Comisaría de Cahors, donde estuvimos unos días. Quiero hacer constar que los policías del Comisariado, que no tenían nada que ver con la Octava Brigada Especial, se portaron bien con nosotros. A mí, que me encontraba enferma por falta de buena alimentación, me procuraron un somier para dormir, y a mi marido lo sacaban del calabozo para que me acompañara. El mismo compatriota que había avisado a mi marido del peligro que corríamos, venía a traernos la comida con todo el riesgo que ello representaba.

El día 13 de noviembre nos llevaron a la Comisaría Central de Toulouse, y al día siguiente nos llevaron a la cárcel en camión. A los hombres los dejaron en la cárcel de la Furgola, y a mí, en la de Saint Michel, quedando separados.

Entré en la cárcel con muy poca experiencia política; por primera vez afrontaba una situación tan dura; me puse a llorar. Mirando alrededor de la celda, ví a varias mujeres detenidas, entre ellas a Nieves Castro, a la que conocía porque había venido varias veces a mi casa en misión de enlace, y a Dolores, la mujer del que nos vendió a la policía. Yo miraba a Nieves, pero no me atrevía a decirle nada por miedo de que en la celda pudiera haber alguna chivata; pero como Nieves ya llevaba varios días en la cárcel y conocía el terreno que pisaba, fue ella quien se acercó a mí e inmediatamente quedó organizado nuestro colectivo con Nieves, Dolores y yo en la misma celda y los paquetes que recibíamos los poníamos en el colectivo.

Pasamos al Juez de Instrucción las tres para una confrontación. No sacó nada de nosotras el Juez, y como Dolores tenía dos niños gemelos que la obligaron a abandonarlos cuando la detuvieron, a ella la pusieron en libertad aquella misma noche y a Nieves, que tenía dos niñas, le dijeron que tratarían de darle la libertad provisional. A mí no se me comunicó nada.

Fue cuando Nieves se puso enferma y se pasaba todo el día en la celda sola, incapaz de comer la infecta comida de la cárcel. Al verla en ese estado, sin asistencia y empeorando, fue cuando tuve la idea de escribir a su marido, al abogado y al Juez, exponiendo su caso, pidiendo se interviniera en su favor. Esto obtuvo el resultado que deseaba. En efecto, el Juez ordenó que Nieves fuera trasladada al hospital, lo que me valió un broncazo del doctor de la cárcel, quien dijo que si algo ocurría era a él al que tenía que dirigirme. En todo caso, lo esencial se había conseguido y es posible que ello salvara la vida de Nieves.

Pasados seis meses en la cárcel de Saint Michel, a la cuál habían, entre tanto, llevado a mi marido, pues los alemanes habían ocupado la de la Furgola, salimos el mismo día los dos con otros camaradas presos, llevándonos al campo de Noé, campo provisional. Escribí al doctor del campo para que me empleara en algún campo y me empleó como sanitaria de noche en el barracón de las judías, lo que me permitía mejorar un poco nuestra condición. Fui trasladada al campo de Brehems, hasta agosto del 44. Gracias al contacto establecido entre comunistas franceses, se organizó una evasión de mujeres, en la que dieron cabida a mí y a una gaullista de Lyon, cuyo nombre no recuerdo y pudimos escapar. Nuestra evasión fue facilitada por la actitud de unos guardias del campo. Yo estaba empleada en la cocina de los guardianes. En el cesto de la basura, unos guardias del despacho tiraron unos papeles que yo recogí, resultando ser una correspondencia que ciertas camaradas del barracón de las francesas sostenían con el exterior. Estos papeles fueron entregados por mí a María Badé, de Lyon, Fernande Valignat y Odette Renoir o Renaud. Esto representó un gran servicio para ellas y se mostraron muy agradecidas; a raíz de esto estuve incluida en el plan de evasión. Esos papeles eran copia de los originales.

Una enfermera francesa nos procuró falsos documentos de identidad y, en complicidad con algunos guardias, salimos del campo hacia la estación del ferrocarril, distante unos quince kilómetros. En esos momentos

los guardias, viendo que la guerra se terminaba, no querían comportarse mal y pudimos atravesar las alambradas de noche. En Toulouse nos dividimos: María Badé, Madeleine y la muchacha gaullista, se marcharon a Lyon, y yo me fui a Cahors, donde habíamos acordado con mi marido ir «pase lo que pase» para encontrarnos.

A los cinco días llegó la Liberación. Guardada por unos amigos y los camaradas, me ayudaron hasta que vino mi marido de París. Mi marido estuvo deportado por los alemanes en las islas de la Mancha y fuimos a incorporarnos a la Agrupación de Guerrilleros de l'Ariège, en Limoux y en Rennes les Bains. Eran los grupos de guerrilleros que se preparaban para el paso del valle de Arán. Yo me preocupaba de servir la comida de la Agrupación. Los camaradas se portaron muy bien conmigo. Al conocer mis antecedentes, hicieron cuanto estuvo a su alcance para devolverme la salud y ayudar a recuperarme.

Cuando se disolvió la Agrupación de Guerrilleros fuimos a vivir a Causade, haciendo vida de Partido en el Tarn et Garonne, en Fumel, en Toulouse, en varios lugares, hasta aquí. La muchacha cuyo marido nos denunció por celos se llamaba Paquita vivía en Fumel hace unos años y era enlace de Fumel a Cahors.



## Carmen Torres

*Vda. Tomas Martin  
Resistente*

Llegué con mis padres y una hermana de siete años. Yo tenía quince cuando terminó la guerra de España. De la frontera nos llevaron a Yssodun, departamento del Indre. Inmediatamente nos separaron de mi padre, que lo llevaron al campo de concentración de Bram.

Cuando estalló la II Guerra Mundial, en esta ciudad había un cuartel que reagrupaba a los soldados que eran destinados al frente. Éstos buscaban distraerse. Los cafés y demás lugares de distracción cerraban por las noches. Era peligroso para las mujeres aventurarse por las calles a aquellas horas.

Cuando estos soldados pasaban por delante de nuestro «refugio», en el que veían a tantas mujeres a través de los cristales, asaltaban por bandas el patio y, a pesar de nuestros esfuerzos, lograron un día llevarse tres o cuatro chicas, abusando de ellas. Estos soldados, entre los cuales había muchos senegaleses, no comprendían nuestra triste situación de refugiadas. Ante esto, la Prefectura nos sacó inmediatamente de allí y nos llevó a un castillo fuera de la ciudad. Pero en este castillo nuestras habitaciones eran los establos de las vacas. Así permanecimos hasta que mi padre pudo salir del campo de concentración y nos reclamó.

Nos encontramos reunidos en Lagrasse, un pueblecito a 30 km. de Carcassonne. Un grupo de jóvenes refugiados vinieron a ponerse en contacto conmigo para ver si quería entrar en la Resistencia contra los nazis.

Parte de esos jóvenes venían a mi casa para elaborar el periódico clandestino de las Juventudes Socialistas Unificadas. Yo era miembro de la Juventudes Libertarias. Pero me compenetré con su manera de ver las cosas y enseguida ingresé en las Juventudes y en el Partido Comunista de España.

Establecí el contacto en una obra de carboneros en el monte. Allí conocí a Ballester y a otro chico, al que llamábamos «el Terror», que sabía hablar alemán. Trabajaba empleado por los alemanes en Carcassonne. Ese tal «Terror» que en principio tenía que señalarnos todo el movimiento y planes de los alemanes, fue la tragedia de nuestro grupo.

Los alemanes asesinaron a Ballester en mayo del 44, tan cerca ya de la Liberación. Fue denunciado por «el Terror». Quería casarse, pero como no tenía dinero, se vendió a los alemanes. Ese bandido había sido amigo de infancia de Ballester; habían nacido en el mismo pueblo, se habían sentado en el mismo banco en la escuela y fueron siempre íntimos amigos.

Al caer Ballester y conociendo al traidor, el grupo tuvo que disolverse y ponerse a salvo. Yo me escondí en el bosque, no lejos de mis padres.

Enterados los guerrilleros de la traición de «Terror», fueron a buscarle al pueblo para hacer que compareciera ante la justicia guerrillera. Pero él los vio llegar, y tuvo tiempo de escaparse y se fue a Carcassonne, a ponerse bajo la proección de los alemanes. La Gestapo lo envió a un campo de exterminio a hacer de chivato y, antes del fin de la guerra, en el 45, lo envió a España y allí sigue viviendo tan tranquilo...

Con todo eso he dejado de explicar los trabajos que yo hice en la Resistencia. ¡Me parecía tan poco, comparado con el trabajo que hacía nuestro entrañable camarada Ballester! Además de enlace, llevar partes y paquetes de propaganda a Toulouse en tren y por el departamento del Aude en bicicleta, 30 ó 40 km. y cantando con el optimismo de mis dieciocho años.

En una ocasión me vi en un apuro muy grande. Había llegado a Carcassonne para asistir a una reunión en una casa de apoyo de la camarada «Leona», española también. Al día siguiente por la mañana, se presentó allí la gestapo para hacer una pesquisa. Yo dormía con otra española—no recuerdo su nombre—, y justamente teníamos en la habitación una máquina de escribir que no sabíamos dónde esconder.

Sin tener tiempo para más, la pusimos dentro de la cama entre nosotros. Los alemanes, alocados, nos hicieron levantar. ¿Qué hacer? No había escape. Al levantarnos, procuramos poner las mantas arrebujadas para disimular el bulto de la máquina. Los alemanes levantaron la parte del colchón de la cabecera y después la de los pies, y la máquina quedó, por pura casualidad, oculta a sus ojos. Aquello, sí que fue una suerte loca. Continué hasta el trágico asesinato de Ballester y por orden y para seguridad de los resistentes. Si tuve miedo, lo veucí, y ni un solo instante puse en balanza mi juventud y seguridad con el arduo trabajo y el peligro constante a que estaba expuesta.

Sabíamos que a cada misión que realizábamos podíamos caer, pero nuestro espíritu de combatiente nos empujaba. Queríamos rescatar España, la Libertad, la Paz.

Quiero recordar que conocí a otra muchacha muy entusiasta que se llamaba Mercedes Molins, y a varias más de las que no recuerdo el nombre. Actuaban en Carcassonne.

## Rosita Udave

---

Quando empezó la guerra de España en 1936 nos encontrábamos toda mi familia en Francia. Eramos emigrados económicos. Mi padre se marchó el 19 de julio mismo a luchar por la República. En septiembre del mismo año nos fuimos a Barcelona mi madre, mis dos hermanas y yo, que tenía trece años.

Mi madre fue a trabajar a una clínica; cuidaba heridos de guerra. Yo, como asistenta sanitaria. Así contribuimos a la lucha hasta el éxodo de 1939.

En un coche del consulado francés nos llevaron hasta la Junquera. De allí nos llevaron a un “refugio”, a Le Vigan, cerca de Nîmes, donde nos recogieron mis tios de Toulouse. Para obtener nuestros papeles de refugiados nos pusimos a trabajar mi padre, mi hermano y yo. Así empezamos a vivir nuestra vida de exiliados en el propio país donde habían trabajado mis padres y habían nacido mis hermanas.

Nuestra casa servía de punto de apoyo y de paso de muchos resistentes. Mi trabajo en la Resistencia consistía en llevar partes y órdenes militares. Después he sabido que eso lo efectuaban los agentes de enlace, pero también transportaba maletas muy pesadas; por las precauciones tomadas y lugares a que las llevaba, debían ser armas, pero nunca tuve la malsana curiosidad de averiguarlo. Muchas veces el camino lo tenía que hacer a pie, por la montaña, casi siempre a 14, 18 o 20 kilómetros. En aquella época, con mis diecisiete años, me parecía fácil. Así hasta la primavera del 42, época en que nos detuvieron a mi padre, mi hermano y a mí las milicias de Petain, con otros varios resistentes que venían a mi casa.

El día en que fui detenida, pude quemar todos los papeles comprometedores mientras los milicianos registraban mi casa. ¡En sus barbas! Estuve detenida dos años consecutivos. Me llevaron al campo de Brahams, en Haute Garonne; allí conocí a una camarada española, Juanita, a María Linares, a muchas españolas cuyo nombre no recuerdo. Había centenares de españolas. Después me llevaron a Gurs campo de castigo, de donde pude evadirme gracias a un grupo de guerrilleros que prepararon mi evasión. He olvidado todos los detalles de la fuga. Sólo recuerdo que, atravesadas las alambradas con la inconsciencia o seguridad propias de la juventud, no nos andamos por pedregales, sino por la carretera. Nos topamos con un destacamento de soldados de la Wermacht, quienes al vernos tan jóvenes, creyeron que íbamos a visitar a otros jóvenes, tal como les dijimos.

De allí fui a vivir a la montaña con un grupo de guerrilleros y reemprendí mi trabajo en la clandestinidad hasta la Liberación. Volví a actuar de enlace: los mismos trabajos, los mismos peligros. Recuerdo que



un día viajaba en tren sin documentos de identidad ni salvoconducto y un grupo de las "Jeunesses Patriotiques" de Petain querían hacerme bajar en una estación para indagar, pero el capitán del grupo, que creyó mi excusa de que iba a visitar a mi abuelita, les ordenó que me dejaran. "¿No ven que es una niña?". De niña tenía la cara, pero mi juventud transcurrió con más responsabilidades que un adulto maduro. Eso me dio una gran seguridad. Los camaradas sabían que podían confiar en mí; si caía no hablaría, ya lo había demostrado.

Quisiera recordar los nombres de muchas mujeres, de camaradas españolas que más tarde he sabido compartieron los mismos peligros que yo. El contacto más directo lo tuve con mi madre y mi hermana Juanita, de 14 años entonces, y que se ocupaba de la solidaridad con los que estaban en la cárcel de Saint Michel y el hospicio de la Grave, donde internaban a los detenidos heridos en combate o en interrogatorios, para curarlos. Los tenían en celdas especiales, no mezclados con los enfermos ¡Pues no faltaba más! Uno de ellos pudo evadirse gracias al plan que mi hermano ideó y que mi madre y mi hermana llevaron a cabo. Sé que se incorporó después a las guerrillas en los Pirineos Orientales.



## B. Urribarrena

*Páginas vividas. Testimonio de una FFI-BUB  
Nacida en Durango (Vizcaya) el 16-3-1922*

Entré en Francia como niña, evacuada de España, en mayo de 1937. Destinada a Normandía y recogida por una familia francesa, permanecí allí dos años.

Al estallar la II Guerra Mundial (sept. 1939) fui reclamada por mi familia, evacuada ya en Francia al término de la guerra de España. Encontrándose en Toulon, evacuados mi madre y mis hermanos, allí me dirigí.

Incorporada toda mi familia a la lucha por la propia sucesión de los acontecimientos (fin de la guerra de España, comienzos de la guerra mundial), mi actividad no pudo pararse y, sin discontinuidad, pasé a la vida activa como resistente, ocupándome en la tarea de proteger, ayudar y apadrinar a los primeros núcleos de resistentes que iban finalmente destinados a la cárcel de Toulouse.

Las tareas en el año 40-41 surgían por sí solas. En Oilliules (Var) y por esas fechas, ayudada por familiares y camaradas, o siguiendo sus orientaciones, hubo que hacer maravillas de ingenio para sostener a los amenazados de caída o bien ya caídos.

En la práctica la resistencia organizada empezó en el 40, en las minas de Meyreuil, Gardanne, Bouche du Rhone, empecé a enlazar Toulon con Gardanne. De ahí fui destinada, como enlace, a la Agrupación de Guerrilleros de Gallac (Tarn), donde seguí cumpliendo mi cometido.

Fue en uno de los viajes que se me encomendó cuando me detuvieron, en St. Paul de Fenouillet (Pirineos Orientales). Iba a tomar contacto con el enlace de los grupos que actuaban en esa zona.

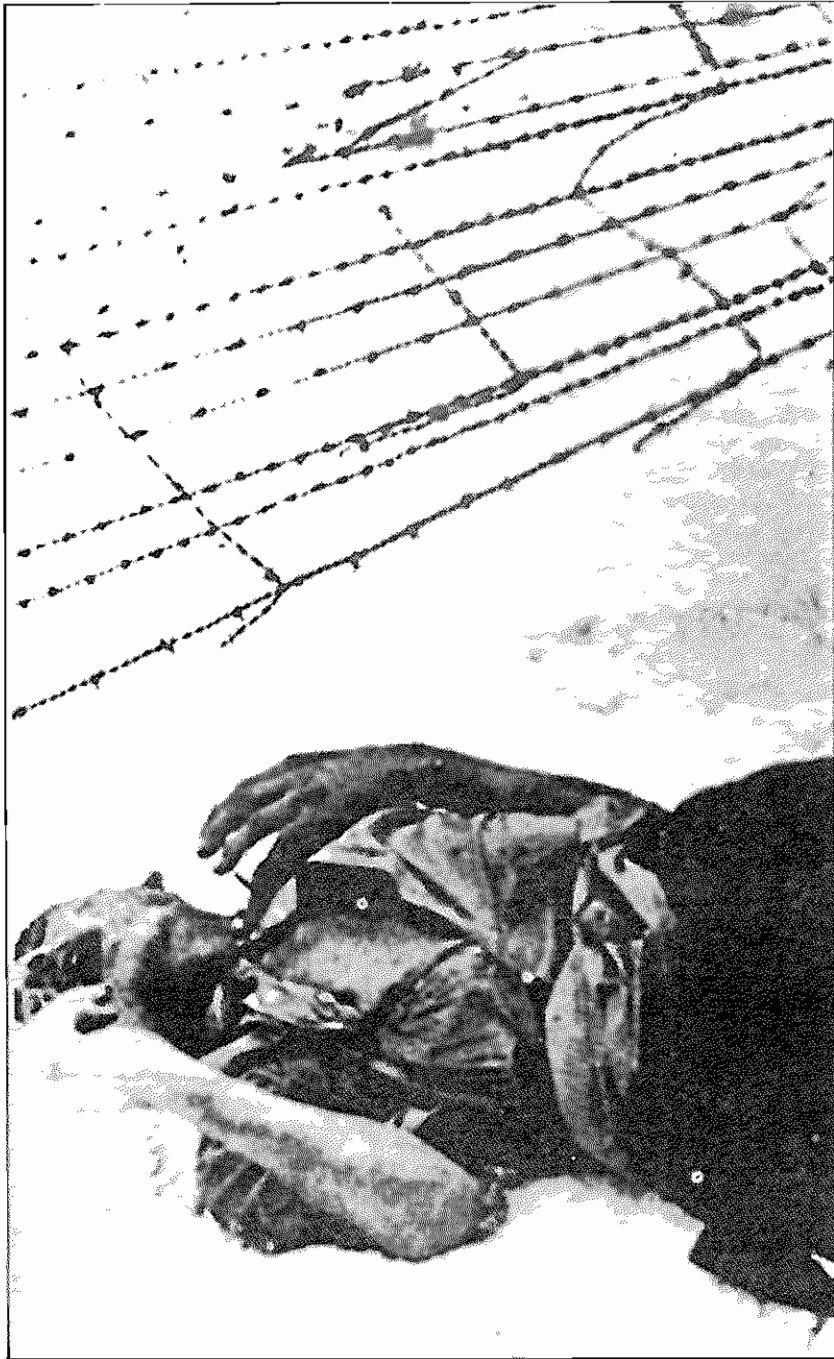
Detenida el 13-7-44, fui, por supuesto, esposada, amenazada e insultada por la Policía Especial de Montpellier. No habiendo conseguido sacarme nada, me llevaron a la cárcel de Perpignan; acababa de cumplir veintidos años.. ¡Menuda perspectiva!

Afortunadamente no tardó en llegar la Liberación, y el 16-8-44 (tres días antes de ser liberada la ciudad de Perpignan) me pusieron en libertad, en unión de tres guerrilleros más, con ayuda del propio director de la cárcel, que resultó pertenecer a los FFI y dió la orden de liberarnos.

Tras mi liberación me trasladaron a la Agrupación de Guerrilleros de Toulouse y me destinaron a la 153 División de los FFI que se encontraba en Prades. Allí continué al servicio de la División, hasta marzo de 1945, en que, por decreto, fuimos desmovilizados.

## Yvette Valls

---



En 1917, mi padre era delegado sindical en las minas de Figols (Cataluña). A raíz de una huelga, perseguido, vino con la familia a refugiarse en Francia. Tenía ya cuatro hijos y luego nacimos dos más.

Al establecerse la "línea de demarcación", y cuando los alemanes la invadieron haciendo, de hecho, una ocupación completa de todo el territorio francés, los españoles, junto con los franceses, crearon un grupo de «maquis».

Yo fui designada agente de enlace entre estos grupos de leñadores de Perpignan y Toulouse.

Cuando lograban una venta de la leña que cortaban, yo tenía que ir a cobrar el dinero. Este dinero permitía organizar otros «maquis» y la subvención del trabajo clandestino en las ciudades.

Generalmente, mis viajes eran para transportar dinero o material del que nos lanzaban en paracaídas los ingleses, a los diferentes puntos que me indicaban.

Las mujeres no asistían nunca a estas operaciones de «parachutaje», sin embargo, yo me he encontrado presente en más de una ocasión.

La operación consistía en preparar el terreno, encendiendo hogueras que permitían a los aviadores localizar el lugar y lanzar los "containers".

El contenido de los "containers" eran armas, ametralladoras desmontadas, dinero, y algunas veces tabaco para los hombres.

Las armas había que llevarlas a los diferentes «maquis» y, cuando había dinero, los destinábamos a las ciudades.

Era un trabajo exaltante. Fue un período en el que todos éramos solidarios, los unos de los otros. Si teníamos que estar en vela veinticuatro horas seguidas sin comer, cosa que nos ocurrió varias veces, no lo sentíamos, y si teníamos un pedazo de pan, lo repartíamos entre todos, por pequeño que fuese el trocito que nos correspondiera.

En mi caso, la actividad que desarrollaba casi no tenía trabas, puesto que era francesa; mis padres, por su negocio, gozaban de la simpatía de la población y, además, mantenían relaciones con las personas más destacadas del departamento.

La hija del teniente de Gendarmería era amiga mía; salíamos juntas. Con la excusa de practicar mecanografía, me permitía utilizar la máquina de escribir de la oficina; de esta manera utilizaba papel oficial y redactaba los salvoconductos o permisos de circulación. Los camaradas habían confeccionado un sello, perfecta imitación de los de la Gendarmería y de la Comandatura. Todo parecía normal. Era difícil la sospecha.

Con las Cartas de Racionamiento, sucedía algo parecido.

Más tarde, a la Liberación, el teniente de gendarmes me confesó que había sospechado algo de mi teje-mañejo en la máquina de escribir. En el fondo estaba contento, pues un hijo suyo, tripulante de un barco, había muerto víctima de un torpedo alemán en la bahía de Tolon. Su silencio, pues, era como una contribución a la Resistencia.

Como mi padre era español, nadie encontraba anormal que los españoles que trabajaban por los alrededores nos visitasen.

En muchas ocasiones, había salido yo con jefes muy destacados, como Luís y César. Ibamos a pasear, o al cine...

A la Liberación, cuando éstos se presentaron, vestidos de militar, luciendo los entorchados de generales, con sus respectivas escoltas, los vecinos y amigos franceses pudieron comprobar que lo que se había hecho en casa no era "mercado negro", como siempre habían creído, sino que nuestra actividad había sido mucho más importante y seria.

Con los «maquis» franceses teníamos poco contacto. Toda nuestra ayuda la dedicamos a los españoles, porque los considerábamos más necesitados.

Unos días antes de la Liberación, el que hoy es mi marido, «maquisard» cerca de Perpignan, vino a buscarme diciendo que sabían que mi nombre estaba en la lista de sospechosos de la Gestapo.

No obstante, no me moví de casa, es decir, continué mi vida normal de Resistente.

El caso es que la liberación estaba cerca y, sin duda, la Gestapo había seguido la desbandada de las tropas. Esta fue la salvación de los que estábamos en la última lista.

Después de la Liberación todavía trabajé en la Agrupación de Guerrilleros en tareas de ayuda y solidaridad, hasta que nos desmovilizaron.



*Testimonio de un jefe guerrillero*

**Vitorio Vicuña (Comandante Oria)**

*Comandante homologado del ejército francés*

*Testimonio sobre*

**Luisa, Emiliana y Carmen Blascos**

*y de todas las mujeres que lucharon  
contra el fascismo*

Las primeras acciones de la Resistencia de las mujeres españolas en Francia tenían mil formas y muchas fechas de nacimiento.

Eran por fuerza aisladas e inconexas, pero todas respondían a un sentimiento común. La certera identificación del enemigo.

La terrible marcha de la retirada, dejando atrás la patria querida, sin noticias de sus seres más queridos, en cuanto plantaron sus pies tierra adentro de Francia en inhóspitos castillos y caserones, bautizados con el nombre de "refugios", las más curiosas coincidencias sirvieron para establecer contactos y reunirse. La patria chica. El intercambio de noticias. El ofrecimiento de un pedazo de pan, o de un rincón de sala, eran ya en realidad el comienzo de la Resistencia de las mujeres españolas en Francia.

Sobrevivir moral y físicamente en espera de otros tiempos.

Los "refugios", antesala de la Resistencia femenina.

Los primeros pasos de la Resistencia consistieron en la confección de listas de las mujeres presentes en los "refngios" y trasladarlas a los campos de concentración de Argelès-St. Ciprian, Gurs, etc., con el fin de hallar el paradero de sus seres queridos, y además establecer contacto con dichos campos.

Al mismo tiempo se realizaron esfuerzos para perfilar la autodefensa en los "refugios".

Asegurar una higiene estricta, mejorar la alimentación y el albergue, la asistencia a los niños y a las personas desvalidas. También normalizar las relaciones con las autoridades francesas.

Una de las acciones más importantes de este período fue la de oponerse con toda energía a todo género de presiones tendentes a lograr repatriaciones forzosas.

La reacción de las autoridades francesas no se hizo esperar.

Decenas y decenas de mujeres españolas fueron castigadas. Internadas en "refugios" de castigo o disciplinarios, y el trato que allí se les dió puede considerarse como un acto de represión contra los primeros conatos de resistencia de las mujeres españolas.

En el otoño de 1939 y en la primavera de 1940, de los "refugios" salió bastante gente joven con destino a realizar faenas domésticas y también a determinadas fábricas de armas. Pues la guerra europea había recommenzado el primero de septiembre de 1939, y esto hace que las que siguen en los "refugios" estén mejor atendidas y mejor consideradas.

Este período se cierra con la ofensiva alemana de marzo de 1940 y el armisticio de julio de 1940.

Sorprendió a cientos de mujeres españolas en las zonas de combate. Pero, sin embargo, nada les impidió mantenerse unidas y organizar la solidaridad más activa.

Tenían muchísimos problemas, pero la organización de la solidaridad ofrecía un campo de acción muy amplio. Hacia ella convergen los esfuerzos de quienes, pese a todo, no se resignan a estar con los brazos cruzados.

En la zona norte, y en casi todos los departamentos del Mediodía de Francia, había grupos de trabajadores españoles. La tarea de organizar contactos con estos grupos era crucial.

Muy pronto se destacaron mujeres de clara inteligencia y de mucha audacia, que iban a los lugares de trabajo en los que abundaba la mano de obra española.

Así establecieron contactos con las minas, con los embalses en construcción, como asimismo con un gran número de empresas forestales, y también con la multitud de trabajadores españoles empleados en la organización TODT.

El establecimiento de domicilios para reuniones, para editar propaganda y falsos documentos de identidad. Para albergar perseguidos por la Gestapo. Transporte de propaganda, explosivos, municiones, armas, etc.

Las mujeres españolas han jugado desde primera hora un papel heroico en la Resistencia. Decenas de ellas han pasado largos años en las prisiones francesas y en los campos de exterminio nazis.

Las mujeres españolas y los servicios de información de la Resistencia. Los sabotajes, los atentados, la liberación de presos, los múltiples combates librados, la puesta en pie de las cadenas de evasiones fueron de gran importancia, sin ningún género de duda. Sin embargo, la información es uno de los capítulos más importantes de la lucha contra el nazismo.

La información facilitada por los múltiples canales, y en cuya transmisión las mujeres asumieron un papel insuperable, Pepita Ramos, Benita, Esperanza, Carmen, Pilar, Dolores. La lista sería interminable.

Recorrían periódicamente pueblos y aldeas, pues por todas partes había españoles trabajando, e instalaron una red de informadores e informadoras tan densa que el menor desplazamiento de tropas enemigas era conocido a las pocas horas.

Otro tipo de información muy importante fue la prensa. Ésta constituyó una de las más arriesgadas actividades desarrolladas por los núcleos de la Resistencia española. Hay que subrayar esto porque las publicaciones de todo género nunca tuvieron que ser transportadas por gentes extrañas a las unidades guerrilleras.

Benita, Carmen, Pilar, Conchita, Luisa, Esperanza, Dolores y otras muchas aseguraron durante largos años de clandestinidad el transporte de "Reconquista de España", MO, y otras publicaciones y documentos.

Aseguraban la llegada de la propaganda a todos los lugares, hasta el corazón de los bosques donde actuaban y vivían los guerrilleros.

Algunos episodios:

En el pueblecito de Dalú, cerca de Varilles (Ariege), vivía la camarada Luisa, compañera del malogrado camarada Royo. Luisa era entonces una joven muchacha, de ojos vivos, inteligente y audaz.

El domicilio donde vivían servía de contacto del partido con la III Brigada de Guerrilleros españoles. Aquí llegaban combatientes de numerosos departamentos con destino a guerrilleros.

Más de una vez también para curar a resistentes clandestinos enfermos.

A fines del mes de abril de 1943 se produjo el ataque de los milicianos contra el Batallón especial de guerrilleros destacado en las Cabannes y la caída del jefe de la agrupación, camarada Rios, que tenía su domicilio en Dalú (Ariege).

Hubo un gran despliegue de fuerzas enemigas. Luisa había recibido instrucciones orientadas a su repliegue hacia el destacamento guerrillero del "Col del Py", después de hacer desaparecer documentos, etc.

Luisa era, a su vez, enlace del Estado Mayor de la III Brigada. Una noche se despierta con ruidos de motores. Se asoma a la ventana y ve que todo estaba rodeado de milicianos y alemanes. ¿Qué hacer? Esconder todavía lo que puede. Enrolla algunos papeles. Sube al desván y los camufla detrás de unas piedras que hay en el tejado. Los milicianos y alemanes registran por todos los sitios metódicamente y van concentrando las gentes del pueblo en la plaza, así llega su turno. Un oficial, acompañado de cinco soldados empuñando metralletas, hacen irrupción en mi casa. Registro domiciliario. En la mesa hay dos paquetes de cigarrillos. Empiezan a gritar: "¡Aquí hay terroristas!".

Tomando mil precauciones, suben al desván; no encuentran nada. Ellos buscaban terroristas.

Cuando bajaron me dijeron que les siguiera. Dos soldados delante, yo detrás, con una metralleta en la espalda y el resto del grupo.

En la plaza hay muchos milicianos, y Mme. la panadera de Varilles completamente asustada. Bruscamente me niego a dar un paso más sino me dan de beber, pues tenía la garganta seca y la boca pastosa. Autorizan a Mme. la panadera a que me traiga un vaso de agua. Heme aquí con ella y con otros habitantes del pueblo colocados contra el muro en espera del desarrollo de los acontecimientos.

Al anochecer, en medio de un gran griterío, nos dan la libertad con la orden de entrar en casa y no salir de ella.

Llego a casa y observo la parte trasera; cojo la bicicleta y me lanzo por un camino entre huertas. Era preciso llegar al mando de la brigada. Pues los milicianos y alemanes preparaban para el amanecer el ataque contra el destacamento del Col del Py.

Advertido el destacamento, se repliega, internándose en la espesura del bosque y en dirección de Mirapoix.

Desde un lugar seguro vimos la llegada de los camiones en tromba.

Unas horas más y hubiéramos pasado por una situación extremadamente delicada.

Luisa, en un saco de dormir, risueña, nos dice: "Estoy contenta y me siento bien".

Es maravilloso, después de cumplir con el deber, acostarse para descansar al pie de un árbol.

Luisa era nuestro enlace, a la que todos los guerrilleros queríamos como a una hermana, como a una combatiente.



Los enlaces constituyeron uno de los elementos esenciales del combate clandestino. La Resistencia los organizaba sobre formas diversas, a veces las más inesperadas. De su buen funcionamiento dependía en gran parte la eficacia de la lucha. Para los guerrilleros era con frecuencia una cuestión de vida o muerte. Las órdenes, las consignas, las informaciones, los periódicos clandestinos, la alerta, llegaban hasta el fondo de los bosques pasando por una verdadera cadena de complicidades sucesivas.

Es simbólica y emocionante la simple historia de las dos Cármenes, Emiliana de Bajos Pirineos.

La familia Blasco, los padres y cuatro hijos, si no me falla la memoria. Tres chicas y un chico, Luciano. Vivían en un pequeño pabellón en el arrabal del Pau en Sinancon.

Cuando la Resistencia armada empezó a ser activa, el padre, después de la ocupación de la zona sur por los alemanes, nos señaló la existencia de armas y municiones que fueron camufladas por algunos soldados franceses.

Desgraciadamente, no pudimos transportarlas. Los alemanes, que se enteraron de la existencia de este depósito, se apoderaron de él.

La familia de Blasco estaba en contacto con el mando de la X Brigada de Guerrilleros desplegada en la zona pirenaica. Se les puede considerar entre los pioneros de la resistencia armada en Bajos Pirineos.

Al principio, la casa de los Blasco servía de punto de apoyo para los voluntarios que se presentaban con la consigna convenida. Desde allí eran encaminados hacia el primer "maquis", por intermedio de Emiliana.

La casa de Emiliana y la familia Blasco eran lugares donde se paraba para conocer las últimas informaciones entre el "maquis" y la capital, Pau, quienes eran los camaradas detenidos, los buzones quemados etc. Procuraban tener el máximo de víveres. Las mujeres hacían la comida, y hasta muchas veces lavaban la ropa de los guerrilleros.

Carmen empieza a realizar los primeros servicios de enlace entre Pau y los primeros "maquis" implantados. Carmen, muchacha joven de ojos vivos e inteligente, de una naturaleza apasionada y de temperamento tranquilo. El ambiente familiar, los amigos que frecuentaban la casa, lo que escuchaba, le ayudó para decidirse. Tomó la decisión de abrazar plenamente un camino tremendamente peligroso. Carmen se granjeó enseguida la simpatía y el aprecio de los guerrilleros. Todos la querían como a una hermana y la consideraban como una camarada, como una combatiente. Ella no hablaba mucho, escuchaba con mucha atención.

Una vez determinada la misión, el objetivo a cumplir, ella sabía vencer las dificultades, todos los obstáculos.

Un día se confió al mando de la X Brigada para manifestar que estaba dispuesta a efectuar servicios más importantes. De retorno a su casa tomó la iniciativa de contar a sus padres que el mando de la brigada tenía necesidad de alguien de toda seguridad para enlace a escala departamental y con la Agrupación. "Yo puedo pasar más fácilmente desapercibida que un hombre de la misma edad que yo. Así es que he aceptado trabajar intensamente para los guerrilleros".

El mando de la brigada le hizo ver los múltiples peligros de un tal tra-

bajo. Definió con ella el papel y la responsabilidad de un enlace. Ella creyó que el mando de la Brigada presentaba ciertas reservas y bruscamente sus ojos brillaron y replicó categóricamente: "Podeis estar seguros de que me fusilarán antes de que yo entregue a un sólo camarada". Un tal acento era concluyente, y su aceptación fue unánime. Sus padres experimentaban dos sentimientos: el orgullo y el miedo. Estaban emocionados. Se callaban, pero con un movimiento de cabeza aprobaban la decisión de su hija.

La joven hermana de Carmen, que asistía a la conversación, pidió de pronto servir también en las filas de los guerrilleros. Era muy joven, todavía una chiquilla. El representante del mando de la Brigada replicó: "Muchos de nosotros caen y caerán en combates venideros. Otros vendrán a cubrir las bajas. Nosotros consideraremos más adelante la conveniencia de tu utilización".

En verdad, estas gentes admirables hubieran aceptado que la joven hermana de Carmen les hubiera seguido, como habían aceptado otras veces nuestras peticiones de curar, de albergar a los jóvenes guerrilleros, corriendo los más grandes riesgos.

Carmen toma en sus manos nuevas funciones. Efectúa el enlace sobre el conjunto del Departamento. Ella hace el conocimiento del jefe del Estado Mayor de la Brigada López, y otros camaradas responsables, sin olvidar a sus amigos de primera hora. Después de cada desplazamiento volvía a su casa de Sinancon; de Pau a Buziet; de Buziet a Sinancon era la ronda ininterrumpida. En todos los lugares a donde había que transmitir órdenes, encaminar el material de propaganda, transportar armas y municiones, se veía a Carmen.

En las carreteras, franquear los controles era cosa muy arriesgada. Una mañana sale Carmen con una cesta de propaganda y explosivos. Monta en su bicicleta, y después de una curva se encuentra con una patrulla de alemanes. Ella se aproxima y la mandan parar. Sonriendo y haciendo alarde de sangre fría, responde a las preguntas que le hacen, "en la cesta llevo algunas patatas y huevos que he comprado a los campesinos". Una vez más consigue pasar, respondiendo a los cumplidos que los alemanes le dirigían.

Monta en su bicicleta y parte veloz para alejarse rápidamente.

Cuando ella contaba sus aventuras, a los que las escuchábamos, se nos ponían los pelos de punta.

Un día del mes de julio de 1944 Carmen se entera de que en casa de Emiliana, en Buziet, los alemanes habían aniquilado un destacamento guerrillero.

Lo ocurrido en Buziet había puesto en pie a todo el mundo en un radio de muchos kilómetros. Por todo el contorno se produjo la alerta. Carmen se decide a subir. Ella conoce a los guerrilleros: "Son mis hermanos puedo serles útiles". Tropieza con un control y pregunta muy serena: "¿Qué ha pasado?" Los milicianos responden: "Casi nada. Una ligera escaramuza con algunos terroristas. Esta vez los terroristas han comprendido. Nosotros no hemos tenido ninguna baja. Dieciseis de ellos han sido fusilados en el lugar donde fueron hechos prisioneros, en presencia de la

otra enlace, Emiliana”.

Dieciseis nombres se unieron a una lista ya muy larga.

Carmen, de regreso, llora sin cesar; pero era preciso volver a su misión. Había que avisar a mucha gente para que se incorporara al “maquis” y escapar así a las detenciones y a las razzias que se multiplicaban, y preparar al mismo tiempo las batallas finales de la Liberación.

¡Cuánto esfuerzo y heroísmo individual y colectivo han hecho falta para organizar con éxito la Resistencia armada contra el nazismo!

Las mujeres antifascistas se alzaron realmente como verdaderas heroínas en el combate. Decenas y decenas de ellas han sufrido prisión e internamiento en los campos de exterminio nazis.

Algunas han sido premiadas con altas condecoraciones, y entre ellas, Carmen y Emiliana, con la Cruz de Guerra 1939-1945.



## Conclusiones

Alguien se preguntará que se hizo de aquellas españolas que arrojaron el peligro y la muerte, ¿fueron conscientes del papel que en adelante deberían jugar en la sociedad?, ¿reivindicaron para sí el sitio igualitario a que se habían hecho acreedoras? Salvo algunas excepciones, no. Pero que no se nos juzgue con demasiado apremio. Vino la Liberación de Francia y seguimos siendo “refugiadas” sin el más mínimo reconocimiento de nuestras capacidades ni intelectuales ni profesionales, sin derechos cívicos, ni electoras ni elegibles. Si de algo podemos estar satisfechas es de que gracias a la participación heroica de guerrilleros y guerrilleras se acabaron los campos de concentración de trágica memoria en Francia y los malos refugios. Se nos consideró como seres normales y ganamos la estima y consideración de Francia para trabajar y vivir como los demás, tener carta de identidad, circular sin salvoconductos humillantes y arbitrarios. La libertad que nos habíamos inventado en la clandestinidad se legalizaba de una vez y para todos los refugiados, resistentes o no.

Es posible que no hayamos hablado como feministas, pero es que nosotras ya lo hemos demostrado con los hechos que lo fuimos y lo somos y si el objeto de estos relatos no estuviera circunscrito a una época determinada podríamos demostrar que no se acabaron en 1945 nuestras andanzas. Son muchas aun las que alejadas de la patria en un penoso y largo exilio no se rinden a la quietud de la tercera edad; si se les escuchara, algunos se asombrarían de la juventud espiritual que poseen, la justeza de sus réplicas, su forma de participar en las áreas que se nos permite a los extranjeros; son tan firmes como audaces.

Nosotras fuimos feministas a carta cabal ya en la contienda del 36-39 y mucho antes. Mujeres solidarias de los presos del Bienio Negro, ardientes organizadoras de un amplio frente de mujeres que jugarían un gran papel en defensa de la república, propagandistas de la paz contra la guerra, defensoras de la democracia contra el fascismo. Mujeres Antifascistas Españolas y Unió de Dones de Catalunya fue el motor de la aportación de las mujeres en los frentes de la economía, en toda la infraestructura de la sociedad durante la guerra y hasta en los frentes con las milicianas camilleras y hospitales de sangre.

Desde el advenimiento de la República empezamos a resquebrajar los moldes arcaicos de nuestra condición. Aprendimos muchas cosas, a opinar por nosotras mismas, a buscar los caminos de justicia social y política. Teníamos que inventarnos y lo logramos. Tanto es así que en nuestra lucha antifascista no se pudo prescindir de nosotras. Y si de un plumazo en Burgos se nos arrebató todo aquello que vivíamos y vislumbrábamos,

tuvimos el privilegio de ser iguales en las mazmorras y en los piquetes de ejecución.

Centenares de mujeres españolas combatientes antifascistas murieron en el infierno nazi. Nadie ha podido reivindicar sus nombres. Sólo un grupo de mujeres supervivientes de estos campos y de resistentes emprendimos, a los casi treinta años del fin de la II Guerra Mundial, su búsqueda. ¡Demasiado tarde! En Ravensbrück los nazis destruyeron todos los archivos. La diáspora de los guerrilleros españoles ha enmarañado todas las piezas del puzzle. Serían necesarios muchos medios y mucho tiempo, tiempo que ya no queda.

Si alguien se interesa por estas vivencias será la mejor condecoración que se nos otorgue. Las grandes medallas y representaciones fueron para ellos; para nosotras el combate en otras condiciones.

Fuimos y somos fraternales con todas las mujeres que ansían un nuevo mundo. Somos solidarias y partícipes de los esfuerzos de las mujeres que hoy se plantean unos objetivos por los cuales luchamos nosotras hace más de cuarenta años.

Queremos la paz, no queremos guerra. Queremos el bienestar, no la muerte de más de 35 millones de seres por hambre en el Tercer Mundo. Lucharemos y hablaremos incansablemente por la distensión, por la fraternidad humana, por la igualdad y por la vida.

## Liberación



# Indice

---

<i>Prólogo</i> .....	5	<i>María Margarita</i>	
<i>Introducción</i> .....	9	<i>Masmanorios</i> .....	199
<i>Neus Català</i> .....	15	<i>Isabel Martínez</i> .....	203
<i>Soledad Alcón</i> .....	43	<i>Constanza Martínez Prieto</i> ..	205
<i>Luisa Alda (Pilar)</i> .....	47	<i>Segunda Montero</i> .....	209
<i>Pilar Arnaez de Santos</i> .....	49	<i>Teresa Moratilla</i> .....	211
<i>Regina Arrieta</i> .....	53	<i>Julia de Paz</i> .....	219
<i>Carmen Asensi</i> .....	57	<i>Rita Pérez</i> .....	223
<i>Secundina Barceló</i> .....	61	<i>Pilar</i> .....	227
<i>Josefa Bas</i> .....	65	<i>Conchita Ramos</i> .....	231
<i>María Bergua</i> .....	67	<i>Josefa Ramos</i> .....	239
<i>Jesusa Bermejo</i> .....	69	<i>Carmen Rodríguez</i>	
<i>Mercedes Bernal</i> .....	71	<i>de Morcillo</i> .....	243
<i>Lina Bosque</i> .....	75	<i>Comandante Rubio</i> .....	247
<i>Carmen Buatell</i> .....	79	<i>Elisa Ruíz</i> .....	251
<i>Alfonsina Bueno Ester</i> .....	89	<i>Aurora Segria</i> .....	259
<i>Lola Casadella</i> .....	95	<i>Concepción Taratiel</i> .....	261
<i>Pilar Claver</i> .....	103	<i>Carmen Torres</i> .....	265
<i>Luisa Fragua</i> .....	119	<i>Rosita Udave</i> .....	267
<i>María (Conchita) Ferrer</i> ...	123	<i>B. Urribarrena</i> .....	269
<i>Antonia Frexedes</i> .....	125	<i>Yvette Valls</i> .....	271
<i>Pilar Fidalgo</i> .....	131	<i>Vitorio Vicuña (Comandante</i>	
<i>Filomena Folch</i> .....	133	<i>Oria) Luisa, Emiliana y</i>	
<i>Filo Formes</i> .....	135	<i>Carmen Blascos</i> .....	273
<i>Benita Fuster</i> .....	137	<i>Conclusiones</i> .....	279
<i>Ganuja</i> .....	141		
<i>Felicitat Gasa</i> .....	143		
<i>Teresa Gebelli de Serra</i> ....	147		
<i>María González</i> .....	151		
<i>Sabina González</i> .....	159		
<i>Concha González de Boix</i> ...	161		
<i>Benita Guiu</i> .....	165		
<i>Graciosa Gurometa</i> .....	169		
<i>Mercedes de la Iglesia</i> .....	171		
<i>Mónica Jene</i> .....	175		
<i>María Linares</i> .....	179		
<i>Maximina Losa</i> .....	183		
<i>Celia Llana</i> .....	185		
<i>María Llenas</i> .....	195		



# Índice de fotografías

Pág. 1 — *Espanoles camino del exilio.*  
Pág. 11 — *Neus Català.*  
Pág. 14 — *Monumento en Ravensbrück emergiendo del lago.*  
Pág. 42 — *Aniversarios en las cárceles y los campos.*  
Pág. 46 — *Refugiados/as españoles en el campo de Argelés (Francia).*  
Pág. 48 — *Dibujo del gran pintor Mentor dedicado a las guerrilleras españolas.*  
Pág. 52 — *Grupo de guerrilleros/as españoles hacia el lugar de su ejecución.*  
Pág. 56 — *Guerrilleros españoles. La ametralladora la servía una muchacha.*  
Pág. 60 — *Las ciudades marcadas con cruz son en las que se ha verificado que había españolas en la Resistencia y que fueron encarceladas y deportadas.*  
Pág. 64 — *Como vió el Deportado A. Hernández nuestras deportadas en Mathausen.*  
Pág. 66 — *Calvario de las mujeres deportadas.*  
Pág. 68 — *En el Campo. En dos meses de mujeres, al estado de esqueleto.*  
Pág. 70 — *Camino de la muerte.*  
Pág. 74 — *Así también se suicidaban las deportadas.*  
Pág. 94 — *Corredor de las fusiladas.*  
Pág. 102 — *Lola Casadella.*  
Pág. 118 — *Sacos de pelo. Si de*

*todos los cabellos de las deportadas se hubiera hecho una trenza ésta podría haber dado la vuelta al mundo.*  
Pág. 122 — *En los Campos todo se recuperaba de los muertos: lentes, vestidos, zapatos, dentaduras, alianzas, etc.*  
Pág. 124 — *Deportadas desecando un pantano.*  
Pág. 130 — *La muerte fue para ellas la liberación.*  
Pág. 132 — *El brutal trabajo forzado era igual para las mujeres que para los hombres.*  
Pág. 136 — *Apisonadora del Campo, de 900 kg. tirada por seis deportadas, como muestra Carmen Buattell. Al fondo el Bunker (cárcel).*  
Pág. 140 — *Horno crematorio de Ravensbrück.*  
Pág. 142 — *Uno de los sistemas de horcas.*  
Pág. 146 — *Himmler y su Estado Mayor SS de visita al Campo de mujeres en marzo de 1944.*  
Pág. 150 — *Desesperación y sufrimiento de las mujeres soviéticas cuando el ataque alemán a su país.*  
Pág. 158 — *Hornos crematorios de Majdanek.*  
Pág. 160 — *El paraíso de los sueños en Ravensbrück.*  
Pág. 164 — *Cámara de gases disfrazada de duchas.*  
Pág. 168 — *Una de las fosas comunes halladas en el Campo de Bergen Belsen.*  
Pág. 170 — *Numerosos jóvenes es-*

*pañoles combatieron defendiendo la Unión Soviética. María Pardina "Marousia" muerta en el frente de Stalingrado.*  
Pág. 174 — *Cadáveres de Auschwitz a la llegada de los liberadores soviéticos.*  
Pág. 182 — *Los niños también.*  
Pág. 184 — *Niño judío lleva el tatuaje indeleble del número que le asignaron.*  
Pág. 194 — *El "Hospital".*  
Pág. 198 — *El régimen nazi se cebó en los niños.*  
Pág. 202 — *Niños rusos. La única superviviente marcada con una cruz.*  
Pág. 204 — *La ley del más fuerte.*  
Pág. 208 — *El Block de las locas.*  
Pág. 210 — *Campo de Honor.*  
Pág. 218 — *Estos niños holandeses compañeros de Anna Frank, llegaron muertos al Campo.*  
Pág. 222 — *Grupo de niños a la Liberación.*  
Pág. 226 — *Selección para la cámara de gases.*  
Pág. 238 — *La ruta del cielo pasa por el crematorio.*  
Pág. 242 — *Una fosa común.*  
Pág. 246 — *Niños quemados vivos en una fosa de Ravensbrück.*  
Pág. 258 — *Niño de Varsovia deportado.*  
Pág. 260 — *Una tarde "tranquila" de domingo.*  
Pág. 264 — *Las supervivientes abandonan los Campos, ya restablecidas de los malos tratos*

*recibidos.*  
Pág. 268 — *La solidaridad.*  
Pág. 270 — *Alambradas electrificadas solución suprema de las desesperadas.*  
Pág. 272 — *Mujeres SS detenidas por los aliados.*  
Pág. 278 — *Proceso de Nuremberg. Arriba en el centro derecha al lado del primer MP (Military Police) autor de la deportación de cinco millones de trabajadores/as "voluntarios" a Alemania. Abajo a la izquierda Goering otro significado criminal del Reich.*